LAS VÍRGENES TERRESTRES

ALICIA DELAVAL

FEC
FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

COLECCIÓN

FOMENTO A LA LECTURA

LAS VÍRGENES TERRESTRES

ALICIA DELAVAL

FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

Primera reimpresión, 2022

ISBN: 978-607-59456-3-7

© Municipio del Centro
Av. Paseo Tabasco, número 1401
Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

©Primera edición: Ediciones Oasis. 1969

©Esta pulicación cuenta con el permiso de familiares y herederos de Alicia Delaval, en especial de Leonor Elena Espadas del Espirítu Santo.

Ilustración de portada, fragmaneto de ©*Almuerzo sobre hierba*, Édouard Manet. 1863

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor, así como la acreditación de las imagénes, las cuales son de uso divulgativo, con el afán de promover la libre expresión de las ideas y el conocimiento.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

Yolanda Osuna Huerta

La identidad cultural de un pueblo se construye a partir de su devenir histórico, sus tradiciones, ritos, costumbres y testimonios. Ella engloba, además, la lengua, las artes y las letras. Muchos son los elementos que la conforman y dan lugar a eso que llamamos "un modo de vivir", porque la cultura es así: algo vivo y multidimensional.

Centro, y particularmente Villahermosa, es tierra depositaria de grandes escritoras y escritores que, pese al inexorable paso del tiempo, continúan brillando en las letras nacionales.

Las propuestas literarias de nuestros contemporáneos, sus creaciones e investigaciones refuerzan la inmensa vocación cultural del municipio de Centro, por lo que merecen un escaparate para garantizar su vigencia y difusión.

El Plan Municipal de Desarrollo 2021-2024 consigna la importancia de promover "un fondo editorial para desarrollar proyectos de publicaciones que impulsen el conocimiento, la cultura y los valores humanísticos". Esta directriz se alinea con la aspiración de recuperar las experiencias, saberes y conocimientos para preservar y difundir el patrimonio literario, por una parte; pero también con el propósito de fomentar el hábito a la lectura, condición fundamental para enriquecer nuestra visión

de la realidad, fortalecer la capacidad del pensamiento y restaurar el tejido social.

Abrir los cauces para cultivar una permanente labor editorial en Centro es también una deuda histórica, si consideramos que la primera imprenta en Tabasco se estableció en San Juan Bautista, en 1825, a cargo de los tipógrafos Trinidad Flores y José María Corrales, según lo refiere el lexicógrafo e investigador Francisco J. Santamaría, con base en lo publicado en el tomo XXIV, número 11 del "Boletín Municipal", de fecha 11 de marzo de 1906.

En Centro, libros son amores... y también buenas razones. A través de un nuevo orden editorial ponemos al servicio de los habitantes diversas publicaciones que acrecentarán los acervos de nuestras bibliotecas, ampliarán las ventanas del conocimiento, contribuirán al disfrute de la lectura y, por ende, a la transformación social.

En *Las Vírgenes Terrestres* se encuentra reflejada, a través de la ficción, un tipo de mentalidad de los haitantes de mediados del siglo XX de nuestra ciudad. La fluidez de la narrativa, se vió favorecida con algunas adecuaciones del uso actual de la sintaxis y puntuación, sin alterar el contenido original y sustancial de la misma.

La obra de Alicia Delaval, escritora próxima a cumplir su primer centenario, amplía el panorama de la tradición literaria escrita por mujeres en nuestra tierra, la cual está por estudiarse y difundirse en su justa medida.

En las páginas de esta novela confirmamos que las ciudades son una construcción social; espacios revitalizados por la memoria colectiva de muchas generaciones que, a decir de los versos del poeta Carlos Pellicer, nos recuerdan que "en el torrente de la vida estamos".

LAS VÍRGENES TERRESTRES

Alicia Delaval

Esta novela fue escrita con la angustia de mi soledad y de la soledad de mis compañeras que, por azares del destino o por cobardía, no logramos realizarnos como mujeres en el sentido magnífico que implica el vocablo; cuando quitándonos los velos de la hipocresía y la venda que nos ponen ancestrales costumbres y arraigados prejuicios, caemos en la cuenta de que no tuvimos el valor suficiente para arrancarle a la vida lo que, por derecho, debía habernos concedido.

Es una novela dolorosa porque doloroso es todo lo incompleto, todo lo que estando facultado para efectuarse y alcanzar su plenitud, no se logra; y la mujer normal que no se realiza como mujer y como madre, necesariamente se constituye en un ser imperfecto, y la certidumbre de esta frustración, habrá de torturarla irremediablemente y hacerla sentirse defraudada.

Algunos, los mojigatos, los que a todo costa tratan de darle la espalda a la realidad y cerrar los ojos a todo lo que los saque de su cómoda rutina para hacerlos mirar lo desagradable o mortificante, podrán acusarla de inmoral, pero desgraciadamente la realidad es así y esa no la he inventado yo.

Los demás, los que la lean sin gazmoñerías, ni prevenciones, encontrarán la verdadera razón por la que ha sido concebida y la honda ternura con la que fueron delineados todos y cada uno de sus personajes femeninos, llevándolos a comprender un poco más a fondo el alma maravillosa y magnífica de nuestro sexo.

Si la lectura de estas páginas sirve para ayudarnos a mostrarnos indulgentes con ciertos hechos que, juzgados sólo por las apariencias, condenamos sin piedad; si nos lleva a

comprender que la mente y el corazón de las mujeres tienen móviles ignorados que parecen contradecirse y oponerse a la razón, pero que son más poderosos y valederos que la razón misma, este libro habrá alcanzado, con creces, el propósito por el que fue escrito.

Alicia Delaval
1969

Mentira que somos frescas quiebras cintilando en el agua,
que un albor de castidad serena nos albea en la frente
y los luceros exprimen los ojos y nos embriagan de paz...
¡Mentira...!
Hay una corriente oscura disuelta en las entrañas
que nos veda pisar sin ser oídas
y sostener el equilibrio de rodillas
con un racimo de luces extasiadas sobre el pecho
para ahogar el violento delirio del deseo;
pero es que si el cuerpo pide su eternidad limpio y derecho
es un mordiente enojo andarle huyendo,
dejar su temblorosa mies ardiendo a solas
sin el olor oscuro de los pinos,
siempre cerrada, ignorando cómo se desgaja
el dorado surco ante la siembra,
sin atinar la vida,
cansados los sentidos y alumbrándose a medias...

Enriqueta Ochoa
(*Las vírgenes terrestres*, fragmento)

PRIMERA PARTE

1

Bellaisla, brillando bajo el despiadado sol de junio, semejaba una de esas ciudades de juguete que construyen los niños con los diversos objetos que encuentran a su alcance. El abigarrado conjunto de colores que lucían sus casas y edificios, y el trazo inverosímil de sus calles que subían, bajaban, se ensanchaban y estrechaban, dando vueltas y revueltas y desafiando, de esa manera, todas las reglas urbanísticas, ofrecían a los desacostumbrados ojos de los visitantes, una visión no sólo completamente ilógica sino extraña y obsesionante.

La topografía del terreno en la que estaba ubicada, no justificaba de ninguna manera su absurdo trazo, ya que la ciudad se encontraba situada sobre una amplia planicie. Tal vez la explicación de esta falta completa de urbanismo era la de que, como nunca había existido un Plano Regulador, cada quien había edificado su casa o edificio robándole al municipio parte del terreno destinado a las banquetas, a costa del predio vecino, o bien, haciendo esquina en el lugar menos propicio, o cerrando una calle arbitrariamente.

Sin embargo, a sus habitantes aquello les parecía lo más natural del mundo. Conocían cada recodo, cada rincón, cada escondrijo de su ciudad mejor que las líneas de su propia mano.

Si uno se atenía a las crónicas, Bellaisla databa de la época de la Colonia, aunque no poseía un solo edificio que hubiese podido ser considerado como monumento colonial. La historia había pasado por ella casi sin tropezarla, y los héroes nativos, cuyos nombres enseñaban a los niños en las escuelas, pertenecían por igual a la crónica que a la leyenda.

Hasta el nombre era incongruente. Mirándola sin pasión tenía uno que aceptar que como ciudad, carecía de belleza y tampoco se la podría calificar como una isla. Se encontraba, eso sí, en el centro de un vasto territorio al que atravesaba un caudaloso río, que como gigantesco pulpo, se dividía y subdividía en numerosos afluentes; y a nadie se le hubiese ocurrido contar los arroyos, lagos, lagunas y pantanos que lo hacían parecer, visto desde un avión en vuelo, como un gigantesco espejo quebrado en mil pedazos, sobre el verde tapiz de la intrincada y lujuriosa selva.

La ciudad estaba limitada a lo que parecía ser la pieza mayor de aquel inexplicable rompecabezas, y el resto estaba ocupado por ricas haciendas o bien por diminutas rancherías y pequeños poblados que no lograban ni siquiera la denominación de cabeceras municipales.

El conjunto daba la impresión de una inmensa postal turística en la que se hubiese abusado de azules y verdes; pues tenía todas las gamas: desde el azul más verde y más acuático, hasta el verdinegro característico de los lugares selváticos.

Su clima, terriblemente insalubre, explicaba su falta de tradición. Los sacerdotes y misiones, que en otras partes dejaron iglesias y conventos, cuyas sólidas estructuras aún desafían al tiempo con el poder de su belleza, habían sido enviados en el pasado a Bellaisla, por la comisión de algún delito, o morían pronto aniquilados por los tricocéfalos, las fiebres palúdicas y otras enfermedades infecciosas o la esperanza de retornar a la civilización a la mayor brevedad posible, les había impedido acometer el esfuerzo de dejar tras de sí una obra perdurable.

Había iglesias, sí, pero de construcción sencilla y sin pretensiones. El carácter liberal y abierto de los bellaisleños no se prestaba precisamente al misticismo; sin embargo, cada domingos los templos se llenaban, no tanto por devoción, sino porque era una buena forma de distraer el ocio dominical, ya que la ciudad no contaba con muchos sitios a donde se pudiese concurrir para olvidar las preocupaciones de toda la semana.

Los hombres se reunían en los cafés y en las cantinas, las mujeres lo hacían en las iglesias.

Naturalmente, existían sus excepciones; personas sinceramente devotas, casi siempre mujeres que habiendo dejado atrás la juventud y con ella las ilusiones, se acogían en el regazo de la religión, esperando encontrar en la eternidad lo que la existencia temporal se empeña ávidamente en negarles.

Pero volviendo a la fisonomía de la ciudad, su exuberante vegetación y la belleza de sus paisajes naturales, arrancaban exclamaciones de asombro a los turistas que se veían en la necesidad de atravesarla, en sus continuos vagabundeos en busca de las zonas arqueológicas.

Era, además, la capital de un estado potencialmente rico, y los fuereños hacían en ella pingües negocios; casi siempre a costa de los nativos, quienes indolentes por naturaleza o por razones climatéricas, los veían enriquecerse mientras ellos se conformaban con "irla pasando"; echándole a su mala suerte la culpa de su poca prosperidad en los negocios.

Los viajantes de comercio, cuando después de algunas visitas lograban acostumbrarse al calor incesante y a la cotidiana tortura de los piquetes de moscos, la dejaban con tristeza, asegurando que era el paraíso.

Y lo era, en efecto. Su gente, como toda la del trópico, siempre se mostraba cordial y agradable, muy especialmente con los forasteros, y el Supremo Hacedor, en un gesto de humorismo, parecía haber concentrado en ella a todas las vírgenes del calendario católico; si alguien lo hubiese puesto en duda no tenía más que darse una vuelta por las calles o asistir al Jardín, en una noche de retreta.

Las había para todos los gustos, desde el más simple hasta el más exótico: rubias, descendientes de franceses o alemanes; morenas claras, apiñonadas y oscuras, según el porcentaje indígena aportado en la mezcla; o perfectamente blancas, de cabellos endrinos y ojos profundamente negros, que revelaban su directa ascendencia ibérica, y hasta auténticas pelirrojas, que lucían sus cabelleras como un llamarada encendida por la furia de un sol inexorable.

Algunas eran altas, de porte altivo y talle cimbreante, como cañas mecidas por el viento; otras de estatura mediana, bien formado los cuerpos y ondulosos los andares; o bien pequeñitas, esbeltas y finas como ponys de raza pura.

Las había lánguidas, como gatas melosas dispuestas siempre a la caricia; altaneras y distantes, soberbias, como vaquillas de lidia; pero la mayoría eran alegres, vivaces, parlanchinas; en fin, en conjunto, no dejaba nada que desear y donde hasta el más exigente hubiese encontrado una hecha a su medida.

Pero el problema principal de las bellaisleñas era precisamente la escasez de hombres. La guerra por "colocarse" se desarrollaba en forma feroz, despiadada, inmisericorde; en ese terreno nadie tenía compasión de nadie. Como en la lucha de las especies, solo las más fuertes subsistían.

Empezaban a moverse en sociedad desde los catorce años, algunas antes, y pasados los cuarenta, aún seguían frecuentando los lugares de "caza y pesca", como ellas mismas denominaban maliciosamente a los sitios concurridos por el sexo fuerte, que era la razón y meta de sus existencias.

A las veteranas las animaba el ejemplo de dos solteronas que pescaron marido habiendo pasado los cincuenta. Una, un viudo medio achacoso pero aún en uso, y la otra, que durante toda una vida de trabajo había logrado reunir una pequeña fortuna, que atesoraba para una vejez triste y solitaria, había atrapado a un vividor joven y simpático, en cuya compañía gastaba alegremente sus ahorros. Algunas las criticaban, tal vez porque no encontraban con quién hacer lo mismo, pero la mayoría había aplaudido su decisión, viendo en su conducta un ejemplo a seguir y una esperanza.

El forastero que visitaba por primera vez el lugar, después de contemplar azorado el delicioso e interminable muestrario femenino que se ofrecía a su vista a la hora de entrada o salida del trabajo, o por la noche, dando infatigables vueltas en el jardín o adornando las mesas de neverías y restaurantes, se arrepentía de haber comprometido su libertad en otra parte; pero ante lo irremediable, trataba de ocultar el hecho y aprovechar cuantas oportunidades se le presentasen de gozar del edén que se le brindaba.

Hasta los hombres serios y fieles por antonomasia, acababan por caer en la tentación. La primera noche de su estancia en la ciudad por lo general la pasaban escribiéndole a su esposa una larga carta en la que se quejaban del calor y de

los moscos, a los cuales de ninguna manera hubiesen osado exponerla, ni a ella ni a los niños; la noche siguiente el calor les hacía insoportable el cuarto de alojamiento y optaban por salirse a la calle o asistir al jardín en busca de aire fresco; una vez allí.

2

La calle Contreras constituía la avenida principal de Bellaisla. Debía su nombre a Macedonio Contreras, patriota bellaisleño que se había distinguido durante la Revolución, y cuya estatua ecuestre se levantaba con orgullo en medio del jardín principal.

En esa calle estaban situados los bancos, los principales centros comerciales, así como una multitud de despachos, consultorios, etcétera. En la esquina de la segunda manzana se hallaba el Café Caribe, el famoso Café Caribe de Chon Jiménez, un mestizo que se había hecho rico con la sencilla fórmula de preparar un buen café y mimar a su clientela.

A todas horas del día y buena parte de la noche el establecimiento se encontraba lleno de hombres. Los profesionistas que acostumbraban a abandonar un rato sus tareas para ir a "echarse un café", y era éste el punto obligado de reunión para quienes no tenían horarios fijos de trabajo como agentes, choferes, hacendados, entre otros; y también para quienes no trabajaban en lo absoluto.

Si ocurría algo nuevo en la ciudad, se tratase de un suceso público o privado, eran los parroquianos del Caribe los primeros en conocerlo con "pelos, puntas y señales", como decían vulgarmente. Se movían allí las fichas de la política local, nacional y hasta extranjera (con la lengua, naturalmente); se especulaba sobre la guerra, la paz, las conquistas interplanetarias, y se discutía lo mismo el precio en plaza del café o del ganado, que el alza de la plaza en la Bolsa de Valores de Nueva York o de Londres.

Además, por una taza de café, los parroquianos tenían a su disposición la biblioteca oral más completa sobre todos y cada

uno de los habitantes de la ciudad, con tantas versiones como personas tomaran parte en la charla.

Entre uno y otro sorbo de café, el ruido del cubilete o el movimiento de una ficha de dominó, se concertaban los negocios más heterogéneos: desde la venta de una finca rústica o urbana o el cambio de una pistola, hasta la adquisición de un seguro de vida.

* * *

Eran cerca de las cuatro de la tarde y después de las horas de obligado receso, la calle había recobrado su acostumbrada actividad.

Al dirigirse presurosas a sus trabajos, las bellaisleñas taconeaban por las aceras en un desfile interminable. Burócratas que ganaban sueldos en los diferentes departamentos federales o del Estado; dependientas de las casas comerciales, secretarias de las distintas oficinas que operaban en el lugar, y las que ocupaban los escritorios de los bancos, desempeñando puestos de responsabilidad, a cambio de magníficos sueldos. En materia de empleo eran éstas las más afortunadas, pero todas vestían con un lujo similar y su contemplación hacía pensar en un figurín animado, en el que las muchachas fueran las modelos, insensibles, al parecer, a la dureza del clima, pues sin distinción lucían frescas y rozagantes, como si el calor no las afectara.

—¡Cómo me dan tristezas mis paisanas! –exclamó el Dr. Castañeda mientras contemplaba, con acendrado placer estético, el abigarrado desfile, desde la acera del café, a donde había salido a buscar un poco de aire fresco y a charlar.

—¿Y se puede saber por qué? –se extrañó el Lic. Medina que, como siempre, se encontraba a su lado-. A mí no me lucen en lo absoluto desdichadas.

—Por el destino que las aguarda en este rincón. Tan guapas, tan prendiditas, tan mujeres y todo para qué... ¡Te juro que si tuviera veinte años menos me casaba con ellas!

—Lo malo es que aunque fuesen treinta no podría casarse más que con una y con eso no remediaba el problema.

—Es verdad, por esta vez tienes toda la razón.

—Casi siempre la tengo –rezongó el otro-, sólo que usted no quiere concedérmela casi nunca.

Era una extraña amistad la que florecía entre ellos. El médico frisaba en los setenta y el abogado habría cumplido cuarenta. El primero era viudo desde hacía muchísimos años y el segundo llevaba trazas de convertirse en un solterón empedernido; sin embargo, andaban casi siempre juntos y cuando los separaba el ejercicio de sus respectivas profesiones, se les hacía tarde para reunirse en el café a platicar o discutir, casi siempre esto último; pero aun así gozaban de su mutua compañía.

—De todos modos no puedo dejar de sentir lástima por ellas- aseguró el médico después de un momento de cauteloso silencio-. Si tuvieras mi profesión sabrías a qué me refiero. Mira a esa joven, por ejemplo –dijo, señalando a Lilia Góngora que pasaba en esos momentos por la acera de enfrente-. ¿Quieres un ejemplar mejor? Alta, guapa, bien formada y, ya vez, ni quien le diga "qué bonitos ojos tienes".

—Es una chica muy arrogante, pero hay que reconocer que posee clase. No puede uno dejar de mirarla.

—Sí, eso es todo lo que hacen ustedes, mirarla.

—Dicen que es muy presumida. Además, gana un sueldo fabuloso y así, ni quien se atreva a entrarle al toro.

—Lo que pasa es que no son lo suficientemente hombres, reconócelo –masculló el galeno, pero el otro no contestó la indirecta.

—¿Y qué me dices de aquélla? –insistió, señalando a Zoila Carpinteros, una morena de grandes ojos oscuros que, al clavarse en los hombres, mostraban una extraña mezcla de ingenuidad y coquetería.

—Es demasiado gazmoña y el hombre debe saber qué es lo que se lleva, sexualmente hablando.

—Gazmoña, gazmoña –exclamó su amigo con desprecio-. Qué se me hace que ustedes inventaron esa palabrita para las que no se dejan caer fácilmente en vuestro regazo. Y ésta que viene aquí ¿qué te parece? –le espetó, refiriéndose a Ivonne Betancourt, una muchacha menudita y graciosa, con un par

de ojos verdes que brillaban en su tez apiñonada como apetitosas aceitunas-. No me vas a decir que gazmoña, porque sea chica está llena de pasión; con sólo mirarla se adivina el fuerte temperamento que posee.

—Demasiado loquilla. Está bien para pasar el rato, pero a nadie se le ocurriría pensar en casarse con una mujer así.

—¿Y cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende
si la que es fácil, enfada
y la difícil ofende…? –declamó el doctor filosóficamente-. Qué razón tenía Sor Juana y qué gran conocimiento de nuestro sexo.

—Y eso que era monja –se burló el abogado.

—Mendoza, mira quién va ahí –gritó alguien, en esos momentos, en el interior del café.

El aludido jugó parsimoniosamente su ficha y luego volteó hacia la calle, alcanzando a saludar, con la cabeza, a su novia que pasaba por la acera de enfrente.

Angelina de la Torre había sido una hermosa mujer: alta, rubia, de cuerpo provocativo y hermoso, pero los años inexorables iban produciendo en su belleza firmes estragos, que en vano, trataba de disimular bajo un maquillaje cuidadoso.

—¿Cuándo piensas casarte con esa pobre chica? –preguntó a Mendoza, uno de sus contrincantes en el dominó.

—Eso a nadie le importa –contestó el interpelado de mal humor-. Juega, que ya nos cansamos de esperarte.

—No seas tan quisquilloso solo te lo preguntaba para irte preparando el regalo.

—Al carajo con tu regalo. Por mí te lo puede meter en donde no te da el sol.

Llevaban quince años de relaciones y todos le hacían guasas al respecto; bromas que la mayor parte de las veces, aceptaba con indiferencia, pero ahora andaba de mal talante y por eso había contestado con tanta grosería.

Los dos eran libres y gozaban de magnífica posición económica y al parecer, no existía ninguna razón valedera para posponer una y otra vez el matrimonio. La mayor parte de la gente se preguntaba qué pensaba la muchacha que no lo

mandaba al diablo de una buena vez; pero sucedía que en la espera, los años se habían pasado y ella ya no estaba en edad de arriesgarse a encontrar un nuevo pretendiente, así es que tal vez lo soportaba con la esperanza de que a la larga, él terminaría aburriéndose de sus aventuras y casándose con ella; cosa que casi todos se permitían poner en tela de juicio.

—Guapa chica aquella que va allá –dijo Medina, señalando a Virginia de Lacava, una joven estimada por todos debido a sus cualidades morales. No podía juzgársele como una belleza, a pesar de sus facciones regulares, pues le faltaba cuerpo, esas líneas redondas y mórbidas que tanto atraen a los hombres; pero poseía unos ojos profundamente negros, aterciopelados y soñadores, y una sonrisa entre melancólica y acogedora, que inquietaba a quien supiese ver más allá del físico.

—Ahí tienes –aplaudió el galeno-. Ni gazmoña ni frívola, justamente el término medio. Una mujer en toda la extensión de la palabra, sencilla, agradable y además bastante culta.

—Eso es lo malo –afirmó el abogado, sólo por hacerlo rabiar-. A mí las marisabidillas no me atraen. Las mujeres con cultura no sirven para el matrimonio.

—Y a ti ¿cuál te convence? –inquirió el médico, furioso.

—La verdad es que me gustan todas y he llegado a la conclusión de que si me caso sólo puedo hacer feliz a una; mientras que así… cuando menos hago dichosas a tres o cuatro y es más equitativo –concluyó soltando una estentórea carcajada.

—Eres un cínico, siempre te lo he dicho. Virginia es una gran muchacha, yo la estimo y la admiro, y créeme que me gustaría verla algún día lejos de este agujero.

—No creo que sea la excepción. Hay muchas como ella.

—En eso si que llevas razón. Hay muchas como ella, demasiadas, y en eso estriba la tragedia; porque si todos los hombres piensan como tú, están perdidas.

—No se crea dóctor –siempre lo llamaba así, acentuando incorrectamente la primera sílaba, cuando sentía que había perdido la partida, porque la palabra le sonaba más personal, amigable y afectuosa-. No se crea, algún día una de estas deliciosas criaturas tenderá sus redes bajo mis pies, con tal sutileza, con tal inteligencia, que yo, el irreductible, el incasable, caeré en ellas sin remedio; pero mientras tanto...

—Sólo le pido a Dios que me deje vivir el tiempo suficiente para saborear ese día, pero creo que si lo sigues posponiendo, ni tú vas a alcanzar gozarlo.

—¿Y qué me dices de esos pimpollos? –inquirió, señalando a un grupo de colegialas que venía hacia ellos, en grandes charlas y retozos.

—Es la nueva generación que se apresta a desplazar a la que le precede y son docenas, cientos de chamacas que se convierten en mujeres de un día para otro. Son como capullos de un vergel maravilloso que al despuntar, hacen verse a las demás flores marchitas y a punto de deshojarse; saben que su momento es breve y traen prisa.

Doris, Polly, Maggie, y Patty o sea Dorotea, Leopoldina, Margarita y Patricia, de catorce, quince, catorce y dieciséis años respectivamente, pasaban presurosas junto a ellos, pues querían ir al cine a la primera función y se les hacía tarde. Doris, que era sumamente atolondrada, tropezó con la pata de la silla donde estaba sentado el Dr. Castañeda, faltando poco para echarlo al suelo.

—Disculpe usted –alcanzó a murmurar poniéndose roja de inmediato.

—No se preocupe –aseguró el médico galante, mientras trataba, con la ayuda de Medina, de recobrar el equilibrio.

—A poco no están como para chuparse los dedos –observó el cuarentón, prendidos los ojos en el revuelo de faldas que cubrían los cálices misteriosos de una promisoria adolescencia.

—Los años pasarán también sobre ellas y un día, acudirán a mi consultorio o al de cualquier otro médico quejándose de un montón de males inexistentes producidos por alteraciones nerviosas. Ojalá que para entonces ya hayamos reunido el valor suficiente para aconsejarles la única medicina capaz de curarlas.

—¿Y cuál es ésa? –preguntó el abogado, sin saber a donde quería ir a parar su amigo.

—Que le den gusto al cuerpo antes de que sea demasiado tarde.

—Vaya ahora el cínico me está resultando usted.

—Ojalá fuera cinismo –sonrió con amargura.

—Entonces ¿habla usted en serio?

—Completamente, pero como nuestra ética profesional nos impide dar consejos de esa naturaleza, nos limitamos a recetarles calmantes nerviosos disfrazados con diferentes nombres; en la misma forma en la que les encubrimos su enfermedad tratándosela como úlceras, espasmos vaginales o cualquier otra cosa por el estilo, aun cuando sabemos perfectamente que para esos trastornos femeninos solo existe un remedio: el matrimonio o su substituto. Hay algunos casos tan dolorosos que nadie podría imaginárselos.

—Y un siquiatra ¿no podría ayudarlas?

—Ahora que tenemos dos o tres en plaza nos desligamos de la responsabilidad enviándoselas a ellos, pero como también tienen que vivir..., las tratan, las psicoanalizan y les hablan de inhibición y represión, dejándolas en las mismas, y así pasan las pobres su vida de consultorio en consultorio, y de botica en botica, gastando el dinero que ganan con tanto esfuerzo, hasta que la venda les cae de los ojos y se dan cuenta de qué es lo que les estaba haciendo falta, o el tiempo, que todo lo cura, les trae con los años el apaciguamiento de sus ansias naturales, casi siempre con la amargura de lo que ya nunca podrá ser.

—Entonces, usted aconsejaría que todas las mujeres se echasen a la calle.

—No, no tanto como eso, en realidad no sé cual sea el camino a seguir; tal vez no exista el remedio, pero siempre he pensado, Dios me perdone, que si la mujer es la mitad del hombre y se necesitan mutuamente, fue una mala jugada del Creador hacer mal las cuentas y dejar a tantas de ellas sin alcanzar el fruto que les corresponde, que con justicia debía corresponderles.

—¿Y a qué atribuye usted el que se queden tantas mujeres solteras? –inquirió un tercero, que había seguido con interés la animada charla.

—Aquí en la provincia la razón es muy sencilla –explicó el abogado, tomando la palabra-. Mucho antes de alcanzar la mayoría de edad un gran porcentaje de hombres abandonan su estado natal porque no hay universidades ni centros sufi-

cientes de trabajo capaces de brindarles un porvenir. Los que gozan de cierta posición económica, se van a la capital a estudiar una carrera; los otros, acuciados por la ingente necesidad de abrirse camino, se marchan también; unos y otros se ven obligados a pasarse años lejos del terruño y un día cualquiera conocen a una joven que les atrae y con la cual contraen matrimonio; así es que los que se fueron buscando un horizonte más amplio y más propicio, o no retornan jamás o lo hacen cuando ya han formado una familia.

—Tú fuiste la excepción –se burló el médico-, pero pobre la que ponga en ti sus esperanzas.

El otro no hizo caso de la indirecta y siguió hablando.

—De los que me quedan, unos ganan tan poco que no se atreven a echarse a cuestas la carga de una familia, y si se deciden, se fijan en las que tienen padres ricos que les puedan meter el hombro y ayudarlos a levantarse, o bien se buscan una muchacha humilde sin pretensiones, así es que las chicas que no son ni pobres ni ricas resultan en realidad las más afectadas con el problema.

—Y los que retornan libres y con dinero –rió Castañeda- son solterones irredentos; como uno que yo conozco pero cuyo nombre me callo porque no me gusta el chisme.

—Ya le expliqué antes que, como mi humilde persona no es capaz de resolver el problema de todas las bellaisleñas, prefiero seguir gozando de mi adorada libertad –afirmó el picapleitos, parando en seco la estocada.

—Además, las muchachas de aquí prefieren a los de fuera, yo me he dado cuenta de eso –se quejó un entrometido.

—¿Y qué quieres que hagan si no pueden contar con los de casa? –lo interrogó el médico.

—Es que son muy presumidas, corresponden mejor a los extraños aunque luego les resulten casados –afirmó-. Yo intenté enamorar a una del centro y no me hizó caso.

—¿Cuánto ganas? –le espetó el doctor a boca de jarro.

—Yo... -se turbó el aludido-, bueno, pues ahorita, ahorita como quien dice, no tengo trabajo, pero...

—¿Y qué esperabas entonces, que la muchacha te mantuviera?

—Oiga, me está usted insultando –se resintió el aludido.

—"La verdad no peca pero pica" –señaló el doctor, citando una frase que esa mañana había leído en un camión y que le había causado muchísima gracia.

—Ahora ya no es como antes; la mujer ha logrado en casi todos los terrenos un nivel igual al del hombre –objetó un comerciante.

—Así es, en efecto –aceptó el galeno-, algunas se emancipan, económicamente al menos, pero físicamente siguen sintiéndose incompletas y eso las hace desdichadas.

—Ahí está, por ejemplo, la señorita Wilkinson –opuso el tendero, señalando a la maestra que pasaba en esos momentos por la acera de enfrente, rumbo a la escuela donde impartía clases hacia años-. Es una mujer útil a la sociedad, estimada por todos, y como lo que gana es suficiente para su mantenimiento, no tiene que vivir arrimada a nadie, yo creo que es una vida digna de tomarse como ejemplo.

El médico no contestó. Hubiera podido explicarles que la señorita Wilkinson era una enferma; que la pobre maestra lo visitaba a menudo en su consultorio, porque pasaba la mayor parte de las noches torturada por el infierno de un insomnio nervioso y espantosas jaquecas; que él, como médico, sabía que su enfermedad se denominaba soledad y que era incurable; pero estaba de por medio su ética profesional y prefirió guardar silencio.

—Además, el problema no es sólo nuestro –trató de consolarse un hacendado que tenía cuatro muchachas casaderas-. Me imagino que en todas partes existe un elevado porcentaje de mujeres que no tienen oportunidad de contraer matrimonio.

—Es cierto –aceptó el médico- pero en provincia es de más difícil solución, por las causas que expuso Medina hace unos momentos. Además, en las grandes capitales la mujer goza de mayor libertad; en cambio, en los lugares pequeños, fisgoneamos cada paso que dan, llevándoles estricta cuenta de todo lo que hacen, y somos igualmente mordaces e intransigentes tanto con las que se atreven a hacer sus vidas derrumbando las barreras que se les oponen, como con las que, por cobardía

se quedan, como decimos vulgarmente, "para vestir santos". A una buena parte de éstas las absorbe la iglesia y en cierto modo, les brinda el consuelo de sentirse útiles a algo o a alguien; las demás, seco por completo el caudal de ternura con que las dotó la naturaleza y que un destino adverso les impidió derramar, se retraen en sí mismas, convirtiéndose en seres enfermos de amargura. La sociedad, siempre injusta, las relega a último término señalándolas ofensivamente con el mote de solteronas, como si el no haber tenido la oportunidad de casarse y de formar un hogar fuese un estigma y no una horrible y dolorosa tragedia.

Y como en eso alcanzó a ver que su enfermera le hacía señas, por tercera vez, de que tenía lleno el consultorio, se levantó con un "hasta la vista" y se metió en su clínica, donde los pacientes se estaban ya impacientando.

Al entrar, repartió entre los que lo aguardaban desde hacía largo rato, frases amables y cálidas sonrisas, disculpándose de su tardanza, que había sido motivada, según él, por un parto mucho muy difícil, que acababa de atender. Los que al pasar por el café y lo habían visto "echando lengua" sonrieron para sí, pero nadie se atrevió a desmentirlo.

3

Esa tarde Virginia llegó a su oficina y saludó como siempre a sus compañeros, tratando de aparentar que era un día como todos, pero rogando, para sí, que no fuesen a detenerla, porque no sentía deseos de hablar con nadie, y se metió presurosa a su privado.

Sus ruegos fueron desoídos, pues ni siquiera había terminado de quitarle la cubierta a la máquina de escribir y de limpiar el polvo de su silla, cuando entró una de las muchachas agitando un periódico.

—¿Ya viste esto? –le preguntó, conteniendo la risa.

—No –le aseguró Virginia, sin lograrse imaginar qué era lo que el periódico traía-. Con estas carreras en que se vive no tiene uno tiempo ni de leer el diario.

—Oye nomás –farfulló la otra, leyendo entre carcajadas-. "¿Por qué será que nuestra amiga Virginia de Lacava sólo usa productos Rivelón? Que te aproveche, guapa".

—Está gracioso, sólo que ya cambié de marca.

—¿Y cómo es eso? Todavía anoche me pareció verlos juntos…

—Precisamente ayer terminamos. No nos comprendemos -mintió, tratando de evitar preguntas.

—Lo siento, de veras, hacían buena pareja –comentó su compañera, y como en esos momentos sonó un timbrazo la muchacha agregó, apurada-: Es mi jefe, luego platicamos -y salió corriendo, dejando el periódico sobre el escritorio de Virginia.

Ésta leyó la nota en la columna que se titulaba "Chismelandia" y que firmaba El Duende Fisgón. El diario había obtenido un gran éxito con ella, pues era la primera en informar

acerca de noviazgos, matrimonios, deslices, rompimientos, en fin; sobre los chismes más interesantes relacionados con la inquieta sociedad bellaisleña.

"Debo dar gracias a Dios por haberlo sabido a tiempo. Lo malo es que no me conformo. ¿Por qué todo lo que me gusta tiene que resultarme igual?".

Los ojos le ardían terriblemente, pero cayó en la cuenta de que no le era posible llorar. Las lágrimas, que tal vez le hubieran resultado benéficas, no acudían a aliviarla y su dolor se restringía a producirle un ardor seco dentro de la garganta. En realidad, su mortificación mayor estribaba en tener que dar explicaciones, tanto a sus amigas, naturalmente curiosas, como a su madre quien, absurdamente ingenua, todavía aguardaba para ella el milagro imposible de un príncipe azul.

Se sentía poseída de una rabia sorda, no contra él sino contra sí misma; porque a pesar de todos los juramentos y prevenciones que, cada vez que le sucedía algo parecido, se hacía para no ilusionarse, la llamita de la esperanza volvía a encenderse y a crecer y por eso la decepción se ensañaba con ella, nuevamente.

"Pero si ni siquiera tuve tiempo de enamorarme" –se repitió una vez más, tratando inútilmente de encontrar consuelo en esta aseveración-. "Pero como te gustaba, no pudiste impedir el crear quimeras" –le dijo la voz siempre clara de su conciencia.

Y era verdad. En vano trataba de enconcharse, de hacerse dura, de no volver a soñar por miedo a seguir recibiendo golpes, pues sentía que llevaba demasiados encima; pero tal vez era imposible lograrlo, cuando se es mujer y se posee un espíritu sensible y un corazón ávido de ternura, como el que ella poseía.

Trató de revivir los días anteriores y no le fue difícil, porque cada momento estaba grabado firmemente en su memoria. Ahora que los examinaba retrospectivamente, cayó en la cuenta de que era la historia de siempre repetida una vez más, y que sólo el nombre y los matices la hacían diferente.

"Esta vez habíase llamado Alfredo Tornacelli; un hombre alto, guapo, de facciones atractivas y palabra fácil y envol-

vente, un hombre, en fin, lo suficientemente interesante como para hacerle a uno 'clavarse de a feo'..." –se confesó, tratando de ensayar una sonrisa que los ojos desmintieron.

Hacia justamente 18 días que sus miradas se habían encontrado mientras daban vueltas en el jardín, y de inmediato se iniciaron, de una y otra parte, los "vidriazos". Como siempre, al principio se le hizo difícil a Virginia creer que un hombre tan guapo se hubiese fijado en ella, pero cuando comprendió que no se equivocaba, su corazón saltó de gozo y se dispuso a hacerle frente; y cuando él le hizo señas preguntándole si subiría al Mirador, le contestó asintiendo.

El Mirador era una terraza situada arriba de un café, donde todas las noches había música y a la que subían, casi siempre, las muchachas que ya habían asegurado la pareja.

Comenzó entonces su agonía de encontrar con quién ir, pues en cuanto las demás olían que alguna del grupo tenía "movida", se negaban a acompañarla; parte por el natural egoísmo femenino y parte también por miedo a quedarse sentadas, en una mesa, sin encontrar bailador en toda la noche, lo que significaba representar un papel terriblemente desairado.

Ivonne y Cynthia, que eran sus mejores amigas, habían-la acompañado esa noche; la primera porque siempre estaba dispuesta a divertirse y además nunca le faltaban bailadores, y la segunda, porque admiraba y quería a Virginia entrañablemente.

Bailamos toda la noche -siguió recordando-, y desde el primer momento me resultó muy agradable. Audaz, pero sin traspasar los límites que la corrección señala; al rato me estaba tuteando y yo tuve que hacer lo mismo y darle el teléfono de la oficina para que me llamara al día siguiente.

Él lo hizo y desde ese día fue por ella todas las tardes.

A pesar de todo había sido hermoso sentirse admirada y escuchar nuevamente palabras de amor y de esperanza.

Una tarde se le presentó manejando una flamante camioneta que acababa de adquirir la fábrica en la que él trabajaba de gerente.

—Quise que tú la estrenaras, así que ahora mismo nos vamos a dar la vuelta.

Trató ella de hacerle entender que el que una muchacha se subiese a un vehículo, sola, con un hombre, estaba mal visto; pero él se había reído de sus argumentos y, además, parecía tan ilusionado, que ella terminó por acceder.

Recordaba que, a pesar de sus protestas, había enfilado hacia una de las colonias donde el tráfico es escaso, para tratar de besarla, pues según le confesó, lo había estado deseando desde la noche en que se conocieron; pero como ella se resistiera, le aclaró que no deseaba nada a la fuerza y sólo alcanzó a rozarle una oreja.

—¡Qué poca mujer eres! –le echó en cara, furioso.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejo besar por el primero que me invita a dar una vuelta?

—Tienes razón, perdóname, soy un tonto –habíase disculpado él.

Desde esa vez había accedido a acompañarlo casi todas las tardes, pues los días estaban siendo sumamente calurosos y era una bendición el poder tomar un poco de aire en un vehículo; pero él no había intentado volver a aprovecharse.

Sus protestas de amor seguían, al parecer sinceras; pero la incógnita de siempre continuaba sin despejarse. ¿Sería casado? No quiso preguntarle, parte porque la inhibía demostrar demasiado interés y parte por miedo a romper el maravilloso momento que los envolvía.

¡Es tan dura la soledad! ¡Son tan amargos los días que transcurren encadenados unos a otros por la monotonía de siempre, sin una ilusión que los matice y nos ayude a sobrellevar la carga -se decía Virginia, tratando de vivir y saborear la hez de la copa de esas horas que la esperanza llenaba de engañosa ambrosía-; porque, ¿qué es la vida sino un engaño, una absurda mentira? Además, es tan hermoso sentir que alguien piensa en uno, que a pesar de todo no se está tan sola.

Pero la noche anterior la incógnita habíase despejado y de la manera más tonta.

Como todas las tardes, llegó él a buscarla a la salida del trabajo y cuando se metían por la calle Barrera, los detuvo un agente, libreta en ristre, para amonestarlo y exigirle la licencia, pues iban en sentido contrario. Sin inmutarse, él le mostró

algo al mordelón que lo hizo sonreír y franquearle el paso de inmediato. Virginia, que era muy curiosa, quiso saber qué era lo que le había enseñado al de tránsito para que éste se condujera en forma tan cortés, a lo que le contestó galante:

—Es porque traigo a mi lado a la chica más guapa de Bellaisla.

—¡Cómo eres! ¡Enséñamelo! –pidió ella.

—Sólo por un beso soy capaz de mostrarte mi tesoro –guaseó, pensando que Virginia iba a negárselo; y todavía recordaba haberlo visto sobresaltarse cuando, en un acto de audacia, del que aún se sentía asombrada, le había contestado:

—Juega, pero nada más uno y sin que te mandes.

Ni siquiera le respondió. Como aún no entraban en la ciudad, ni tardo ni perezoso detuvo el vehículo y la cercó en sus brazos para besarla.

Al solo recuerdo de ese instante sintió Virginia que se ponía intensamente colorada, como si en la soledad de su privado la emoción del beso fuera a repetirse; tan vívido así era su recuerdo; y eso que, arrepentida de su atrevimiento cuando él se le acercó, contrajo los labios firmemente, mientras los del hombre resbalaban ansiosos sobre su boca sin haber logrado besarla realmente.

—No valió –habíase quejado-. A ver, otra vez, pero abre bien los labios.

—Que otra vez ni que "ojo de hacha" –le espetó Virginia, que usaba muy a menudo esa expresión sin saber siquiera qué significaba-. Tú prometiste enseñármelo por un beso; ya me dejé besar, ahora cumple tu palabra.

—Tú lo has dicho, te dejaste besar pero ni siquiera sabes hacerlo. ¿No quieres que te enseñe? Te aseguro que no vas a arrepentirte, pues me precio de ser un buen maestro.

—No lo dudo. Pero es un deporte que no me interesa.

—¿Qué el amor no te interesa? ¡No lo creo! ¿Es que eres de hielo o es que nunca te has enamorado?

—Tal vez –concedió, sin precisar a qué se refería, pero recordando dolorosamente todas las veces que el amor la había hecho sufrir-. Yo ya cumplí, ahora te toca a ti, así es que muéstrame lo que le enseñaste al policía. (Aunque sabía perfecta-

mente que no eran los mismos, llamaba indistintamente así a éstos y a los agentes de tránsito).

—¡Chiquilla curiosa! Tenías que ser mujer. Bien dicen que la curiosidad de nuestra madre Eva perdió a todo el género humano. Toma, entérate, pero guárdame el secreto.

Le pasó entonces una cartera que contenía una placa de agente de seguridad con su respectiva credencial y algunos otros papeles.

—Recuerda que te he platicado que mi padre es general. Casi nunca la uso, pero a veces me saca de apuros y por eso la conservo.

Curiosa como siempre empezó a revisar uno por uno los papeles que contenía la cartera, encontrando, además de un grueso fajo de billetes de alta denominación, tarjetas de visita con direcciones, cuentas de hoteles, notas de tintorería y su boleta de elector, pues estando próximas las elecciones para gobernador tenía obligación de empadronarse.

Por un instante estuvo tentada a dejarla donde estaba, pues presentía que la pequeña boleta color de rosa iba a destruir, en un momento, todos los sueños que, aun contra su voluntad habían cobrado vida dentro de sí; pero era innato en ella el deseo de no engañarse nunca, de buscar la verdad dondequiera que estuviese, aunque el precio a pagar le resultara excesivo, como le sucedía casi siempre, y con una angustia que le oprimía las sienes, abrió el papel y leyó que decía después del nombre, sexo y dirección: "¿Está o fue casado por lo civil?", y a continuación, escrito a máquina, un ESTÁ contundente, que la sumió de inmediato en la más profunda desolación.

Se sintió como las veces en que, siendo niña, el mar venía a arrebatarle los castillos que con tanto trabajo había construido con la inestable arena de la playa.

Le reprochó el habérselo ocultado y él intentó negar, asegurándole que se trataba de una estúpida, sí, esa era la palabra que él había usado, una estúpida equivocación; que esos papeles los llenaban como les daba la gana y que él sólo lo había confirmado; pero ella también acababa de empadronarse y conocía el significado de lo que allí se sentaba; así que le suplicó que la llevara para su casa.

No lo culpaba. En el fondo, no solo lo comprendía perfectamente sino que hasta lo justificaba. La soledad era difícil de soportar y ella, de haber sido hombre, tal vez hubiese hecho lo mismo; pero sí le dolía tener que arrancar de raíz una ilusión que empezaba a colorear su vida, siempre llena de sombras.

Él siguió negando. Negó todo el tiempo sin darse cuenta de que sus palabras caían en el vacío.

Cuando se despidieron volvió a protestar asegurándole que se trataba de una equivocación. Por último, le propuso que siguieran tratándose como amigos, pero ella, siempre sincera, le hizo ver que una amistad entre dos personas que se atraen físicamente y entre las que existe de antemano una barrera infranqueable, no solamente era tonto sino peligroso.

Le agradeció sus atenciones prometiéndole que lo recordaría con afecto y asegurándole que no le guardaba rencor. Y era cierto. El deber la obligaba a apartarlo de su vida porque era fruta prohibida y ella no sabía robar; pero le agradecía el que, aunque fuese por unos días, la hubiese arrancado de los muros grises que cercaban su existencia, haciéndola sentir que aún sabía soñar.

El hombre sintió rabia al ver terminada la aventura, pero íntimamente admiró a la muchacha. Sabía bien que a la mayoría no le hubiese importado seguir la farsa, olvidando el hecho de que pertenecía a otra; pero no cabía duda que esta vez había tropezado con una mujer diferente.

Pararon frente a su casa y ella se aprestó a descender del vehículo. Alcanzó él a besarle la mano respetuosamente y Virginia intuyó la admiración que encerraba el galante gesto, pero cuando lo vio alejarse, comprendió que no derivaba de éste el más mínimo consuelo.

Claro que el desengaño recibido solo era un episodio más que debía sumar a los anteriores. El hombre le simpatizaba, pero ni siquiera había tenido tiempo de enamorarse, y sin embargo, aquello dolía, dolía más de lo que hubiese querido reconocer.

4

Cuando escuchó el ruido del auto que se detenía en la acera de enfrente de su casa, Zoila saltó del lecho y se acomodó sobre los almohadones que jaló consigo hasta su acostumbrado sitio de observación.

Noche a noche luchaba contra la tentación que la arrastraba a hacerlo, pero acababa por reconocer que la suya era una lucha inútil y en la que se encontraba derrotada de antemano; ya que era incapaz de resistir las fuerzas que la atraían a ejecutar un acto del que conscientemente se sentía avergonzada.

Poseía un magnífico sitio de observación, pues como su cuarto tenía ventanas que daban a la calle, tranquilamente y sin temor de verse descubierta, podía mirar todo lo que pasaba en ésta, amparada, desde luego, por los espesos cortinajes que la cubrían. Corrió éstos unos centímetros y recostada sobre los cojines, se dispuso a gozar del espectáculo que se le ofrecía, gratuitamente, casi todas las noches.

Totalmente ignorantes de la maligna curiosidad de que estaban siendo objeto de parte de su vecina y amiga, Susana y su novio descendieron del vehículo e iniciaron la cotidiana despedida besándose en la boca, un poco ligeramente, tal vez porque ya era tarde o porque habían aprovechado al máximo su paseo por los oscuros callejones que tan bien conocían todos los enamorados que poseían la fortuna de un vehículo; pues en un lugar como Bellaisla, donde todo era objeto de reprobación y vituperio, especialmente tratándose de noviazgos o amistades entre personas de distinto sexo, las parejas tenían muy pocas oportunidades de entregarse a sus manifestaciones amorosas y una de éstas era en el momento de despedirse en las puertas de sus casas; siempre y cuando fuera a

horas de la noche un poco avanzadas, de las 11 en adelante por ejemplo, y teniendo la precaución de esperar a que la calle quedara solitaria.

La casa de Susana estaba situada en un callejón que no era muy transitado y esto constituía para ellos un magnífico aliciente. Muchas llegaban al cine a hacer sus "papelitos", pero allí la oscuridad nunca era absoluta y se corría el riesgo de tener sentado, al lado de uno, detrás, o en la butaca de adelante a la amiga de mamá, al señor de la esquina, a la compañera de trabajo o al jefe mismo; por eso, lo más seguro, después del auto, eran los dinteles de las puertas.

Desde su mirador Zoila no pudo evitar sentirse decepcionada, pues después del beso Susana abrió su puerta y despidiéndose de su galán con un "hasta mañana" entró en su casa.

Otras noches le brindaban escenas mucho más emocionantes. Le gustaba sobre todo cuando Felipe, así se llamaba el novio de su amiga, creyéndose a cubierto de miradas indiscretas, le abría a la muchacha la blusa para acariciarle los senos. Entonces, Zoila se imaginaba que era a ella a quien se los estaban besando, a quien se los estaban mordiendo y este pensamiento la hacía estremecerse de los pies a la cabeza como si se viese acometida por una intensa fiebre; pero el espectáculo de ahora había estado demasiado pobre y no pudo impedir volver a la cama ardiendo de coraje; como si la pareja hubiese tenido la obligación de acariciarse más tiempo, sólo para no defraudarla.

-Cochinos –se dijo airada-. El día que yo tenga novio no le permitiré esas familiaridades porque estoy segura de no poder soportarlas.

Nunca se había enamorado. Tenía que reconocer, modestia aparte –se dijo-, que era guapa y que muchos hombres la seguían acuciosamente con los ojos y hasta trataban de cortejarla. Les llamaba la atención su piel morena pero aceitunada y su cuerpo gracioso y ondulante; pero ella los mantenía a raya, sin permitirles traspasar la distancia, más que nada por miedo a verse obligada a hacer lo que las demás hacían y que ella reprobaba tan severamente.

Sentía un placer morboso e inexplicable en acechar a las parejas y sorprenderlas en sus caricias, hasta el punto de que

esperaba con avidez la llegada de los novios de la vecindad, para gozar desde su escondite, con sus demostraciones amorosas; pero se juzgaba absolutamente imposibilitada para hacer lo mismo, ya que, de sólo pensarlo, experimentaba un miedo invencible y una irreprimible náusea.

Hasta la fecha, a pesar de sus veintidós años, no había conocido a un hombre que le gustara lo suficiente. La atraían, eso sí; sentía un goce malsano en leer en sus miradas adoración y deseo, esto último sobre todo, pues las líneas voluptuosas de su cuerpo, sus piernas mórbidas y sus caderas redondeadas estrechándose hasta la cintura que se ceñía breve, la hacían aparecer ante los ojos masculinos como una mujer apetecible y ardiente, a pesar de que sus ojos oscuros y fríos y sus maneras distantes desmentían, al poco tiempo de tratarla, esta primera impresión. Sin embargo, el contraste atraía; y ella, conocedora del gran poder que ejercía sobre el sexo feo, acentuaba lo más posible esta extraña contradicción.

Coqueteaba con ellos por el gusto de verlos rendirse a sus encantos, pero en cuanto los tenía cerca, segura de que merecía algo mejor, los trataba con la mayor displicencia, hasta que ellos cansados de adorar a una estatua, se iban por donde habían venido.

Le llamaban la atención los rubios, tal vez por ser ella de piel bastante morena; y tenía plena confianza en que si sabia esperar, si no se impacientaba, como sus amigas, ensartándose con el primero que llegaba, el destino le depararía algo digno de sus virtudes; ya que ella no era como las demás, como Susana, por ejemplo, que se dejaba besar y toquetear por Felipe, sin saber siquiera si llegarían a casarse.

El hombre que lograra conquistarla, que lograra romper los muros en los que se sentía envuelta y con los que inconscientemente se protegía de un sentimiento que le causaba, a la vez, temor y atracción, podría estar seguro, se decía, de que adquiría algo inmaculado, un manjar intocado e intacto y no un fruto manoseado y estrujado por otras manos y otras bocas. Eso sí, estaba cierta de que el galán que llegara a merecerla tendría que ser alguien muy especial, alguien que supiese tratarla con delicadeza y con decencia; porque no iba a soportar que sólo trataran de aprovecharse de ella.

Escuchó voces, y de nuevo la tentación la arrastró a la ventana. Ivonne llegaba en esos momentos a su casa, como casi siempre, sola con un hombre. Era una muchacha sin prejuicios y que no parecía temer ni a Dios ni al Diablo; ni siquiera a la gente, lo que ya significaba hacer gala de un valor inaudito. Ella también solía ofrecerle a Zoila espectáculos sumamente interesantes; pero esta vez, cuando el hombre intentó besarla, lo rechazó sonriente y entró a su casa dejándolo con un palmo de narices.

¡Qué raro! –se preguntó- ¿Quién será él? Quizá no le interesa, pero es extraño porque Ivonne no es nada exigente.

Volvió a reprocharse, a repetirse que estaba mal el andar espiando a sus amigas, pero trató de consolarse pensando que sólo faltaba un día para el domingo, día en el que podía ir a la iglesia a confesarse y a comulgar para librarse del pecado en el que la hacían caer los demás, porque –razonaba- si los otros no hiciesen cosas indebidas ella no tendría tentaciones.

5

Virginia amaba entrañablemente las tardes de los sábados porque no tenía obligaciones de oficina y podía quedarse todo el tiempo en la cama, leyendo algún libro interesante, durmiendo, o bien platicando con sus amigas que ya sabían dónde encontrarla en sus días libres.

Entró Cynthia y se le acurrucó a su lado como un gatito juguetón y travieso.

—¿A que no adivinas qué sucedió anoche? –inquirió, mimosa, la recién llegada.

—¿Ya? –preguntó Virginia sencillamente, interpretando la emoción de la muchacha; pues como ella le servía de confidente, durante varias semanas habían estado aguardando el fausto acontecimiento que, al fin, se veía realizado.

—Ya –asintió la visitante con los ojos llenos de lágrimas, porque la felicidad también hace llorar-. Fue anoche, al regresar del baile, y ahorita, no hice más que comer y venir corriendo, pues quise que fueras la primera en enterarte.

—¡No sabes cuánto me alegro!

—A su regreso va a hablar con mis papás para formalizar el compromiso.

—¿Pero, acaso se fue a alguna parte?

—Tuvo que salir hoy en la mañana. Ya sabes que como es viajero no puede retrasar su ruta; pero prometió escribirme enseguida y hacer lo posible por regresar pronto. ¿No te parece maravilloso?

Virginia se preguntó por qué el pretendiente de su amiga había aguardado hasta la víspera de su viaje para hablarle pidiéndole relaciones, pero prefirió no externar su opinión para no decepcionarla, y aceptó:

—Es maravilloso, te felicito de todo corazón.

—¿Y tu asunto, cómo va? –se interesó Cynthia, recordando que su amiga también estaba de conquista y que ella, en su afán de participarle su dicha, lo estaba olvidando egoístamente.

—Lo mío ya se terminó –anunció lacónicamente, deseando en vano que no le hiciera más preguntas.

—Pero ¡cómo!, si se veía tan encampanado contigo…! Cuéntame. ¿Qué pasó?

—Lo de siempre. Está visto que yo no merezco la dicha -aceptó, sin tratar de ocultar su amargura.

—¿Está casado? –la frase más que una pregunta implicaba una afirmación, a la que la joven asintió en silencio.

Hubiera deseado no seguir hablando de lo mismo pero Cynthia era su amiga y tenía derecho a interrogarla.

—Debes haber sentido horrible. ¿Estabas muy enamorada?

—No, no es eso precisamente. A Dios gracias esta vez no tuve tiempo de encampanarme. Además, tú sabes que después de lo de José Mariano es muy difícil que vuelva a querer. Lo que me duele es tener tan mala suerte. Todos los que se acercan a mí tienen su poderoso impedimento; parece una terquedad del destino, que en esa forma se burla de mis sentimientos.

—Lo peor es que no lo mereces. No me explico por qué la vida te trata así.

—No sé si lo merezca o no, pero el caso es que siempre sucede lo mismo. Debo de tener algún pecado escondido por el que estoy siendo castigada. ¿No te parece? –trató de guasear ensayando una sonrisa.

—Prometió traerme mi anillo de compromiso –anunció la otra entusiasmada, olvidando el problema de su compañera para recordar tan sólo su ventura.

—Eso es magnífico –aseveró Virginia, mientras pensaba: "Ojalá y sea verdad tanta belleza; es tan duro el desengaño y Cynthia es tan joven..."

Para ella todas sus amigas eran jóvenes, demasiado jóvenes; no ahora que los años habían dejado en ella sus marcas indelebles de desilusión y desesperanza, sino toda su vida.

Recordaba haberse sentido vieja siempre. No podía explicarse por qué, pero desde que alcanzaba a retener sus recuerdos se veía a sí misma como una niña adulta siempre demasiado retraída. Además, efectivamente Cynthia era la más joven del grupo y esto la hacía sentir por ella un afecto no exento de cierta protección.

—No creas. ¡Tengo miedo! –musitó la chamaca después de un momento de silencio, al parecer incongruentemente, leyendo en los ojos de Virginia algo de su aprensión.

—¿Por qué, tonta? –preguntó, tratando de devolverle la seguridad. –No permitas que ningún sentimiento ajeno perturbe tu dicha –y añadió para sí: A veces es tan breve nuestra felicidad, que es un crimen desperdiciar uno solo de sus instantes pensando en que lo más probable es que no llegue a realizarse.

—No sé por qué me siento así, quizá porque es la primera vez que me enamoro. Por momentos me creo la más feliz de las mujeres y me parece que ya todo en mi vida va a ser color de rosa; y al instante, un temor absurdo me oprime el corazón. No sé, es tan extraño este sentimiento que ni siquiera encuentro palabras para explicarlo. Tú, que ya has amado, tal vez puedas comprenderme.

—Te entiendo perfectamente. El amor es una sonrisa que esconde muchas lágrimas, pero aun así es lo único de la vida que vale realmente la pena. Créeme, es lo único que la hace digna de ser vivida y que nos ayuda a soportar todas las amarguras que encierra.

—Tengo que irme. Me invitaron al cine y no quiero perderme la película. Dicen que está buenísima. ¿No te animas…?

—Yo pensé que el viaje de Sergio te dejaría muy triste.

—Y lo estoy, no sabes cuánto… pero él me pidió que durante su ausencia yo saliera con mis amigas y me divirtiera sanamente y trato de obedecerlo.

—¡Loca!

—Sí, pero loca de amor, de pasión y de dicha..., créeme que jamás soñé que se pudiera sentir uno así, como si estuviera en las nubes, como si..., bueno, quisiera saber decir palabras bonitas para poder expresarlo, pero tú me entiendes ¿verdad?

–y diciendo esto salió corriendo. Ya en la puerta alcanzó a gritarle-: Hasta luego. Nos vemos mañana en misa, ¿verdad?

A ver cuánto le dura –se quedó pensando Virginia con conmiseración-. Los hombres como Sergio y como tantos otros que perturban nuestras vidas solo son aves de paso, golondrinas que no hacen verano. Bueno –se dijo luego-, aun cuando no llegara a realizarse, Cinthya está viviendo, viviendo intensamente y eso es lo único que cuenta. ¿Y yo? –se preguntó, pensando de inmediato en Alfredo-. ¿He vivido realmente?

Con la sinceridad que la caracterizaba tuvo que confesarse que a pesar de sus años, a pesar de todo lo que había amado o creído amar, nunca lo había logrado plenamente. No le habían faltado oportunidades, pero era demasiado cobarde y en el momento preciso el temor de resbalar por una pendiente, sin límites le hacía retroceder y su vida proseguía sin realizarse, sin más alteraciones que los pequeños episodios sentimentales como el que acababa de terminar.

Tomó de nuevo el libro que abandonara con la llegada de su amiga y trató de concentrarse en la lectura, pero su mente se encontraba ya muy lejos de las escenas descritas por el novelista. Había empezado a recordar, y al sumergirse en el pasado, sus pensamientos la condujeron hacia el que ella juzgaba que había sido el amor de su vida.

¿Qué habría sido de José Mariano? ¿Dónde estaría ahora?

Al evocarlo, sintió su presencia tan real que volteó inconscientemente buscando su mirada, pensando en forma absurda, que iba a encontrarse de pronto con esa su sonrisa tan característica que le brindara a partes iguales cielos e infiernos.

Tenía que reconocer que lo de ahora no había sido nada. Este episodio jamás podría compararse con aquellos días cuando él, después de haber halagado sus oídos con promesas de amor y de matrimonio, acabó confesándole que era casado y que su familia llegaría en breve a Bellaisla.

¿Era un cínico o un hombre como todos que sólo había tratado de vivir el momento? ¿La había amado de veras o sólo había tratado de divertirse el tiempo que pasaría solo, lejos del hogar y de la esposa?

Virginia se había hecho muchas veces estas preguntas sin lograr encontrar la respuesta; pero reconocía que aunque todo

hubiese sido una mentira no podía guardarle rencor, la había hecho vivir y con qué intensidad, con qué vigor.., le había hecho sentir que el azul del cielo puede ser infinitamente brillante y que las noches llegan a ser profundamente oscuras e impenetrables, cuando están llenas de desesperanza y de lágrimas. Tal vez por eso no había logrado olvidarlo, por eso tal vez, amaba hasta el recuerdo de esos días de intenso sufrimiento.

Creía firmemente que amar y sufrir son la parte primordial de la existencia, y no la concebía sin estos sentimientos. Solo había algo a lo que le tenía verdadero pavor y era sentir que no estaba viviendo; pensar que la vida transcurría inexorable, mientras ella estaba condenada a verla pasar inútilmente sumergida en la soledad y el tedio; sin una luz, sin una lágrima que prometiera la ilusión del arco iris y su prístina belleza. Así la había dejado el reciente desengaño que ni siquiera estaba justificado por el amor. Le parecía obtuso pensar en esa forma, pero –reconoció- a la mente no se le manda; ella fabrica en la probeta del cerebro los pensamientos más inexplicables y las ideas más absurdas y todas las demás células del cuerpo no son más que esclavos de ese dictador absoluto al que ni siquiera logramos conocer íntegramente, porque se escuda detrás de mil barreras y se esconde bajo la apariencia de muchos rostros diferentes.

Sacudió la cabeza tratando de embeberse de nuevo en la lectura para alejar los pensamientos que la amargaban, cuando entró Ivonne, otra de sus más íntimas amigas.

—Te traigo un chisme. No es nada agradable, pero te aviso para que no te dejes "comer el mandado". Anoche vi a Alfredo en el Riestra, cenando con esa Julia, la divorciada, y estaban de un amartelado… Bueno, con decirte que parecía que estuvieran en un cine y no en un restaurante lleno de luces y de gente….

—Puede estar con quien le dé la gana.

—¡Cómo! ¿Te lo vas a dejar quitar y por esa sinvergüenza? ¿Estás loca?

—No me está quitando nada. Alfredo no es nada mío.

—¿Me vas a negar que te estaba enamorando? Si tú misma

me contaste que iba por ti todas las tardes a tu trabajo... ¿O no es así?

—Es cierto, pero eso ya se terminó.

—¿Y por qué, si es un real mango?

—No congeniábamos –aseguró, turbándose por la mentira; pues no quería que supieran que estaba casado, por lo menos que no se enteraran por ella, porque podría pensar él que estaba "picada". Además, Ivonne jamás comprendería que se terminara con un hombre porque tuviese compromiso, por lo menos no hasta que la esposa se hubiese presentado.

—¡Qué tonta fuiste! Con esos labios que se carga el desgraciado, debe besar maravillosamente. ¿A poco no?

—No tuve tiempo de llegar a averiguarlo. Recuerda que sólo anduvimos juntos dos semanas.

—¿Y en dos semanas ni siquiera te besó...? Eres incorregible amiga, porque desperdiciar el tiempo de esa forma, no tienes perdón. Yo anoche me di un atracón, como tenía tiempo que no lo hacía. Fuimos al cine pero ni siquiera te podría decir qué película pasaron y a la salida me invitó a cenar al Riestra y fue allí donde vi a Alfredo.

—¿Con quién fuiste? ¿Con Enrique? –preguntó Virginia sólo por decir algo.

-¿Enrique? Pero si ese hace más de dos semanas que se largó. ¿No te acuerdas que te lo platiqué? Este de ahora se llama Marco Antonio y créeme que en sus brazos me hizo sentirme Cleopatra. Me enseñó unos truquitos que yo no conocía, pero que le hacen subir a uno al séptimo cielo. Lástima que tenga que irse tan pronto, lo cambian y quién sabe hasta cuándo podrá volver.

-¿Y no te da miedo?

-¿Miedo a qué?

-Bueno, miedo a que te vaya a suceder algo...

-¡Qué bárbara eres! No creas que no me cuido. Sé que la virginidad es la llave para entrar al matrimonio y no soy tan tonta para regalársela de a gratis al primero que pase. Busco el placer que da el amor o la atracción, pues ¿qué sería de una sin esos maravillosos momentos? Pero aquello es muy distinto. El que quiera comerse el pastel de a de veras, tiene que

pasar primero por el juzgado y por la vicaria. ¿Qué te estabas tú creyendo? –terminó soltando la carcajada.

—¿Y no corres riesgo desde el momento en que el hombre empieza a acariciarte? –quiso saber Virginia, con una ingenuidad increíble a sus años.

—En absoluto. Sé exactamente cuándo debo detenerme y detenerlo, y pobre del que quiera propasarse.

—Yo creía que el peligro se iniciaba desde el momento en que empezaban a besarte. Siempre he pensado que el hombre es una fiera que, una vez enardecida, nadie puede contener.

—Aviadas estaríamos. Bueno, tal vez pudiera sucederte si no tienes la suficiente experiencia.

—¿Y qué haces para adquirirla? –preguntó, con una falta de malicia que podría haber parecido hipocresía de no tratarse de Virginia, que era sincera y franca por naturaleza.

—¿Eres o te haces? ¿Cómo aprendiste taquigrafía?

—Pues practicando, naturalmente.

—Bueno, pues ahí tienes la respuesta. El amor también se aprende practicándolo; lo que pasa es que tú desaprovechas las oportunidades que se te presentan. ¿Cuántos días anduviste con Alfredo?

—Diecisiete..., dieciocho.

—Dieciocho días con ese portento y ni siquiera te besó..., vuelvo a repetirte que eres una tonta. Tan escaso el material y desperdiciarlo en esa forma, realmente no hay derecho.

Virginia no supo qué contestarle, tal vez porque en el fondo tenía que reconocer que su amiga tenía razón. Quería vivir, anhelaba arrancarle a la vida sus frutos magníficos y a la hora de la verdad resultaba que era demasiado cobarde para hacerlo.

—¿Vamos al baile esta noche? Toca la orquesta de Tomás Tomassi, la trajeron de la capital y dicen que cobra veinte mil del águila por sólo esta noche; pero eso sí, aseguran que tiene un ritmo fantástico.

—Veinte mil pesos me parece una suma fabulosa, ojalá y les resulte a los que lo organizan.

—Tan les resulta que ya están vendidas todas las mesas. Por suerte se me ocurrió separa una con tiempo, porque si no ahorita me hubiese quedado como "el que chifló en la loma".

—¿Y cómo se quedó?

—Pues no sé, pero así se dice, ¿no?

—Es guasa, no me hagas caso.

—Bueno, ¿vamos o no vamos?

—No tengo ganas.

—¡Cómo eres…! Anímate, se va a poner a todo dar…

—Comprenderás que no me apetece lo más mínimo ir a ver a Alfredo en brazos de otra.

—Siendo así, tienes toda la razón. Yo por eso, siempre tengo dos o tres a la parada, así si se me apaga una vela, me queda otra encendida.

—Hasta que un día de estos se te incendie la velería…

—Pues ya estaría de Dios, pero mientras tanto, trato de divertirme porque la vida es breve y la juventud mucho más. Voy a decirle a Cynthia a ver si quiere ir.

—No lo creo, Sergio se le declaró anoche y está que no cabe de felicidad. ¡Ya podrás imaginarte!

—Pues entonces con mayor razón.

—Pero es que él salió de viaje hoy.

—Dudo que vaya en serio con ella; a mí me ha coqueteado como no te imaginas, sólo que como es del grupo no quise hacerle la mala obra.

—Ella está muy encampanada.

—Ya me lo figuro, pero a él no le veo buenas intenciones.

—Yo tampoco; esperó la víspera de su viaje para hablarle y eso no es lógico, pero como comprenderás, no quise decepcionarla.

—Entonces iré a ver a Estrella. Esa nunca dice que no y tiene un montón de amigas con las que podemos llenar la mesa. Me voy, tengo turno en el salón y si no estoy a tiempo, me lo vuelan. Ahí nos vemos.

—Que te diviertas.

—Eso espero. Mañana te cuento –prometió a gritos desde la puerta y se fue sin esperar la respuesta.

Esta Ivonne no va a cambiar nunca –se dijo Virginia sonriente-. Cómo la envidiaba; le hubiera gustado ser como ella pero tuvo que reconocer que cada quien era como era y que no se cambiaba fácilmente.

Por lo pronto, su charla le había despejado la mente alejándosela de los recuerdos dolorosos y permitiéndole concentrarse nuevamente en la lectura.

6

Como todos los sábados esa tarde la señorita Wilkinson dirigió sus pasos hacia la librería Éxito, pues el ir a curiosear entre los títulos de las obras exhibidas era una de sus poquísimas diversiones.

Frisaba la maestra en los cincuenta, pero conservaba vestigios de lo que fuera una rubia y, al parecer, serena belleza. Sus labios, prestos siempre a sonreír con bondad y natural condescendencia, y sus ojos azules, aunque surcados por completo de pequeñas arrugas, prestaba a su cara una expresión tierna y acogedora que atraía.

Últimamente sus ojos, que habían perdido vigor, se achicaban curiosamente cuando trataba de reconocer a alguien a distancia y, en cambio, se abrían en forma desmesurada cuando leía, tratando de que las palabras no bailaran ante ellos. Esto la tenía sumamente preocupada y todos los días se decía que tenía que decidirse a consultar al oculista porque tal vez ya necesitaba lentes; pero el miedo de que fueran a decirle que padecía algo más grave que el cansancio natural, que sus años y el hábito de leer le hubiesen ocasionado, le hacían posponer eternamente la visita.

En Bellaisla todos la recordaban, desde siempre, ejerciendo el magisterio en la escuela particular incorporada La Corregidora, de la que era directora y dueña absoluta la enorme y tronante Georgina Veraza. Aunque se trataba de dos caracteres totalmente opuestos, florecía entre ellas una vieja y sólida amistad.

La gente murmuraba que la señora Veraza abusaba impunemente de la dulce maestra, pues, a pesar de que el costo de la vida estaba cada día más alto y con ese pretexto ella subía

cada año el precio de las colegiaturas, nunca le aumentaba el sueldo a su apacible colaboradora.

Cuando alguien se atrevía a guasear sobre ello con la directora, ésta frescamente le contestaba:

—¿Para qué quiere Irene más dinero? Es sola y no paga renta. Yo en cambio, tengo tres hijos estudiando en la capital y ya saben ustedes lo que eso cuesta.

Si se dirigían a la señorita Wilkinson tratando de hacerle comprender que estaba siendo explotada inicuamente, sonreía, con esa su sonrisa siempre pronta y amable que a nadie escatimaba, y respondía:

—Tiene usted mucha razón. Un día de estos voy a hablarle seriamente a Georgina y si no acepta mis condiciones, le dejo el grupo ¿No le parece?

Su interlocutor la animaba a hacerlo de inmediato a veces hasta ofreciéndosele para buscarle otro empleo; y se alejaba sonriendo piadosamente, con el firme convencimiento de que la bondadosa maestra jamás se atrevería a tratarle el asunto a la imponente directora.

Al pasar, muchas personas la saludaron con afecto. Todos le profesaban gran estimación y un respeto profundo, tal vez porque su vida era ejemplo de honestidad y decoro. Había hecho su carrera estudiando de noche y trabajando de día, pues sus ancianos padres dependían totalmente de ella. Al morir éstos, dejándole por toda herencia la pequeña casa que habitaba y un nombre digno y respetado, siguió su vida de siempre; de su casa a su trabajo y viceversa, haciendo de la enseñanza su verdadero apostolado.

Vivía para su profesión y ponía en ella una devoción tan ardiente, que nadie hubiese podido calificar de estéril una existencia que fructificaba a diario, abriendo surcos en las mentes de la niñez y sembrando la semilla de la ciencia en las indóciles cabezas de los niños de ambos sexos, que pasaban por sus manos.

Médicos, abogados, hombres de letras, funcionarios públicos que ocupaban altos puestos dentro del engranaje del Gobierno del estado o de la federación, habían sido sus alumnos; así como chicas que alcanzaron diversas carreras o ahora

se distinguían en los círculos científicos o literarios; o jóvenes señoras, casadas con hombres importantes y cuyos hijos cursaban con ella el último grado de primaria. Todo esto y el cálido respeto que grandes y chicos le profesaban constituían su mejor trofeo.

Como todas las mujeres, guardaba entre sus recuerdos algunos episodios sentimentales. Allá por sus años mozos se le había conocido un novio. Un muchacho por cierto, contaban los mayores, muy responsable y trabajador que tal vez la hubiese hecho feliz; pero pocos días antes de la fecha fijada para la realización del matrimonio, el joven había pescado una tifoidea, en una época en la que no se conocían los antibióticos, y había muerto a consecuencia de ella en menos de una semana, truncando así las ilusiones de la joven Irene.

La gente se admiró de que no se consolara nunca de su pérdida, puesta estaba jovencita y no le faltaron otros pretendientes; pero tal vez no encontró otro lo suficientemente atractivo como para hacerle olvidar al muerto. Tampoco habían faltado aventureros; pero tenía buen ojo y no se había dejado embaucar.

Había en su vida un secreto que a veces la turbaba, pero trataba de refundirlo en lo más hondo de su conciencia, pues cuando pensaba en ello se sentía desdichada. Por suerte poseía bastante control sobre sus emociones y sabía reprimirlas, sin permitirles aflorar a la superficie demasiado a menudo.

En forma ajena a su voluntad, insensiblemente, se había enamorado del esposo de una íntima amiga; a quienes frecuentaba con cierta regularidad. Para colmo, el hombre era desdichado en su vida privada, porque ella se había casado buscando solamente su magnífica posición social y económica. La maestra había empezado por compadecerlo en silencio, hasta que la compasión afloró en una intensísima pasión que la torturaba sin piedad. Además, sufría el suplicio de Tántalo, pues como ambos cónyuges le dispensaban extrema confianza, tenía que escuchar las confidencias de los dos; él, quejándose de que su esposa lo despreciaba, y ella, contándole hasta los menores detalles de lo que entre ellos sucedía. La señorita Wilkinson, que hubiera podido brindarle al hombre toda

su infinita ternura, el cariño acumulado dentro de su corazón durante años y años de soledad, que llevaba dentro de sí como una carga eléctrica, estaba obligada a permanecer como espectadora en un problema en el que, sin desearlo, era parte interesada.

La otra gran pasión de su vida eran los libros. La molestia que sentía en los ojos últimamente, la tenía desolada pues no quería pensar qué iba a ser de ella el día en que no pudiese leer.

Trató de alejar sus preocupaciones y entró en la librería. Cosa extraña, esa tarde se encontraba llena de gente, y tuvo que saludar varias veces y estrechar algunas manos a la entrada.

Como de costumbre, revisó primero los títulos de los libros de texto y pasó luego una despreciativa mirada por el anaquel donde se alineaban las novelas rosa, con sus nombres melosos y cursis. Odiaba este género porque en ellas todo terminaba siempre bien y los enamorados, después de algunas emocionantes peripecias, eran felices por eterna memoria. Sabía, por experiencia propia, que en la vida real esto no era cierto, y cada vez que caía en sus manos una novela de este tipo después de leerla ávidamente, la cerraba con rabia sintiendo como esos seres de ficción, al ser dichosos para siempre, la afrentaran personalmente, a ella, que jamás conociera la felicidad.

Anteriormente su desprecio abarcaba también las novelas policíacas; pero después de haber leído algunas por casualidad, acabó por reconocer que tenían capítulos sumamente interesantes, y ahora le gustaban.

Lanzó una furtiva mirada al libro que la condujera allí ese sábado. Marcaba cuarenta pesos, que por fin había logrado reunir, ahorrando todas las semanas algo de su exiguo sueldo. La gente no se iba y además estaba atendiendo a la clientela el dueño del establecimiento, un hombrecillo de ojos cínicos y penetrantes como los de un fauno que a ella, sin saber por qué, la amedrentaban; tal vez porque parecía leer los pensamientos más recónditos de quienes lo rodeaban.

Decepcionada al verse obligada a posponer la compra, se disponía a retirarse cuando se le acercó a saludarla el licencia-

do Riquelme, ministro de Justicia, que había sido su alumno hacia ya muchos años.

—¿Qué hay, maestra? –preguntó en tono afable-. ¿No encontró nada interesante?

—Nada. Parece que ya no hay libros para las personas decentes. Ahora se publica pura basura.

—Así es, por desgracia. También en la lectura se nos ha pervertido el gusto, y los buenos libros se apolillan en los estantes sin que nadie los solicite; así es que como el escritor, el editor y hasta el distribuidor tienen que vivir, se edita lo que el público exige; por eso ve usted tanto libro que sin tener verdadero valor literario, alcanza en sus ediciones cifras estratosféricas. Todo consiste en darle al clavo, escribiendo lo que el grueso de los lectores desea.

—Es cierto. Lo único que siento es que mañana es domingo y no tengo, en casa, nada para leer.

—Si me lo permite, puedo buscarle algo en mi pequeña biblioteca.

—No sabes cuánto te lo voy a agradecer. Es horrible en un día de asueto no tener un buen libro a mano.

—Nada tiene que agradecerme, maestra, ya sabe que como siempre estamos para servirla. A ver, déjeme recordar qué cosa puedo prestarle que usted no conozca… ¿Le gustan las novelas?

—Siempre que estén bien escritas…

—Conoce... ¿La leyenda de Gosta Berling de Selma Lagerlof?

—Ya la leí hace tiempo.

—Espere, permítame un momento. Estoy buscando en mi memoria un libro que no vaya a resultarle ni demasiado frívolo ni demasiado… bueno, usted ya sabe a qué me refiero –se disculpó sin atreverse a concluir la frase, lo que no impidió que a la maestra se le subieran todos los colores a la cara-. ¿Qué le parece Visión de Anáhuac, de nuestro Alfonso Reyes…? Si no lo conoce va a gustarle muchísimo. Es un libro exquisito, cautivador y está escrito con el talento que caracteriza a todas las obras de este gran esteta de la palabra.

—No lo conozco, pero he oído acerca de él críticas muy elogiosas.

—Entonces dentro de unos momentos se lo mando a su casa con uno de mis chicos.

—Gracias, eres muy amable y no sabes cuánto te lo agradezco –aceptó sonriente, despidiéndose, aunque en el fondo se dijo que a lo mejor le resultaba aburrido, en lugar del que tenía pensado adquirir y cuyo placer saboreara de antemano toda la semana.

Le echó una última mirada a su libro, temblando de que alguien fuese a llevárselo, y después de saludar a dos o tres personas más, salió de la librería prometiéndose que el lunes sin falta, antes de entrar a la escuela, pasaría por él. Tenía días que estaba allí, tal vez esperándola, solo que hasta ahora había logrado completar lo que costaba.

Voy a tener que hablarle a Georgina seriamente acerca de ese aumento de sueldo –se dijo, pensando, no sin cierto temor, en enfrentarse a la señora Veraza-. Los libros han subido mucho de precio y a mí no me alcanza ningún dinero.

Doris, Polly, Maggie y Patty se tropezaron con ella en esos momentos y la saludaron cariñosamente, preguntándole las cuatro al mismo tiempo, cómo se encontraba.

—Bien gracias. Y a ustedes ¿cómo les va en la secundaria…? ¿Están muy duros los estudios…? –quiso saber, pues las cuatro habían sido sus alumnas.

—Bastante –aceptó Maggie.

—Ni se crea, maestra –le rebatió Doris, que como no estudiaba gran cosa, no le preocupaban.

—Yo estoy muy contenta –aseguró Patricia, una muchachita muy aplicada y que siempre, desde la primaria, se había distinguido alcanzando los primeros lugares.

—¿Y cómo están por tu casa, Leopoldina? –inquirió la maestra que cultivaba buena amistad con los padres de la chica.

Al oírse llamar así, Polly brincó como si un áspid la hubiera picado. Odiaba el nombre que, por una de esas costumbritas absurdas de reponer los patronímicos de los parientes, había heredado de su abuela materna, y su odio envolvía también a ésta por el legado, aun cuando ni siquiera la había conocido.

Le costó trabajo y tiempo crearse el diminutivo, había necesitado de todo su tesón y firmeza, para lograr que todos la

llamaran por él, como si fuese su nombre verdadero, la maestra Irene era la única que parecía no poder olvidar el odioso Leopoldina.

—Todos estamos bien –replicó, sin poder evitar que la voz le sonase áspera, y sin darle siquiera las gracias.

—Entonces, ahí nos vemos –se despidió la señorita Wilkinson-. Ya es tarde y ustedes irán al jardín a dar la vuelta –concluyó, sin captar el desagrado de la muchacha.

—Naturalmente nosotras nos vamos al jardín –contestó ésta, con una entonación que ella juzgó cargada de ironía.

—Hacen bien, muchachas, diviértanse todo lo que puedan, que la vida es fugaz como una mariposa, -soltó la maestra, a quien a veces le daba por hacer frases, y con un "hasta la vista" se alejó del grupo.

—Diviértanse chicas, que la juventud es fugaz como una mariposa –repitió Polly remedándola.

—Ey, tú, ¿qué mosca te ha picado? –se indignó Patricia, que quería mucho a su maestra.

—¿Qué no se dieron cuenta que la llamó Leopoldina? -les señaló Doris, lanzando una franca carcajada.

—¿A poco a ti te gusta que te digan Dorotea?

—No te voy a decir que me guste, pero si me lo dicen me lo aguanto, al fin ese es mi verdadero nombre, como el tuyo es Leopoldina y ni raspado te lo quitas.

—Si me vuelves a llamar así, me largo a mi casa.

—No es para tanto Polly, Doris sólo estaba jugando –intervino Patricia conciliadora.

—Es cierto, perdóname, yo también odio el Dorotea, pero así me llama mi mamá cuando está enojada y tengo que soportárselo.

—A mí me gusta mucho mi nombre –se ufanó Margarita-. ¿No les parece que es muy dulce? -preguntó afanosa, pero nadie se molestó en contestarle.

—No sé cómo le ensartan a uno cualquier nombrecito sólo porque así se llamó la abuela o la tía –rezongó Polly con amargura-. Lo único que sacan es que uno llegue a odiarlas. El día que yo tenga una hija voy a buscarle un nombre del que pueda sentirse orgullosa.

—Yo leí en algún lado que el nombre influye sobre el destino de las personas haciéndolas sentirse felices o desdichadas –aseguró Doris.

—Pues lo que es el mío debe de tener una suerte negra, como la mía –gimió la descontenta.

—Polly suena bonito –trató de consolarla Patricia-. Hay una artista de cine que así firma y es muy guapa y muy famosa –inventó para darle ánimos a la atribulada muchacha.

—Es bonito, pero parece que hay gente que no puede olvidarse del odioso Leopoldina –concluyó, refiriéndose a la maestra.

—Bueno, ¿vamos por el libro o qué? –se impacientó Margarita, a quien la charla de sus amigas, en esos momentos, no le interesaba.

—Ahorita hay mucha gente, vamos a esperar a que salgan –cuchicheó Patricia.

—¿A poco ya te estás rajando? –quiso picarla Doris.

—No me estoy rajando, solo les estoy proponiendo que esperemos a que haya menos gente. ¿Ya se les olvidó de quién fue la idea?

—¿Cuánto es que cuesta? –quiso saber Polly.

—Cuarenta pesos. Me fijé bien en el precio el otro día –aseveró Patricia.

—¿Y no nos lo dejarían en menos? –se atrevió a insinuar, pues la verdad era que en su casa las cosas andaban muy mal económicamente y ella siempre se hallaba corta de dinero.

—¿Estás loca? –se indignó Doris-. ¿Tú crees que se puede pedir rebaja en un libro de esa clase?

—Esperaremos a que esté sola la chamaca para entrar, se lo pediremos, pagaremos y saldremos rápidamente, de modo que nadie vaya a darse cuenta qué es lo que hemos comprado –propuso Patricia.

—¿A poco es un libro malo? –se asustó Margarita, que era una chiquilla completamente ingenua.

—Malo no –aclaró Patty ofendida-. Es un libro científico y escrito por un médico, pero no tenemos que enterar a todo el mundo de que nos interesan los problemas sexuales. Ya saben cómo es la gente de mal pensada.

—Tiene razón Patricia –asintió Doris-. ¿Te atreverías a preguntarle a tu mamá ciertas cosas..., "verdad que nones"?

—Claro que no –aceptó la chiquilla-, hay muchos misterios que quisiera conocer, pero que si le pregunto a mi mamá, me larga un par de cachetadas.

—Ahí tienes, pues para eso es el libro, para averiguar todo lo que nos interesa saber acerca de los hombres –aclaró Patricia, que como era la mayor del grupo, llevaba la voz cantante.

—Miren, ahorita no hay nadie –anunció Doris entusiasmada, pues el establecimiento se había vaciado repentinamente, tal vez porque ya se acercaba la hora de la merienda.

—Pero está el dueño y con él me da vergüenza –observó Patricia-, los hombres son muy maliciosos. Como ya va siendo hora de cenar, él va a salir dejando sola a la muchacha y entonces podemos aprovechar para comprarlo.

—¿Y mientras dónde nos metemos? –se impacientó Margarita.

—¿Qué les parece si "nos hacemos guajes" mirando los aparadores de la esquina? –sugirió Doris.

Todas aceptaron, pero al llegar allí se armó otra discusión, esta vez sobre quién pediría el libro.

—Pídelo tú, Doris –propuso Patricia.

—¿Qué nada más yo tengo lengua…?

—No, pero eres la menos penosa –observó Polly.

—Que lo compre Patricia que es la mayor –propuso Margarita y la otra aceptó, diciendo:

—Sale, a mí me da lo mismo, pero primero venga la lana. Son diez pesos por piocha.

Abrieron sus monederos y cada una entregó a Patricia su aportación para la compra del libro que había despertado su curiosidad de adolescentes.

Como calcularan, luego de unos momentos el dueño de la librería salió a cenar y las jóvenes entraron muy circunspectas, una detrás de la otra.

—Dispense, ¿podría decirnos cuánto vale ese libro? –preguntó la mayor, dirigiéndose a la empleada.

La dependienta lo tomó indiferente, le buscó el precio y les informó:

—Cuarenta pesos, ¿lo quieren?

—¿No nos lo podría dejar en algo menos? –inquirió Polly tímidamente, ante la mirada asesina de las demás.

—Yo no estoy autorizada, pero si esperan a que el dueño regrese, tal vez él pueda hacerles una rebaja.

—No se moleste, envuélvanoslo por favor –indicó Patricia, fulminando con los ojos a la pobre Polly-. De todos modos nos hace falta, pues nos lo exige la maestra de Biología –concluyó enrojeciendo, consciente de la mentira.

—Pero el dueño ya no tarda y tal vez él pueda rebajárselos –insistió la encargada-. A los estudiantes siempre les hace un precio especial.

—No se preocupe, el valor no importa y tenemos prisa –aseguró Doris, codeando disimuladamente a Patricia para que se apresurara a pagar.

Ésta, comprendiendo la señal, sacó muy seria los cuatro billetes de a diez pesos y los puso sobre el mostrador.

—Como gusten –aceptó la dependienta, mientras tomaba el volumen para envolverlo.

Entró en esos momentos un matrimonio y pidió el diario del día, pero por suerte el libro ya estaba a salvo, en manos de la mayor de las muchachas.

Cuando salían, Polly codeó a Margarita, diciéndole:

—Mira quién va ahí...

—La chiquilla volteó y alcanzó a ver cómo una motocicleta se perdía calle abajo a toda velocidad, envuelta en un ruido estruendoso, pues llevaba abierto el escape. Al reconocer en el ocupante, la airosa figura de Guillermo Guerra, se puso colorada como un tomate.

—Es un loco –comentó patricia-. A ver si no se hace papilla un día de éstos.

—Cómo eres... -mofóse Polly-. Si le pasara algo a Billie, Margarita se moriría de tristeza.

—No se burlen -pidió la chiquilla-. ¿Tengo acaso la culpa de estar enamorada?

—Pues ya puedes ir perdiendo las esperanzas –aseveró Doris, a quien el muchacho también le gustaba bastante, sólo que no era tan ingenua como para aceptarlo delante de sus

compañeras-. Ese Romeo no se fijará nunca en ti, le gustan crecidas y con experiencia.

Margarita, sintiendo que su amiga tenía toda la razón, no se atrevió siquiera a contestarle. Efectivamente –se dijo-. ¿quién era ella para conquistar a un muchacho tan apuesto como un galán de cine y detrás del cual andaban todas las chicas de la secundaria y muchas otras más? Es verdad que él la miraba bastante y muchas veces hasta le daba la impresión de que deseaba acercársele, pero aun así, no se hacía ilusiones y se conformaba con soñar con él y contarle a sus amigas cómo lo adoraba.

—Ábrelo –pidió Polly que era sumamente curiosa, refiriéndose al libro que acababan de adquirir.

—¿Cómo crees que voy a destaparlo en plena calle? –se indignó Patricia. -¿Estás loca? Si quieren, mañana nos reunimos en mi casa, después de misa, y si le digo a mi mami que estamos estudiando porque el lunes tenemos prueba, ella se encargará de que nadie nos moleste.

—Me parece muy buena idea –asintió Polly.

—Además, no decimos mentiras, porque lo del examen es cierto; sólo que yo voy a estudiar ahora en la noche para no tener mañana ningún pendiente. Y llegando a mi casa voy a forrarlo, para que nadie sepa de qué se trata.

—¿Y el libro enseña cómo conquistar a los hombres? –inquirió Maggie, con deliciosa ingenuidad.

—Esa tonta cree que allí le van a decir lo que debe de hacer para atraerse a Billie –ironizó Doris-. Esas cosas no vienen en los libros, se aprenden solas –afirmó, alardeando de una gran experiencia.

—Yo sí creo que debe de hablar de eso, porque si no, no tendría chiste –observó Patricia, reconociendo, en cierta forma, su ignorancia.

—No me refería a él –protestó Margarita dolida-, hablaba de los hombres en general.

Al llegar a la esquina donde estaba ubicada la Nevería Regia, Polly anunció:

—Bueno, niñas, aquí se rompió una taza, cada quien para su casa –pues era allí donde solían separarse siempre.

—¿No es que íbamos a dar la vuelta al jardín?- preguntó Doris.

—Yo no puedo, porque si llego tarde, me regañan –aclaró Maggie.

Esto era cierto, pero además, como ya había visto a su amado ignoto, se sentía completamente satisfecha y sin deseos de nada más.

—Lo dejamos mejor para mañana domingo –propuso Polly.

—Me parece bien y así aprovechamos para estudiar hoy –aceptó Patricia, y como nadie protestara les indicó-: -Entonces, les espero mañana.

—¿Cómo a qué horas…? –quiso saber Margarita.

—¿Qué les parece después de la misa de 11, para que tengamos tiempo de leer bastante? –era Doris la que proponía la hora, y con un "juega", exclamado al unísono, se cerró la discusión.

—Entonces así quedamos, procuren ser puntuales –recomendó la que iba a servirles de anfitriona.

—No se vale que empieces a leerlo sin nosotras –era Margarita la que hablaba ahora.

—Si te lo quieres llevar tú, para que no digas que les tomo ventaja -le sugirió patricia, molesta por la falta de confianza.

—¡Ni Dios lo quiera! Si mi padre me ve un libro de esos, me mata. Ya saben cómo es con nosotros, sólo te lo decía de broma.

—Cuídalo mucho –recomendó Doris.

—Oye, ¿y qué crees que puedo hacer con él? –rezongó Patricia de franco mal humor, pues ya sus amigas le estaban colmando la paciencia-. Ni modo que me lo coma.

—Era solo una guasa, no te enojes. Nos vemos mañana –y diciendo esto, emprendió la retirada.

—Estén temprano.

—No falten.

—Les espero.

Cómo hemos de faltar –pensaba Margarita, cuando el grupo se dispersó y cada una tomó por un rumbo diferente-. Yo por lo menos, no me lo pierdo, aunque tenga que inventar

una novela para que me permitan ir. Hay tantas cosas que deseo saber y que no me atrevo a preguntarle a nadie, y menos que a nadie a mi mamá.

La chamaca tenía razón al no querer exponer a sus padres las dudas que la asaltaban continuamente acerca de las cuestiones sexuales, propias de la edad de transición en la que se encontraba, pues éstos nunca hubiesen sabido comprenderla.

La madre, decepcionada totalmente de un hombre que desde la noche de bodas se mostró con ella brutal y desconsiderado, había llegado a odiar y a temer todo lo que se relacionara con el sexo. Sin embargo, cada vez que su marido se lo exigía, cumplía sus deberes maritales, pero no sólo sin derivar de ello el más mínimo placer, sino sintiéndose íntimamente ultrajada; pero como pensaba que todos los maridos eran iguales, se le sometía con la docilidad no de una compañera sino de una esclava.

Además, al poco tiempo de casada se había enterado de que su esposo mantenía a dos o tres queridas en distintos rumbos de la ciudad, cosa que acabó por aceptar sin una palabra de reproche; pues en un ambiente donde la mujer es educada para obedecer, jamás se hubiese atrevido a reclamarle nada.

Como someterse al marido en el acto sexual constituía para ella un tormento y una humillación, le echaba la culpa al sexo de todas sus desdichas y, con el alma, hubiese deseado preservar a sus hijos, sobre todo a las mujeres, de ese virus maligno.

Cuando a Margarita le contaron en la escuela que los encargos de los niños a París y la cigüeña eran un mito, la chiquilla quiso saber qué hacia un matrimonio para encargar un bebé, pero la madre se horrorizó con la pregunta y la reprendió duramente, diciéndole que el Diablo ponía en su cabeza esos pensamientos malignos para pervertirla y alejarla de Dios; lo que no sólo no aclaró las dudas de la chamaca, sino que la perturbó terriblemente, haciéndole sentir pecaminosa una curiosidad completamente natural.

Con su padre la cosa era peor. Martín Villaseñor era un hombre como hay tantos. A pesar de sentir una gran debilidad por el bello sexo, o tal vez a causa de ello, creía firmemente que a la propia mujer había que mantenerla bajo el yugo

porque el hombre que hacía de su esposa una compañera estaba perdido.

Doña Chonita no podía salir sola ni a la puerta de su casa, pues él se lo tenía estrictamente prohibido; en gran parte por temor a que le contaran sus líos con faldas, que no le faltaban; pues como ella nunca había reclamado nada, pensaba ingenuamente que ignoraba sus picardías.

Margarita escuchaba en la calle comentarios referentes a las andanzas amorosas de su progenitor, que eran de fama, pero como su madre le repetía una y otra vez que todos los hombres eran iguales y que la mujer había sido creada para aguantar y perdonar, ni siquiera en su fuero interno se atrevía a reprocharle su conducta. Es más, lo amaba y lo respetaba, pero sobre todo lo temía.

Villaseñor tenía prohibido a sus hijos toda clase de diversiones porque, según su criterio, los bailes y el cine eran centros donde la juventud sólo llegaba a pervertirse. Pero fuera de esta rigidez en sus costumbres, que les imponía quisiéranlo o no, era bastante cariñoso con ellos; se interesaba en sus estudios y procuraba que nada material les hiciera falta, ni siquiera lo superfluo, pues la hacienda le rendía magníficas entradas que daban para eso y para más. Así es que si alguien hubiese tratado de hacerle ver que no bastaba eso para ser considerado buen padre y esposo, se hubiese indignado sinceramente, pues creía que por razones de su sexo, todo le estaba permitido.

7

Después de la lluvia que inesperadamente cayó en la madrugada, el domingo amaneció con la cara recién lavada, luciendo un cielo terso y azul que ni una nube se atrevía a perturbar.

—Mañana deberías de venir a la playa con nosotros –habíale dicho su madrina a Zoila la noche anterior, mientras ultimaban los preparativos del paseo dominical-. Trabajas encerrada toda la semana, asolearte un poco y respirar aire puro no te vendría mal.

—Ya sabe usted que el mar no me atrae –rezongó la aludida-, así es que no tiene caso que les acompañe. Prefiero aprovechar el único día libre que tengo durmiendo toda la mañana.

—Pero si de todos modos madrugas para ir a misa…

—Te resultaría venir con nosotros. Anda, ¿por qué no te animas?

Por un instante se sintió acorralada sin saber cómo negarse y que su madrina no se molestara o pensara que era poco cortés al rehusar; pero pensando rápido replicó:

—Le voy a ser franca, es que ponen una buena película y quedé con Virginia en que iríamos al cine temprano, y ustedes regresan siempre muy tarde.

—Ah, eso sí –afirmó la dueña de la casa-, pero de todos modos te sentaría bien salir al campo alguna vez.

—Es cierto que me levanto temprano para ir a misa –aceptó, deseando dejar zanjada la cuestión de una vez por todas-, pero luego me duermo todo el día, lo que me aprovecha más que esos paseos ajetreados que ustedes acostumbran hacer. Además, el domingo es el único día que tengo libre para arreglar mi ropa. Se lo agradezco mucho pero prefiero quedarme.

—Como quieras –terminó por aceptar la señora, y fue así como Zoila se libró de un paseo que no le atraía lo más mínimo.

Recordaba las veces en que por complacerla había accedido a acompañarlos, y la verdad era que no le quedaban ganas de repetir la experiencia.

Se juntaban siempre para esos "pasadías" dos o tres matrimonios amigos de sus padrinos y el montón de criaturas; y mientras los mayores se entregaban a sus diversiones o se enzarzaban en charlas que a ella no le ofrecían el menor interés, terminaba por dedicarse a cuidar niños, a los de casa y a los ajenos, porque no podía ver con tranquilidad cómo se metían al agua peligrosamente o se atravesaban a los vehículos que circulaban por la playa ante la indiferencia de los padres, quienes los dejaban por completo al cuidado de fámulas totalmente irresponsables. Por otra parte, como era la única que iba sin pareja, se sentía extraña y fuera de lugar entre el grupo que formaban los matrimonios.

Muy temprano estuvo escuchando, desde su alcoba, los preparativos para la salida; las órdenes de su madrina a las criadas y los gritos alborozados de los chiquillos que se sentían excitados ante la perspectiva del paseo. Ella, temiendo que volviesen a insistir en la invitación, se hizo la dormida y sólo respiro tranquila cuando escuchó el ruido del motor del carro que arrancaba.

Durmió otro rato y cuando se levantó de la cama faltaban unos cuantos minutos para las siete. Se vistió a toda prisa, tomó su misal y su mantilla y se dirigió a la iglesia de Santa Úrsula que le quedaba a unas cuantas cuadras de su casa; así es que cuando llegó daban la última llamada.

El templo se hallaba poco concurrido, pues por lo general a la gente no le gusta madrugar. Una que otra mujer humilde con dos o tres criaturas cada una, algunas sirvientas de casa grande, que sólo a esa hora podían cumplir con sus deberes religiosos y unas cuantas viejecitas tempraneras y devotas formaban la concurrencia.

Se acercó al confesionario y se arrodilló aguardando su turno, después de dos mujeres; pero estuvo tentada a levantarse

cuando cayó en la cuenta que el sacerdote que se encontraba dentro, no era el mismo de siempre. Aquel era un viejecito encantador y bondadoso con quien tenía extrema confianza; ahora, en cambio, se trataba de un hombre joven y bien parecido a quien nunca antes había visto.

Hubiera querido retirarse, pues la turbaba tener que confesarse con un desconocido; pero no se atrevió a llevar a cabo su propósito, temiendo que su actitud llamara la atención de las otras mujeres; además, mientras lo pensaba habían pasado las que le precedían y le tocaba su turno.

—Ave María Purísima –dijo el sacerdote con voz clara.

—Sin pecado concebido –alcanzó a murmurar.

—¿Quieres decir tus pecados o prefieres que te los pregunte? –la interrogó el ministro; pero eran tales sus nervios que la voz se le estranguló en la garganta y no pudo contestarle.

Con el otro sacerdote con quien se confesaba desde hacía mucho tiempo todo era distinto. Se sentía ante él con una gran seguridad, y como sus pecados eran siempre los mismos, se limitaba a repetirlos domingo a domingo, como quien reza una letanía.

—Padre, acúsome de murmurar de los demás… ¡Me acuso, Padre, de espiar a mis vecinas cuando se besan con sus novios! ¡Acúsome! –añadía algunas veces- de ser soberbia y pensar que soy bonita.

—Hija –le decía el santo anciano-, tus pecados son graves y debes tratar de corregirlos. Reza tres credos y seis avemarías. Le daba luego la absolución y ella retornaba a su lugar para cumplir la penitencia impuesta y a prepararse para recibir la sagrada comunión.

Éste de ahora, en cambió, empezó a preguntarle cosas mucho muy extrañas cuyo significado ni siquiera comprendió.

Cuando inquirió si se permitía libertades con su novio o con algún otro hombre, le contestó muy ofendida que nunca lo había tenido.

—Rece un padrenuestro –indicó el sacerdote con indiferencia.

Jamás le habían impuesto una penitencia tan leve, pero se dio cuenta de que, turbada por el extraño interrogatorio, ni siquiera se había acordado de confesar sus pecados habitua-

les. Antes de levantarse, alcanzó a preguntarle si podía hacer penitencia.

—Tú no la necesitas –aseguró el padre benévolamente-, pero si lo desea, puedes hacerla por tantos pecadores a quienes les hace falta y que nunca se acuerdan de Dios.

Estas palabras la llenaron de gozo. Haría penitencia no sólo por ella sino por los demás: por sus amigas que pecaban tanto y muchas de las cuales ni siquiera asistían a misa o no se confesaban jamás; por el hijo de su madrina, que andaba siempre en enredos de mujeres y borracheras, y hasta por tantos seres a quienes ni siquiera conocía, pero cuyas almas ayudaría tal vez a salvar.

Oyó la misa en un extraño estado de exaltación; pero cuando llegó el momento de acercarse al altar a recibir la Sagrada Forma, no se atrevió a moverse de su lugar.

Cuando salió de la iglesia prometió no volverse a acercar al confesionario sin antes cerciorarse de quién lo ocupaba. Sin embargo, se sentía contenta; ahora sabía que podía hacer penitencia no sólo por sus pecados sino por los de los demás, y este pensamiento le produjo una honda emoción, que la hizo apretar el paso, ansiosa de llegar a su casa.

Reinaba en la vivienda un silencio absoluto que contrastaba maravillosamente con el ruido constante y ensordecedor en la que se veía envuelta toda la semana. Una casa en la que abundaban las criaturas, por razón natural tenía que escucharse golpes, pleitos, gritos y regaños; ahora en cambio, le parecía haber sido transportada a un mundo diferente, a un oasis de ensueño.

¡Qué belleza poseía el silencio…! ¡Qué hermosa era la tranquilidad! El sosiego era en esos momentos tan sólido que casi podía palparlo, como si se tratase de una cosa material. Se le antojó el desatinado pensamiento de que le gustaría guardar un poco de ese silencio y de esa paz, dentro de un pomo, como se guarda una esencia que se ama, para disfrutarla cuando es casi imposible obtenerla; pero riéndose de su ocurrencia, se trató de loca.

Entró en su recamara y le echó llave por dentro sin poder contener un suspiro de satisfacción. Más cuando se disponía a desvestirse para ponerse cómoda, oyó que tocaban la puerta.

Había veces que optaba por hacerse la sorda hasta que el importuno se fastidiaba de llamar y se retiraba pensando que no había nadie en casa; pero la curiosidad pudo más en ella y se asomó a la ventana a ver quién era.

Sus visitantes eran Felipe y Susana, y como ésta sabía que nunca acompañaba a sus padrinos en los paseos que acostumbraban a hacer casi todos los domingos fuera de la ciudad, tuvo que bajar y abrirles.

Habían ido a invitarla para que fuera con ellos a dar una vuelta en carro.

—Fíjate que precisamente en estos momentos me iba a acostar porque no me siento bien –mintió a medias, disculpándose-, me está doliendo un poco la cabeza. La verdad –replicó con acento de desesperación- es que anoche casi no dormí y me estoy cayendo de sueño. De todos modos se los agradezco mucho –añadió, simulando un bostezo-. Otro día con todo gusto les acompaño –concluyó, dando por terminada la conversación.

—Como quieras –aceptó Susana-, sin poder reprimir una nota de despecho pues no le gustaba verse desairada-. Sabíamos que estabas sola y por eso pensamos que te agradaría venir a dar la vuelta, pero si no quieres, allá tú. Vamos –le indicó a su novio, iniciando la retirada.

—Que se diviertan –alcanzó a desearles, pero no obtuvo contestación.

Zoila se encogió de hombros ante el enojo de su amiga. "No sé para qué me quieren –se dijo con amargura-. Si es para que yo los vea acariciarse, pierden el tiempo, pues una cosa es espiarlos cuando ellos ni siquiera se lo imaginan, y otra muy diferente que se muestren faltos de delicadeza delante de uno. Tal vez lo hagan por causarme envidia, pero conmigo se equivocan porque eso no me interesa. La prueba está en que si quisiera tendría con quién hacerlo, y no con un pelagatos como Felipe sino con alguien que valiera la pena. Él es sólo un pobre mecánico… pero tienen unas manos grandes, hermosas y duras, de dedos fuertes y gruesos –reconoció de pronto, pues por primera vez había reparado en ellas-. Cuando aprieten han de lastimar, han de doler cuando castigan"

-se dijo, pero asustada por estos pensamientos trató de olvidar a la pareja.

Subió de nuevo a su cuarto y volvió a echar llave, jurándose no abrirle a nadie, aunque le derrumbaran la puerta.

8

—Ya vengo mami, voy a misa –se despidió Virginia, besando a su madre cariñosamente.

—¿No es muy temprano todavía? –preguntó la señora, desde su silla de ruedas, pues hacía muchos años que una funesta enfermedad la había dejado inválida.

—Falta un cuarto, pero ya sabes que Ivonne nunca está lista, siempre tengo que ir a carrerearla.

Y en efecto, cuando llegó a casa de su amiga, ésta todavía se encontraba desayunando.

—Apúrate que ya van a dar las doce –le urgió la recién llegada-. Ya tocaron el segundo –señaló, refiriéndose a los tres repiques con los que, la campana de la iglesia, recordaba a los fieles su obligación de asistir a misa.

—¿A que no adivinas con quién bailé anoche…? –preguntó la muchacha, sin hacer el menor caso de los apuros de su amiga.

—Soy muy mala para las adivinanzas. ¿Con quién bailaste?

—Con tu chamaco, con Alfredo –le informó con una picara sonrisa, creyendo haberle soltado una bomba atómica, pero se sintió decepcionada al ver que la otra tomaba la noticia con la mayor naturalidad.

—Creí que se trataba de alguien más interesante.

—Me dijo que tú le gustabas mucho pero que eras demasiado seria; que a él le atraían las mujeres menos estiradas.

—Tiene razón –aceptó la joven, con cierta amargura-, soy demasiado adusta, pero no pienso cambiar sólo por darle gusto.

—Eso mismo le contesté, que siempre habías sido muy seria. Nada más una tanda bailó conmigo –se sintió obligada a aclarar-, luego lo acaparó la Julia esa, toda la noche. Me imagino que me invitó para tener el pretexto de preguntarme por ti.

—No creo que le interese tanto mi humilde persona –aseguró sincera-. Y luego ¿con quién bailaste…? –se interesó, tratando de desviar la conversación de un tema que, a pesar de todo, la mortificaba.

—Vieras que no se puso muy bueno; porque como de costumbre, los hombres brillaban por su ausencia. Bailé una tanda con un militarcito que no estaba tan mal, pero que luego se me desapareció del mapa. No sé si se salió o lo pescaron por ahí, pero el caso es que no volví a verlo en toda la noche; dos más con el viajero de Thompson que, cuando anda por aquí nunca me desampara y la que bailé con tu chamaco.

—Ya no es mi chamaco –protestó Virginia.

—Bueno, tu ex o como quieras –concedió sonriendo-, de algún modo tenemos que llamarlo, ¿no?

—Pues con que le digas Alfredo, está listo. Y apúrate que si no ya no oímos misa.

—Si llegamos al Evangelio nos ahorramos un pedazo y de todos modos nos aprovecha –aseveró Ivonne por molestarla.

—Pero a mí me gusta oírla completa, así es que si no te apuras, me voy sola y me alcanzas allá –la amenazó, haciendo amago de dejarla.

—No te creo capaz... -le aseguró mimosa.

—Pues entonces, date prisa.

—En un instante estoy lista –prometió, metiéndose a su recámara a arreglarse; pero como Virginia temía, cuando llegaron a la iglesia, ya la misa había comenzado.

Como habían quedado, allí se reunieron con Cynthia y Estrella para al terminar la misa dar la vuelta.

—Ahí va la presumida de Ligia –observó Estrella-. Ni siquiera saluda, y todo porque anda estrenando chamaco.

—Se cree la divina garza –asentó Ivonne.

—A ver si éste le dura –comentó Cynthia-. No sé por qué, pero a como se le acercan se le van, y tenemos que reconocer que es guapa.

—Niñas, no murmuren que estamos en la iglesia –las amonestó Virginia, pero al momento pudo en ella más la curiosidad y preguntó-: ¿Quién es él?

—Dicen que es ingeniero –les informó Estrella.

—Bah, todo el que viene aquí se cree ingeniero o se lo hace creer a los demás –se burló Ivonne-, aunque sólo sean de esos que andan midiendo las calles. Cuando sepa lo que ella gana, no duraran mucho… ya lo verán.

—¿Es cierto que percibe un sueldo fabuloso? –quiso saber la chiquilla.

—Eso dicen. La verdad es que echa un lujo… Yo creo que estrena todos los domingos. Además, sus padres son bastante ricos –aseveró Estrella.

—Se quieren callar… -les rogó Virginia, dándose cuenta de que algunas personas de la fila de adelante volteaban insistentemente, reprobando, con sus miradas, el nutrido cuchicheo.

Durante unos segundos el grupo pareció sumirse devotamente en la lectura de sus respectivos misales pero al ver entrar a una pareja, Estrella observó:

—Vean a Miriam, ya no puede disimular la barriga.

—¿Y qué tiene de raro? –ironizó Ivonne-. Para eso tiene marido ¿no?

—Es que dicen que el asunto ya estaba adelantado cuando se casaron –afirmó Estrella-; y ahora, por más que se aprieta, no deja de notársele.

—Y qué importa si ya tiene quien responda por ello –aseguró Ivonne, siempre liberal.

Virginia volvió a callarlas, pero luego de un momento se le acercó Cynthia y le secreteó:

—Fíjate que no me han escrito…

—Pero niña, si apenas ayer se fue, no pidas milagros.

—¿Y no crees que debería haberme puesto siquiera un telegrama? –inquirió la ilusionada joven.

—Ya te escribirá, ten paciencia –le aconsejó, con dulzura, la mayor.

El sacristán tocó en esos momentos la campanita que anunciaba el instante solemne de la Elevación y el cuchicheo cesó, arrodillándose todas para participar devotamente en la parte más conmovedora de la misa.

Estaba haciendo un calor agobiante y el resto del servicio se les hizo eterno, pero al fin concluyó. Antes de salir de la iglesia se dispersaron dirigiéndose a hacer sus oraciones especiales cada quien frente a la imagen del santo de su devoción.

Cynthia se arrodilló ante la de San Antonio, pues había oído decir que a este santo le gustaba en especial ayudar a los enamorados, y oró apasionadamente: "Señor, haz que no me olvide y que me escriba pronto; por favor, San Antonio. ¡Lo quiero tanto...!"

Estrella, en cambio, suplicaba ante la imagen de Santa Úrsula: Que yo me divierta hoy en la noche, te lo suplico, haz que yo 'pesque algo bueno'. Se dio cuenta de pronto de lo impropio del verbo pescar y lo cambió rápidamente implorando: Que yo encuentre ya el amor verdadero, un hombre bueno y que me quiera, pero pronto porque los años se van y yo ya voy a cumplir… -aquí se detuvo, quedándose callada; estaba tan acostumbrada a quitarse la edad que a veces ya no sabía cuántos tenía en realidad-, bueno, tú lo sabes mejor que yo, así es que apúrate.

Ivonne rezó sin pedir nada. En esos instantes no deseaba nada en especial, y además no estaba muy segura de que los santos del cielo se ocupasen de los pequeños problemas y congojas constantes de los míseros habitantes de nuestro planeta, así es que prefería no referirse a nada personal. Por otra parte, cuando lo de Lucio, había implorado tanto sin ser oída que, en cierta forma, su fe en los milagros se había enfriado considerablemente.

Delante de la imagen de la Virgen de Guadalupe, Virginia oraba por la salud de su madre, que constituía su eterna preocupación, pero cuando llegó a las oraciones que servían para pedir favores especiales no encontró qué solicitar y se quedó callada. Ella, al contrario de Ivonne, creía firmemente que Dios disponía todos los hechos y acciones de los seres humanos, desde los que parecían tener verdadera trascendencia, hasta los más insignificantes; pero en esos momentos no hubiese sabido decir qué podría haberla hecho feliz. El amor, sí, la eterna obsesión, lo único realmente importante en la vida; pero no podía pedir que Alfredo no fuese casado, porque los

santos, aunque hacen milagros –se dijo-, no pueden ir contra los hechos consumados, por lo que no debía solicitárseles cosas imposibles, pues era tanto como tratar de desafiar su poder. Además –convino-, en este caso ni siquiera valía la pena. Cuando lo de José Mariano, entonces sí, tal vez hubiera sido distinto.

Sentía el corazón completamente vacío, sin rencor ni sufrimiento. Sólo quedaba en él una desolación enorme, y el viejo, el eterno hastío al que ya casi estaba acostumbrada.

"Que a tiempo lo supe" –reconoció, mientras se reunía con sus amigas en el atrio de la iglesia.

—¿Cuándo se casarán esos? –preguntó Cynthia, señalando a Angelina de la Torre y a Mendocita, los novios eternos, quienes en esos instantes, abordaban el poderoso auto del solterón.

—Creo que primero me voy a casar yo, que ni chamaco tengo –se burló Ivonne-. Cuidado que la ha hecho perder el tiempo; yo que ella desde cuando lo hubiera mandado al diablo.

—Igual yo –corroboró Estrella-. Más vale sola que mal acompañada.

En el fondo todas reconocieron que era muy triste estar siempre solitaria y que un novio, aunque fuese como Mendocita, no dejaba de constituir un aliciente. Alguien que la atendiera a una en los bailes, alguien, en fin, que llenara la vida aunque sólo fuese con promesas.

—Quizá lo quiera y por eso no lo deja –dijo Virginia.

—Ya es tarde para que lo suelte –saltó Ivonne-. Eso debería de haberlo hecho cuando todavía tenía chance de conquistarse a otro. Ahora ya le sería muy difícil, así es que no le queda más que aguantarse, a ver si es cola y pega…

—¿Y cómo podía ella adivinar que el noviazgo iba a eternizarse? –le planteó Virginia.

—Pues chiquita –aseguró Ivonne, impetuosa como siempre-, si al año o dos de relaciones veo que el asunto no da color, a otra cosa mariposa y que le vaya a hacer perder el tiempo a la más vieja de su casa… -concluyó con una carcajada.

—Con razón a ti no te duran ni un mes –rió Cynthia-. Los cambias como paños de agua caliente.

—Suerte que una tiene –aseguró con un dejo de ironía-. A rey muerto, rey puesto. No soy yo de las que va a amargarse por una decepción. Si uno no promete, que ahueque el ala y deje el campo libre. Esos que son como el perro del hortelano que ni comen ni dejan comer, no me los den a mí.

—Pero para poder actuar así se necesita un carácter especial –opinó Virginia.

—El carácter se lo hace uno –afirmó la muchacha, recordando que no siempre había sido como era ahora.

Como si la evocación de su pasado hubiese traído al ambiente un nombre, dijo Cynthia:

—¿Se fijaron en las amonestaciones que leyó el padre?

—No las oímos –aclaró Virginia-, pues ésta, como siempre, me hizo llegar después del Evangelio. ¿Dijeron de alguien conocido?

—Sí, las de Lucio Mendiola con Magdalena Brillas y Villagrana, fueron las primeras –aclaró.

Inconscientemente las miradas de las demás se clavaron en Ivonne.

Ésta, forzando una sonrisa que quiso ser indiferente y resultó trágica, les preguntó:

—Bah, ¿qué me ven? ¿Acaso tengo monos en la cara…?

Lucio fue mi novio, pero ya ha llovido desde entonces, hace bien en casarse y Magdalena es una muchacha muy guapa.

—Y brilla bastante –se burló Estrella-, pues su padre tiene montones de dinero.

—Lucio también es rico, así es que no creo que se case por interés –le replicó Ivonne, sintiéndose obligada a defender a su exnovio.

—Es cierto –aceptó Estrella-, pero brilla más el de Magdalena porque es hija única y todo va a ser para ella; en cambio los Mendiola son varios y las fortunas, repartidas ya no lo son tanto.

—Vamos al Siroco a tomarnos un coctel de camarones –propuso Virginia, tratando de desviar la plática hacia otros derroteros, pues sabía que, aunque Ivonne disimulaba bastante bien, la noticia le había dolido y más de lo que cualquiera hubiera podido pensar.

—Vamos –aceptó ésta encantada-. Ahorita eso debe de estar lleno de hombres y podemos pescar movida para la noche.

—¿Vamos por los hombres o por los camarones? –rió Virginia, a quien le hacía mucha gracia la franqueza de su amiga.

—Por las dos cosas –aceptó Estrella-, lo uno no excluye lo otro, al contrario, he oído decir que complementan.

Rieron todas del chiste, y en eso, Cynthia anunció que ella se iba para su casa.

—¿No vas con nosotras? –la interrogó Estrella, admirándose.

—No quiero que le digan a Sergio que apenas se va él yo ya ando vacilando –confesó con la mayor ingenuidad.

—¡Estás loca si vas a encerrarte por un hombre! –exclamó Ivonne.

—No es un hombre cualquiera, es mi novio. Cuando regrese de su viaje va a formalizar el compromiso.

—Tú sí que todavía crees en los Santos Reyes –se burló la muchacha-. ¿Cómo sabes que va a regresar…? Lo más probable es que esté casado por ahí y que sólo haya querido divertirse contigo –prosiguió inexorable, sintiendo un malsano placer en herir a la chiquilla, haciéndola sufrir como había sufrido ella, hacía apenas unos instantes, cuando supo que lo de Lucio y Magdalena era ya un hecho irrevocable. Se sintió baja, mala, pues sabía que Cynthia no lo había dicho por molestarla, pero no resistió la tentación de aprovecharse de la oportunidad para lastimarla.

—¡Cómo eres! -Le recriminó Virginia-. No la desilusiones "No antes de tiempo por lo menos, recuerda que es la primera vez que se enamora…- quiso transmitirle con el pensamiento- y tú y yo sabemos ya, cuanto duele…" –y volviéndose a Cynthia, le aconsejó-:

—No le hagas caso, solo lo dice por molestarte.

—De todos modos no tengo ganas –aseguró la joven con los ojos llenos de lágrimas-. Que se diviertan –se despidió alejándose apresuradamente del grupo, pues no quería soltarse a llorar delante de sus amigas, sobre todo no delante de Ivonne que le había dicho cosas horribles y que siempre se burlaba de todo.

Cuando la vieron irse, Virginia le recriminó a su amiga el haberse mostrado tan ruda con la joven:

—Comprende, es la primera vez y cualquier cosa tiene que dolerle terriblemente.

—Es preferible que se desilusione desde ahora, por eso se lo dije –se defendió aludida-. Si no, va a ser peor el desengaño, cuando se hace concha todo se resbala.

—"Ni tanto –pensó Virginia-. Siempre duele, quizá porque cada vez creemos que es el verdadero y no podemos evitar alimentar nuestra esperanza. Llevamos nuestros corazones tan ávidos de cariño, que nos encampanamos fácilmente. Lo que sí aprendemos, con el tiempo, es a esconder las puñaladas y a disimular el dolor que éstas nos infieren. Pero no es que dejen de dolernos aunque sea la mil una…" –mas como no tenía deseos de contradecir a su amiga, optó por callarse.

Llegaron al Siroco y se acomodaron en una de las mesas del centro, desde donde se podía ver todo lo que pasaba en la calle y, al mismo tiempo, a las personas que se hallaban dentro del restaurante.

El lugar era un rinconcito informal, mezcla de fonda y de nevería, que en esos días se había puesto de moda, tal vez por estar recién inaugurado.

—No hay nada –se quejó Ivonne, pasando revista a las mesas ocupadas por hombres-. Puro del país, ni un hombrecito de fuera, cada día estamos peor…

—Pero los camarones están ricos –trató de consolarla Virginia, que en esos momentos arremetía contra el coctel que una mesera acababa de ponerle enfrente-. Como a mí me gustan: nada de cebolla, un poquito de chile y bastante salsa y limón.

—¿Por qué no vino Zoila? –las interpeló Estrella.

—Casi nunca sale los domingos en la mañana; va a misa temprano y luego se dedica a componer su ropa; pues con ese trabajo tan esclavizado en el que ésta, no le queda tiempo de hacerlo en toda la semana y tiene que aprovechar su único día libre –explicó Virginia.

—Pero eso de quedarse encerrada un domingo, nomás no lo concibo –expuso Estrella-. Siempre he pensado que los domingos se hicieron para pasear, para gozar, para darse gusto, en fin, para…

—Sí –la interrumpió Ivonne-, para estar con un muchacho que te atienda, que te invite a bailar en la tertulia o, si tiene carro, que te lleve al mar… -continuó, entrecerrando los ojos soñadoramente como si la brisa marina le rozara suavemente las mejillas, o como si unas manos varoniles y firmes, se hicieran tiernas sólo para acariciar su cabellera-. Pero para salir a tontear como salimos nosotras, hace bien en quedarse en casa –concluyó, volviendo repentinamente a la realidad.

—Pues a mí me gusta salir, aunque sea a tontear como tú dices –la contradijo Virginia-. Siempre se distrae uno y se olvida un poco de las preocupaciones, que nunca faltan, y de la rutina de toda la semana.

—Es que tú eres muy conforme –señalo Ivonne-. Con cualquier cosa te contentas. Yo, en cambio, soy demasiado exigente; pienso que el amor es lo único que vale la pena y sólo soy feliz cuando me siento amada o a punto de serlo, es decir, cuando estoy tratando de conquistar algo.

—No eres la única que siente así –protesto Virginia-; pero si no podemos tenerlo, si Dios, el destino o como quieras llamarlo nos lo niega sistemáticamente o nos lo pone en seres prohibidos de antemano, ¿Qué quieres que hagamos? ¿Lanzar al viento indiferente nuestra queja? ¿O tener siquiera el pudor de callar para que nadie sepa cuánto nos duele nuestra soledad? Hay una cueva en la que terminamos por refugiarnos y es nuestra dignidad, tú la conoces tan bien como yo –afirmó, aludiendo al matrimonio de Lucio, que sólo ella sabía cuánto había lastimado a la muchacha-. Si no fuera por ella, qué papel tan lastimoso haríamos a los ojos de los demás, sobre todo de las que han alcanzado la dicha y, por ese solo hecho, en el fondo nos desprecian y nos ven de menos –terminó con su suspiro.

—¡Qué hermoso hablas! –se admiró Estrella-. Yo he sentido todo eso que acabas de decir, solo que no sabría jamás expresarlo con esas palabras. ¿Dónde has aprendido a hablar así?

—Las palabras son lo de menos, lo que cuenta son los sentimientos y éstos me los ha enseñado la vida, escuela en la que nunca acabamos de diplomarnos, porque el ser humano es el

único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Ya ven cuántos golpes recibimos y, sin embargo, somos tan tontas, tan ilusas, que volvemos a creer, como si fuese la primera vez.

—Unas más que otras –señaló Ivonne.

—Es cierto –aceptó Virginia-. Hay veces que las heridas cauterizan casi de inmediato; otras, en cambio, dejan cicatrices que no se borran nunca.

—José Mariano, por ejemplo –se burló su amiga, cariñosa.

—Efectivamente, José Mariano –aceptó la muchacha, con sencillez, saboreando cada sílaba del nombre inolvidable.

—Cuando menos lo pienses te vuelves a enamorar y tal vez entonces creas que nunca has amado tanto -observó Ivonne.

—Y tú ¿te has enamorado alguna vez? –le preguntó Estrella, quien no le daba importancia al noviazgo juvenil de Ivonne con Lucio, porque después de él sólo le conocía aventuras de poco tiempo-. Pero no amores de un día para otro sino, lo que se dice amor amor, de ese que hablaba Virginia hace un instante.

—¿Quieres creer que no lo sé…? –rió la aludida-. Cuando me está besando uno que me gusta, siento que es el único, que no ha habido ni habrá nadie más; pero cuando ese se aleja y llega otro, vuelvo a pensar lo mismo y tal vez sea mejor así, porque no se sufre tanto.

—Es que ésta tiene corazón de multifamiliar –bromeó Virginia.

—Cada quien es como es y no es fácil cambiar –se defendió-. A ti el amor te hace heridas profundas que tardan en cerrar largos años; a Estrella, no llegan a herirla porque goza sin comprometer el corazón y es que, en el fondo, tiene miedo de entregarlo y empezar a sufrir, y yo, busco el placer a falta de algo mejor. ¿No es así?

—Así es –aceptó Estrella.

—Pero ya te llegará. Las tres gozamos y sufrimos por amor, sólo que de diferente manera y ¿No es mejor? ¿Por qué estarse muriendo por alguien que ya nos olvidó? Un clavo saca otro clavo. Prueben a hacerlo y acabarán por darme la razón. Oigan –se interrumpió de pronto, señalando una moto que

cruzaba a toda velocidad-. ¿Qué no es Margarita Villaseñor aquella que va allá?

—Parece que sí –aseveró Estrella-, va con ese chico Guerra que dicen que es terrible con las chamacas, y lleva una cara de felicidad que no puede con ella.

—Pues hasta sin cara se va a quedar cuando el papá se entere de la escapada –se burló Ivonne-. Es un hombre terrible.

9

La casa de Patricia era una de las primeras construcciones del estilo moderno que se edificaban en Bellaisla. Estaba situada a la entrada del nuevo boulevard, en el centro de un espacioso terreno cultivado como jardín, y poseía todas las comodidades que el dinero puede proporcionar.

Polly, que habitaba con sus padres y sus hermanos una casa larga y angosta como un callejón, incómoda y calurosa en extremo, cada vez que visitaba a su amiga, admiraba con verdadera fruición las amplias y confortables habitaciones de la residencia, la que se hallaba ajuareada no sólo con lujo sino con un gusto exquisito, dentro de la mayor sencillez.

—¡Cómo es hermosa tu casa, Patty…! –exclamó al entrar, como si la estuviese viendo por primera vez.

Patricia tenía tres hermanos más, dos varones y una niña. Cada quien poseía su propia recámara; lo que a la pobre Polly, que compartía con cuatro hermanos más su pequeña alcoba, le parecía el colmo de dicha y bienestar.

—La tienes a tus órdenes –contestó Patricia con naturalidad, pues conocía la casa que habitaba su amiga y compañera y comprendía sus sentimientos que no eran precisamente de envidia sino de una justificadísima inconformidad-. ¿Y las demás? –inquirió, tratando de desviar la atención de Polly hacia otro tema.

—Como no quedamos en nada, me imagino que cada quién vendrá por su lado; pero mira… ¿qué no es Doris aquella que viene allá? –preguntó, señalando, a través del amplio ventanal, la figura de la joven que se acercaba apresuradamente a la residencia.

—Ella es. Ahora solo falta Margarita.

—¿Qué hubo? ¿Ya estamos todas…? –saludó Doris con desparpajo, al reunirse con ellas.

—Sólo Margarita no ha aparecido todavía. Pensé que vendrían juntas.

—Era tal mi impaciencia por llegar que no se me ocurrió pasar a buscarla. Al terminar la misa me vine de volada. Por cierto que ella tal vez la oyó temprano, porque siempre va a esa hora y no estaba en todo eso.

—Ya no ha de tardar –aseguró Polly.

—Si les parece, vamos a mi cuarto a esperarla y, mientras llega, podemos oir un poco de música.

—Como quieran –aceptó Polly, alborozada.

—Encantada –dijo Doris.

Cuando se disponían a subir a la recámara, se cruzaron con la mamá de Patricia, quien las saludó cordial y afectuosa como siempre.

Tal vez con mayor intensidad que la lujosa residencia de su amiga, Polly envidiaba el tener una mamá como la señora Solórzano, pues sentía una enfermiza admiración que la llenaba de timidez cada vez que se encontraba delante de ella, y la hacía contemplarla, como se contemplan en un aparador de lujo objetos que jamás se podrán obtener.

La mamá de Patricia, a pesar de tener una hija de diecisiete años, lucía joven, guapa y llena de frescura. Parecía sentir verdadero agrado en que Patricia recibiera a sus amigas y se mostraba siempre encantadora con ellas. "Mi madre en cambio –se dijo Polly mientras la saludaba-, no es una mujer vieja, pero hace todo lo posible por parecerlo pretextando que, con tanta criatura y sin una sola criada, tiene siempre demasiado quehacer, nunca se arregla y su aspecto es el de una persona sucia. Además, eternamente está de mal humor; tal vez porque vive angustiada por los terribles problemas económicos que pesan sobre la familia en forma de pequeñas deudas, que nunca pueden acabar de cubrirse".

—¿Están muy duros los exámenes…? –les preguntó en esos momentos la mamá de Patricia, arrancando a Polly de los sombríos pensamientos que la torturaban.

—Algo señora –le contestó, confundida por la mentira.

—Bastante –mintió Doris con aplomo-, por eso venimos a estudiar para el de mañana que va a ser de matemáticas y promete estar tremendo.

—Pues entonces no las entretengo –aseguró la dama, alejándose hacia las habitaciones interiores.

Polly la siguió con una mirada admirativa y no pudo contener un suspiro.

—Te has quedado ensimismada. ¿En quién piensas? -quiso saber Doris.

—En nada –aseguró turbada, al verse sorprendida en sus más íntimos pensamientos, los que jamás se hubiera atrevido a confiar a nadie, pues en ellos se mezclaban la vergüenza que sentía por el desaliño y la amargura de su madre que no podía disimular frente a sus amigas, cuando éstas la visitaban en su casa, y el hondo remordimiento que la poseía por pensar así y por envidiar una madre que no era la suya, ni podría serlo jamás. Todo era tan absurdo, reconocía, como cuando le daba por soñar que ella no era ella misma sino otra persona muy distinta, cualquier otra menos la Polly siempre atormentada e insegura.

La alcoba de Patricia era, como todo el resto de la mansión, un lugar cómodo, hermoso y lleno de luz; las paredes estaban pintadas de azul agua que, contrastando con los finos muebles de madera clara, le prestaban al cuarto una alegría juvenil, apropiada a la edad de la dueña.

—¿Quieren escuchar el último disco de Anton Gilber…? –propuso Patricia a sus amigas, acercándose al moderno tocadiscos, instalado en uno de los rincones de la recámara-. Me lo trajo mi papá, pues sabe que me tiene fascinada con ese su estilo cadencioso y romántico, que le hace a uno sentirse como en las nubes –comentó soñadoramente, refiriéndose a un cantante de música popular que estaba muy en boga entre los adolescentes-. ¿O prefieren música clásica…? –inquirió, solo por no dejar insistir.

Pero Doris lo pidió impaciente:

—Sácalo ya.

—Mejor esperamos a Margarita, si no cuando venga va a querer que volvamos a empezarlo –propuso Patricia, haciendo uso de su lógica.

—Patty tiene razón –corroboró Polly-. Vamos a esperarla, no vaya a enojarse si comenzamos sin ella. Además, ya no debe tardar.

—Pero solo hasta la una y cuarto –aceptó Doris-. Si a esa hora no ha aparecido, que se aguante. ¿Por qué no sabe ser puntual? Pero… ¿no podríamos darle mientras aunque fuese una ojeada…? –pidió llena de impaciencia-. Me mata la curiosidad. No dormí anoche, pensando en él –confesó alterada.

—Vamos a esperarla unos minutos más. Hay que ser parejas –propuso Polly-. Apenas es la una y cinco; si al cuarto no ha venido, empezamos.

—Ustedes mandan –accedió Doris, no de muy buen talante-, pero sólo hasta la una y quince, ni un minuto más.

Pero estaba escrito que ese día Margarita no asistiera a la cita concertada con sus amigas; sólo que éstas no podían adivinar que los singulares caprichos del destino iban a conducir los pasos de la joven por una senda extraña, inimaginable, que cambiaría para siempre el curso de su apacible vida.

La chiquilla se había levantado ese domingo un poco más tarde que de costumbre, pues como no tenía obligaciones de escuela aprovechaba dormir un poco más… desayunó con calma, se arregló y cuando se disponía a salir para ir a misa, su padre le dijo:

—Cuando regreses, vamos a ir en el jeep hasta la finca de mi compadre Genaro. Te veo un poco pálida, así es que el paseo no te vendrá mal.

Margarita, al oírlo, sintió que la tierra se le abría debajo de los pies. ¿Cómo negarse? ¿Qué hacer en esas circunstancias? ¿Cómo decir que no al padre cuyos deseos eran órdenes, ya que ni siquiera se molestaba en consultar el sentir de los demás…? Y al mismo tiempo, ¿Cómo perderse la ida a casa de Patricia, donde la aguardaba la lectura de ese libro tan interesante…? Angustiada, la chamaca optó por guardar silencio.

—¿Qué? ¿No te gusta la idea? –Gritó Martin Villaseñor ante la pasividad de la chiquilla-. ¿Tienes algún otro lugar mejor adonde ir? –se burló como acostumbraba a hacerlo, siempre que hablaba con sus hijos o su esposa; porque con sus amistades era naturalmente muy distinto.

—No, papá –contestó la chamaca en el tono más humilde que pudo lograr. –Es que mañana tenemos examen de física –mintió, nombrando la primera materia que le vino a la mente- y nos íbamos a reunir a estudiar en la casa de Patricia; pero si usted lo ordena, les acompaño en el paseo.

—Qué paseo ni qué ocho cuartos –vociferó el hombre que pensaba, respecto de los demás, que sólo entendían a gritos-. Primero están los estudios. Nos iremos nosotros al campo y tú te quedaras aquí, preparándote para ese dichoso examen. Ten presente que no me gustaría nada ver bajar tus calificaciones –concluyó, con cierto orgullo, pues la chiquilla le había resultado más inteligente y aplicada que cualquiera de sus otros hijos.

—Pero no se puede quedar sola en la casa –opuso tímidamente doña Chonita, quienes pocas veces se atrevía a intervenir cuando su marido hablaba, pues el amor que la llevara al matrimonio se había convertido, a través de los años, en temor e inseguridad; y el miedo a su carácter pronto e injusto, y el deseo de que la paz del hogar no se viera perturbada, regía hasta los más profundos intersticios de su conciencia; por lo que prefería pasar la vida en la oscuridad y en el silencio, antes que arriesgarse a provocar el malhumor de su amo y señor.

—Entonces no vamos a ninguna parte –clamó sin mucha convicción, el ogro de la casa, porque había prometido a su compadre Genaro que iría a ver unas novillonas, en cuya adquisición se hallaba interesado.

—Si usted me permite ir a estudiar a la casa de Patricia… todo podría solucionarse –aventuró Margarita, tímidamente, encomendándose a todos los santos para que su padre accediese-. Nos vamos a reunir las muchachas para comparar apuntes y ponernos al día en lo que nos haga falta –concluyó, ensanchando la mentira.

—¿Y quiénes son las muchachas? –inquirió el tirano–.Patricia, Polly, Doris y yo –explicó, con voz apenas audible. –Comeremos allá –aventuró-, pues la mamá de Patty siempre nos invita.

—No veo por qué tienes que quedarte a comer en casa de nadie –replicó Villaseñor, a quien le costaba abdicar de su

severidad; pues alardeaba siempre de ser muy recto con sus hijos, aunque nunca se le hubiera ocurrido aplicar algo de esa integridad a su propia conducta.

—Déjela –suplicó la madre-. Patricia vive lejos y con este sol le va a ser muy pesado regresar. Además, así nos vamos tranquilos y no estamos con el pendiente de volver a una hora exacta.

El argumento era tan lógico y tan convincente que no halló manera de refutarla.

—Está bien, que vaya –aceptó, pensando que tendría que sacarle a su compadre las novillonas a buen precio-, pero estás aquí antes de las seis, pues seguramente a esa hora ya nosotros habremos retornado.

La chiquilla, tratando de esconder su euforia, agradeció el permiso; tomó su mantilla y unos libros, y se apresuró a salir de su casa temblando antes de que el padre, como lo hiciera tantas otras veces, se arrepintiera en el último momento, con cualquier pretexto o aun sin éste, con el único argumento de que no se le daba la gana.

Cuando se vio en la calle, respiró satisfecha, como un pájaro que inesperadamente hubiera visto abierta la puerta de su jaula. El sol del mediodía brillaba en lo alto con intensidad, haciendo perlar en la frente de la chiquilla diminutas gotas de sudor; pero no le importaba el calor, su libertad la hacía dichosa. Pensamientos distintos se entrecruzaban en su mente interponiéndose unos a otros y enlazándose, al mismo tiempo, de manera misteriosa: sus padres, sus amigas, la escuela, el libro extraño que la aguardaba en casa de Patricia y la imagen de Billie, el chico más apuesto de toda la secundaria, con quien estaba segura de haber soñado la noche anterior, como lo hacía despierta, casi todas las noches. Había sido la última visión que turbó su cerebro antes de verse vencida por el sueño, un sueño de adolescente inquieto y pesado, superficial y profundo; porque mientras el cuerpo, rendido por la diaria actividad pedía completo descanso, la mente, en cambio, se negaba a borrar, aunque fuese por unas horas, la multitud de interrogantes que marcaban su perturbadora transición de niña a mujer.

Faltaban dos cuadras para llegar a la iglesia, cuando vio aparecer por la bocacalle al adorado de su corazón.

Venía el joven manejando la poderosa motocicleta en la que lo habían visto pasar la noche anterior y que era, tal vez, su última adquisición; pues al decir de las gentes, sus padres nadaban en dinero y, como él era el único hijo estaban dedicados a satisfacer hasta el más mínimo capricho.

Aún no se reponía de la sorpresa que le causara verlo aparecer ante ella como una evocación, cuando tuvo otra mayor, porque el joven, haciendo alarde de una gran precisión en el manejo de los frenos, se detuvo a su vera.

—¿A dónde vas preciosa…? –la interrogó con desparpajo.

Tardó en contestarle porque la emoción le estrangulaba la voz y tuvo que tragar saliva para despejarse la garganta antes de lograr emitir un sonido audible.

—A misa –fue todo lo que pudo responder.

—¿Y esos libros? –se interesó el muchacho.

—Es que saliendo de allí me voy a reunir con mis compañeras para estudiar –afirmó ruborizándose.

—¿Y a quién se le ocurre estudiar en domingo y con esta mañana tan espléndida? –se burló él.

—Bueno –se sinceró la chiquilla, sintiendo que a él no podía mentirle-, no vamos precisamente a estudiar sino a leer un libro muy emocionante que compramos ayer en la librería –terminó de un tirón, sintiendo que volvía a ponerse colorada.

Margarita estaba realmente impresionada ante el hecho de que Billie le hubiese hecho el honor de detenerse a platicar con ella. Cursaba el muchacho el segundo año de bachillerato y su apostura, sus maneras desenvueltas y el tratarse del único heredero del viejo Guerra, lo habían convertido en el galán más codiciado, no sólo de toda la escuela, sino de las chicas quinceañeras de Bellaisla. A ella no le interesaban ni el dinero ni la posición del muchacho, ya que desde la primera vez que lo vio en la escuela, se prendó de él absurdamente, con un amor de niña, quimérico e irrazonable, pero verdadero y profundo. Llevaba ya cerca de tres años de adorarlo de lejos, sin esperar nada, sin aguardar nada, sin siquiera abrigar la mínima esperanza de conquistarlo, a pesar de que sus ojos se en-

contraban muchas veces significativamente pues él nunca le había hablado ni había hecho jamás el intento de acercársele.

—No hay nada más emocionante que un paseo en moto –aseguró el chico con suficiencia-. ¿No quieres que te lleve a dar la vuelta? –preguntó, animándola con la mejor de sus sonrisas.

—Es que... -titubeó ella en un intento de negarse, pues sabía que si aceptaba y su papá llegaba a saberlo, no iba a vivir para contarlo.

—¿A poco tienes miedo? –dijo, tratando de picarla.

—No, miedo no, es que… -repitió sin lograr concluir la frase.

—Yo creí que eras una chica valiente, como a mí me gustan –insinuó, envolviéndola en una turbadora mirada. Los ojos amarillos, como dos canicas de ámbar, formaban un extraño contraste brillando sobre la tez morena del muchacho que, como era un consumado deportista, estaba terriblemente tostado por el sol; pero la camisa sport abierta en el cuello dejaba ver el verdadero color de su piel, un apiñonado cálido, como el que buscan las chicas quemándose en las playas.

"¡Qué hermoso es! –se dijo Margarita, como si estuviese admirando una obra de arte-. Parece un dios griego, pero no es una estatua, al contrario, está pleno de vida…"

—Siempre me has llamado la atención en la escuela porque eres una chica muy guapa –continuo él, atacando la plaza con su audacia proverbial-, sólo que, como siempre te veo tan seria, nunca me había atrevido a hablarte.

"Le había llamado la atención en la escuela -se repitió Margarita, sintiéndose la más feliz de las mujeres-. ¿Entonces no eran imaginaciones suyas las veces que ha sentido sus miradas sobre ella?"

El corazón le golpeaba desaforadamente. Recordó cómo en las noches, en la soledad de su alcoba, se entretenía pensando en el muchacho, se jactaban de que sabía besar y la besaba, hasta que ella se le desmayaba en los brazos, varoniles y fuertes. Algunas de sus compañeras que habían andado con el muchacho se jactaban de que sabía besar maravillosamente, de que no había en la escuela otro chico que supiera besar como él.

—Pero si tienes miedo… -insinuó, después de un momento de silencio-, no hay nada perdido; no faltará quien quiera ir conmigo a dar la vuelta.

Se escuchó asombrada, diciendo:

—Bueno, vamos si quieres –sin estar totalmente segura de que era su voz la que había pronunciado esas palabras. "Si mi padre llegara a saberlo…" el pensamiento volvió a cruzar por su mente, como una nube en un día de magnífico sol… "La castigaría duramente, tal vez le pegaría hasta matarla, pero ¿acaso no valía la pena…? ¿Acaso el momento que estaba viviendo no era como el sueño más prodigioso y fantástico que nunca se atrevería a soñar…?"

—Entonces ¿me acompañas? –preguntó, incrédulo, pues sabía que se trataba de una chica sumamente seria.

Cuando la vio aparecer por la bocacalle, como una rubia aparición, un impulso incontenible lo empujó a abordarla, pero nunca creyó que ella aceptaría.

—Vamos –afirmó la chamaca valerosamente-, pero sólo un momento, porque tengo que reunirme luego con mis amigas.

Él no le contestó; la ayudó a acomodarse en la parrilla de la moto y arrancó, perdiéndose calle arriba.

—Agárrate bien de mi cintura –le recomendó-, no vayas a caerte.

El aire le cortaba la cara ásperamente y las sienes le golpeaban como si fuera a estallarle, pero Margarita sabía bien que no era la velocidad la que ponía hormigas en todo su cuerpo, sino el hecho de ir abrazada a él, de apretar en su regazo púber, la fuerte musculatura del joven deportista.

Si me viera Doris, no iba a creerlo –se dijo orgullosa-. Pensaría que está viendo visiones. Bueno –reconoció-, a mí también me parece un sueño.

*****

—Ya es la una y cuarto –señaló Doris, interrumpiendo el éxtasis en el que la música había sumido a sus amigas- y Margarita no ha venido. Seguro que su papá no la dejó.

—No lo dudo –corroboró Polly-, ya saben cómo es con ella, no le consciente nada y todo le parece malo.

—Ella se lo pierde, porque lo va a tener que leer sola –comentó Patricia.

—Apaga el tocadiscos –pidió Doris, toda emocionada.

La anfitriona obedeció y al momento, metidas las tres en su cama, se prendieron al libro ávidamente.

Éste tenía por título *El sexo es la parte primordial de la existencia* y era una traducción al español de una obra escrita por un médico alemán; así es que estaba lleno de palabras técnicas, la mayor parte de las cuales ellas jamás habían oído nombrar.

—Necesitamos un diccionario –observó Doris, en una pausa.

—Yo tengo uno muy bueno, está en el closet –ofreció Patricia, pero no hizo amago de levantarse a buscarlo.

El tomo era una especie de enciclopedia sexual y los primeros capítulos, después de un amplio prólogo donde explicaba el autor los motivos que lo habían inducido a escribir el libro, estaban destinados a la descripción de los órganos genitales masculinos y femeninos.

—¡Qué cosas tan raras tenemos dentro! –comentó Doris.

Entre largos espacios de silencio, en los que sólo se escuchaba la agitada respiración de las tres adolescentes, se dejaban oír exclamaciones como estas:

—¡Ey tú, no jales, ya quieres para ti todo el libro.

—No vayan tan ligero.

—¡No voltees, que todavía no termino!

—¡Qué extraño, yo nunca me lo hubiera imaginado…!

O interrogaciones que se quedaban al aire por falta de respuesta.

—¿Qué querrá decir eso?

—¿Cómo harán lo que dice ahí?

—¿Qué significará esa palabrita tan exótica?

Y así, jadeantes de excitación pasaban páginas y más páginas sin comprender ni la cuarta parte de lo que leían; pero intuyendo que se encontraban ante el misterio más atrayente de la existencia.

Cuando llegaron al capítulo dedicado a la adolescencia, donde se hablaba extensamente del pecado de la juventud,

Polly se puso intensamente pálida. Eso que el libro explicaba con tanto detalle, ella lo había hecho muchas veces; para ser exactos, cada vez que se sentía desdichada, lo cual, por desgracia, le sucedía a menudo.

Aquello, como ella lo nombraba y que hacía cuando todos en su casa dormían, le proporcionaba una sensación placentera e inigualable que le brindaba las fuerzas necesarias para sobrellevar las cargas abrumadoras que pesaban sobre su frágil existencia.

Sin saberlo, era como una criatura que para ahuyentar el miedo a la oscuridad, se recrea chupándose el dedo, y evadiendo con ese entretenimiento, fútil al parecer, la angustia de la que muy pocos seres logran liberarse totalmente.

Polly se recriminaba por un temor que calificaba de absurdo; pues no veía en qué forma podían estar peor de lo que ya se encontraban; pero en el fondo el miedo subsistía y aquello la ayudaba a soportarlo.

Si alguien le hubiese preguntado no hubiera podido precisar cómo ni cuándo había empezado a hacerlo. Intuía que era algo malo y nunca se le había ocurrido contárselo a nadie; pero jamás lo hubiese relacionado con el sexo. Hasta ese momento, para ella sexo significaba hombre y nada más.

—Yo hice eso una vez –les confió Doris, con su proverbial desfachatez, refiriéndose a lo que acababan de leer-, pero no le hallé ninguna gracia. ¡Lo que debe de ser maravilloso es sentirse acariciada, como dice ahí, por un muchacho! –exclamó, poniendo los ojos en blanco. Por un muchacho como Billie. –pensó, pero sin atreverse a expresarlo en voz alta; pues las cuatro se habían jurado ser amigas hasta la muerte y este juramento las comprometía a respetarse los enamorados y a no volárselos, como hacían otras chicas, que descaradamente se quitaban los novios, sin importarles un comino la amistad.

Hasta la fecha ninguna de las cuatro había tenido ni siquiera un noviecito a escondidas, como tenían casi todas sus compañeras; pero como Margarita se había fijado en Billie y confesaba estar enamorada de él, las demás tenían la obligación de respetárselo.

Pero si no son nada -se dijo en esos momentos-. El que a ella le guste no quiere decir que él la esté correspondiendo;

así es que no le falto en hacerle la lucha yo también; lo único fue que ella lo conoció primero, puesto que entró antes que yo a la escuela, pero eso no tiene nada que ver. Concluyó con el fiero egoísmo que surge en la mujer cuando el amor está de por medio, y que llega a borrar cualquier otro sentimiento; con ese instinto de posesión tan mezquino, pero a la vez tan fuerte, que pasa por encima de los lazos de amistad y a veces hasta de los vínculos de la sangre.

Mientras tanto, Margarita y Guillermo continuaban su paseo, dejando atrás las últimas casas de la ciudad y tomando a toda velocidad por la carretera que, como una serpentina blanca y ensortijada, da vueltas y revueltas, siguiendo las sinuosidades del terreno.

De lado a lado, palmeras que elevan al azul sus talles flexibles y finos; macuilíes cubiertos de florecillas color de rosa, leves y delicadas; flores amarillas de los árboles del pochote resplandecientes bajo el sol de mediodía.

Pasan raudos frente a la casa grande de una hacienda y delante de las chozas de los campesinos que se hacinan unas junto a otras, como poblados diminutos. De pronto, una bandada de pájaros levanta el vuelo y se dispersa, asustados por el ruido de la moto; pero ellos prosiguen su paseo, imperturbables, indiferentes a la magnificencia de la naturaleza que les ofrece, en cualquier punto donde posan la vista, un paisaje de fantasía; atentos tan sólo, él, al vértigo que le produce la velocidad, y ella, sintiéndose irreal e increíblemente sorprendida por el milagro de llevar entre sus brazos, el éxtasis de un sueño.

Habían recorrido varios kilómetros cuando se toparon con un pequeño camino vecinal, casi una brecha, a un lado de la carretera y que conducía, tal vez, a la entrada de alguna finca. Desvió él la dirección para tomarlo y fueron a dar a la orilla de una diminuta laguna, totalmente cubierta de jacintos… Bruscamente detuvo él la motocicleta.

—¿Qué sucede? –se atrevió a inquirir Margarita recobrando el habla y haciendo la pregunta como quien retorna de otro mundo.

—Nada –contestó el muchacho con aplomo-. ¿No quieres que descansemos un momento…?

—Como tú digas –asintió ella, aceptando su ayuda para bajarse y preguntándose si se atrevería a besarla.

—No le tienes miedo a la velocidad –afirmó acariciándole la cara levemente-. Se ve que eres una chica valiente y a mí es así como me gustan las mujeres.

Ante el elogio, Margarita sintió que se ruborizaba, pero le contestó con cierta audacia:

—He oído decir que te gustan muchas…

—No lo creas –se defendió el muchacho- salgo con todas pues me agrada tener amigas, pero novia, lo que se dice novia, no he tenido nunca.

Ella no encontró qué replicarle y optó por quedarse callada.

Caminaban por la orilla de la laguna cuando él descubrió, entre la maleza, una especie de cueva, formada por rocas y algunos arbustos; un sitio acogedor cuya fresca sombra era una invitación al descanso.

—Mira qué extraña caverna… ¿Quieres que la exploremos un poco…?

—¿Y tu moto…?

—No te preocupes, no le pasa nada. Este lugar no se ve muy bien desde la carretera y, además, no vamos a alejarnos mucho.

Entraron en la cueva que era baja y extensa, y estaba totalmente cubierta de musgo, tanto el suelo como las húmedas paredes.

—¿Te gustaría ser mi chamaca…? –le preguntó, volteándose intempestivamente hacia ella y acorralándola contra una de las lajas, entre sus brazos vigorosos.

—¿No se te hace que vas demasiado aprisa… -protestó Margarita débilmente, pues la voz que la emoción turbaba, era apenas audible.

—¡Cómo! –fingió indignarse el chico-, pero si llevamos casi tres años de vernos todos los días en la escuela… Además, tú siempre me has gustado, sólo que no me había atrevido a decírtelo nunca porque me parecías demasiado seria y hasta pensé que serías un poco presumida –mintió, tratando de envolverla-. Sin embargo, al encontrarte hoy no pude resistir la

tentación de invitarte a dar una vuelta en mi moto nueva y conste que eso no lo hago con cualquiera.

Aquello la halagó lo indecible haciéndola sentir una felicidad desconocida.

—Te agradezco que me hayas invitado, y sí quiero ser tu novia –aceptó, con la mayor ingenuidad.

Billie cerró el cerco y buscó con los labios la boca apetitosa que se le entregó en un beso tímido y tan fugaz, que casi no logró saborearlo.

—Ahora ya eres mi chamaca –le anunció complacido porque la chiquilla le atraía bastante, sólo que el juzgarla demasiado niña, lo había mantenido lejos.

—Puedes contárselo a tus amigas –le concedió, porque conocía la vanidad de las mujeres y se tenía a sí mismo en un elevado concepto en cuanto a popularidad y simpatía.

El lugar que habían descubierto era una invitación al descanso, pronto se encontraron sentados sobre el musgo que crecía allí, tapizando la cueva con la agradable humedad de los sitios encerrados en los climas donde el sol fustiga y enardece.

Olvidados del tiempo, se pusieron a charlar animadamente: de la escuela, de sus compañeros, de sus maestros; de sus respectivas familias, de sus ambiciones y sueños; en fin de los mil detalles que llenan la mente de los adolescentes como ellos.

Él le pregunto de pronto:

—¿Y qué libro era ese que iban a leer en casa de Patricia…?

Margarita sintió que no podía mentirle y le confesó con la mayor candidez:

—Un libro que trata del sexo. Queremos saber algo de eso y ya tú sabes cómo son los padres..., si uno se atreve a preguntarle algo que ellos creen que debamos ignorar, le salen con mentiras o evasivas y a lo mejor hasta se saca uno una buena regañada.

—De eso puedo enseñarte yo, prácticamente, y mucho más que cualquier libro –alardeó, acercándose a besarla.

A la chamaca nunca la había besado nadie y sintió como cuando en el mar las olas la arrastraban haciéndola perder los pies.

—Abre la boca para que pueda barrenarte –indicó él.

—¿Para que puedas qué? –inquirió, obedeciendo.

—Para que te barrene, así, ¿te gusta? –preguntó, pero aunque Margarita no tuvo oportunidad de contestarle, la verdad era que le gustaba muchísimo, terriblemente, era más emocionante de lo que ella se atreviera nunca a imaginar-. Recuéstate aquí –le pidió, señalando el lecho acogedor que el suelo de la caverna les ofrecía, y poniéndole, a manera de almohada, la chaqueta de la que acababa de despojarse.

Con una extraña obediencia, hizo ella lo que se le pedía. Se tendió a su lado y empezó a acariciarla, suave pero eficazmente; sintiéndola estremecerse al contacto de sus dedos que erraban por el cuerpo virgen e inexplorado, con una vacilante torpeza, pero sabiendo, adivinando instintivamente dónde oprimir y dónde suavizarse; mientras los labios ávidos golosos, asaltaban las orejas sensitivas, la nunca indemne, los cálidos hombros hasta llegar a los nacientes senos que se dolieron a la caricia, con un dolor desconocido pero inefable.

Cuando las manos, trabajando diestramente, bajaron el cierre del vestido y se deslizaron bajo la suave pantaleta de nylon, Margarita, perdido por completo el sentido de la realidad, no tuvo ninguna reacción.

—Chiquilla, chiquilla, ¡qué ardientes eres! –musitó él, sintiendo que su sexo se le erguía impaciente, pero la joven ni siquiera lo oyó, permaneciendo totalmente inmóvil, como atrapada por una especie de somnolencia de la que le fuera difícil despertar.

Cuando la penetró ni siquiera se quejó. El dolor la hizo sentirse como en uno de esos sueños atormentadores, pero alucinantes, en los que la persona que duerme se siente caer y caer en un abismo sin fondo, pero nada más.

Unos momentos más tarde él se separó de ella, jadeante, bañado de sudor y fue entonces cuando la joven cayó en la cuenta de que se hallaba entre sus brazos, casi desnuda. Una vergüenza inigualable y un terrible miedo hicieron presa de ella y comenzó a llorar desesperada, inconsolablemente, aunque ni siquiera hubiese podido decir por qué lloraba.

—Dios mío, ¡qué hemos hecho…! ¡Qué barbaridad he cometido! –pensó él, captando de pronto, todo el alcance del

acto que acababan de llevar a cabo; pues su intención sólo había sido robarle algunos besos y excitarse un poco, como hacía con las otras muchachas. "Si el padre lo sabe, la mata –reflexionó, evocando la terrible figura de Martin Villaseñor-, y cuando el mío se entere, quién sabe qué tal me vaya..." Discurrió ya egoístamente, pues aunque su progenitor le concedía todos los caprichos que se pueden comprar con dinero, una cosa así nunca se la perdonaría. Tenía puestas en él todas sus esperanzas y su mayor ilusión era verlo convertido en un profesionista; porque tal vez el más caro anhelo de su vida era que su hijo llegase a ser lo que él no había tenido oportunidad de lograr.

El señor Guerra, padre de Billie, había tenido que trabajar desde chiquillo para amasar la fortuna que ahora disfrutaba y quería que éste, al obtener el título universitario, borrara de su mente el complejo de inferioridad que le producía el no haber tenido nunca la oportunidad de instruirse; pues el saberse un hombre totalmente falto de cultura lo humillaba íntimamente, y ni el hecho de ser un triunfador había podido borrarle esta mortificación.

¿Qué hacemos ahora? –se preguntó Billie sin hallar la respuesta, mientras ella se vestía instintivamente sin dejar de sollozar.

—Ya no llores –le ordenó nervioso, y la chiquilla obedeció de inmediato, quedando tan sólo, del desesperado llanto anterior, angustiosos suspiros que la sacudían profundamente.

—Toma, péinate –le pidió el chico, ofreciéndole su propio peine.

Intentó ella hacerlo pero las manos le temblaban tanto que sus esfuerzos por alisarse los cabellos le resultaban nulos. Al notarlo, le arrebató él el peine y la peinó bruscamente, extrañándose de la profusión y suavidad de sus cabellos, que entre sus manos relucían como hebras de lino tendidas bajo el sol, y Margarita se sintió tan dichosa a la caricia que olvidó su congoja anterior.

—Vamos –dispuso él, iniciando la marcha.

Salieron de la cueva dejando atrás el hermoso rincón que ellos, por unos breves momentos, habían convertido en pa-

raíso. La ayudó a acomodarse en la moto, y un instante más tarde se encontraban de nuevo sobre la ancha cinta de la asfaltada carretera, donde el muchacho le imprimió a la máquina la máxima velocidad.

En todo el tiempo que duró el regreso ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio y sólo se oían, acompasados con el ruido de la moto, la agitada respiración del joven y los violentos latidos del corazón de Margarita, para quien en un instante, todo se había transformado, todo era diferente, todo, fundamentalmente distinto.

Él, parecía haberse vuelto tímido de pronto y ella se sentía extraña, como si la chica despreocupada y alegre que saliera esa mañana de su casa para ir a la de Patricia hubiese sido cambiada por otra persona, un ser totalmente desconocido, mejor o peor, pero diferente.

Cuando entraron a la ciudad, Margarita recobrando el habla, se atrevió a suplicarle:

—Déjame aquí ¿quieres? Porque si le van a mi papá con el cuento de que me vieron en tu moto, quién sabe cómo me vaya.

Detuvo él la máquina y la ayudó a bajar sin una palabra, procurando no mirarla de frente y arrancó, dejándola de pie en la acera, totalmente desconcertada.

Cuando se vio sola en la calle, automáticamente consultó su reloj, dándose cuenta de que eran más de las tres de la tarde y, por un instante, se sintió indecisa, sin saber hacia dónde dirigirse. Era ya demasiado tarde para ir con sus amigas y demasiado temprano para volver a su casa. Sin embargo, optó por esto último recordando aliviada, que sus padres no habían tenido tiempo de regresar de la finca del compadre Genaro; pues cuando comían allá, volvían siempre después de las cinco. Además –se dijo-, en caso de haberse decidido a ir a la casa de Patricia no hubiese sabido que pretexto ponerles a sus amigas para justificar su retraso, porque repentinamente sentía aversión a contarles dónde y con quién había estado.

Sin alcanzar a comprender la magnitud de lo sucedido, intuía que no había sido nada bueno; a pesar de soñar tanto tiempo con llegar a hacerse novia del muchacho, de imagi-

narse apasionadamente la emoción que sentiría al entregarse a sus caricias y a sus besos, ahora que lo había conseguido, en lugar de alegría sentía que un vago temor y una amarga zozobra se iban adueñando de su espíritu.

En ese momento la señora Solórzano, un poco intrigada de ver que las muchachas se entregaban con tanto ahínco al estudio, pues tenía horas que no oía el menor ruido dentro de la recámara, les tocó la puerta, diciéndoles:

—Niñas, vénganse ya a comer; luego siguen estudiando, apúrense que ya son más de las tres.

—Nos llama mi mamá –murmuró Patricia, escondiendo el libro apresuradamente-, otro día le seguimos.

—Bueno –aceptó Doris con un suspiro.

Salieron del cuarto muy circunspectas, comentando lo difícil que iba a estar el examen. Polly intentó despedirse, pero la señora protestó:

—Nada de eso, se quedan a comer con Patty, ya les puse una mesa en el jardín para que estén más a gusto.

Notó en esos momentos la ausencia de Margarita, quien era inseparable del grupo e inquirió:

—¿Qué milagro que Maggie no está con ustedes…?

—Quién sabe por qué no vino –respondió Patricia, dándose cuenta de que se había olvidado por completo de su amiga.

—Tal vez no la dejaron venir, pues su papá es algo serio -comentó Polly-, pero la verdad es que estábamos tan entretenidas que no nos acordamos de ella.

Doris nada dijo. Ella en cambio la había tenido presente todo el tiempo, pues el pensamiento de Billie, su apostura y la atracción que ejercía hacia ella, no se le habían quitado de la cabeza en las horas que estuvieron leyendo; tratando de descubrir, en las páginas del libro perturbador y misterioso, los arcanos secretos de eso que atrae y repele, que seduce y a la vez llena de desasosiego, y que se llama sexo.

10

Contrastando con el radiante sol del domingo, el lunes amaneció gris y triste; sucio el ropaje celeste con nubes harapientas que amenazaban norte. Pero aunque el viento comenzó a soplar desde la madrugada con bastante fuerza, la lluvia todavía no se desataba, lo que permitió a los habitantes de Bellaisla iniciar sin inconvenientes la jornada de trabajo que les presentaba, ineludible, el comienzo de la semana.

Puesto el pensamiento en el libro que deseaba adquirir y que la había perturbado durante la noche, la señorita Wilkinson se levantó ese día más temprano que de costumbre y desayunó con cierto nerviosismo, reflexionando que tendría que regresar a su casa a guardarlo, porque no le convenía llevarlo consigo a la escuela.

No es que tenga nada de malo –se dijo-, pero hay personas que no comprenden ciertas cosas y no puedo arriesgarme a que Georgina, que es sumamente curiosa, o a cualquiera de mis compañeras, se les ocurra preguntarme qué libro he comprado. Más me vale dar doble viaje, pues no tiene caso correr riesgos exponiéndome al fisgoneo de ciertas gentes.

Con esta preocupación se dio prisa en arreglarse y se dirigió a la librería, pero al llegar allí la aguardaba un enorme disgusto: el libro por el que sentía tanto interés, ya no se hallaba en el anaquel donde había estado contemplándolo durante tantos días; lo habían vendido el sábado anterior después de su visita y –según le informó la dependienta- no quedaba ningún otro ejemplar.

Le costó trabajo conformarse, y como le hacía falta consultar un texto de Geografía recién aparecido, ya que le habían ofrecido para el año siguiente unas cátedras en la secundaria

del estado y necesitaba prepararse si quería desempeñarlas, se acercó al mostrador y lo pidió, aunque sintiéndose íntimamente defraudada.

Al abrirlo, ya en la calle, tuvo otra decepción: el tipo de letra del tomo recién adquirido era demasiado pequeña, y sus ojos casi no alcanzaban a descifrarla.

Tengo que ver a un oculista –se repitió una vez más, como venía haciéndolo de un tiempo a esta parte cada vez que tropezaba con el mismo problema-, debo de tener la vista cansada. Tal vez sólo sea cosa de decidirme a usar lentes… –arguyó, tratando de consolarse; pero un oscuro miedo, una aprensión irrazonable e irrazonada le impedían decidirse a visitar al médico temiendo que éste fuese a decirle que padecía algún mal incurable que la conduciría a la ceguera; y este temor absurdo y sin fundamento, este pánico soterrado e invencible, la hacían evadir el diagnóstico de un especialista, repitiéndose, para tranquilizarse, que no podía ser más que cansancio, pero rechazando cualquier posibilidad de enfrentarse al hecho.

Leía demasiado y durante toda su vida había leído en forma incansable, pero..., ¿qué otra cosa puede hacer una mujer en sus condiciones para espantar la soledad; que vivir con los seres que pueblan las páginas de los libros, con otras vidas más amenas, problemas distintos y tragedias diferentes a su tedio?

Mañana mismo iré a ver al Dr. Oleachea –se dijo, tratando de engañarse-. Voy a pedirle a una de las muchachas de Georgina que me acompañe y así sabré, de una buena vez, si lo que tengo en los ojos es o no irremediable -concluyó, convencida de que no lo haría, de que nuevamente el miedo le ganaría la partida, y debatiéndose en la lucha que se desarrollaba dentro de sí, apresuró el paso hacia la primaria donde la aguardaban cinco horas de clase, cinco largas y monótonas horas en las que tendría que luchar interminablemente para mantener la disciplina de su grupo, formado como todos los demás, por chiquillos que en su mayoría asistían a la escuela obligados por sus padres, por las costumbres establecidas y no porque tuviesen el menor deseo de aprender.

Una mañana más, igual a todas las mañanas de su vida, pero –se interrogó asustada- ¿qué sería de ella sin ese trabajo a cuyo cumplimiento se entregaba integra y fervorosamente? ¿Cómo se sentiría sin la íntima certeza de que en esa forma era útil a la sociedad en la que vivía?

No se atrevió a buscar la respuesta y cuando divisó el edificio que albergaba la escuela apretó el paso, casi con alegría, deseando encontrarse ya dentro de su aula.

Margarita se dirigió a la secundaria esa mañana, conturbada por los más encontrados sentimientos. No había logrado pegar los ojos en toda la noche y el desayuno constituyó una verdadera tortura, al tener que atragantárselo sin el menor apetito, acuciada por los cariñosos requerimientos de su madre que no concebía el desgano de la muchacha.

Mil interrogantes la asaltaban, pero su preocupación mayor la constituía en lo que se dirían ella y Billie al encontrarse de nuevo frente a frente. ¡Se habían despedido en una forma tan extraña!

En la puerta de la escuela sintió que las rodillas se le doblaban, tal era la emoción que la poseía; pero al entrar, su confusión se convirtió en una dolorosa sorpresa, en un desencanto increíble, tan grave, tan profundo que sólo acertó a pensar que sus ojos la estaban engañando y que una visión desdichada la hacía ver alucinaciones.

Billie, el amado de su corazón, su novio de apenas ayer, platicaba animadamente con Doris su íntima amiga, y ésta en una actitud que no dejaba lugar a dudas, se inclinaba hacia él, bebiendo fervorosamente sus palabras, mientras la mano del ídolo reposaba, con la mayor familiaridad, sobre la de la muchacha. No, no podía ser, sintió que iba a desplomarse allí mismo y deseó despertar cuanto antes de la pesadilla en la que creía debatirse, para encontrarse de pronto en su cama lejos de la fatídica escena que estaba ante sus ojos, implacable y real, verdadera e inevitable; sólo cuando Patricia, que había acudido a su lado al verla entrar, le pregunto qué le pasaba, por qué estaba tan pálida, haciendo un esfuerzo supremo, disimuló su turbación y contestó tartamudeando:

—No es nada, me dio como un vahído pero ya me está pasando.

-Debe ser el hígado –apuntó la joven, asustada ante el malestar de su amiga-. Ven, vamos a sentarnos hasta que te sientas mejor –le propuso-, jalándola hacia una de las bancas vacías.

Margarita la siguió sin oponer resistencia pero creyendo morirse de dolor; sufriendo la agonía de sentir el corazón traspasado por un puñal de doble filo que había asesinado dentro de ella, en un instante, la fe en los dones más hermosos de la vida: el amor y la amistad; pero tal vez el dolor no mataba –se dijo casi con rencor-, porque el mareo iba pasando y ella seguía viva.

—¡Mira con quién está Doris…! –exclamó Patricia, descubriendo en esos momentos a la pareja-. Ella se hace como si no nos viera, ¿te fijas? Me dan ganas de llamarla sólo para ver qué cara nos pone –agregó con picardía.

—No, por favor, te lo suplico, no lo hagas –pidió la pobre chiquilla, sintiendo que el cielo se desplomaba encima a fuerza de tanto sufrimiento-. Ya vendrá –aseguró, tratando de restarle importancia.

Pero Doris en todo pensaba menos en reunirse con sus compañeras. Tenía meses de soñar con el muchacho y el día anterior, excitada por las cosas leídas en el libro, que exaltaron su imaginación, ya por naturaleza desbordada, se prometió conquistarlo, repitiéndose una y otra vez, a manera de disculpa, que Margarita jamás lo lograría, pues la juzgaba demasiado tímida y opaca para tan aguerrida empresa. "De que se lo lleve otra a que sea yo..." –argumentó con la implacable lógica de una mujer enamorada.

Y como obedeciendo a su secreto deseo la suerte parecía estar de su parte, pues cuando llegó a la escuela esa mañana encontró al joven completamente solo, estudiando en una de las bancas del jardín de recreo, y diciéndose que no tenía un momento que perder, inició el ataque, acercándose para abordarlo.

—Hola Billie, ¿cómo te va? –lo saludó con desenfado.

—Hola –contestó el aludido, indiferente.

—¿Me permites que me siente? –preguntó, uniendo la acción a la palabra.

El muchacho contestó afirmativamente, pues la chamaca no le interesaba en lo más mínimo y en esos momentos se encontraba tan preocupado que todo le daba igual; pero unos instantes más tarde, cuando vio entrar a Margarita, y como tenía miedo de enfrentársele, pensó que Doris le serviría de parapeto y simuló con ella una intimidad que no existía, hasta le tomó una mano que la otra naturalmente no retiró.

Tampoco él había dormido en toda la noche cavilando las consecuencias que podría acarrearle el desdichado asunto. No sentía remordimientos por su acción, sino miedo de que su vida, hasta entonces fácil y halagüeña, fuese a complicársele en caso de que la muchacha tuviese la peregrina idea de exigirle matrimonio. Es verdad que Margarita le gustaba más, mucho más que esa coquetuela de Doris que tan descaradamente lo había buscado; pero sabía que su padre no iba a permitir que nada ni nadie truncase su carrera, y él mismo se sentía demasiado joven para echarse a la espaldas la pesada carga de un matrimonio.

Ella tuvo la culpa –se disculpó, triunfando en él el natural egoísmo masculino-. Yo nunca me hubiera atrevido a llegar hasta allá, pero consintió tan pasiva, se me entregó tan tranquila -se repitió una vez más, rememorando la escena de lo sucedido el día anterior en la cueva-. Tal vez, a pesar de su aparente ingenuidad, solo sea una zorra que lo planeó todo para cazarme –arguyó, olvidando de parte de quién había surgido la invitación para el malhadado paseo-. Pero no caeré en sus garras –se dijo. Y por eso, al verla entrar, fingió con Doris una escena.

Mientras tanto, en el alma de Margarita algo se destruía para siempre; aunque quizá ni ella hubiese podido precisar que le dolía más: si la cruel indiferencia del hombre al que amaba fervorosamente y a quien entregara sin restricciones la inocencia del amor primero, o la traición de Doris, la falsa amiga que conociendo su devoción por él, se atrevía a arrebatárselo, burlándose de su amistad y pisoteando sus más caros sentimientos.

El sonido del timbre que llamaba a clases fue para Margarita una liberación; pues los grupos se deshicieron y cada

quien entró a un aula diferente; pero aún dentro del salón la torturadora visión persistía y, por primera vez, se expuso a la reprensión de sus maestros, mostrándose distraída a sus explicaciones.

****

Detrás de las persianas de su casa, Cynthia acechaba impaciente e inquieta.

Eran cerca de las tres de la tarde, esa hora de plomo derretido, y en su hogar como en casi todos, la gente se entregaba al beneficio de la siesta.

Cynthia sentía que en esos momentos el silencio se materializaba en la calle como un gigantesco bloque de concreto, del que brotaban de cuando en cuando, los gritos de algunos vendedores ambulantes, que se atrevían a mancillarlo con sus pregones ingenuos y monótonos, pero tiernamente familiares.

—¡Melcocherooooo...! ¡La rubia y la morena, niña! -clamaba el viejecito de cascada voz-. Melcocha de anis y de pataste... ¡Melcocherooooo...!

—¡Hojuelas calientes! ¡Aquí van las hojúúúúeeelaas...!-gritaba la mujer, acentuando la `u' en una forma tan especial que al escucharla uno sentía crujir entre los dientes la sabrosa golosina; mientras ella se contoneaba por la acera, con un canasto en cada brazo, cubiertos por inmaculadas servilletas-. Aquí van las hojúúúúúeeeelaaaaas...!

A Cynthia le encantaban los pregones de su tierra. Gozaba oyendo las diferentes maneras que tenían los vendedores ambulantes de proponer su mercancía; pero ninguno le hacía tanta gracia como el del pastelero que cantaba:

—¡Hay de pooollooo, hay de cirueeelaaa, hay de piiiñaaa! ¡Esos que ven comer! ¡Esos que se van a la China! Hay de pooolloooo, hay de cirueelaaa, hay de piiiiñaaa! ¡Pasteles niña...!

El pregón del pastelero escuchado muchas veces desde el interior de su casa, tenía el don de arrancarle una sonrisa siempre que lo oía; pero ahora, aun cuando la pasó rozando, ni siquiera lo escuchó. Permanecía detrás de la ventana, tensa

y con el corazón golpeándole el pecho apresuradamente, y los nervios, tan luego estirados como cuerdas de un violín a punto de estallar, tan luego laxos, sin fuerza, como los de un instrumento roto, en la espera angustiosa de un sólo sonido, aguardando únicamente la esperada señal.

Pasó el carretón de la basura tocando su campana…

Sabía que debía de avisar en la cocina para que sacaran los botes a la calle, pero no tuvo ánimos de moverse de donde estaba.

Se hallaba tan embebida en su espera que cuando el silbato del cartero se dejó oír, claro y estridente, en la casa contigua, saltó como si hubiese tenido resortes y corrió a la puerta toda temblorosa, vibrando de ansiedad y de esperanza, pero el hombre pasó de largo, ajeno por completo a su desilusión y a su amargura.

Estrella, que dormía la siesta tranquilamente y ajena a cualquiera otra preocupación que no fuesen sus pensamientos alrededor de la oficina y del paseo de esa noche, se sobresaltó al escuchar el imperioso silbato del cartero en la puerta de su residencia. Esperó mañosamente a ver si alguno de sus hermanos, o alguna de las criadas se les ocurría ir a recibir la correspondencia; pero como el pobre seguía pitando apurado, se desperezó un poco felinamente y aún amodorrada se levantó del petate en el que se encontraba echada tratando de gozar la frescura del mosaico, porque el calor reinante hacía insoportables las camas y uno de sus hermanos le había ganado la hamaca.

¿Quién habrá escrito? –se preguntó, un poco molesta por la interrupción, mientras se dirigía hacia la puerta-. Debe ser de alguna de mis hermanas –se dijo casi segura, pero grande fue su sorpresa cuando el cartero le entregó un sobre alargado y azul dirigido a ella. Estaba escrito a máquina y Estrella, sin saber por qué, tuvo la certeza de que el remitente era un hombre.

El cartero seguía ya su monótono recorrido por la siguiente acera y ella aún le daba vueltas en la mano, a la misiva, sin atreverse a abrirla, haciendo cábalas sobre quién podría haberle escrito.

¿Sería del ingeniero petrolero con quien había bailado en el mirador la semana pasada…? –se preguntó llena de ilusión-. Era un hombre guapo, más que guapo era un tipo sumamente interesante, edad apropiada, y mientras bailaban le había dicho cosas agradables y le había ofrecido otras tantas; pero por lo general –recordó- los hombres prometen siempre cosas que no están dispuestos a cumplir.

Se llevó la carta sin abrir hasta el rincón de donde la arrancara el silbato del cartero y allí rasgó cuidadosamente el sobre, sacó la esquela y antes que nada buscó la firma.

Romualdo Ramos -de pronto el nombre no le dijo nada; pero luego de pensar un poco, vino a caer en la cuenta de quién se trataba. Romualdo Ramos era el viudo de la calle Salinas y la carta era una declaración amorosa en toda regla, seguida de un ofrecimiento formal de matrimonio.

Pasado el asombro, el asunto le produjo una gran hilaridad que la hizo reírse un poco nerviosamente, aunque no la tomaba totalmente desprevenida, pues desde que la esposa estaba en vida el vejete la perseguía con miradas de codicia y de deseo.

Pasó la risa y sintió asco y una profunda tristeza.

¿Por qué había de fijarse en ella alguien a quién jamás podría corresponder? ¿Y por qué no? –se preguntó un instante después-. ¿Acaso era la primera vez que una mujer aceptaba casarse con un hombre sin amarlo? A veces, sólo por obtener una posición desahogada; otras muchas por no quedarse solteronas, pero ella se sentía todavía joven, llena de vida y tan deseosa de amar y de ser amada, que aquello le parecía casi una afrenta.

La vida se pasa –le dijo una voz interna- y recuerda que las oportunidades se van haciendo cada día más escasas; sobre todo las de lograr matrimonio; porque aventuras ya sabes que nunca faltan, pero..., ¿acaso te sirven de algo?

Ese hombre tiene lo menos 60 años –se defendió- y es un tipo repugnante, un viejo libidinoso que se come con los ojos cuanta falda se le pone enfrente. No, yo nunca podría hacer una cosa así –se rebatió airada-. Tiene que existir el amor en alguna parte y tiene que llegarme a mí como le ha llegado a

otras, sin amor la vida no vale la pena y estoy segura de que jamás podré llegar a querer a un hombre como ese, a un Romualdo Ramos, feo, ridículo y aborrecible.

Volvió a evocar al petrolero que le brindara la felicidad de una noche de baile y de ilusiones y su rabia se acrecentó. Un hombre como él, sí que sería maravilloso -reconoció-, un hombre que yo pueda admirar y respetar y no un carcamal asqueroso; sólo que los años se van, y dicen las que se quedaron que no hay nada más terrible que la soltería.

Debo consolarme –trató de bromear consigo misma-. Quiere decir que todavía no estoy tan tirada a la lona cuando aún recibo cartas de amor. Lo que nos vamos a reír cuando se las enseñe a las muchachas -se prometió-, pero en el fondo de su mente persistía como un pozo la amargura cuando se repetía que ya sólo don Romualdo Ramos se atrevía a escribirle proponiéndole matrimonio.

La gente aseguraba, respecto al viejo, que era muy celoso y que había matado a su mujer a golpes, por coqueta y casquivana. Corrían infinidad de rumores acerca de la finada Ernestina. Afirmaban que a pesar de la estricta vigilancia de que el anciano la hacía objeto, ella le ponía los cuernos con todo el que se le paraba enfrente. Claro que sólo eran cuentos que andaban por la calle; lo cierto era que a la muerta no le había faltado, en vida, más que sarna que rascar, pues el viejo había sido un hombre sumamente trabajador y poseía un importante y saneadito capital con el que se daba muy buena vida; y la que sucediera a la muerta tendría, a manos llenas, todo lo que el dinero puede brindar.

Le tenía horror a la soltería, muchas veces se había jurado que prefería la muerte a quedarse; cualquier cosa mejor que servir de burla y de lástima a la gente que no mide su crueldad para las que no han tenido la suerte de casarse. Y cada vez que pensaba en ello se prometía que a como fuera y con quien fuera, ella se casaría; pero..., don Romualdo Ramos..., ese hombre gordo, chaparro, de cortos brazos fofos y manos como las de un chango, peludas, peludas....

No, nunca podría resistirlo, ni que fuera el último hombre del planeta. ¿Qué se habría creído para atreverse a dirigirse a ella en esos términos? ¡Estaba loco!

Cómo se van a reír Virginia e Ivonne esta noche cuando yo les enseñe la carta! –se repitió, tratando de sentirse reconfortada, pero no lo lograba. La misiva la había llenado de desilusión y de tristeza mezclada con la preocupación de tener que tomar una determinación, resolviendo algo porque –se preguntó asustada- ¿y si éste es mi último barco y lo dejo zarpar? ¿No voy a arrepentirme luego? ¡Es tan difícil aquí conseguir algo verdadero!

"La otra noche bailé bastante –se dijo, tratando de encontrar en este hecho, la certidumbre de que sus oportunidades aún no se agotaban-. Pero lo más probable es que el hombre esté casado. Todos los que valen la pena lo están, ¿para qué engañarnos?, y los pocos que quedan libres buscan a las de 18 y no a las veteranas como nosotras" –concluyó desolada. Bueno, de todos modos se lo consultaré a Virginia –se prometió, feliz de no tener que resolver nada por el momento, pero comprendiendo, al mismo tiempo que jamás podría decidirse a aceptar al detestable viejo.

Esta tarde, cuando Virginia entró a su oficina, sus compañeras le informaron que su jefe había preguntado por ella. Efectivamente, acababa de entrar en su privado y cuando apenas se disponía a empezar a abrir la correspondencia, escuchó que la llamaban por el interfón.

—En un instante estoy con usted ingeniero –contestó, dirigiéndose a toda prisa a su despacho.

Algunas de sus compañeras le hicieron señas de que se acercara a sus escritorios pues siempre tenían algo que contarle. La sabían comprensiva y la buscaban para desahogar en ella sus preocupaciones, casi siempre de índole amorosa; pero les hizo señas de que iba con el ogro y de que no podía detenerse.

Llamaban así al ingeniero en jefe, de quien ella era la secretaria inmediata; el mote era de relajo, naturalmente, pues se trataba de un hombre serio, correcto, de magnifica presencia y, al parecer, sumamente educado. Virginia cultivaba amistad con su esposa, pero con él en su calidad de jefe, trataba siempre de guardar las distancias.

Al entrar le dio las buenas tardes y se acomodó para tomarle el dictado, pero extrañamente el hombre no parecía tener ninguna prisa.

Después de un momento de pesado silencio, que ninguno de los dos encontraba cómo romper, intempestivamente él la interpeló diciéndole:

—Viene usted muy guapa hoy, Virginia.

—Es usted muy amable –agradeció la muchacha, al mismo tiempo que enrojecía.

—Yo creo que los hombres de aquí están ciegos –comentó-, si no, ya alguien se la hubiese llevado, dejándome sin mi mejor secretaria.

Y como ella sólo sonreía turbada, agregó:

—Dígame, Virginia ¿qué piensa hacer de su vida? ¿Pasarla aquí vegetando sin tratar de vivirla?

Esta pregunta se la había hecho ella muchas veces, cuando se daba cuenta de que la existencia se le iba sin remedio y que los años pasaban inexorables sin brindarle ninguna esperanza; pero era una interrogante a la que no había logrado encontrarle respuesta apropiada, pues en realidad ¿qué podía hacer ella? ¿Acaso estaba en sus manos cambiar el rumbo del destino?

—¿Y qué puedo hacer para vivir mi vida? –preguntó, completamente extrañada del cariz que la conversación iba tomando.

—Usted es una mujer que vale mucho, es guapa, inteligente, discreta -aseguró el hombre enumerando cualidades con las que Virginia se había oído elogiar muchas veces, e intentando, al mismo tiempo, iniciar una caricia que ella, rápidamente, logró esquivar.

—Si usted quisiera, yo -insinuó meloso, pero ante la recta mirada de la joven se calló turbado sin saber cómo proseguir.

—¡Usted es un hombre casado! ¡Cómo se atreve! –se indignó Virginia poniéndose terriblemente pálida.

—Tú sabes que Delia y yo no nos llevamos bien –trató él de defenderse, tuteándola de pronto-, ella no me comprende, jamás nos hemos entendido y si tú me quisieras..., no me sería difícil conseguir el divorcio –sugirió, razonando que si le

ofrecía matrimonio iba a lograr interesarla. Era un gancho en el que caían todas, hasta las que parecían más reacias.

El mismo cuento de siempre –se dijo Virginia, conteniendo una repentina náusea-. ¿Serían tan imbéciles los hombres que no podían inventar una excusa mejor?

Sentía deseos de abofetearlo pero comprendió que debía manejar el asunto con mucha táctica porque no podía darse el lujo de perder su empleo.

—Yo soy una muchacha decente, ingeniero –musitó, casi al borde de las lágrimas- me duele que usted que tiene tanto tiempo de conocerme, no sepa aún con quien está tratando –concluyó, conteniendo las ganas de escupirle la cara.

—Eres una tonta -aseguró él, sin disimular su rabia-. Tan solo con que fueras un poco amable conmigo, podrías obtener muchas ventajas.

—Le ruego que me permita retirarme –pidió angustiada.

—Hay muchas que quisieran encontrarse en tu lugar. Yo podría ayudarte más de lo que te imaginas -ofreció, pero ella, sin dejarlo concluir suplicó nuevamente-:

—Por favor, permítame retirarme.

Sabía que si no salía de allí inmediatamente, iba a soltarse a llorar delante de él como una criatura desamparada; pues se sentía ultrajada como nunca y no quería darle el gusto de hacerlo presenciar una escena de llanto. No era la primera vez que un hombre casado de Bellaisla se le insinuaba; desgraciadamente era cosa que tenía que sufrir bastante a menudo; pero nunca creyó que su jefe, que la conocía desde hacia tiempo, pudiera confundirla con una muchacha fácil, como tantas que había en la oficina como en todas partes.

—Como quieras –contestó indignado, sintiendo herida su vanidad-, y por favor, procura olvidar mis palabras.

—Ya están olvidadas –afirmó ella con dignidad-. Si así no fuera, me vería precisada a renunciar en este instante y usted sabe que necesito el empleo -musitó antes de salir, cerrando tras de ella la puerta.

Se metió rápidamente en su privado rogándole a Dios que nadie fuese a detenerla, pues se iban a dar cuenta de que estaba llorando. Tuvo suerte, porque el jefe de personal acababa

de llegar y todas trajinaban en sus máquinas con sus papeles, intentando darle la impresión de que se encontraban sumamente atareadas.

Cuando se halló a solas en su rincón, y logró calmarse, se dio cuenta de que el incidente la había afectado porque era sólo la gota que derrama el vaso. Habían sido muchas cosas, unas sobre otras: la decepción que le causara lo de Alfredo, los problemas de su casa siempre en aumento y la enfermedad de su madre; todo recaía sobre ella y ahora para completar esto, que le parecía un inmerecido insulto.

Su jefe la conocía de bastante tiempo, tenía que haber observado la seriedad de su conducta, en la oficina, en la calle, en todos y cada uno de los actos de su vida, entonces...., ¿cómo era que se había atrevido a hacerle una proposición tan humillante?

Si no fuera porque de su empleo dependía la subsistencia no sólo de ella sino la de su querida madre, de quien era el único apoyo, tal vez se hubiese dado el lujo de mandarlo al diablo renunciando, pero desgraciadamente no podía hacerlo, y esto la hacía sentirse impotente y terriblemente desdichada.

11

Durante muchos días Cynthia aguardó en vano, una carta, una tarjeta, una noticia, en fin que la arrancase del marasmo en que vivía.

Su vida de muchacha feliz y consentida se vio convertida, de pronto, en una cotidiana angustia que fluctuaba sin cesar entre la agonía de la espera y la tortura de la desesperanza. Para consolarse hacía mil cábalas; tal vez la carta de su novio se había extraviado en el camino y el muchacho pensaba que ella no había querido contestarle; tal vez iba a retornar pronto y era por eso que no le escribía; tal vez… y así enhilaba una y otra fantasía para tratar de engañar al corazón que se aferraba a su mentira, como un náufrago a una tabla… Pero esa mañana, al llegar a su oficina como todos los días, el cielo se derrumbó sobre ella aplastándola sin misericordia y lo peor fue que se vio obligada a esconder su dolor, a disimular su angustia, sólo por no darle a sus compañeras el gusto de verla aniquilada y de que se compadecieran o se burlaran de ella. Cualquiera de las dos cosas le hubiese resultado insoportable; así es que calló, tratando de mostrarse serena, indiferente. Sólo al llegar a su casa al mediodía se vino abajo su fortaleza; y pudo, por fin, entregarse sin reservas a sus desesperados sufrimientos.

Cuando Virginia acudió al angustioso recado de su amiga, la encontró encerrada a piedra y lodo dentro de su recámara y con el tocadiscos a todo volumen. Tuvo que identificarse para que Cynthia se decidiera a abrirle, pues la joven se negaba a hablar con cualquier otra persona que no fuese ella.

—No puedo imaginarme qué le sucedió –le confió, preocupada, la mamá de la chiquilla-. Desde que regresó del trabajo

se encerró y no ha querido ni salir a comer ni decirme qué le pasa. Habló a la criada para mandarte llamar, pues ni siquiera a mí ha querido abrirme. No me explicó qué pudo haberle ocurrido.

—No se mortifique usted –pidió Virginia, tratando de tranquilizar a la afligida madre-. Debe tratarse de cualquier tontería, lo que pasa es que Cynthia es muy sensitiva y todo lo toma demasiado a pecho.

Cuando entró en la alcoba, la joven se le arrojó en los brazos sollozando, desesperada e inconsolable.

—¿Sergio? –preguntó Virginia, intuyendo que una mortificación como la que sacudía a su joven amiga en esos momentos, sólo el amor era capaz de producirla.

—¡El muy canalla! –exclamó, sin dejar de llorar.

—Pero, ¡cómo! ¿Qué fue? ¿Supiste algo? -la interrogó tratando de hacerla hablar para que se desahogara.

—¡Te juro que lo odio! –aseguró.

Pero no era el odio el que había destrozado el corazón párvulo en las lides del amor; no, desdichadamente no era el odio –se dijo Virginia-, sino el dolor de ver hecho pedazos su primera ilusión, la única que jamás puede reponerse.

—Pero ¿qué es lo que pasa con Sergio? –volvió a indagar, tratando de contener el llanto desesperado de Cynthia-. ¿Supiste algo o es sólo porque no te ha escrito?

—Está aquí –soltó, como quien deja caer una granada.

—¿Aquí? ¿Y entonces?

Cynthia redobló su llanto y a Virginia no le fue difícil adivinar.

—¿Es casado? –su pregunta era casi una aseveración a la que la muchacha contestó moviendo afirmativamente la cabeza; porque, al parecer, era incapaz de dejar de llorar un solo momento.

—¿Lo viste? –quiso saber la otra, pero la joven negó en silencio-. Y entonces, ¿cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?

La muchacha empezó a hablar atropelladamente queriendo enterarla de todo a la vez, pero la mayor le pidió-: Primero, deja de llorar para que yo pueda entenderte y luego, apaga ese tocadiscos o bájale un poco el volumen.

En el disco, Los Hermanos Silva cantaban a voz en cuello: *Si un segundo te dejara de amar, nuestro mundo dejaría de girar...*

—Era nuestra pieza -gimió Cynthia al mismo tiempo que callaba a los cantantes, oprimiendo el botón de su tocadiscos portátil-. Se me declaró mientras estábamos bailando y me dijo que sería el símbolo de nuestro cariño.

Las mentiras del amor -se dijo Virginia-. Pero aviadas íbamos a estar si cada vez que un hombre olvida sus promesas fuera a detenerse el mundo –su pensamiento la hizo sonreír amargamente, pero trató de borrarlo de su mente y se dispuso a escuchar a su atribulada amiga.

Aquella, un poco más calmada, empezó a contarle:

Esa mañana al llegar a su oficina se le había acercado Catalina, una de sus compañeras, para decirle, como quien no quiere la cosa: -¿A que no sabes quién estaba anoche en el Versalles?

—No me gustan las adivinanzas –le contestó Cynthia, sin imaginarse a dónde quería ir a parar.

—Sonrisal, el viajero ese con el que bailabas mucho últimamente. Tú sabes que así le dicen a él –le recordó a Virginia.

—Y ¿qué más?

—Como yo me quedé callada porque creí que Catalina me estaba vacilando, ella me remató asegurándome: -Por cierto, que ahora trajo a su esposa, es muy joven y muy guapa, y tienen dos niños preciosos.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Cómo reaccionaste?

—Fue tal mi sorpresa que ni siquiera le contesté.

—Vaya –se alegró Virginia-, siquiera no les diste el gusto de hacerles ver que te dolía.

—Pero yo les conté a todas que éramos novios y que a su regreso iba a hablar con mis papás. ¿Te imaginas ahora cómo quedo? Se estarán riendo de mí a mandíbula batiente, sobre todo la Catalina esa que me masca pero no me traga. ¡Te juro que quisiera morirme! Mandé a llamarte porque tenía que desahogarme con alguien y tú eres la única que me puede comprender.

—Es que yo ya he pasado por todas esas cosas y algo se aprende –aceptó la otra con modestia.

—Ni a mi mamá he querido contarle nada, porque me da vergüenza; ella me dijo, desde el primer momento, que Sergio no le inspiraba ninguna confianza, pero yo no quise escucharla. ¡Te juro que quisiera morirme! –volvió a repetir, tornando a sus sollozos.

—No te vas a morir, ni te estés haciendo las ilusiones –rió Virginia, tratando de devolverle el ánimo-. Duele, es cierto, parece que el mundo se acaba, que la vida termina donde empieza el desengaño; pero a Dios gracias no es así; llega el momento en que olvidamos y volvemos a amar con mayor pasión, con más verdad hasta parecernos increíble todo lo que sufrimos en el pasado por otra persona, por otro hombre.

—Jamás volveré a amar a nadie. ¿Cómo quieres que después de esto vuelva a creerle a alguno?

—Claro que volverás a enamorarte, con mayores reservas, desde luego, sin la entrega absoluta del primer amor, de la ilusión primera, pero amarás mejor, porque cada nuevo amor nos renueva, nos madura y nos prepara para el que viene.

—Entonces ¿tú has amado muchas veces.... -se asombró la chiquilla.

—No, no muchas porque tengo un corazón canino que se apega a los cariños y tarda en olvidar; pero si puedo asegurarte que he amado más de una vez. Y tú también harás lo mismo cuando la herida, que hoy ves abierta y sangrante, haya cicatrizado. Porque el mal de amor sólo otro amor puede curarlo.

—No, no puede ser. Jamás volveré a querer a nadie. No quisiera volver a sufrir como estoy sufriendo en estos momentos –rogó fervorosamente.

—¿Y eso fue todo? –inquirió Virginia.

—¿Cómo que si eso fue todo? –se indignó la chamaca-. ¿Te parece poco?

—Me refiero a si sólo Catalina te lo dijo, porque como siempre han estado de pique, pudo haberlo inventado para darte un disgusto.

La cara de la chiquilla se iluminó. Fue como si de pronto el cielo oscuro se despejara cuajándose de luceros y se aferró a la esperanza instantánea de esa ficción.

—¡Qué tonta soy! Y yo no había pensado en eso. Al instante se arrepintió Virginia de haber resucitado las ilusiones de su amiga y rectificó:

—Bueno, yo no te digo que Catalina te haya mentido, sino que pudo haberlo hecho.

—Tiene que haber sido una mentira. Sergio me quiere, yo lo sé. No es capaz de una cosa así.

—No estés tan segura y prepárate para lo peor.

—Pero ¿es que tú sabes algo?

—Tanto como saber algo, no, pues te lo diría; pero no creo que Catalina haya mentido nada más porque sí. Claro, que si es cierto lo que te dijo, es un canalla, pues si sabía que iba a traer a su familia no tenía ningún derecho a encampanarte de esa forma. Podía haberse divertido contigo, haber tonteado en los bailes el tiempo que estuvo aquí; pero sin hacerte promesas y mucho menos hablarte en serio, como lo hizo.

Tocaron a la puerta del cuarto y Virginia se levantó a abrir, entró Ivonne.

—¿Ya lo sabes? –le espetó a Cynthia, sin ningún preámbulo.

—¿Lo viste? –gimió la aludida, sintiendo que de nuevo todo se derrumbaba a su alrededor.

—¡Es un bandido! Anoche estaba en el Versalles con su mujer y sus hijos. Nunca te debería haber hecho eso. No tiene nombre su conducta.

La joven se echó de bruces en la cama, dejando curso libre a sus amargas lágrimas.

—Yo creí que ya lo sabía.

—Se lo dijo Catalina, la que trabaja con ella, pero yo pensé que podía ser mentira y que sólo lo hubiese inventado para molestarla –señaló Virginia.

—Quise pasar a contárselos en la mañana, para evitarle el mal rato de que se lo soltaran por ahí, o peor aún, de que se los fuera a encontrar en la calle, pero se me hizo tarde y ya no pude –se disculpó-. ¡Cuánto siento que haya pasado la humillación de que se lo dijeran en la oficina!

Quiso abrazarla para tratar de consolarla, pero Virginia le hizo señas de que era preferible que la dejara desahogarse.

—¿No sé con qué cara voy a salir ahora a la calle…? -musitó quejumbrosa.

—Con la misma de siempre –aseveró Ivonne-, sólo que con la cabeza más alta, más erguida, para que nadie pueda adivinar lo que te está doliendo.

—Tiene razón Ivonne, llora aquí todo lo que quieras, desahógate gritando o mordiendo la almohada hasta desgarrarla o desgarrarte, pero que nadie, y menos él pueda adivinar que estás sufriendo; al contrario, si te preguntan, simula reírte del asunto y diles que ya sabías que era casado y que tú también estabas tratando de divertirte.

—¿Y creen ustedes que voy a poder fingir, que voy a soportar el verlo con otra? –gimió.

—Tendrás que soportarlo, son gajes del oficio. ¿Verdad Virginia? –inquirió Ivonne, buscando el asentimiento de su amiga, que la joven le dio en silencio.

—Es que ustedes no saben, no pueden imaginarse lo que es sufrir así -se quejó la chiquilla.

Las mayores sonrieron y se miraron en silencio, comprendiéndose sin palabras.

—¿Y qué creen que traigo aquí? –preguntó Ivonne.

—No sé –contestó Cynthia, indiferente.

—La invitación para la despedida de soltera que le dan a Magdalena la semana entrante, así es que me dicen si cuento con ustedes, ya ves que no sólo tú estás sufriendo.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? –se asombró.

—Lucio fue el primer novio de Ivonne. ¿Ya no te acuerdas?

—¿Y a poco lo sigues queriendo? –preguntó incrédula.

—Eso es secreto profesional y nadie tiene derecho a preguntármelo.

—Pero si has tenido tantos después de él, que no creo que pueda importarte mucho -terqueó la chiquilla.

—Ya ves, tan no me importa que le estoy organizando a su futura esposa una despedida –rió, pero en su risa había una intensa, escondida amargura, que Virginia captó porque sabía que, a pesar de todos los pesares, Ivonne siempre había esperado que un día Lucio volvería a ella. Dentro de la aparente frivolidad de la muchacha, continuaba encendido aún el res-

coldo del primer amor, y ni las llamas apasionadas de otros cariños habían logrado extinguirlo. Ahora, él se casaba con otra y ella tenía que fingir que no le importaba en lo absoluto.

—Yo no podría hacerlo –aseguró la chamaca.

—Magdalena es amiga mía y no puedo desairarla. Además, han pasado cerca de ocho años que Lucio y yo terminamos; a estas alturas sería ridículo que me hiciera la ofendida o dejara ver que me duele.

—Pero ¿de veras te importa? –inquirió la más joven, queriendo ahondar en los sentimientos de su amiga; pero ésta le contestó un poco ásperamente:

—Ya te dije que eso es secreto profesional y que a nadie le interesa. Si lo saqué a relucir fue para hacerte ver que no solo tú has sufrido o estás sufriendo.

—Tal vez no lo hayas amado tanto como yo a Sergio –aseveró, pues creía firmemente que nada podía ser comparable a su dolor.

Ivonne sonrió en silencio pensando que no valía la pena rebatirla, porque efectivamente cuando uno sufre, piensa que nadie ha podido sufrir así, y que nadie ha sentido como uno está sintiendo; pero Virginia le rebatió:

—Es tu primer trancazo y por eso sientes que te ha hecho pedazos el golpe y que nunca podrás reponerte. Te aseguro que los demás ya no duelen tanto.

—A medida que el tiempo pasa, se va haciendo concha, y cuando vienes a ver ya la tienes tan gruesa, que todo se te resbala –bromeó Ivonne, tratando de animarla.

—Además –aseguró Virginia-, en nosotras existe un sentimiento tal vez más grande que el amor, que en casos como éstos nos ayuda a subsistir y a disimular, y es la dignidad. Muérete por dentro, si quieres, pero tu orgullo te mantendrá erguida ante los demás; apela a él y todo te será fácil, yo sé lo que te digo.

—¿Y qué hago si me lo encuentro? –se asustó Cynthia.

—Si te saluda, le contestas muy dignamente procurando no parecer ni demasiado fría ni demasiado amable, porque se te vería fingido, y si se hace el loco, mejor que mejor, también tú te haces la distraída y le das gracias a Dios de que te evite

un momento sumamente desagradable. Ante todo naturalidad, la mayor naturalidad posible. Ya te digo, en estos casos no importan ni el amor ni el sufrimiento, lo único que nos queda es dejar a salvo la dignidad. El primer encuentro es terrible, parece que no serás capaz de resistirlo, el segundo duele un poco menos, y así hasta que te acostumbras. Ojalá que tengas la suerte de que se largue pronto para que no vuelvas a verlo más, es lo mejor que podría sucederte.

—Seca esas lágrimas y vámonos al cine esta noche –sugirió Ivonne.

—No, hoy no podría, comprendan que estoy destrozada –se lamentó- pero mañana, tal vez mañana ya tenga fuerzas para actuar como ustedes dicen. Y tienen razón, lo primero es que él no se imagine siquiera todo lo que me ha dolido su traición.

La medicina había surtido efecto y Virginia e Ivonne se despidieron de la atribulada muchacha porque se les hacía tarde y tenían que arreglarse para salir corriendo a sus respectivos trabajos.

—¡Pobre Cynthia! –comentó Ivonne, cuando salían de la casa.

—¿Por qué? Está viviendo. Gozar o sufrir por amor es lo único que da sentido a la existencia. Es su primer desengaño, pero ya se le pasará y estará preparada para amar mejor y con mayor experiencia.

—Entonces –trató de bromear Ivonne-, según tú, yo también estoy viviendo, porque la herida que creí cicatrizada por completo y desde hace tiempo se ha abierto de nuevo y créeme, no pensé que pudiera doler tanto aún.

—Es natural, no has dejado de verlo y por eso te ha sido más difícil olvidarlo. Sé que es duro para ti y sin embargo te envidio. No hay nada más terrible que sentirse como yo me siento ahora, sumida en el tedio más profundo y viviendo una vida inútil, en la que sólo vegeto; rodeada de problemas que tengo que resolver sin la ayuda de nadie y muchos de los cuales no tienen solución; como la enfermedad de mi madre. Creo que no puede haber nada más horrible que existir sólo porque no queda más remedio, pero sin que la vida le importe a uno un comino.

—Ya vendrá algo, aunque sólo sea para que vuelvas a sufrir.

—No lo creo –expresó la muchacha, pero sin poner en sus palabras demasiado convencimiento.

12

En la amplia residencia de Ligia Góngora se iban formando grupos a medida que las convidadas iban llegando. En uno se charlaba seriamente de lo malo que estaba el servicio doméstico, de las gracias infantiles y de la eficacia del último anticonceptivo lanzado al mercado (éste grupo formado naturalmente por mujeres casadas). En otro, se contaba el último chisme: la señora del licenciado Fornaris, persona muy conocida entre la sociedad bellaisleña, y hasta el día anterior considerada como muy honorable, había abandonado esa mañana a sus hijos y a su marido largándose con un reventero que tenía un puesto de aves en el mercado principal.

Se alardeaba en fin, de las últimas conquistas del bello sexo, pero había un grupo en especial del que salían contagiosas carcajadas.

–Allá esta Sonia con sus cuentos. ¡Es fabulosa! –Aseguró Ivonne-. Yo no me los pierdo, ¿no vienen? –preguntó a sus amigas, invitándolas a reunirse con el corrillo de las contadoras de cuentos colorados.

—A mí no me hacen gracias esos chistes –aclaró Zoila muy digna.

—Tras que tú tienes que ir a contárselos luego al cura -se burló Ivonne, refiriéndose a que Zoila acostumbraba a comulgar todos los domingos.

—A mí me gusta oírlos, son formidables –reconoció Estrella- y siempre he pensado que la gente gazmoña debería quedarse en su casa para no correr el riesgo de escuchar inconveniencias.

Ante la estocada, Zoila se puso verde de la rabia, pero pensó que lo mejor era no contestarle nada porque si lo hacía,

todas se le echarían encima y no tendría forma de defenderse. Se la guardaría y en cuanto se presentase la ocasión de desquitarse, no iba a desaprovecharla.

—Voy con ustedes –se apuntó Cynthia.

—Niña, los cuentos de Sonia no son aptos para menores –se burló Virginia.

—Bah, ya estoy bastante crecidita.

—Pero ¿no es que tú también te confiesas? –se asombró Estrella.

—¿Y eso qué tiene que ver? –rió la chamaca despreocupada-. Le digo al padre que oí cuentos colorados, me pregunta si tuve placer en escucharlos y le confieso que sí, porque no voy a decirle mentiras. Y como se supone que en esos momentos estoy arrepentida, me da la absolución.

—Y en la primera oportunidad vuelves a hacer lo mismo -se admiró Virginia-. Entonces no le veo objeto a estarse confesando. Yo sólo lo haría cuando tuviese verdadero propósito de enmienda. De otra manera, mejor me abstengo, pues no le veo la gracia ni creo que a Dios le haga mucha tampoco.

—¿Y para qué te cambias de ropa si sabes que ese mismo día vas a ensuciarla? –contraatacó Cynthia repitiendo una frase que había oído en un sermón-. Bueno, pues lo mismo pasa con los pecados, ahorita por ejemplo sé que me voy a ensuciar los oídos escuchando a Sonia, pero apenas pueda voy y me los lavo con la confesión que para eso está. Además hay que vivir, ¿no?

—Está sí que nos resultó, abuzada –se azoró Ivonne-. Al mismo tiempo trata de estar bien con Dios y con el Diablo.

—Preferiría hacer lo que Zoila –aseguró Virginia-; si pienso confesarme, mejor me abstengo.

—No veo por qué, cuando es tan fácil ir en busca del perdón –terqueó la otra.

Virginia no compartía la opinión de su amiga, pues no concebía acercarse a recibir la sagrada forma sin un arrepentimiento profundo y verdadero; pero la explicación que le diera Cynthia acerca de la ropa sucia sonaba tan convincente que le entró la duda sobre si su amiga tendría o no la razón.

—¿Quién me ayuda con las "medias de seda"? –preguntó la anfitriona, acercándose a ellas-. Ya están servidas, pero hay

que repartirlas para que entremos en ambiente, ¿no les parece?

—Si quieres voy yo –se ofreció Virginia.

—No, tú por favor atiéndeme a esas señoras –pidió, señalando a tres señoras jóvenes que casi no hablaban entre sí-, creo que se sienten cortadas porque no son de aquí y no conocen a mucha gente, me da pena que vayan a aburrirse. Que me ayude Zoila.

Virginia se dirigió a cumplir el encargo de la dueña de la casa, de darle plática a las fuereñas a quienes apenas si conocía de vista; Zoila entró con Ligia a la cocina a servir los cocteles y las otras tres se sumaron al grupo de los chistes colorados.

—Ese está buenísimo! ¿De dónde sacas tantos?

—Pues por ahí. Uno aquí, otro allá y como tengo memoria para retenerlos, he ido formando mi repertorio. Sé los especiales para despedidas de soltera, como los que acaban de escuchar; los de bodas y los propios para fiestas de cumpleaños o de bautizo, naturalmente según la concurrencia.

—Y hasta los de velorios –señaló Ivonne-, que son los más difíciles, porque los cuenta en tal forma que parece que está narrando los méritos del difunto, y ya pueden imaginarse el trabajo que cuesta disimular las carcajadas y hacerlas pasar por sollozos ahogados cuando se acerca algún deudo del finadito -aclaró, muerta de risa.

Todas le celebraron la vacilada, pero en esos instantes hacía su entrada triunfal Magdalena, la futura desposada, y los grupos se disolvieron para irla a recibir, estallando en su honor vivas y aplausos.

Era Magdalena una joven de facciones delicadas y maneras sumamente distinguidas. Había pasado interna en los últimos años de su adolescencia y varios de su juventud, en aristocráticos colegios religiosos de la capital, y sin ser propiamente tímida ni apocada, daba la impresión de suma fragilidad. Podía comparársele a una figura de porcelana que sus dueños hubiesen cuidado en demasía; era en fin, una muchacha diferente, tal vez por tratarse de una persona introvertida.

En esos momentos lucía radiante. Poco tiempo después de haber retornado a Bellaisla, Lucio comenzó a pretenderla, enamorándose de él instantáneamente. Llevaban algunos

meses de novios, y como ambos pertenecían a dos familias igualmente ricas y distinguidas se había concertado el matrimonio con la anuencia de los padres, quienes se alegraban de ver unidas dos fortunas y dos apellidos, respetados e ilustres, dentro de la pequeña comunidad a la que pertenecían.

—Ahora comprendo a Lucio –comentó Ivonne, acercándose a Virginia, con voz no exenta de amargura-. Magdalena es realmente bonita y terriblemente distinguida –aseguró, como si la estuviera mirando por primera vez.

—No más que tú.

—Yo no presumo de tener la fineza de modales que ella posee, pero te apuesto a que no sabe besar, se ve a leguas –aseguró, tomándose una pequeña venganza contra quien, sin siquiera sospecharlo, le arrebataba su esperanza de amor y felicidad.

Virginia no tuvo oportunidad de contestarle porque la festejada venía hacia ellas, con la mano tendida.

—¡Virginia! ¡Ivonne! –exclamó con sincera alegría- ¡cuánto gusto me da que hayan venido!

—¿Acaso podíamos faltar…? –dijo Ivonne, envolviendo la frase cortés con cierta ironía que la otra, naturalmente, no captó.

—¿Cómo sigue tu mamá? –preguntó dirigiéndose a Virginia– ¿Estuvo muy delicada?

—Ahí está la pobre; un poquito mejor. Muchas gracias.

Terminando los saludos y las felicitaciones la concurrencia se preparó para presenciar los juegos en los que la víctima propiciatoria sería la presunta contrayente.

Magdalena ya sabía lo que la esperaba pues había asistido a algunas despedidas; pero se sentía tan feliz que se hallaba dispuesta a soportar las guasas más pesadas.

La vendaron, le pusieron en las manos el cabo de una cinta que se hallaba extendida sobre el piso y que ella tendría que ir enrollando cuidadosamente, hasta encontrar el final. En el trayecto, fueron colocando una serie de objetos que la joven iría encontrando a su paso pero sin volverlos a ver; mientras Sonia, lápiz en ristre, se disponía a apuntar todo lo que dijese o exclamase durante su arduo recorrido, anunciando previa-

mente a las concurrentes que Magdalena iba a narrarles los acontecimientos de su noche de bodas.

—Cuando termines de enrollarla –dijo Ligia-, encontrarás muchos y muy hermosos regalos.

—Quítate las medias porque se te van a hacer pedazos –le aconsejó una de las señoras que ya conocía el jueguito.

—No importa, ya haremos que Lucio me compre otro par, no quiero empezar ahorrándole porque luego se malacostumbran.

—Haces bien, haces bien –aconsejó otra cuyo marido tenía fama de codo-. El que quiera azul celeste, que le cueste.

Empezó el juego, siguiendo todas, con gran interés, las frases de Magdalena, las cuales tomadas en doble sentido hacían que cada exclamación de ésta fuese recibida con sonoras carcajadas.

—¡Qué frío está esto! –exclamó, al tropezarse con un trozo de hielo-. ¡Cómo eres, no tan duro! –Alguien le había dado un empujón- ¡Esto pincha! (se quejó, al agarrar una piña, mientras las risas coreaban sus expresiones). ¡Con cuidado…! ¡Despacio, por favor! –pedía a quienes adrede la empujaban nada más con el objeto de hacerla hablar-. ¡Ay! –Gritó al pasar de rodillas sobre unos granos de sal gruesa-. ¡Esto duele! ¡Cómo son! ¿Ya mero? –preguntó, pero sólo escuchó gritos y carcajadas.

—¡Ay! ¡Esto es una plancha! –gimió, al sentir lo caliente de una que le habían atravesado en el camino.

—¡Qué bárbara eres! –comentó una de las señoras jóvenes, que asistían a la reunión. –No se te vaya a ocurrir decirle a tu marido que es una plancha, porque no va a perdonártelo nunca.

Con el comentario se acrecentaron las risas, cada vez más intencionadas y picarescas.

—¡Estos son huevos! –expresó, pues acababa de meter la mano en un plato que contenía efectivamente unas claras-. ¡Ya no puedo más, aprisa por favor!

Todas reían maliciosamente divertidas por el jueguito, pero Zoila cayó en la cuenta de que sentía un placer morboso en imaginarse lo que la muchacha iba a sufrir, pero poniéndo-

se ella en su lugar, como hacía cada vez que espiaba a Felipe y a Susana para verlos acariciarse en la puerta de su casa; y enardecida por completo, casi sin saber lo que hacía se acercó a la joven que seguía vendada y arrodillada y le propinó un pellizco en un seno, que la hizo gemir de dolor.

—¡Ay, esto sí que me dolió mucho! –se quejó Magdalena.

-¿Mucho? Pues entonces es que ya te sucedió –gritó una de las presentes, entre las incontenibles risotadas de las demás.

—¡Qué bárbara eres! –reconvino Ivonne a Zoila, pues lo del pellizco se había pasado de la raya; pero ésta ni siquiera le contestó.

El juego había llegado a su fin y Magdalena lucía entre las manos, triunfal, la cinta completamente enrollada.

Ligia se le acercó, la ayudó a incorporarse y le quitó la venda sin que el bullicio amainara.

—Estuviste fabulosa –comentó Estrella.

-Sí, sobre todo cuando dijiste que era una plancha.

—¡Cómo son! –fue lo único que alcanzó a decir la festejada, luciendo despeinada y sudorosa.

La rodearon para que abriera sus regalos delante de todas; primero los de broma, naturalmente.

Había algunas que tenían verdadero ingenio para preparar esta clase de guasas, todas alusivas al acto próximo a realizarse. Las muchachas no se cansaban de reírse coreando con sus carcajadas, la apertura de cada paquete. Cuando terminó con éstos, entrando un poco en formalidad, le entregaron un precioso juego de maletas, a nombre de todas las asistentes al shower.

Después fueron invitadas por la dueña de la casa a pasar al comedor, donde las aguardaba una sabrosa cena a la que casi todas hicieron los honores, pues la charla y las risas les habían abierto el apetito.

Se propusieron brindis por la novia y su felicidad futura e Ivonne dijo uno muy inspirado; mientras Virginia, que sabía lo que a su amiga le dolía el acto próximo a realizarse, la miraba con admiración y sorpresa. De lo que es capaz el amor propio –se dijo.

Menudeaban de nuevo los chistes de doble sentido y los crueles, de moda nuevamente, y los más mandados se pasa-

ban de un oído a otro, en un secreto a gritos, pues acababan por llegarles a todas.

Zoila, que al principio se negara a oírlos, encontró con que derivaba placer en escucharlos, y trataba de acallar su conciencia que le advertía que estaba haciendo mal y que luego tendría que pasar la vergüenza de ir a confesárselo a su director espiritual, diciéndose que no podía ponerse en ridículo ante las demás, pasando por anticuada y puntillosa.

Llegó en esos momentos la señorita Wilkinson, pues Magdalena había sido su alumna en los primeros años de su primaria y naturalmente, estaba invitada a la boda y a la despedida, y como imponía respeto más que por su edad, por su austera personalidad, el tono de la reunión cambió de improviso y la charla derivó hacia temas un poco más serios.

—Ya esto se convirtió en velorio –protestó Cynthia.

—Es cierto –aseveró Estrella, al oído de sus compañeras-. ¡Lástima, tan divertidas que estábamos!

—Ni modo –les contestó Virginia. Y como ya eran más de las 10 de la noche, se inició la desbandada, pues, como ellas, la mayoría trabajaban y tenían que madrugar al día siguiente.

—Estuvo divertida, ¿verdad? –comentó Zoila, cuando abandonaron la casa de Ligia.

—Yo estuve contenta –admitió Virginia.

—Sí, resultó bien –aceptó Ivonne, con cierta reticencia.

—Lástima que la llegada de la maestra la echara a perder –volvió a quejarse Cynthia.

—No cabe duda que impone respeto –aseveró Zoila, quien pocas veces reconocía en alguien una cualidad.

—Estuviste formidable cuando lo del brindis –le confesó Virginia a Ivonne, pues adrede se había quedado atrás, para poder hablar con ella-. ¡Cómo pudiste mostrarte tan serena y hasta desearles tantas cosas? Deberías haber sido actriz.

—Lo hice para que nadie piense que me importa un comino –confesó-, pero créeme que ni por un instante pude sentirme divertida.

—Es natural.

—¿Sabes lo que me sostenía? El consuelo de que habiendo asistido a la despedida puedo excusarme de ir al matrimonio; porque eso sí creo que resultaría muy superior a mis fuerzas.

—Tienes razón.

—No es lo mismo contemplarla haciendo todas esas faramallas y tratar de engañarme diciéndome que se casa con otro, que verla entrar en la iglesia a lado del hombre al que tanto amé, al que no sé si amo todavía. ¿No te parece?

—Aquí me quedo. Nos vemos –anunció Estrella, frente a su casa.

—Cynthia y Zoila se unieron a las otras dos. Ésta, excitada por las guasas y los juegos, sentía verdaderos deseos de llegar a su casa, pues calculaba que Susana y Felipe no habrían regresado aún de su diario paseo y tendría oportunidad de gozar en su espionaje, cosa de la que esta noche sentía verdadera necesidad.

Cynthia iba pensando en lo hermoso que sería llegar a casarse así, un matrimonio como el que suponía formarían Lucio y Magdalena, ya que ambos eran jóvenes, ricos y parecían estar profundamente enamorados. Ella –se dijo-, después de la decepción que le causara Sergio, al que consideraba como su primero y único amor, jamás podría gozar de una dicha así, pues se sentía destruida para siempre.

Virginia pensaba también que era un matrimonio destinado para alcanzar el cielo y las estrellas. Ivonne, en cambio, sólo deseaba llegar a su casa para entregar a la almohada los sollozos que casi le reventaban el pecho.

13

A pesar de su inocencia, la desesperación se apoderó de Margarita cuando al llegar "sus días" no tuvo señales, y sintiendo que el peso de su secreto iba a enloquecerla pues ni siquiera sabía a qué atenerse, pensó en confiarse a Patricia que de todas maneras era un poco mayor que ella y tal vez podía explicarle y sacarla de dudas.

Se había producido una escisión en la amistad de las chamacas, al parecer, desde el día en que ella encontrara a Billie y a Doris platicando en el patio de la secundaria, el idilio entre éstos, se había afirmado y aparentaba ir muy en serio. Polly acompañaba algunas veces a la pareja y, en cambio, la amistad entre Margarita y Patricia había estrechado como nunca sus lazos de afecto y de confianza.

Lo cierto era que el muchacho, asustado ante la enormidad de su falta, trataba de asirse a la amistad de Doris, erigiendo a ésta como una barrera infranqueable entre él y Margarita. Sabía que la dignidad de la chiquilla no le permitiría abordarlo mientras él anduviera con otra; máxime si se trataba de alguien a quien ella había considerado antes como una de sus mejores amigas. En su fuero interno el muchacho comprendía que lo que estaba haciendo era una canallada, una imperdonable bajeza indigna de su condición y de su hombría; pero, en su egoísmo, se defendía apoyándose en el argumento de que su padre nunca iba a permitirle truncar su carrera para casarse con la muchacha.

Doris, aunque orgullosa de su conquista, pues se daba cuenta de que muchas la envidiaban, no dejaba de sentirse un poco decepcionada, preguntándose dónde estaba el muchacho apasionado y audaz del que había oído hablar, por-

que Billie parecía evitar sistemáticamente las ocasiones que se les presentaban para estar a solas y hasta la fecha, ni siquiera había intentado besarla, aunque ella algunas veces tratara de provocarlo.

Como era de sangre ardiente, no podía menos que sentirse defraudada ante la frialdad del joven, pero perseveraba en el asunto, porque su vanidad se sentía halagada siendo la novia de un muchacho que estaba considerado como un gran partido; por su magnífica presencia, por los estudios que lo llevarían a adquirir una profesión y, sobre todo, por la fortuna que estaba destinado a heredar algún día.

Margarita, que seguía sinceramente enamorada del muchacho, sufría las torturas del infierno cada vez que los veía juntos, lo que sucedía a menudo y sin que pudiese evitarlo, puesto que todos estaban en la misma escuela.

Esa tarde, después de pensarlo mucho, decidió sincerarse con Patricia y fue a visitarla, con el pretexto de una tarea que no había entendido.

Ya en la intimidad de la alcoba, le confesó del paseo que diera con Billie, hacía para entonces, cerca de siete semanas.

—Pero ¿qué fue exactamente lo que hicieron? –quiso saber Patricia, cuando la muchacha le confió la horrible incertidumbre en la que se encontraba sumida.

—Me invitó a dar una vuelta en su moto, precisamente cuando venía a reunirme con ustedes; fuimos por la carretera, lejos, quién sabe hasta dónde; nos bajamos en un lugar a descansar, nos metimos en una cueva y allí empezó a besarme y a besarme -explicó, estremeciéndose hondamente ante la remembranza de esas horas indelebles.

—Pero, ¿solo te besó o te hizo algo más…?

—No sé, te lo juro que no lo sé, sólo recuerdo que me empezó a besar y a besar y luego, no recuerdo que pasó porque todo sucedió como en un sueño… -terminó casi sollozando.

—Comprende, no desearía hacerte sufrir, pero ¿cómo quieres que te diga qué fue lo que te ocurrió si no tratas de recordar lo mejor posible para que yo pueda explicarte?

—Te juro que todo ese momento lo veo envuelto como en una niebla, una niebla espesa y torturante; lo único que re-

cuerdo es que cuando recobré los sentidos estaba casi desnuda entre sus brazos... -confesó al fin, sintiendo que se moría de vergüenza.

Después de eso, por consejo de Patricia, leyeron varias veces la Enciclopedia sexual que habían adquirido entre todas, del prólogo al epílogo, tratando de sacar algo en claro.

—Aquí dice... -repitió Patricia releyendo por undécima vez el mismo párrafo-: *La mujer sabe que está embarazada cuando se le retiene el flujo mensual; pero esto no es de ningún modo un síntoma infalible; en cuanto que esta cesación puede ser producida por otros trastornos, aun cuando la mujer no haya concebido*.

—Quedamos en las mismas... -clamó, cerrando desolada el libro-. Puedes hallarte sufriendo algún trastorno de los que dice aquí y estarte atormentando inútilmente. ¿Y si fuéramos a ver a un médico? –se le ocurrió, creyendo haber dado con la solución-. ¿Al doctor Castañeda que dicen que es tan buena persona? Él te podría sacar de dudas en un momento -aconsejó entusiasmada.

Margarita se soltó a llorar, desconsolada, profundamente, arguyendo:

—Se lo diría a mi papá, pero tú sabes cómo es él, capaz que me mata.

—Está bien, está bien, no te pongas así, haz de cuenta que no he dicho nada. Ya pensaremos otra cosa-. ¿Y si hablaras con él?

—¿Con quién? –se acobardó la chiquilla, que había comprendido perfectamente.

—Con quien ha de ser, con Billie. Si quieres yo lo llamo con cualquier pretexto y le digo que te urge hablarle.

—¿Y si se niega? –interpuso con timidez la infeliz criatura.

—Entonces ya sabemos a qué atenernos. Pero si se negara, que no lo creo, es que es un cobarde y un perfecto sinvergüenza; porque si te hizo algo malo tiene la obligación de responder como hombre.

—¿Y qué voy a decirle? –preguntó la chamaca, sintiendo que el mundo se le caía encima, tan sólo de pensar la vergüenza de enfrentarse al muchacho.

—No te vas a humillar ante él ni mucho menos, le vas a decir que crees que has concebido un hijo suyo y que debe casarse contigo, no le veo otra solución. Mañana sin falta le hablo y le digo que te espere detrás de la escuela. Pueden meterse en la huerta de don Nicho –indicó, aludiendo a un vergel abandonado que proveía a los estudiantes de mangos, nanches, ciruelas y muchas otras frutas que se daban allí-, mientras yo me quedo en la esquina, pendiente de que nadie les interrumpa, para que puedan aclarar sus cosas. ¿Qué te parece?

En teoría el proyecto parecía de lo más factible, pero la verdad es que ninguna de las dos se animaba a llevarlo a cabo.

Pasaron así muchos días y varias semanas, Margarita sin atreverse a dar el paso que debía aclarar la situación que entre Billie y ella subsistía.

Mientras tanto, ésta había ido notando, con verdadero pánico, cómo su cintura crecía y crecía desproporcionadamente al resto de su cuerpo, ya que en los últimos tiempos se había adelgazado bastante. Casi no comía y se pasaba las noches en vela pensando qué iba a ser de ella cuando el padre descubriese su gravísima falta. Se asombraba de que aún no le hubiesen notado nada anormal; pues en su obsesión, le parecía que todo el mundo tenía que haberse dado cuenta.

Por consejos de Patricia adquirió, con sus ahorros, una faja llena de varillas y se sometió a ella día y noche; ya que ante el terror de verse desenmascarada, ni siquiera para dormir se atrevía a quitársela, lo que le causaba verdaderos tormentos; pues a medida que los días pasaban y se acercaba la canícula el calor arreciaba hasta hacerse insoportable.

Cuando sentía que no podía más, se metía al baño para despojarse de ella y descansar así unos momentos; pero eran solo instantes, pues siempre había alguien apurándola para que desocupara pronto el indispensable recinto.

Las horas de la escuela constituían también un espantoso suplicio, la magnitud de su problema, el temor de que alguno de sus compañeros o maestros fuese a sospechar algo, y el ver que entre Billie y Doris el idilio continuaba muy firme al parecer, le impedían concentrarse en los estudios y poner su atención en las explicaciones de sus maestros. Estos, que antes

tanto la estimaran, le censuraban su actitud distraída; tal vez porque no podían perdonarle el que después de haber sido una alumna modelo, se hubiese convertido en uno más de los que asisten a las aulas tan solo a ocupar un asiento sin ningún beneficio, ni para ellos ni para nadie.

14

—¡Qué calor más horrible! –exclamó Virginia al salir de la regadera sudando, como si en lugar de haberse bañado hubiese estado ejecutando un complicado ejercicio físico-. Nunca había sentido tanto calor como ahora –se quejó mientras terminaba de vestirse para ir a la oficina.

—Todos los años es igual por esta época –le replicó su madre, desde su sillón de ruedas-, lo que pasa es que se nos olvida y nos parece que jamás lo habíamos sentido igual.

—Tal vez tengas razón. He leído que inconscientemente borramos de nuestros recuerdos todo lo que nos lastima o desagrada, para solazarnos tan sólo en los momentos gratos o hermosos que hayamos vivido, y que esto no es más que uno de los muchos subterfugios de que hace uso la mente humana para defender su integridad; pero la verdad es que no recuerdo haber sentido nunca tanto calor…

Abrió el closet y eligió un vestido estampado, con tirantes cruzados en los hombros, peinó sus hermosos cabellos intensamente negros, se delineó las cejas, y cuando terminaba de pintarse la boca, entró Ivonne.

—¿Salimos a la noche? –fue su saludo.

—Pero si es viernes, día lacio –le aclaró Virginia, tratando de recordarle que esa noche no habría música en el jardín ni baile en El Mirador, ya que la banda municipal tocaba en la retreta jueves, sábados o domingos, y en esos mismos días, una orquesta amenizaba la tertulia del restaurante que se encontraba enfrente.

—Mejor, menos competencia.

—¿Estás de conquista?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso, no te entiendo?

—Bueno, más bien sí pero no es segura, fue eso lo que quise decir.

—¿Y entonces?

—Te contaré. Estuvieron hoy en la oficina tres hombrecitos y uno de ellos trabó plática conmigo y me dijo que le gustaría volver a verme para que siguiéramos charlando. Yo le sugerí que aquí se acostumbraba ir al jardín por las noches y que si quería podíamos vernos allí, pero como son tan mulas, no te puedo asegurar que vaya.

—¿Por qué no le dices mejor a Estrella?

—Ella también es de la partida, pero como son tres y el que habló conmigo me pidió que llevase a unas amigas..., necesito otra más. Así que no me andes escabullendo el bulto, ya llevas muchas noches de encierro y ningún desgraciado vale la pena que uno sufra por él. Créeme, el mejor merece ser colgado por ciertas partes que no me atrevo a nombrar.

—¿Y entonces? –rió Virginia.

—Bueno, es que a pesar de todo son tan lindos, que una no puede vivir sin ellos. Así es que cuento contigo, ¿verdad? A las ocho estoy por ti –y antes de que la otra reaccionase, salió de nuevo, a carrera plantada, como había entrado.

—¡Qué loca está Ivonne! Lo que más le admiro es que no se deja amilanar por nada ni por nadie. A rey muerto rey puesto, borrón y cuenta nueva, tal vez por eso ejerce sobre mí un efecto saludable, despierta mis deseos de vivir –se dijo, mientras terminaba de arreglarse.

Vivir... -continuó reflexionando-, una palabra amplia, infinita, sin límites ni horizontes que la acosen o la estrechen. La vida nos ha sido concedida para vivirla y debe de ser un grave delito contra el Creador cuando esta consigna no se cumple o se cumple sólo a medias; sin embargo –se refutó- cuántas veces es la misma vida la que estrecha los caminos limitando los pasos y cerrando los horizontes, y como siempre, trató de consolarse con estos pensamientos de la amargura que le producía el ver que las horas de la juventud se le escapaban inexorablemente, sin poder darles un sentido auténtico, algo, en fin, que las hiciera dignas de vivirse. La vida se había mos-

trado con ella sumamente mezquina en los últimos años. Para ser exactos, desde el día en que su madre enfermara, quedando postrada en una silla de ruedas, tal vez para siempre.

Habiendo perdido Virginia a su padre siendo muy pequeña, todo su amor y su devoción se concentró en la madre. Ella era, en realidad, lo único que poseía, en cuanto a afectos, y sus sufrimientos físicos la herían con tanta o más crueldad que si se tratara de ella misma.

—¿Quién vino, Virginia? ¿Con quién hablabas? –la voz de la madre resonó cariñosa, desde la alcoba contigua, sacándola de sus pensamientos.

—Era Ivonne, madre. Quiere que salgamos en la noche -explicó con la dulzura que usaba siempre con ella.

—Debes ir con tus amigas; últimamente te has encerrado demasiado. Es cierto que yo estoy enferma y que eso te mortifica; pero nada sacas con hacer la vida más pesada. Anda, pasea y trata de divertirte que desgraciadamente la juventud se va sin que nos demos cuenta.

—Yo ya no tengo juventud, madre –replicó, sin poder ocultar un dejo de amargura.

—¡Estás tonta, chiquita! –aseguró la mujer con un matiz de ternura infinita temblándole en la voz-. Ahora estás en tu mejor edad, eres una mujer en la plenitud, y si Dios oye mis constantes ruegos, pronto llegará alguien que valga lo suficiente y que sepa aquilatar a mi prenda adorada en todas sus cualidades, que no son pocas.

—Ya pasó mi tiempo y además no creo en los Santos Reyes. Los príncipes azules solo existen en los cuentos de hadas. Así que me quedaré soltera y nos cuidaremos mutuamente.

—No hables así. Lo que pasa es que últimamente no has corrido con suerte, ya ves el chasco con Alfredo, pero por favor, no dejes que eso te amargue, no permitas que nada ni nadie lo haga, porque un corazón amargado es la mayor desdicha que puede padecer una mujer.

No tuvo valor para contestarle y fingiendo que tenía prisa la besó y salió rápidamente de la habitación.

Lo que su madre había dicho era cierto, la vida se había ensañado con ella. De los hombres, del amor con el que toda mujer sueña, sólo recogía decepciones, y cada vez se le hacía

más difícil conformarse con la idea de una existencia vacua y sin sentido.

Comprendía que le quedaban muy pocos años de juventud, esto es, de oportunidades matrimoniales; sobre todo allí en la provincia donde las muchachas empezaban a figurar a los 13 años, y si a los 25 no habían logrado casarse podían empezar a prepararse para vestir santos. Ella tenía cinco años más del plazo otorgado a las veteranas, por cada nueva camada de mujercitas que entraba en el campo de batalla, con mayores arrestos y decididas a no quedarse sin parte del botín, aun cuando tuvieran que arrebatarlo.

A Virginia le parecía que era esa la diferencia fundamental con las de su generación, ya que ella y muchas de sus amigas se habían conformado con aguardar pasivamente a que el príncipe azul hiciera su aparición, y como los cánones vigentes en su época ordenaban respetar a ese príncipe, en el caso de que éste tuviese compromiso, aun cuando no fuese de índole oficial, se habían ido haciendo viejas en la espera.

A las nuevas no les importaba nada de nada, todos los ardides y trucos les parecían perfectamente válidos si estaba de por medio una pieza susceptible de ser "cazada".

Virginia no recordaba que "en su tiempo" como ella había dado por llamarle a sus años entre los 15 y los 25, también hubo quienes no se conformaron con esperar a que San Antonio les enviase su reintegro y que muchas de sus compañeras habían logrado llegar al matrimonio pasando previamente por encima del cadáver sentimental de quien fuera, aun cuando se tratara de su mejor amiga.

Todo eso lo había olvidado porque ella había sido incapaz de acciones semejantes, y ahora le asustaba la audacia de las nuevas. Comprendía que sus oportunidades se hacían cada vez más escasas; pero el hecho, aunque le preocupaba, no había logrado amargarla.

Era una romántica incurable y pensaba que casarse por casarse no podía ser la verdadera solución; que para hacerlo debía de existir previamente el amor, ese amor que ella idealizara tanto, y sin el cual pensaba que la vida no tenía objeto.

De haberse querido casar nada más porque sí, o por conveniencia, podía haberlo hecho en cualquier momento. Allí

estaba don Julián, un rico hacendado que vivía de sus rentas y que podía brindarle cuantos deseos materiales se le antojaran, pero pasaba de largo de los cincuenta y ella no se sentía capaz de amar a un hombre así. O bien el licenciado Mateos, un muchacho humilde pero de buena posición económica, quien sólo le inspiraba una sincera estimación.

Sabía que el matrimonio no es, como creen muchas mujeres antes de contraerlo, el traje, la fiesta, los regalos y la luna de miel. Sino algo mucho más serio, profundo y delicado que sólo el amor ayuda a sobrellevar. Pero tal vez tenía mala suerte o era quizá que la brújula de su corazón andaba errada y siempre señalaba hacia donde no debía, como con Alfredo, con Julio, con José Mariano.

Creía haber conocido el verdadero amor, lo que la hacía pensar que no volvería a encontrar fácilmente la dicha: un hombre que la pudiera amar y respetar; porque amor y respeto, aunque no son lo mismo, en su concepto debían ir unidos para poder brindar, dentro del matrimonio, la verdadera felicidad. Un hombre adornado con los atributos principales de la hombría que eran, a su parecer: el sentido de la responsabilidad y la educación, para poder fundar un hogar sólido, digno de recibir en él muchos niños, si, toda una bandada de hijos, alegres y trinosos como pájaros consentidos…

Al cruzar una calle miró maquinalmente su reloj pulsera y cayó en cuenta de que sus reflexiones, mejor dicho sus sueños imposibles, la habían retrasado bastante. Se pasó la mano por la frente tratando de sumergirlos en el subconsciente, como hacía con ellos cada vez que se atrevían a importunarla, y apretó el paso.

Esa noche, cuando Ivonne llegó por ella, Virginia, totalmente lista, la aguardaba en la sala de su casa, leyendo.

—Se me hizo un poco tarde –se disculpó la recién llegada, respirando entrecortadamente, pues como siempre, había venido corriendo -¿Qué lees…?

—Psicología –y tomando su bolso de la mesa del centro, le preguntó-: ¿Vamos?

—Permíteme echarme la última mirada en tu espejo.

—Estás tan guapa como siempre.

—Gracias. Lástima que ya solo tú me floreas, si fueses un chamacón, me caería de perlas.

—Pues como en este hoyo el sexo fuerte brilla por su ausencia, tendrás que conformarte con mis piropos.

—No, yo no me resigno.

—¿Y qué hemos de hacer? No creo que nos quede más remedio. Pero apúrate que ya van a ser las ocho y media.

—¿Crees que irán? –preguntó Ivonne cuando salían.

—¿Quiénes?

—¿Cómo quiénes? ¿No te dije que había conocido unos muchachos en la oficina y quedaron en que nos veríamos en el jardín? Son tres, por eso vamos por Estrella.

—No me acordaba.

Pasaron por Estrella, y efectivamente, iniciaban la primera vuelta, cuando vieron venir hacia ellas a tres hombres, uno de los cuales se dirigió a Ivonne.

Que me toque a mí el feo –deseó Virginia desde que los vio acercarse- al fin ya nada me interesa ni me importa, y el feo, como lo bautizara en su mente desde la primera mirada, se le acercó, como atraído por un imán y, después de las presentaciones de rigor, se quedó a su lado toda la noche.

Como el paseo se encontraba casi desierto y no había forma de ir a bailar a El Mirador, porque tampoco allí había música; alguien propuso que fueran un rato a una feria que acababa de abrirse. Y todos acogieron la idea con entusiasmo.

Al llegar allá, se formaron tres parejas y se separaron, pues para subir a los juegos sólo podían hacerlo de dos en dos.

Virginia tuvo un instante de temor. Sólo de ver moverse los aparatos de la feria solía sentirse mareada, pero su compañero la tomó del brazo con tal firmeza que hasta el mareo se le olvidó. Y momentos más tarde, se encontró gozando plenamente de la emoción que implicaba dar vueltas en el Remolino, el Látigo, La Rueda de la Fortuna y hasta el Avión del Amor; ese que pone totalmente de cabeza a los valientes que van a él, buscando la impresión del máximo peligro y donde ella jamás se hubiese creído con valor suficiente para subirse.

Su pareja era un hombre alto, rubio, fornido, de andares pausados como los de un oso, su cara no poseía ningún atrac-

tivo y la joven, que amaba la armonía de las formas en todos los aspectos, se extraño de encontrarla agradable.

Le fascinaron sobre todos sus ojos, unos ojos increíblemente infantiles y llenos de dulzura; que la hicieron pensar en un payaso triste, o en un niño al que le hubiese hecho falta mucho afecto. Se rió él de su miedo todo el tiempo, pero con una sonrisa grata y protectora que la hizo feliz.

Cuando ya habían subido y bajado de todos los juegos, la tomó del brazo guiándola, con seguridad y sin tropiezos, entre la multitud que iba y venía en apretado remolino, y Virginia, que estaba un poco mareada, se apoyó en su fortaleza, intuyendo de pronto con alegría, que él era capaz de brindarle, no sólo apoyo físico, como en esos momentos, sino todo el apoyo moral del que tan necesitada se encontraba.

—Niña –le decía al dirigirse a ella, poniendo en la palabra tal ternura que la joven, que desde hacía tiempo llevaba a cuestas una pesada carga de responsabilidades y deberes, se sentía amparada y guarecida, como si de verdad hubiese podido sumirse en la serena inconsciencia de los niños, para dejarse conducir a donde fuera, a donde la mano fuerte que la sostenía quisiera llevarla.

Vieron el reloj y cayeron en cuenta de que las horas se les habían ido en un soplo, sin sentirlas.

—Ya es tarde –musitó Virginia con tristeza.

—Sí –asintió el hombre-, creo que debemos buscar a los demás.

Dieron algunas vueltas entre la muchedumbre que los empujaba y apretujaba, hasta que lograron divisar a Ivonne y a Estrella que ya venían hacia ellos, con sus respectivas parejas. Todos parecían haberse divertido muchísimo: Ivonne y su compañero se veían radiantes, lo mismo que Estrella y el suyo, pero la alegría de ellos era ruidosa, llena de risas y alborozo. En cambio, la que Virginia y su feo habían gozado y compartido, era una alegría diferente, más bien íntima, silenciosa, callada, pero no por eso menos intensa. Incomprensiblemente sintieron que la felicidad que habían disfrutado durante esas horas, con su mutua compañía, les era imposible compartirla con los demás, y mucho menos, expresarla con risas o palabras.

—¿Te divertiste? –quiso saber Ivonne, eufórica como siempre, en el instante en que quedaron solas mientras ellos iban por el carro.

—Estuve contenta –su amiga tuvo que contentarse con esa respuesta.

Y era verdad, a pesar de la sobriedad con que lo había expresado reconocía haber disfrutado plenamente, con una recóndita alegría que llenaba de brillo sus pupilas, pero cuyo verdadero motivo no se atrevía ni siquiera a analizar. Había gozado esa noche una maravillosa felicidad, extraña, como un deleite desconocido u olvidado pero dentro del cual, contra todo sentido común y su propia lógica, latía una absurda e irrazonable esperanza.

Fue en la puerta de su casa, en el instante en que él le tendió la mano para despedirse, cuando ella descubrió en su dedo el fatídico anillo y comprendió, herida de pronto, todo lo que esto significaba y a todo lo que, desde ese momento, tendría que renunciar.

Al captar la mirada de la joven, él asintió sin intentar negarlo o ensartar mentiras, como hubiese hecho cualquier otro y ella admiró su hombría y desde lo más íntimo de su corazón le agradeció su lealtad. Decididamente se había tropezado con un hombre distinto.

Mala suerte –se dijo esa noche, ya acostada, mientras luchaba con el insomnio, que tenaz le negaba la dulce bondad del sueño.

Mala suerte... pero trataré de no pensar más en él porque no quiero problemas ni complicaciones.

Lástima, parece un hombre bueno, un hombre leal e íntegro, de esos que no se estilan.

Pero si acabas de conocerlo... –trató de rebatirle la vocecita del sentido común que siempre se interponía entre ella y sus mejores sueños-. Si no sabes nada de él. Tal vez sea un sinvergüenza, un mal hombre, un cínico. ¿Cómo puedes afirmar lo contrario? –pero su terco corazón la desmentía, diciéndole que unos ojos como esos no podían engañar ni ocultar ninguna falsedad.

¿Y aunque fuera el hombre más bueno del mundo"? –concluyó implacable-. No es libre y tú no tienes ningún derecho a pensar en él. Está vedado para ti. –se repitió una y otra vez, hasta que, ya casi al filo de la madrugada, se quedó dormida.

15

—Te fijaste qué cuerpo tan feo está cogiendo últimamente Margarita Villaseñor -comentó a Patricia una de sus compañeras en la escuela.

—¿Por qué dices eso? –inquirió ésta, con el alma en un hilo.

—No sé, pero tal parece que estuviera embarazada.

—¡Estás local! –rechazó la chamaca, tratando de ser tan convincente que la otra se mosqueó y le replicó defendiéndose:

—Yo no he dicho que lo esté sino que lo parece, y es una lástima porque antes lo tenía bastante pasadero.

"No puede seguir esperando más esta criatura –se dijo Patricia alarmada-. Si la idiota de Gertrudis notó ya algo, no tardarán en darse cuenta los demás, inclusive los de su casa y ¡pobre de ella si esto llega a suceder! ¡No quiero ni pensarlo!"

Y esa tarde, con el pretexto de las tareas, le mandó recado de que la esperaba en su casa.

—Debes hablarle a Billie, sólo él puede sacarte del atolladero en el que te ha metido y antes de que sea demasiado tarde.

—¿Se me nota mucho? –inquirió la chiquilla, que vivía obsesionada con la preocupación por su figura.

—No, bueno por ahora lo disimulas bastante –mintió, tratando de consolarla, pues no se había atrevido a contarle el comentario escuchado en la mañana –pero dentro de poco no vas a poder ocultarlo más, y entonces dime ¿qué vas a hacer? ¿Esperar a que tu padre se entere y te mate o te corra de su casa?

—Tienes razón, además, cada día que pasa mi tortura es peor. El miedo no me deja comer ni dormir ni estudiar y hay momentos en que creo que voy a enloquecer. Bueno, creo que

sería lo mejor que me podría suceder, así cuando menos no sufriría tanto.

—No es esa la solución, tienes que hablar con él a como dé lugar y te prometo que de mañana no pasa.

—Está bien. Mañana en lugar de entrar a la escuela me meto en la huerta de don Nicho y espero allí a que tú lo llames –planeó, sintiendo que el corazón se le desbocaba, solo de pensar en que iba a tenerlo cerca nuevamente y a escuchar su voz. Tal vez había sido una tonta esperando tanto tiempo. Tal vez al sincerarse con él, explicándole su problema, Billie le prestaría su apoyo de inmediato, ofreciéndole matrimonio y todos sus sufrimientos desembocarían en un final feliz, el maravilloso final que ella no se atrevía a esperar, pero que en sus sueños le parecía que podía llegar a ser una hermosa, perfecta realidad.

¿Cómo iría a reaccionar él? –se preguntó desesperada-. Respondería como hombre o...? –pero la interrogante quedó en suspenso para siempre, y Patricia no pudo cumplir su promesa porque el mañana que ella aguardaba no había de llegar nunca.

Esa noche Bellaisla se vio sacudida por una horrible, inaudita e inconcebible noticia.

Primero fue la voz vaga que corre de boca en boca y de casa en casa, asombrando, aterrando, consternando. Todos lo contaban de una manera diferente y cada quien alegaba ser quien estaba en posesión de la verdad, pero lo cierto era que la joven había fallecido instantáneamente y el muchacho agonizaba en un sanatorio particular, víctima de una espantosa conmoción cerebral, a consecuencia de la volcadura producida por el fatal choque.

Fue hasta el día siguiente cuando los periódicos locales dieron, ya con más o menos exactitud, los detalles del horrible suceso.

Los diarios decían, con ligeras variantes: "DOS CONOCIDOS ESTUDIANTES VÍCTIMAS DE DESDICHADO ACCIDENTE". Espectacular encontronazo entre una motocicleta y un camión de carga ocurrió ayer, cerca de las 8 de la noche, en la esquina que forman las calles de Álamos y Fresnos, resul-

tando muerta la jovencita Dorotea Gil y gravemente herido el estudiante Guillermo Guerra, ambos jóvenes pertenecientes a dos distinguidas familias de nuestra localidad.

"De los informes recabados en el lugar de los hechos por nuestro reportero, se desprende que al tratar de librar un vehículo que venía en sentido contrario, la moto se estrelló contra el camión de carga, saliendo disparada por los aires junto con sus ocupantes; ocasionando el terrible impacto la instantánea muerte de la señorita Gil. Según el parte médico, el joven Guerra presenta graves fracturas en el cráneo que ponen en peligro su vida. Está siendo atendido en el sanatorio del Dr. Barbasano, donde varios médicos luchan denodadamente por salvarlo, poniendo en su empeño todos los recursos de la ciencia médica. La sociedad bellaisleña se siente sumamente consternada por esta increíble desgracia y las familias de ambos jóvenes han recibido la visita de sus innumerables amistades, quienes las acompañan en estos dolorosos momentos.

Por medio de estas líneas, expresamos a la familia de la señorita Dorotea Gil nuestro más sentido pésame, y deseamos de todo corazón, que el joven Guerra recupere pronto su salud."

Cuando Patricia se enteró de la tragedia, corrió a casa de Margarita para tratar de ser ella quien le diese la noticia; pero ya era tarde, pues el propio Villaseñor había llegado de la calle comentando el trágico accidente y sentenciando, como solía hacerlo:

—El que mal anda, mal acaba. Era un loco y lo que le pasó tenía que sucederle más tarde o más temprano. Además –rezongó, pues cuando de hablar se trataba, jamás deponía su actitud moralista-: ¿Qué andaba haciendo a esas horas la chica Gil con un muchacho? Nada bueno seguramente. Dicen que ella murió del impacto y que él está agonizando.

Margarita sintió que se moría, pero el miedo le dio fuerzas para disimular.

—¡Pobres padres! –se dolió doña Chonita, sinceramente-. Desgraciadamente los jóvenes de ahora no miden las consecuencias de sus actos y por eso suceden cosas tan terribles.

La muchacha sintió que no soportaba seguir escuchando y que si decía una sola palabra, estallaría. Subió a su cuarto,

donde Patricia la encontró llorando desesperadamente, con una almohada metida entre la boca, para impedir que sus sollozos fueran a delatarla.

—Por favor, Maggie, trata de contenerte.

—¡Es que tú no entiendes!

—Claro que te comprendo perfectamente, ¿cómo no voy a imaginarme lo que estás sintiendo? Pero, dime ¿qué van a pensar los demás si te ven en este estado? Contrólate por favor para que podamos ir a casa de Doris.

—¡Yo quiero ver a Billie!

—Iremos, pero primero tienes que calmarte. Tenemos el pretexto de que son nuestros compañeros y a nadie le extrañará que nos hagamos presentes, pero procura controlarte, si no, no te llevo.

A pesar de la desesperación de Margarita de correr hacia donde su amado agonizaba, hicieron las cosas sensatamente. Pasaron primero a la casa de Doris, donde se encontraron con un espectáculo realmente conmovedor. Los padres de la joven estaban inconsolables y como muchas de las compañeras y amigas de la muchacha, hondamente impresionadas por la tragedia, gemían libremente. Margarita pudo desahogarse llorando, a la vez, por la pérdida de sus primeras ilusiones y por el temor de los días, llenos de incertidumbre y sufrimientos, que inexorablemente la aguardaban.

Luego de un momento razonable, salieron de allí y se dirigieron al sanatorio donde el muchacho estaba internado; pero al entrar les informaron que acababa de fallecer, pues no había resistido la operación que le fuera practicada de emergencia.

La madre de Billie gritaba enloquecida reclamando la vida de su único hijo, y el padre, turbada la razón por el sufrimiento, maldecía a voz en cuello todas las cosas profanas y sagradas; mientras, los presentes se dividían, unos tratando de calmarlo a él; otros haciendo lo posible por consolar a la señora, pero todos sacudidos por el impacto del cuadro desgarrador que les había tocado presenciar.

Alguien, piadosamente repartió calmantes entre los más afectados, y Patricia reclamó uno, que hizo tomar a Margarita, temiendo que la joven perdiera la razón.

—Sácame de aquí –pidió angustiada, pues su mente no quería admitir que toda la juventud, la apostura y la atracción del muchacho que adoraba se hubiesen convertido en aquel guiñapo infeliz, que yacía inmóvil, entre vendajes y gasas, con la hermosa cabeza destrozada.

—Ya sé, vámonos a la iglesia –sugirió la fiel amiga, pensando rápidamente en un lugar donde la chamaca pudiera llorar y llorar sin restricciones, y sin llamar la atención.

Llegaron a tiempo y en la penumbra del sagrado recinto la dejó gemir y gritar, hasta que agotada por tanto sufrimiento, los sollozos de la chiquilla fueron perdiendo intensidad dejándola como aplomada; como si ya no fuese capaz de sufrir ni un segundo más.

Cuando la vio calmada, se animó a preguntarle:

—¿Y ahora, qué piensas hacer? -pues a pesar de su inexperiencia Patricia no podía dejar de comprender que, con la muerte del muchacho, la hondura de la tragedia de su amiga se veía convertida en un abismo inexcrutable y sin remedio.

—Nada me importa ya, ni el castigo ni la vergüenza.

Compréndeme, yo lo amaba, lo había amado siempre. Ahora solo quisiera morir. ¡Es la única solución! ¡Es lo único que me queda! –exclamó la infeliz criatura, con tanta sinceridad, con un acento tan desgarrador, que a Patricia se le llenaron los ojos de lágrimas.

16

Las dos familias convinieron en que los entierros se efectuaran al mismo tiempo, con el objeto de que las relaciones y amistades de ambos no encontraran problema en asistir a uno u otro, así que la multitud que acompañaba las carrozas que conducían a los desdichados jóvenes en su camino al cementerio era en verdad imponente.

Maestros, estudiantes, hombres de negocios, familias enteras y hasta personas del pueblo iban en la callada procesión, que a pie, recorría las calles de la ciudad, detrás del fúnebre cortejo.

—¡Qué lástima! Dos vidas llenas de promesas segadas tan cruelmente en la flor de su edad! –comentaba la señorita Wilkinson con un grupo de maestros.

—Así es –aceptó un profesor que ya frisaba en los ochenta-, la muerte parece preferir a los jóvenes. ¿Qué hemos de hacer sino conformarnos con la voluntad de Dios?

—¡Pobre Guillermo! –exclamó un comerciante.

Debe ser horrible perder en esa forma a su único hijo.

Margarita no tuvo valor para asistir al entierro y acechó, desde la ventana de su cuarto, la procesión que pasaba por su calle. Yo debería ir ocupando el ataúd que lleva el cuerpo de Doris, nadie lo ha amado como yo lo amé y es, además, el padre de mi hijo.

Si tuviese el suficiente valor... –se dijo, pensando en el suicidio; pero en esos instantes algo se movió dentro de sus entrañas y cayó en la cuenta de que su cruz era aún más dolorosa, puesto que no le estaba permitido poner fin a sus sufrimientos, escapando por la falsa puerta de una muerte voluntaria,

dado que tenía la obligación, el doloroso deber de vivir para el hijo de ambos.

—Yo lo amaba, Señor... Tú sabes cuánto lo amaba... -se repetía sollozando, cuando vio a las carrozas fúnebres dar la vuelta a la esquina para tomar la calle que llevaba al cementerio.

El camino hasta el panteón era largo y el sol caía vertical sobre el luctuoso acompañamiento. Las gentes fueron perdiendo paulatinamente la compostura que las distinguía al principio, iniciándose, de grupo en grupo, charlas cada vez más alejadas del tema del desdichado accidente, para ir tomando cauces personales en los que campeaban los más diferentes asuntos.

Los hombres de negocios empezaron a hablar del poco precio del maíz, del alza de los implementos agrícolas y de una enfermedad que estaba diezmándoles el ganado. Algunos profesionistas comentaban la sensacional adquisición del Danelly, un centro de mala nota que acaba de importar de la capital de la República una rubia fabulosa. Los estudiantes hablaban de muchachas: que si uno le había quitado la novia a otro y éste lo andaba buscando con una pistola para matarlo; que si fulanita era muy presumida o que si el novio de menganita había llegado borracho a la visita y el padre de ésta lo había corrido con cajas destempladas. Y las muchachas, naturalmente, hablaban de hombres y ni aun allí se reprimían de coquetearles. Algunos se abanicaban desesperadamente con lo que tenían a mano: cartones, bolsos, etcétera.

Virginia vio de lejos a su feo de la noche anterior. La saludo él con una discretísima inclinación de cabeza a la que ella correspondió con amable pero casi imperceptible sonrisa.

—¿A quién saludas? –la interrogó Ivonne, que era muy observadora y había captado la actitud placentera de su amiga.

—A la señorita Wilkinson –mintió, sin saber por qué lo hacía.

Era extraño. Según él le había contado, llevaba cerca de un año de trabajar en Bellaisla y ella no recordaba haberlo visto nunca antes; ahora en cambio, el destino se complacía en ponerlos frente a frente; pues presentía que sus miradas iban

a encontrarse muchas veces de allí en adelante, aunque ¿de qué iba a servirle? ¿Qué iba a sacar con esto? ¿Crearse sólo un nuevo sufrimiento?

En el grupo de los deudos cercanos, Polly y Patricia seguían el cortejo verdaderamente consternadas.

—Me parece mentira que sea Doris la que va a allí –se dolió Polly-. Pensar que nunca más vamos a volver a verla. Todavía ayer por la mañana pasó por mí para ir a la escuela y ahora... -se tapó la cara con las manos conteniendo un sollozo.

—Así es la vida –sentenció Patricia, sin saber qué decir-. Es terrible que haya muerto en esa forma tan espantosa.

—Dicen que el padre de Billie trató de suicidarse. Ya podrás imaginarte cómo se siente después de haber perdido a su único hijo, al heredero de toda su fortuna.

La otra no le contestó. Le conmovía hondamente el dolor de los familiares de ambos jóvenes, pero la sacudía más el angustioso secreto que pesaba sobre la pobre Margarita. ¿Qué iba a ser de ella ahora? No acertaba a encontrar respuesta y esto la preocupaba enormemente; pues la carga de la confidencia, que la chiquilla había depositado en ella, la hacía sentir como si la responsabilidad de lo sucedido o de lo que fuera a sucederle a su amiga también la alcanzara.

De pronto se hizo el silencio. El fúnebre cortejo llegaba a las puertas del cementerio. Los féretros fueron sacados de las carrozas, para ser conducidos sobre los hombros de sus compañeros estudiantes, hacia las tumbas abiertas previamente que aguardarían los mortales despojos.

El director de la secundaria, de la que ambos habían sido alumnos, tomó la palabra y habló de: "Capullos tronchados en plena juventud por el viento huracanado de la muerte; de vidas llenas de promesas truncadas en la flor de la edad..." hizo luego el panegírico de cada uno de los muchachos desaparecidos; y cuando terminó su oración fúnebre, los ataúdes descendieron simultáneamente al seno de la tierra.

Sin distinción de edades o de sexo, todo el mundo lloraba.

17

—A esta chica le pasa algo –comentaba la mamá de Margarita unas semanas más tarde-. Está pálida, desmadejada y extraña, tal parece que se halla convaleciendo de una gran enfermedad. Bueno, con decirte que no quiere salir a pasear-aseveró a su esposo, que la escuchaba detrás del periódico, sin poner gran atención a lo que su mujer decía-. El otro día vinieron dos de sus compañeras a invitarla al cine y se negó rotundamente a acompañarlas. Yo pensé que tú la habías castigado, pero a mis preguntas sólo respondió que no sentía ganas.

—Debe ser el crecimiento, pero si lo crees necesario, llévala al doctor para que le recete algunas vitaminas.

Cuando su madre le hizo saber a Margarita que esa misma tarde irían a ver al médico, la chamaca se sintió casi aliviada; diciéndose que cualquier cosa que le sucediera tendría que ser menos mala que los días llenos de temor e incertidumbre en los que vivía.

En esas horas de amarga depresión sólo la amistad y la ternura de Patricia la confortaban. Era la única que lograba controlarla y hacerla razonar cuando parecía haber perdido hasta esa facultad y se le ocurrían los planes más disparatados. Tales como abandonar su casa e irse a trabajar a donde fuera y en lo que fuera; o bien el acariciado proyecto de tomarse un frasco de pastillas para dormir y terminar así, de una buena vez, con todo sufrimiento.

Cuando su mamá le avisó que esa tarde, sin falta, visitarían al médico porque le preocupaba mucho su falta de apetito, y la forma en que estaba adelgazando; en su abatimiento sólo se le ocurrió pedir permiso para ir a la casa de su amiga, con el

pretexto, usado casi a diario, de que había una materia que le costaba mucho trabajo y que sólo Patricia sabia explicársela.

—Pero te vienes antes de las cuatro y media, porque a las cinco a más tardar, quiero que estemos con el doctor –le recomendó la buena señora.

Ella asintió, como un reo al que le han leído el veredicto que lo condena a morir en la silla eléctrica y que ya no tiene ánimos para luchar. Sofocada, llegó a la casa de su amiga a confiarle que el desenlace de la primera parte de su drama tendría lugar esa misma tarde, en el instante en que fuese reconocida por el médico.

—¿Por qué no le dices la verdad a tus padres antes de que hablen con el doctor? Puedo asegurarte que serán más indulgentes contigo si les hablas y les pides perdón, que si es el médico quien tiene que ponerlos al tanto de lo que te sucede. Anda, no seas tonta, confíate a tu mamá; ella sabrá perdonarte y ayudarte junto con tu padre.

—No me pidas eso, te juro que no me importa que lo sepan, es más, aunque tú no lo creas, estoy deseándolo porque será una liberación el dejar de ocultarlo; pero yo nunca tendré el valor suficiente para decírselos; prefiero que sea otra persona quien lo haga; el doctor por ejemplo. Además, puedo asegurarte que, pase lo que pase, siempre será un descanso dejar de fingir y de vivir en esta atroz incertidumbre. ¡No te imaginas lo que he pasado…!

—Te comprendo, pero vuelvo a repetirte que es preferible que te confíes a ellos con humildad y les pidas perdón, a que sea un extraño quien se los diga. Eso, jamás podrán disculpártelo, yo sé lo que te digo-, insistió pero Margarita no quiso por nada del mundo, atender sus razonamientos.

La sala de espera estaba llena de gente conocida cuando ellas llegaron; pero ¿es que acaso había alguien en Bellaisla a quien no conociera, cuando menos de vista? Su madre se unió a uno de los grupos de señoras, e inicio con ellas una animada charla; mientras Margarita tomó como pretexto una revista para mantenerse al margen de la plática.

A medida que el reloj avanzaba su valor la iba abandonando. Comenzó a arrepentirse de haber aceptado con tan-

ta facilidad, la sugerencia de sus padres para ir a consultar al médico, y empezó a planear mil cosas irrazonables tales como convencer a su madre de que retornaran a casa; pero no encontró un pretexto factible para hacerlo. Se le ocurrió que podría salir corriendo, sin decir nada, haciéndoles creer que había enloquecido de repente; cualquier cosa era preferible a enfrentarse con lo que el médico iba a descubrirle; pero cayó en la cuenta de que cualquier subterfugio no haría más que retrasar la hora de la verdad, porque ésta, como la muerte, era ineludible. Luego llegó el doctor y ya no se atrevió a moverse de su asiento. Los momentos siguientes tomaron para Margarita un ritmo vertiginoso, casi de alucinación: gentes que entraba y salían, se saludaban, hablaban, reían y cuando –misterios de la mente humana- ya casi había olvidado por qué estaban allí; oyó el número de la ficha que al entrar les había entregado la recepcionista y la voz de su madre que decía:

—Vamos, Margarita, es nuestro turno.

—¿Ya...? –preguntó absurdamente, como si le estuviesen hablando de algo insólito.

Su madre ni siquiera le contestó. Se despidió de sus amistades y Margarita no tuvo más que seguirla al interior del consultorio.

18

—Aquí viene el héroe –se burló el Licenciado Medina, la tarde del día siguiente cuando el doctor Castañeda hizo su entrada en el café, como siempre lo hacía, para ir un momento a distraerse de sus arduas labores.

—¿Cómo le hiciste? ¿Es cierto que le pusiste el pecho desnudo en el cañón de la pistola y lo retaste a que disparara? –rió el abogado.

—No sé de qué me hablas –mintió el médico, intentando desviar la atención de su amigo, pues varios de los asiduos del café los rodeaban ya, tratando de enterarse de lo que el doctor fuera a contar; pero Castañeda no soltó prenda, y los curiosos comprendiendo que no hablaría regresaron a sus mesas, tornando a sus tazas de café, sus fichas de dominó o sus dados de póker.

—No cabe duda que eres un Quijote –insistió el abogado cuando por fin, los dejaron solos-. Te aseguro que si yo veo una pistola enfrente de mí, salgo corriendo.

—Pero ¿a qué te refieres? –inquirió el doctor en una última resistencia a tratar el tema.

—No te hagas, todos sabemos que Villaseñor te amenazó, pistola en mano, porque te atreviste a defender a la chiquilla.

—¿Podrías decirme cómo te enteraste de lo que sucedió dentro de mi consultorio y a puerta cerrada…? –se asombró el galeno.

—Ya lo ves, mis dotes de adivino que no me fallan. El caso es que, a estas horas, todo el mundo conoce la historia y tú te has convertido en el héroe del día, porque exponer la vida por un semejante no lo hace cualquiera y menos en estos tiempos de despreciable materialismo. Dicen que ya andan recogien-

do firmas para pedirle al H. Cabildo que se te impongan una medalla… -continuo choteando.

—¡Déjate de tonterías! ¡Pobre chiquilla! –exclamó, pensando en Margarita-. Lo único que quiero es que me digas como llego a tus oídos un secreto que debería haber quedado estrictamente entre esa familia y yo.

—Pero ¿te estás creyendo que en esta mugre provincia puede permanecer oculto algo de esa naturaleza…? Se supo, me imagino, como se saben todas esas cosas. El padre o la madre de la muchacha lo comentaron con alguien, un amigo íntimo tal vez, o un allegado pariente; éste se lo contó a alguna otra persona de su absoluta confianza, con la consabida súplica de que guardara el secreto; esa tercera persona se lo pasó a otra en las mismas condiciones y..., ¿para qué te hago largo el cuento?

—Entonces, ¿a pesar de todos mis esfuerzos encaminados a evitar el escándalo, su honra está siendo pasto de las morbosas lenguas de todo el pueblo?

*****

Apenas Margarita y su mamá entraron al privado, el médico se dijo que no se necesitaba ser muy buen clínico para diagnosticar lo que le ocurría a la muchacha, y de inmediato pensó la mejor manera de manejar un asunto tan delicado. En su larga carrera había tenido muchos casos semejantes, pero casi siempre entre personas de condición humilde, quienes solían tomar esas cosas con mayor naturalidad. Además, conocía la fama de Villaseñor y esto le preocupaba.

Para poder quedarse a solas con la muchacha suplicó a doña Chonita que pasara un momento a la sala siguiente. En cuanto la señora hubo salido se acercó a Margarita y le preguntó a boca de jarro:

—¿Quién fue?

—No sé... -gimió la chiquilla.

—Claro que lo sabes y en este momento me lo vas a decir –exigió, tratando de parecer severo, pero sintiendo que el cora-

zón se le derretía de lástima-. Esto está sumamente avanzado y tienen que casarse enseguida; así es que dime de quien se trata o llamo a tu mamá y la informo de tu falta.

La chiquilla movió negativamente la cabeza mientras unas lágrimas silenciosas le escurrían por las mejillas.

—Por favor, tienes que ayudarme –suplicó el galeno cambiando de táctica- dime el nombre del joven y yo te prometo que hablaré con tus padres, se casarán y todo se arreglará satisfactoriamente.

Ahora si las lágrimas se convirtieron en agitados sollozos que convulsionaron el cuerpo de la muchacha. La dejó desahogarse y cuando la vio un poco más calmada volvió a exigir el nombre del responsable.

-Si no me tienes confianza, no puedo ayudarte, compréndelo por favor, pequeña… ¿Está casad…? –se alarmó de pronto, pensando que fuese ese el motivo que provocaba la reticencia de la chamaca.

—No doctor, no está casado, está muerto.

—Eso no puede ser –clamó desesperado, pero presintiendo que la joven decía la verdad. Tal era la inocencia de los ojos claros, que se posaban en los suyos con infinita confianza, como si sólo él pudiera ampararla, librándola de los contratiempos y amarguras que la esperaban; como si de él dependiese su última esperanza.

—Sí doctor, y no podrá casarse nunca ni conmigo ni con nadie –repitió, con una voz sin matices, que le sonó al galeno como la suma de la más absoluta desolación.

Y después de esas palabras el silencio cayó entre ellos, como una losa demasiado pesada que ninguno de los dos se atrevía a levantar.

Cuando el doctor Castañeda habló, después de una breve pero enconada lucha con su conciencia, ya había tomado una determinación. Él, el médico intachable que nunca transigiera con ninguna maniobra que pudiese mancillar, en lo más mínimo, el código de una profesión que ejerciera siempre como un apostolado, iba a proponerle a aquella criatura algo que nunca antes había aceptado ejecutar, aun cuando en muchos casos, su negativa le valiera la pérdida de una clientela rica y poderosa.

—Puedo hacer por ti algo, si quieres, desde luego.

La chiquilla movió dubitativamente la cabeza, asegurando con una calma extraña:

—Se lo agradezco doctor, pero nadie puede hacer nada por mí. Cuando mi padre lo sepa me matará.

Se vio precisado a explicarle que si simulaban una apendicitis, ni siquiera sus padres sospecharían nunca el desdichado accidente, y que una vez pasado todo, podría ella seguir haciendo su vida de siempre, como si nada le hubiese sucedido.

—¿Quiere usted decir que mataría a mi hijo?

—Bueno, lo destruiríamos antes de que termine de formarse para que nadie se dé cuenta de lo que te ocurre.

Margarita, negando con la cabeza porque al tratar de hablar los sollozos le estrangulaban las palabras, volvió a soltarse en un desesperado llanto.

—Pero comprende, si no lo hacemos así, la gente descubrirá lo sucedido y empezaran a hablar mal de ti, te miraran con desprecio, te señalaran y tú no podrás resistirlo.

—¿La gente? ¿Y qué puede importarme eso a mí cuando he perdido lo que tanto amaba?

—¿Entonces estás decidida a tenerlo? ¿Y tu padre? ¿Has pensado en eso?

—No le tengo miedo. Es más, estoy deseando que lo sepa. Usted no puede imaginarse lo que es guardar un secreto de esta naturaleza tanto tiempo. Mentir, disimular y vivir con la agonía de que de un momento a otro pueden darse cuenta, cuando hay instantes en que uno quisiera gritarlo, para que lo sepan de una vez por todas. No doctor, usted no puede saberlo, pero es peor que todas las torturas del infierno. Nada de lo que me suceda puede ser más grave; si me mata, habré dejado de sufrir, y si me perdona, tendré algo del hombre a quien amé con todas las fuerzas de mi corazón, y con quien estuve sólo una vez –concluyó, sintiendo que había hablado demasiado y que la abandonaban las fuerzas.

Con estas palabras, la chamaca se ganó la admiración del bondadoso médico, quien no pudo evitar sentir que los ojos se le aguaban. Pensó en contraste en tantas señoras de alcurnia, casadas por todas las leyes, que a diario iban a rogarle que

asesinara a sus hijos por nacer, ofreciéndole por ello cantidades fabulosas de dinero; sólo porque no querían llenarse de niños que las amarraran al hogar obligándolas a abandonar la vida frívola y pretensiosa de sociedad de la cual se sentían absolutamente incapaces de prescindir; o porque temían perder la esbeltez de su figura. Y en casos aun más vergonzosos, las que deseaban ocultarle a sus maridos imperdonables deslices, incalificables infidelidades cometidas, en la mayoría de los casos por ocio, por curiosidad malsana o por la inexcusable morbosidad de tratar de averiguar en el adulterio qué se siente hacer lo mismo con otro hombre.

En cambio esta criatura que apenas empezaba a vivir, que había pecado por amor una sola vez y casi sin saber lo que hacía, estaba dando un ejemplo admirable de integridad y entereza.

—Créeme, Margarita –le dijo, acariciando conmovido los rubios cabellos de la chiquilla- que si Dios me hubiese concedido la gracia de una hija, me hubiera gustado que fuera como tú. A pesar de tus pocos años eres una mujer maravillosa, y desde este momento puedes contar en que estaré de tu lado y te protegeré contra quien sea. Algún día te sentirás orgullosa de haber defendido la semilla sagrada del hijo que se está gestando dentro de ti.

Y al decir de las gentes, el anciano doctor había cumplido su promesa, así es que cuando Villaseñor se presentó en el consultorio con pistola en mano para matar a la hija que lo había deshonrado, se encontró con que tenía que habérselas directamente con el médico, un médico convertido en Quijote por una causa difícil, pero no perdida, porque las causas nobles siempre encontraran en sí mismas su justificación y su defensa.

Efectivamente, la bondad y la comprensión del doctor Castañeda fueron factores decididamente favorables en el caso de Margarita.

Cuando el galeno mandó llamar a Villaseñor y lo puso en antecedentes de lo sucedido, el hombre iracundo, sacó la pistola que llevaba siempre consigo y exigió la presencia de la chamaca para lavar con su sangre la mancha que le había infligido a su linaje.

—¡Que salga esa desdichada! –vociferó.

—Usted lo ha dicho –aseveró el doctor con perfecta calma-. No es más que una niña desdichada y la culpa es de usted.

—¿Mía? –bramó la fiera indignada.

—Sí, porque si no viviera dedicado a sus queridas hubiese tenido tiempo de cuidar de sus hijos y esto no hubiera sucedido nunca.

—Le prohíbo que se meta en mi vida privada –farfulló el matasiete, desconcertado por el ataque directo de Castañeda.

—Y lo que ha sucedido a Margarita, ¿no atañe a su vida privada? –inquirió el médico severo.

—¿Dónde está esa perra? ¡Que salga porque voy a matarla! –gritaba la hiena, enardecida.

—Desde este momento está bajo mi custodia y mientras usted no se calme y me escuche, tendrá que desistir de verla.

—¡Pero esto es un atropello…! –exclamó, asombrado de la audacia del anciano médico, a quien no intimidaba ni el cañón de la pistola-. Voy a llamar a la policía y acusarlo a usted de secuestro.

—Ahí tiene el teléfono -lo retó el galeno, señalándoselo-. Vamos a ver a quién perjudica más el escándalo, si a mí o a usted.

Cuando la fiera estuvo casi domada, el doctor Castañeda pudo explicarle:

—Fue una desgracia, ni siquiera tiene el himen perforado; puedo asegurarle que el muchacho sólo la tocó una vez; ella ni siquiera supo lo que hacía, pero corrió con muy mala suerte…

—Y ¿qué se puede hacer? –preguntó el padre, deponiendo su actitud agresiva y mostrándose sinceramente acongojado-. Díganos usted doctor, por favor, ¿qué nos aconseja...?

—Para evitar el escándalo, Margarita debe irse de aquí, esta misma noche si es posible. Si tienen algún familiar en otra población a quien puedan confiarle a la muchacha, sería lo mejor.

—Mi hermana vive en la capital, es su madrina y le tiene mucho cariño; yo creo que podría estar bien allí –opinó la pobre madre, que no había cesado de llorar ni un momento durante la discusión en la que los dos hombres se hallaban enzarzados.

Y fue así como Margarita se alejó de Bellaisla, esa misma noche.

—Pero ¿cómo le hiciste...? –insistió Medina-. ¿Es cierto que le pusiste el pecho desnudo frente al cañón de la pistola? –preguntó, tratando nuevamente de burlarse.

—No –aseguró el galeno, siguiendo la guasa-. Le aseguré que lo que le había sucedido a la chamaca le venía de herencia, por sus incalificables vicios y lo amenacé con desenmascararlo frente a toda la sociedad, y como esto no le convenía en ninguna forma, hicimos un trato: él no le tocaría un solo cabello a Margarita y yo me callaría para siempre sus aventuras y malandanzas.

—Pero, ¿es que tiene alguna que no sea del dominio público?

—Nada nuevo, pero los hombres de mente corrompida no están nunca seguros ni de sí mismos y mis amenazas lo amedrentaron. Pero lo que todavía no logro concebir es cómo diablos supiste lo que pasó en mi consultorio y a puerta cerrada.

—Recuerda que en los pueblos chicos las paredes son de vidrio y nada permanece oculto mucho tiempo; lo increíble es, a mi parecer, que la chamaca pudiese guardar el secreto durante tantos meses. Pero cambia ya esa cara de mortificación y pídele un dominó al mesero; porque vengo dispuesto a ganarte el café.

19

Esa noche el Cabarú estaba hecho un ascua. Apenas acababan de dar las once, y en todo el amplio salón hubiera sido menos que imposible, encontrar una mesa desocupada.

La tarea de las modistas, trabajando incansablemente durante varias semanas y la de las cultoras de belleza manipulando todo el día manos y cabelleras, había valido la pena, pues el conjunto logrado era en verdad admirable.

Las bellaisleñas sabían vestir. Poseían un gusto verdaderamente innato por la buena ropa y no les dolía gastarse un mes de sueldo o algo más en la confección de un traje de fiesta. Muchas, sin necesidad de trabajar, lo hacían sólo para poderse costear la ropa fina y elegante que les gustaba lucir.

Este baile, por ejemplo, llamado el Blanco y Negro, porque todos los hombres y mujeres debían vestir exclusivamente cualquiera de esos dos colores, se realizaba una vez al año y constituía un autentico derroche de fastuosidad y de lujo.

A las muchachas solteras éstas fiestas les resultaban bastante costosas, pues además del gasto del atuendo, que debía ser de lo mejor, pagaban hasta cien pesos por la reservación de la mesa y lo que consumieran, en sándwiches y refrescos, durante la noche. Pero como existía la posibilidad de conocer hombres de fuera, no les importaba el desembolso.

La mayoría de los varones se pasaban la noche ingiriendo bebidas alcohólicas, algunos dizque para animarse; mientras muchas jóvenes, como flores exóticas olvidadas en lujosos jarrones, languidecían tristemente sentadas en sus mesas, lamentándose haber asistido al baile y prometiéndose no volver a otro jamás. Afortunadamente todo se quedaba en juramentos, pues apenas se anunciaba el siguiente olvidaban su pa-

sada decepción, y allí estaban de nuevo dispuestas a probar suerte una vez más.

Ya en esos momentos la pista resultaba insuficiente. Las que no habían tenido suerte de conseguir bailador se conformaban con seguir las evoluciones rítmicas de las parejas que danzaban.

No todas se resignaban a esperar pacientemente sentadas a un caballero que les fuera a levantar el pavo; las más inquietas deambulaban de una a otra mesa, saludando a sus amistades y aprovechando para coquetear con el escaso elemento masculino que quedaba libre, o bien acababan por destruir con sus miradas la apatía de algún remiso galán, decidiéndole a abandonar la copa y los amigos para invitarlas a bailar; o, después de una lucha infructuosa, tornaban a sus mesas aún más desilusionadas y deseando encontrarse a mil leguas de allí.

La que creía haber logrado su propósito retornaba con sus compañeras luciendo la cara más inocente del mundo. Esperaba que la orquesta comenzara a tocar y que el enganchado se presentara a invitarla para hacerles creer que la iniciativa había partido del él. Entonces se levantaba muy ufana y entraba a la pista en brazos de su ocasional compañero mejilla con mejilla, y el cuerpo pegado al de éste, pues el primer avance dependía de asegurarse al bailador para el resto de la noche o perderlo al terminar la tanda.

Las más serias o más penosas se pasaban la noche sin atreverse a moverse de sus mesas, más que si acaso, para una ida al tocador a retocarse el peinado o el maquillaje, y a falta de otra diversión, se entretenían observando a la concurrencia y criticando desde los vestidos de las mujeres hasta las fachas de las parejas.

Virginia, Ivonne, Zoila, Cynthia y Estrella, que acababan de llegar, ocupaban una de las mesas del centro.

Virginia recorrió el salón con los ojos ávidamente, esperando encontrar algo que sólo ella sabia; pero como no viera nada se sumió en la contemplación del paisaje, en una especia de laxitud que la aislaba totalmente del bullicio de la fiesta, como si se encontrase de pronto completamente sola en un mundo lejano e inescrutable.

—Si hubiera sabido cómo iba a estar el panorama –rezongó Zoila- no vengo.

—Lo que siento es haber gastado tanto en el vestido –guaseó Ivonne-. Con lo caro que cobran las modistas y lo rogadas que están. Fíjense que casi tuve que arrodillármele a la mía para que me lo terminara.

—Pues yo voy a hacer mi lucha por ahí -anunció Estrella, levantándose-. No pienso pasar la noche calentando la silla. La orquesta está tocando divino y los pies me bailan solos, así es que voy a ver si encuentro algo.

—No creo que haya nada –trató de descorazonarla Zoila.

—Quién sabe, además, no hay peor lucha que la que no se hace -y diciéndolo se puso de pie y se perdió decidida, entre el laberinto de mesas.

—¡Y pensar que esta mañana me pidieron el baile y no lo quise comprometer esperando hallar algo mejor!

—Más vale pájaro en mano que ciento volando -sentenció Ivonne–. Además, ya sé quién te lo pidió, el pobre de Molineiro. Es un buen chico y deberías de hacerle caso, la cosa no está como para andar desperdiciando.

—No me gusta. Además, sé que no podré volver a amar a otro hombre que no sea Sergio.

—De éste, cuando menos ya sabes que no es un aventurero.

—Pero en el corazón no se manda.

—En eso sí, tienes toda la razón.

—Esta Estrella parece hormiga loca, no puede estarse quieta –comentó Cynthia, tratando de cambiar la plática.

—Les aseguro que algo vio. Esa no da palos de ciego.

—Hace bien en hacer su lucha.

Los músicos de la orquesta después de un breve descanso, se prepararon para iniciar otra tanda acomodando en los atriles las partituras y afinando sus instrumentos.

Algo indescriptible recorrió el salón. Fue como una especie de extraña ansiedad, como un desasosiego casi físico. Las que tenían la tanda asegurada sonrieron con aplomo sin poder disimular su alegría; las que aún no habían logrado nada, que eran las más, se movieron en sus sillas, inquietas,

abanicándose nerviosamente, arreglándose automáticamente el peinado o estrujándose las manos en un gesto inadvertido por ellas mismas. Las más audaces afinaron sus baterías, enfocando sus miradas hacia metas trabajadas de antemano, con un coqueteo que era insinuación, ofrecimiento, casi una llamada desesperada de auxilio con la esperanza de lograr, aunque fuese de última hora el bailador. Mientras las tímidas, las recatadas, después de una ojeada temerosa a su alrededor, optaron por clavar los ojos en el mantel o en el vaso de refresco, renunciando de antemano a la lucha y concretándose a esperar un milagro. Las que eran supersticiosas amarraban su pañuelo apelando a San Monicato y diciendo mentalmente: "San Monicato, San Monicato, si no bailo esta tanda, no te desato", porque quedarse sentadas mientras las compañeras bailaban, era una de las humillaciones más graves que podía sufrir una muchacha; una humillación, no por frecuente, menos dolorosa.

Había iniciado la orquesta una melodía norteamericana cuando un desconocido se acercó a la mesa de las amigas. Zoila, Cynthia e Ivonne se quedaron tensas, aguardando a ver a quién iban a dirigirse; pero el hombre se detuvo ante Virginia y la invitó a bailar.

—Virginia, te están hablando –le advirtió Ivonne, propinándole un codazo, ya que su amiga, como siempre, se encontraba lejos del planeta.

—¡Ah, dispense! –exclamó la aludida, retornando bruscamente de sus sueños.

—¿Sería tan amable de concederme esta tanda? –repitió el desconocido.

—Con todo gusto –aceptó Virginia, levantándose a seguirlo.

—Esta Virginia, siempre en la luna –comentó Ivonne-. Yo quisiera saber qué tanto es lo que piensa.

—Es que le gusta hacerse la interesante –intervino Zoila-. Vayan a saber desde qué horas le estaría coqueteando.

—Virginia no es de ésas –entró al quite Cynthia, que quería y admiraba a su amiga sinceramente.

—¿Y qué si así fuera? Todas coqueteamos. ¿Para qué nos dio Dios un par de ojos en medio de la cara si no para usarlos?

–le preguntó Ivonne con picardía, pues le encantaba molestarla.

—Yo no me atrevo a hacerlo –aseguró, haciéndose la mustia-. Deben juzgar muy mal a las que se les quedan mirando.

—No creo que no coquetees, dejarías de ser mujer si no miraras a un hombre cuando éste te interesa.

Pasaban bailando en esos instantes frente a la mesa, Susana y Felipe. Zoila sintió que un extraño estremecimiento la recorría por todo el cuerpo; como cuando desde su escondite los veía acariciarse, y se imaginaba que era ella quien estaba en el lugar de Susana. Fue tan vívida su sensación que se puso pálida, y Cynthia le preguntó si se sentía mal.

—Se asusta sólo de pensar que alguien pudiera llegar a besarla -se mofó Ivonne, pero Zoila ni siquiera la oyó.

—Miren quien va allá –la interrumpió Cynthia, señalando a Estrella, que bailaba con un desconocido-. La muy bandida se salió con la suya y consiguió bailador.

—¿Cómo no iba a conseguir, si como quien dice lo fue a buscar? –Zoila había recobrado el habla y con ella su natural acrimonia.

Virginia danzaba en brazos del hombre que la había arrancado de su ensimismamiento, cuando en la mesa del licenciado Punaro, divisó lo que le interesaba y fue tanta su emoción que perdió el paso.

—Discúlpeme –suplicó turbada, a su ocasional compañero.

Se saludaron como siempre, en un imperceptible movimiento de ojos que sólo ellos comprendieron e interpretaron. Le dolía tener que bailar con otro en su presencia; pero no podía remediarlo y además era una forma de preservar su secreto. Tal vez hubiesen podido bailar aunque solo fuese una tanda, pero Elena, la esposa del licenciado, sabía que era casado y poseía una percepción especial para descubrir las cosas ignoradas por los demás; así que les hubiese resultado sumamente peligroso.

Poseía una lengua cruel y devastadora. Virginia, que cultivaba su amistad, la había oído expresarse terriblemente mal de las muchachas que andaban con hombres casados, diciendo que no eran mujeres dignas ni decentes.

—¿Y si una muchacha se enamora de un hombre que ya no es libre? –le había preguntado ella una vez, añadiendo-: No me refiero a coquetearle o a bailar con él, a falta de otra cosa; sino amor profundo y verdadero.

—Si se enamora de un hombre que tiene un compromiso, es que ya no es una muchacha honesta –le había contestado implacable.

—¿En qué piensa? –le preguntó el bailador al notarla preocupada.

—En nada especial, es que me siento un poco cansada.

Terminó la tanda y las parejas retornaron a sus mesas.

—¿Me concede la próxima? –inquirió el hombre, antes de ir a dejarla.

Virginia aceptó, pensando que no tenía ninguna razón para negarse, ya que se trataba de una persona correcta y agradable. Y rehusarse a bailar teniendo con quien hacerlo, podía despertar suspicacias y comentarios entre sus mismas compañeras.

—Está guapo. ¿De dónde salió? –quiso saber Ivonne.

—No sé. No lo había visto.

—¿Te pidió la otra? –preguntó Zoila interesada.

—Sí, sí me la pidió.

—Pues entonces, ya te salvó la noche –asintió, sin poder disimular su envidia.

—¿Qué cosa es? –se interesó Cynthia.

—Quieren creer que no le pregunté.

—No tiene facha de viajero, debe ser petrolero o algo por el estilo. A ver si te aguzas y te lo pescas- aconsejó Ivonne.

—Bah, pan para hoy y hambre para mañana, aseguró la muchacha, citando un adagio que para todas tenía un gran significado.

—Nunca se sabe –trató de animarla Ivonne-. Muchos romances comienzan en un baile y terminan en la iglesia.

—¡Estás loca! –rio Virginia-. Ya estás haciendo una novela. Te aseguro que si te oye no regresa.

—¿A qué no sabes quién está por allá? –preguntó Estrella, que llegaba en esos momentos a la mesa dirigiéndose a Ivonne, y sin esperar respuesta, añadió-: Tu bailadorcito de la otra

noche, el que te voló la Ibarra. Y está solitito y su alma, porque ella anda estrenando chamaco pues ya ves que los cambia como paños calientes.

—¡No me digas! –brincó la joven, esperanzada-. Necesito que me vea. ¿Quién me acompaña al tocador?

—Conmigo no cuentes –saltó Zoila-. Ya sabes que no me gusta andarme exhibiendo por todo el salón.

—Vamos –aceptó Virginia, haciendo intento de levantarse.

—Pero tú tienes la tanda comprometida. ¿Qué tal si no regresas a tiempo?

—Ni modo, si quiere bailar conmigo que me espere –replicó y uniendo la acción a la palabra, tomó su bolso de baile y se puso de pie.

Ivonne la siguió pensando en qué buena amiga era; ignoraba que esta vez el acto de Virginia no era totalmente desprendido, puesto que tenía un interés personal en ir al tocador, ya que para hacerlo, debía pasar forzosamente por donde él se encontraba.

Los ojos de su feo la acariciaron discretamente y ella le devolvió la mirada con profunda ternura, mientras se repetía que estaba loca, pero reconociendo a la vez que era la suya una hermosa locura que la hacía sentirse viva, y ya, nada más por eso valía la pena conservarla.

—Le queda muy bien el blanco, señora –dijo él a la esposa de su amigo, en el instante en que ella atravesaba por allí.

A la muchacha el corazón le dio un vuelco, pues comprendió que el cumplido, aunque al parecer había sido dirigido a otra persona le estaba destinado. Los ojos del hombre se lo confirmaron y ella le dio las gracias con una sonrisa que era un poema.

—Es usted muy amable.

Virginia alcanzó a oírla y no pudo menos que reír en su interior con toda picardía, gozando del truco de que se había valido él para alabarla.

Después de un momento regresaron a la mesa, pero Ivonne ya había conseguido su propósito, pues el hombre la saludó y, al iniciarse la otra tanda, fue a buscarla salvándole la noche.

Cynthia también empezó a bailar, pues como era joven y tenía muchos amigos casi nunca le faltaban bailadores; sólo Zoila estaba de malas. Le hubiese gustado salirse del baile, pero no se atrevía a proponérselo a sus amigas porque como ellas si se estaban divirtiendo, era tanto como aceptar que se sentía aburrida y humillada. Se dedicó a observar a las parejas, tratando de entretenerse en alguna forma, pues se había quedado sola en la mesa, y de nuevo sus ojos se prendieron en Felipe.

El hombre tenía una boca cruel, pero Susana parecía gozar cuando él, amparado por la oscuridad de la noche y la soledad de la calle le mordía los senos y la acariciaba, antes de despedirse de ella en la puerta de su casa.

¿Será que el amor es sufrimiento? –se preguntó profundamente turbada, pero como no tenía a quien exponer sus dudas, sintió que se enredaba en su propia y perturbadora incertidumbre.

Terminada la tanda sus amigas retornaron a la mesa.

—Si quieren nos vamos –propuso Virginia, que acababa de ver salir a su feo y ya no sentía deseos de seguir danzando en brazos de otro.

—¡Cómo son! –protestaron Cynthia e Ivonne a coro: -Si apenas se está componiendo esto.

Y con disgusto de parte de Zoila, que no había tenido suerte esa noche, se quedaron otras dos tandas.

20

Después de la tragedia que arrebatara las vidas de Billie y de la infortunada Doris. Polly había vuelto a buscar la amistad de Patricia, ya que sólo ellas dos quedaban del amistoso cuarteto, dispersado cruelmente por el amor y la muerte…

De nuevo se reunían en la secundaria para estudiar y salían juntas algunas veces.

En cierta forma las unía la conveniencia. Dos estudiantes de bachillerato, amigos entre sí, habían empezado a pretenderlas, iniciando el romance con apasionadas cartitas que deslizaban hábilmente entre las hojas de los libros de texto; acercándoseles en el patio, durante las horas de recreo o insinuando invitaciones para el cine o para ir a pasear, que hasta la fecha ninguna de las dos se había atrevido a aceptar; no por falta de ganas sino porque era la primera vez que se encontraban en semejantes lances y no sabían cómo actuar.

Patricia, que había vivido y compartido las torturas de la pobre Margarita, tenía demasiado presente su desgracia y esto la atemorizaba. Arnaldo, así se llamaba su pretendiente, le agradaba bastante, pero temía que acceder a la más leve familiaridad, la arrastrase a sufrir en carne propia, lo que había visto padecer a su amiga. Ella era la única que recibía con cierta regularidad noticias de la chiquilla; pues ésta no había olvidado la comprensión y el consuelo que la joven le brindara.

Mis tíos son muy buenos conmigo –le escribía-, pero yo no quiero ser una carga para nadie; así es que apenas salga de cuidado, voy a buscar un empleo. Todavía no sé en qué podré trabajar, pues como podrás comprender, me siento absolutamente desorientada; pero ellos me han prometido con-

seguirme algo en que yo pueda desempeñarme y que me deje tiempo para poder atender a mi criatura.

Créeme que a pesar de todo lo que me ha tocado sufrir -continuaba- no me arrepiento de lo sucedido y pienso que si tuviera que volver a vivir las horas dolorosas que pasé procedería exactamente en la misma forma. Tú sabes cuánto lo quise, y si había de morir tan joven me alegro que Dios me haya concedido de él algo perdurable, algo que en cierta forma, me atará siempre a su recuerdo.

Patricia le contestaba tratando, como siempre, de brindarle ánimos y a la vez servía de contacto entre ella y la infortunada doña Chonita, pues Villaseñor, en un necio alarde de severidad, dictado como siempre por su equivocado complejo de macho, había prohibido en su casa y a todos los suyos hasta la sola mención del nombre de la muchacha, la hija ingrata que había deshonrado su apellido. Un apellido que a él no le importaba arrastrar a diario, por cantinas y casas de mala nota. Seguía su vida de siempre, dividiendo su tiempo entre una y otra amante o buscando nuevas aventuras. Pero eso sí, se sentía totalmente incapaz de perdonar a Margarita.

La señora, madre al fin, no se conformaba con lo sucedido y lloraba sin cesar con el pensamiento puesto en la hija que se encontraba lejos, cuando más necesitada estaba de su cariño y de sus cuidados. Y para no disgustar a su marido, le escribía a escondidas, recibiendo sus noticias por conducto de Patricia.

Esa tarde, la joven que acababa de recibir una carta de su amiga, le pidió a Polly que la acompañara a llevársela a la señora. Pero al llegar frente a la casa vieron estacionado el jeep del padre de Margarita y ya no se atrevieron a entrar.

—Tendré que pasar mañana antes de irme a la escuela. Espero que para entonces ya se haya ido a su finca.

—Y ahora, ¿qué hacemos? Ya terminé mi tarea y la verdad no se me antoja regresar a mi casa.

—Si quieres damos una vuelta por la orilla del río, y volveremos dentro de un rato, a ver si ya se fue el señor Villaseñor. Así me evito volver mañana. ¿Qué te parece?

—De acuerdo.

Se dirigieron a la calle que daba al río y que constituía un paseo agradable. La brisa corría allí generosamente, y era

grato sentirla después de haber sufrido durante todo el día el castigo del calor. No habían dado más que unos pasos cuando se toparon, como por encanto, con los muchachos quienes insistieron en que los acompañaran al cine.

—Yo no puedo llegar tarde a mi casa –anunció Patricia.

—¡No importa! Si quieren, entramos sólo un momento y a la hora que ustedes lo ordenen nos salimos –propuso Arnaldo.

—Ándale, vamos, no seas así –rogó Polly, que estaba deseosa de vivir unos momentos al lado de su chamaco.

—Como dice Arnaldo, podemos entrar un ratito y a la hora que crean conveniente, nos salimos, para que no te vayan a regañar –indicó el otro muchacho, y ante esto, Patricia se vio obligada a aceptar.

Por insinuación de Arnaldo, se sentaron en la fila de atrás y, luego de un momento, tomó entre sus manos la manecita fría y temblorosa de Patricia. Ello lo dejó hacerlo, pues se sentía bastante atraída por el joven, pero cuando él quiso besarla se retiró acobardada.

El muchacho, mortificado por haber sido rechazado trató, durante unos momentos, de hacerse el enojado; esperando a que ella lo buscara como hacían casi todas; que empezaban por resistirse para hacerse las interesantes y luego ellas mismas se insinuaban. Pero viendo que pasaba el tiempo y Patricia no reaccionaba, volvió a iniciar el avance, sintiéndose repelido por segunda vez.

Decididamente ésta no es como las demás -se dijo-, sin lograr enfadarse con ella, pues como la chamaca lo atraía bastante y no en plan de vacilón, como le habían gustado otras, sino en serio en el fondo le agradaba comprobar que era diferente.

—Te quiero –le murmuró al oído.

No obtuvo respuesta y tomó de nuevo, entre las suyas, las manos de Patricia, que sintió trémulas, como pájaros que presintieran el peligro.

—¿Qué te pasa? ¡Pero si estás temblando -se asombró- y la chiquilla, sin encontrar respuesta, trató de controlarse y le sonrió en la oscuridad.

Polly en cambio, era mucho más audaz. Estaba deseosa de sentir, de vibrar; de besar y ser besada, para saber si era en verdad tan maravilloso como decían sus amigas, cuando le contaban sus aventuras con los noviecitos de la escuela; pero el que la galanteaba era un chico tímido que más bien se le acercaba por hacerle el lado a su amigo.

Mientras Patricia se replegaba en su silla, medrosa, ante otro avance de Arnaldo que a toda costa quería acariciarla, Polly, en cambio, esperaba en vano.

Tendré que actuar -calculó- y empezó a rozarle una oreja a su compañero, pues había leído que era una caricia que enardecía a la mayoría de los hombres.

Efectivamente, el chico sintió que el cosquilleo le ponía la carne de gallina, pero no encontraba la manera de acometer la empresa que tenía delante.

Polly le puso la mano en la rodilla y él se la cubrió tímidamente con la suya; luego se le acercó lo más que pudo, aguardando con ansiedad a que él la besara. Se sentía vibrante de emoción. Cada una de las partículas de su cuerpo se tensó esperando sentir la maravillosa turbación del primer beso. Pero cuando Alfonso lograba reunir la audacia suficiente para unir sus labios a la boca que se le ofrecía ávida, se prendieron las luces de la sala y Patricia dio la señal de partida.

—Pero si apenas es el intermedio y no hemos visto ni la mitad de la película -se quejó Arnaldo.

—Ustedes me prometieron que nos saldríamos tan pronto como yo se lo indicara. Si se quieren quedar, yo ya me voy, pues no quiero exponerme a que mis papás me llamen la atención. Bastante mal hice ya en venirme al cine sin su consentimiento –aclaró, y con estos razonamientos se puso de pie y los otros no tuvieron más que seguirla.

—Prometan que vendremos otro día –dijo Arnaldo.

—Siempre y cuando nos salgamos cuando yo diga, encantada –puntualizó la muchacha, y todos aceptaron.

21

Como todos los sábados en la noche, las muchachas se dirigieron al jardín, con el objeto de ver qué había de nuevo y de tomar un poco de aire fresco. Esta tarde había caído una ligera llovizna, que sólo sirvió para alborotar más el calor, que desde hacía varias semanas estaba fustigando duramente a los habitantes del lugar.

Por todo el camino fueron encontrándose a personas a quienes saludaban o con las que, al pasar, hacían un breve comentario. También, cruzaban saludos con las familias que sentadas en las aceras, a las puertas de sus casas, obstruían el paso con sillas, sillones, bancas o lo que fuera.

—Es como navegar por un mar lleno de minas -comentó Virginia, al mismo tiempo que dedicaba su mejor sonrisa a doña Eulalia, una señora que era altamente respetada y temida por poseer una lengua reputada entre las más viperinas de Bellaisla.

—¿A qué te refieres? –la interpeló Cynthia.

—Luego te lo digo –musitó la otra, pues en esos momentos cruzaban otra reunión de vecindario.

Cuando entraron a la zona comercial, dejando atrás las calles habitadas por familias, les explicó:

—Les decía que salir a la calle a estas horas es como atravesar un océano en tiempos de guerra.

—¿Por qué? –inquirió Ivonne distraída-. No te entiendo.

—Miren. Cada grupo de personas que hace su reunión en las banquetas es como una bomba que al pasar te arranca algo, un pedazo de tu personalidad cuando no de tu honra. Te aseguro que cuando lleguemos al jardín es poco lo que queda de nosotras. Una se quedó con mi vestido porque le pareció

cursi o presuntuoso; otra te destrozó el peinado. La de más allá te arrancó los zapatos o la bolsa porque consideró que no hacían juego o porque se les ocurre que te echas encima todo lo que ganas.

—O te arrancaron los ojos porque no los abriste lo suficiente al saludar, o porque los abriste demasiado –rió Ivonne, comprendiendo lo que su amiga quería decir-, pero como no oigo lo que dicen de mí, no me importa –concluyó despreocupada.

—Siempre he pensado que si uno se enterara de los comentarios que provoca en los demás, llegaría derechito a pegarse un tiro –aseveró Virginia.

—Es que tú eres demasiado susceptible –expresó Cynthia-. Yo me hago cargo de que no soy monedita de oro para caerle bien a todo el mundo y me desquito hablando mal de los demás, cuando la ocasión se presenta.

—Bonito consuelo.

—Me cobro por adelantado y así no hay manera que me queden a deber. Lo que sucede es que tú eres muy especial nunca hablas mal de los demás.

—Créeme que no lo hago por virtud sino porque, como al cigarro, aún no he logrado encontrarle la gracia.

—Vaya comparación, ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

Se encontraron en esos momentos con Estrella que charlaba con un grupo de amigas paradas en la banqueta, y se les unió diciéndole a las otras:

—Aquí va mi camión, mañana les acabo el chisme.

—Íbamos por ti –asentó Virginia.

—No corre una gota de aire –comentó Cynthia al entrar al parque-, hasta los árboles permanecen inmóviles.

—Miren la luna, está roja y eso significa calor –aseveró Estrella, señalando en el firmamento un astro cárdeno, descomunal y sin brillo.

—¿Más calor? –protestó Ivonne-. Pues al rato estaremos convertidas en chicharrón.

—Aquí no hay nada –se quejó Estrella después de la primera vuelta-. ¿Qué les parece si nos vamos al Mirador a ver si está mejor que esto?

—Buena idea –aplaudió Virginia-. Ahí cuando menos podremos tomarnos un refresco, porque me muero de sed.

Llegaron al restaurante que era también nevería y cafetería; pero tuvieron que aguardar a que se desocupara una mesa porque aquello estaba lleno. Además de ser sábado, la asfixiante temperatura había sacado de su casa a muchas personas; pues pocas se decidían a irse a la cama sabiendo que el calor no les permitiría dormir.

Se desocupó por fin una mesa y las muchachas se apresuraron a tomarla.

—Si tarda mucho el mesero me voy a desmayar, tengo la boca seca –anunció Virginia.

—No se te vaya a ocurrir desvanecerte aquí porque no sé quién te va a llevar cargada hasta tu casa –guaseó Ivonne.

—Miren quienes están allá –hablaba Cynthia, señalando una pareja que ocupaba una mesa en el extremo opuesto-. ¡Qué extraño que ya estén de regreso!

—¿Quiénes? –inquirió Virginia que quedaba de espaldas.

—Lucio y Magdalena. Decían que se iban de luna de miel a Europa; no me explico qué hacen aquí.

Al nombrar a la pareja, las demás, que conocían la historia del noviazgo de Ivonne, voltearon a verla buscando su reacción.

—Bah ¿qué se traen conmigo? –preguntó, tratando de parecer indignada.

Ninguna le contestó ¿Qué hubieran podido decirle?

Sabían que Lucio era el punto débil en la arrogante fortaleza de la joven; había sido su primer novio, y aunque trataba de aparentar lo contrario, a pesar de los años transcurridos y de los hombres con los que había salido, la verdad era que no había logrado olvidarlo.

—¿Por qué habrán retornado tan pronto? –insitió Cynthia, sin captar la tensión que prevalecía en la mesa.

—Tal vez todavía no hayan arreglado sus papeles –le aclaró Estrella-, eso tarda. Lo que no me explico es que hayan vuelto para acá en lugar de quedarse gozando en la capital. Todavía no tienen ni los ocho días de casados.

—Para ser felices cualquier lugar es bueno –señaló Ivonne, tratando de parecer indiferente.

—Pero no se ven muy dichosos que digamos –comentó Cynthia-. Magdalena está delgada y ojerosa.

—Tonta, eso es muy natural –le replicó Ivonne, haciendo gala de una despreocupada malicia, y como si la pareja no le interesara en lo absoluto, continuo-: ¿Se imaginan la tallada que se debe de haber llevado? Lucio es un hombre sumamente apasionado y como marido debe de resultar agotador.

—¡Qué bárbara eres! –comentó Virginia, que sabía bien lo que su amiga estaba sufriendo al contemplar a la pareja.

"Si que había sido apasionado" –se dijo Ivonne sin poder evitar sentirse sumamente desdichada. Las primeras caricias, los besos primeros los había recibido de él. ¿Quién le había enseñado los trucos del amor para alcanzar el cielo con los labios? ¿A quién si no a él debía ese anhelo de amar, siempre insatisfecho; esa constante ansiedad que la hacía ir en busca de nuevas sensaciones cada vez que se le presentaba una oportunidad, y que sin embargo, ningún otro hombre había podido colmar? Pero ahora Lucio estaba casado con otra y ella seguiría buscando lo que tal vez nunca iba a encontrar. Porque en las caricias de los otros, en los labios de los otros estaba condenada a añorar, quizá eternamente, las primicias de ese amor que se le había grabado como un trauma incurable.

Se habían amado con la intensa sinceridad de los que descubren, por vez primera, la magia de ese maravilloso sentimiento. Ella, por lo menos así lo había querido y siempre creyó que era correspondida; pero un día, sin que hubiese mediado entre ellos la menor fricción ni el más leve disgusto, él se alejó de su vida, sin una palabra, sin una explicación.

Su orgullo, su dignidad femenina le impidieron pedírsela y cuando se convenció de que no volvería empezó a salir con otros hombres, una semana con éste, un mes con aquél, pero sin formalizar con ninguno porque su constante insatisfacción la llevaba a pensar que el próximo sería el mejor. Ahora, al ver de nuevo a la pareja, cayó en la cuenta de que a pesar de todos sus esfuerzos, no había logrado desterrarlo de su corazón; la herida aún no cerraba y dolía.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta, un apretado nudo que le impedía respirar normalmente, pero como no

estaba dispuesta a brindar a sus amigas el espectáculo de su despecho o de sus lágrimas, se prendió con avidez al refresco que en esos momentos un mesero le ponía delante, tratando de desvanecer en el líquido efervescente, la angustiosa sensación que la oprimía.

Virginia, que adivinaba su sufrimiento, trató de consolarla con una palabra amable, pero no encontró nada adecuado, que pudiera manifestarle sin humillarla ante las demás, y disimuladamente bajó su mano hasta la de ella y se la oprimió con afecto, haciéndole saber, con este sencillo gesto, que no estaba sola en su amargura, que ella la comprendía.

Ivonne le sonrió agradecida, con una sonrisa triste pero en la que se leía cierto valor, como tratando de decirle que no se preocupara, que el impacto ya había pasado y que ya estaba perfectamente controlada.

—¡Miren qué mango! –exclamó Estrella, rompiendo la tirantez del silencio-. ¿De dónde habrá salido? –se refería a un hombre moreno y bien parecido que entraba con un grupo al restaurante.

Todas voltearon instintivamente buscando al guapo, pero Virginia se quedó tensa, pues con el montón venía también su feo, como ella lo llamaba.

—De veras, está que se cae de la mata –aceptó Cynthia-. Debe ser ingeniero, pues los que van con él también lo son.

Estrella empezó a coquetearle, pero éste se hallaba sumamente interesado en la plática de los demás, y no logró que le siguiera el juego.

Virginia, en cambio, toda arrebolada, recibió un saludo que como siempre, fue para ella como una caricia. Desde ese instante no volvió a prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor, pero sus amigas ni en cuenta se lo tomaron pues reconocían que era diferente a ellas. Tenía el don de ensimismarse en el lugar menos a propósito, aislándose por completo de todo y de todos, y si alguien le preguntaba por qué permanecía tan silenciosa, contestaba sencillamente que estaba saboreando la música, que no le pasaba nada o que sólo se había distraído.

Esa noche, en el Mirador estaba tocando un pianista y algunas parejas bailaban. En esos momentos iniciaba éste una

pieza que parecía haber sido escrita para ellos dos, porque hablaba de amores imposibles, de cariños jamás realizados y Virginia se dijo que le hubiese gustado que la invitara a bailar. Deseaba, sentir sus brazos rodeándola, estrechándola en esa caricia permitida que es el baile; leyó en sus miradas el deseo de hacerlo, pero él también comprendía cuan peligroso podía resultarle el sencillo acto de bailar una tanda y se abstuvo. De cualquier manera, para ella, la noche ya había logrado su plenitud. Se estaban viendo, sonriendo y diciéndose mil cosas con el lenguaje recatado de los ojos, y ya con solo esto, el momento le resultaba maravilloso.

Estoy loca -se repitió, como lo hacía siempre que se encontraban-. ¿Qué puedo sacar de este absurdo sino torturas y sufrimientos? Pero a pesar de sus razones se sentía tan dichosa que procuró olvidar todo lo demás para gozar de la ventura que la noche le obsequiaba.

Ivonne dijo que le interesaba ver para la calle y cambió de silla con Estrella; ésta aceptó, porque con el cambio el moreno le quedaba de frente, y luego de un momento, su tenacidad se vio compensada, pues el hombre que ya había captado el coqueteo de la muchacha, empezó a corresponder sus miradas con disimulo.

La joven había cambiado de silla para dejar de ver a la pareja, porque sentía su resistencia a punto de derrumbarse; pero aun ahora que quedaban totalmente a sus espaldas, su presencia era como un fierro al rojo vivo con el que la estuviesen torturando. Ella, la coqueta, la insensible, la que jugaba con uno y con otro, ávida de embriagarse de sensaciones físicas, esa noche cayó en la cuenta de que aun cuando había logrado que sus sentidos gozaran, su corazón seguía fiel a un recuerdo, subsistía en ella un punto vulnerable, un lado frágil donde la coraza se rompía fácilmente y éste se llamaba Lucio.

—¿Qué deseas cenar querida? –preguntaba éste a su esposa, pues cosa extraordinaria, un mesero había acudido de inmediato a la mesa donde ellos se encontraban y lápiz en ristre aguardaba la orden.

—¿Decías? Preguntó Magdalena sin poder ocultar cierto fastidio.

—¿Qué deseas tomar? –volvió a preguntar él, haciendo acopio de paciencia.

Pidieron la cena y cuando el mesero se alejó comentó ella:

—¡Qué horrible sensación! Parece que todos nos estuvieran mirando. ¿Por qué mejor no nos vamos? –pidió alterada.

—Pero si sólo son ideas tuyas, no tienen por qué mirarnos. Además, acabamos de ordenar la cena y nuestra huida sí que llamaría la atención.

Lucio se había hecho el propósito de no alterarse por nada, pero se daba cuenta de que la situación iba a hacérseles cada día más insostenible.

Calló ella, aceptando con su silencio quedarse; pero sintiendo que cualquier mirada casual o curiosa la haría, como si hubiese llevado escrita en la cara la marca infamante de su desgracia. Y ¿cómo evadirlas…? Eran ellos una pareja de recién casados, y en un pueblo pequeño, éste sólo hecho bastaba para atraer la curiosidad de mucha gente.

No se había atrevido a confiarle a nadie su desdicha, ni creía poder hacerlo nunca.

Había aceptado las cosas como se presentaron. Y si había aceptado y perdonado no debía amargarle la vida, ni amargársela más a sí misma, pero no podía evitarlo; sobre todo cuando se encontraban en público, pues le parecía que todos conocían la verdad y se reían de ella o le tenían lástima.

Él, que parecía leer en lo más recóndito de su mente, enrojeció repentinamente y le propuso:

—Vámonos, si quieres.

—Perdóname –suplicó ella, tratando de poner una nota de afecto en su voz-. Vamos a cenar y luego bailamos unas piezas; ese pianista está tocando precioso y tú bailas tan bien.

Lucio sintió el halago como una bofetada.

—Allá están las muchachas –comentó Magdalena por decir algo y desviar sus pensamientos de la obsesión que los torturaba-. Estrella, coqueteando con alguien como siempre; Virginia ensimismada, e Ivonne más guapa que nunca.

—Sí, luce tan hermosa como de costumbre. -Y tan ardiente –se dijo-, tan apasionada, tan llena de vehemencia; con esa avidez de arrancar a la vida todos y cada uno de sus place-

res. Por eso, amándola como la había amado, se alejó de ella inexorablemente.

Bailaron unas piezas. Había momentos en que enardecida por su contacto, se olvidaba de todo y podía sentirse casi feliz. Pero esto sucedía sólo por algunos alucinantes segundos, porque luego la verdad se imponía; en realidad estaba siempre allí, entre ellos, entre el espacio de dos cuerpos abrazados en el baile, como un muro insalvable, como una inevitable barrera.

Magdalena sabía que las muchachas solteras que en esos momentos llenaban las mesas, coqueteaban y le hacían la lucha a los hombres que se encontraban en el restaurante, la envidiaban y codiciaban su dicha. Hubiera querido gritarles su verdad, pero ante la imposibilidad de hacerlo, ahogó un sollozo y trastabilló perdiendo el paso.

—¿Qué te sucede? –preguntó Lucio, diligente.

Ni siquiera le contestó. Hasta eso, le asqueaba su rastrera gentileza. Tal vez hubiera preferido que la maltratara; que en lugar de mostrarse sumiso, fuese con ella grosero y duro. Pero comprendía que a pesar de todo Lucio era incapaz de una bajeza.

—Vámonos –pidió exasperada.

Al verlos ocupar su Mercedes, Ivonne se sintió recorrida por un doloroso estremecimiento. No podía detener la imaginación y los veía, acariciándose, como la acariciara a ella en un tiempo; amándose pero ya sin restricciones y ante estos desbordados pensamientos, tuvo que morderse los labios para no estallar en sollozos allí mismo.

De una de las mesas cercanas a la orquesta alguien levantó su vaso y brindó imperceptiblemente, llevándoselo a los labios como en una caricia, y Virginia sonrió con los ojos, dando las gracias cálidamente. Había sentido el mimo tan real, que se estremeció toda como cuando en la feria él la tomaba del codo o de la mano para ayudarla a subir o bajar de los aparatos mecánicos. De inmediato su implacable yo, ese que juzgaba siempre hasta sus menores acciones la recriminó diciéndole: Estás siguiendo un juego peligroso.

—¿Qué tiene de malo? ¡Si sólo me ha saludado!

—Si, te ha saludado, pero no a la vista de todo el mundo, como se saludan todos, sino veladamente en silencio, lo que supone un secreto compartido entre los dos.

—Pero, ¿qué no puedo tener ni siquiera esto? –se dolió tímidamente algo dentro de ella, rebelándose.

—¿Nos vamos? –propuso Cynthia. Van a dar las once y aquí nada mas estamos desperdiciando el sueño.

—Pero si mañana es domingo –protestó Estrella, que seguía sus coqueteos con el guapo. ¿Qué prisa tienen?

Sus protestas cayeron en el vacío. Alguien había pedido la cuenta y después de pagarla tuvieron que iniciar la retirada.

Virginia se despidió con los ojos de su amado imposible, y éste la obsequió con una sonrisa llena de promesas que la hizo sentirse feliz, maravillosamente feliz.

Ivonne sólo ansiaba llegar a su casa para desahogarse llorando, porque sentía que no podía más con su congoja. El primer encuentro con los recién casados había sido más duro de lo que hubiera podido pensar.

Inconscientemente Virginia también apretó el paso; anhelaba hallarse ya en su lecho para rememorar cada instante de esa noche, y soñar al amparo de las sombras, con las cosas absurdas e imposibles que le llenaban el corazón. Se recriminó tratándose de loca; pero le vino a la mente una cuarteta que había leído no sabía dónde y las palabras del poeta la consolaron:

Mi vida es sólo quimera
es continuo divagar…
Verdad es, pero ¿qué hiciera
si no pudiera soñar?

Soñar, eso era todo lo que ella hacia; era lo único que le estaba permitido y con ello no causaba daño a nadie; tal vez a sí misma, pero se dijo, eso era cosa que sólo a ella le incumbía.

22

Magdalena entró en su recámara y se desvistió, cubriendo su bello cuerpo con un baby doll, un tipo de ropa de dormir que estaba de moda y que consistía en una batita sumamente corta y un calzón ídem. Se metió en la cama, Lucio se colocó a su lado pero cuando empezó a acariciarla se apartó de él diciéndole bruscamente.

—No, hoy no, por favor.

El la dejó de inmediato y se volteó, clavando los ojos tercamente en la difusa luz que se colaba por la persiana.

Dios mío, no debo ser así con él –se reprochó ella enseguida-. Debo mostrarme comprensiva y tratar de no herirlo –martilló, intentando clavarse en el cerebro esa consigna. Pero cuando pensaba que siempre iba a ser igual, que su juventud se pasaría y pasarían también los otros años, los que señalan el otoño o marcan ineludibles el invierno de la vida. Cuando comprendía que su existencia estaba para siempre frustrada, que su tragedia, la tragedia de ambos no tenía remedio, sobre todo cuando recapacitaba en que no habría niños, que su vientre no sabría jamás de la dulce carga de un nuevo ser; entonces era cuando en ella algo se rebelaba y surgían incontenibles las contestaciones ásperas, las maneras bruscas, con las que no hacía más que lastimarlo innecesariamente.

Durante largo rato el silencio, ya que no el sueño, abrió entre ellos como una honda brecha que ninguno de los dos se atrevía a saltar. Los pensamientos, en cambio, se desbordaban en las mentes de ambos, como potros desbocados persiguiéndose a campo traviesa.

Ella lo había rechazado, pero de pronto empezó a sentir una feroz necesidad de sus caricias e inició el reclamo, desli-

zando tímidamente su mano por debajo del pijama a cuadros, por la columna vertebral, en un gesto que era una súplica de perdón por el repudio anterior, y a la vez una urgente, apremiosa llamada.

Un sollozo ahogado fue la respuesta y Magdalena se sentó instintivamente en la cama. Y trató de arrancarle de las manos la almohada con la que se cubría la cara.

—¿Qué te pasa Lucio? ¿Qué tienes? –inquirió, asustada.

Lucharon un instante y al fin él le permitió que le quitara el cojín con el que infantilmente trataba de sofocar su llanto; y los dedos de ella tocaron en la oscuridad la cara del hombre, adivinando sus rasgos duros, crispados, descompuestos, mientras las lágrimas ardientes, que resbalaban por sus mejillas, le quemaron los dedos.

—¡Estás llorando! –exclamó ella asombrada.

Trató entonces él de desviar los ojos de los que lo buscaban, con ansiedad, en la penumbra, y musitó roncamente:

—Sí, es el colmo que llore, ¿verdad? Sé que las lágrimas no remedian nada y tal vez te hagan despreciarme más todavía, digo, si no es que tu desprecio por mi ha llegado a su límite, pero ¿qué quieres que haga? ¿Qué no tiene derecho un hombre a llorar su desgracia? –como ella no supo que contestarle, continúo él, horadando la oscuridad con su voz atribulada-: a los cojos, a los ciegos, a los sordos, se les comprende y se les tiene lástima; en cambio sé que, por un hombre como yo, nadie se mueve a compasión, aunque tenga tanta culpa de ser como soy, como la tiene cualquier otro lisiado; lo mío no es sólo una desdicha, sino un estigma, una afrenta, una espantosa vergüenza.

—¿Por qué había de ser vergüenza, si como dices tú no tienes la culpa? –trató ella de consolarlo, pero como en el fondo sabia que lo que él había dicho era totalmente cierto, sus palabras sonaron falsas.

—Eso es lo que siempre me he preguntado, esa interrogante ha sido siempre la peor de mis torturas, pero ya ves que ni tú, que eres mi esposa, puedes soportarlo. ¿Crees que no sé qué te sientes denigrada cada vez que te toco? ¿Crees que no comprendo que te sientes rebajada ante ti misma cada vez que..., a pesar de lo mucho que te amo.

—Yo también te amo.

—Pero ni tu amor es capaz de borrar la íntima repulsión que sientes cada vez que a me acerco a ti a darte lo único que poseo; lo único que en mi desgracia, puedo ser capaz de ofrecerte: un placer incompleto.

—Si hubieras sido sincero conmigo -le reprochó ella, por decir algo.

—No es que trate de disculparme, sé que no hay razón que aminore mi culpa; sólo puedo decirte que cuando te conocí pensé absurdamente que quizá no todas las mujeres eran iguales, que podría haber alguna que aprendiera a amar con la mente y el corazón olvidándose de los sentidos e irrazonablemente pensé que tú podrías ser esa mujer. ¡Eras tan diferente a todas las demás que había tratado! ¡Tan distinta a Ivonne, por ejemplo!

Era la primera vez que el nombre de Ivonne se cruzaba entre ellos, en esa forma, con un significado especial y ella, que deseaba saber, que hubiese querido penetrar hasta en las capas más profundas de su mente, le preguntó:

—¿Por qué no te casaste con ella?

—Ivonne era una llama. Tiene dentro de sí un fuego insaciable, una sed de sentir que no se apaga nunca. Nos conocimos desde niños y antes de que nos diéramos cuenta ya jugábamos a los novios. Yo la enseñe a besar, aprendió conmigo los trucos del amor que no debe consumarse pero que da y recibe placer. En aquel entonces yo ignoraba que era incapaz de comprometer a nadie, y como la quería y la respetaba, nos cuidábamos sin dejar de darnos gusto. Siendo novio suyo, una noche en una aventura con unos amigos, conocí el alcance de mi tragedia; permíteme que omita los detalles que me hacen sufrir indescriptiblemente cada vez que los recuerdo; bueno, es decir, cuando toman cuerpo, porque comprenderás que es algo que no se olvida, que está siempre ahí. Ya podrás imaginarte que cuando descubrí que era impotente, que el destino, las leyes de la herencia, Dios o lo que haya sido, me habían infligido el peor castigo que se le puede imponer a un hombre, el trauma fue espantoso, mi dolor fue tan grande, tan honda mi desolación, que caí en un marasmo del que

no pensé recobrarme jamás. Intenté suicidarme. Tuve en mis manos una pistola y créeme que no fue por cobardía que no la disparé, sino porque creí que en la vida tenía que haber algo más que el sexo; y que yo tenía que encontrar una razón para seguir viviendo. Poseía dinero y estaba terminando una carrera que comenzaba a darme muchas satisfacciones, así es que, razoné que tal vez todavía quedaba algo para mí. Para entonces, ya podrás imaginarte que había agotado todos los recursos médicos.

Fue entonces cuando me alejé de Ivonne, sin una palabra, sin una explicación. Ella debe haberme juzgado un canalla, pensando que todas mis demostraciones de amor eran falsas, pero preferí lo creyera así, antes que confesarle mi verdad. Pasaron los años y un día llegaste tú, mejor dicho, regresaste pero ya en otro plan. Eras tan modosa, tan púdica, parecías tan alejada a todas las cosas carnales que yo pensé no te importaría demasiado. Nunca me permitías la más leve familiaridad. Te retraías completamente cuando trataba de besarte, asegurando que era pecado y que las impurezas no le agradaban a Dios..., a favor de eso, yo comencé a hacerme ilusiones y creí que...

—¿Y qué querías que hiciera? Sólo éramos novios y tenía que cuidarme.

—Por eso, como para ese entonces te amaba ya desesperadamente, creí que Dios había tenido misericordia de mí poniéndote en mi camino. Y tratando de olvidar mi desdicha, te condené injustamente a un suplicio que no mereces, arrastrándote conmigo en mi infortunio, embarcándote en mi infierno, enlodándote con mi infamia. Lo que he sufrido cuando te he visto dormida entre mis brazos, agotada pero insatisfecha, tan virgen como la primera noche en que viniste a mí, trémula, asustada, temblorosa…

—¡Tenía tanta ilusión! ¡Lo había deseado tanto tiempo! –confesó ella sollozante-. Cuando te negaba mis besos y te rechazaba retrayéndome a tus caricias pasaba la noche soñando con aquella en la que podría ser tuya íntegramente y sin restricciones.

—Y yo, que hubiera podido jurar que ni siquiera pensabas en esas cosas.

—Soy mujer ¿no?, y todas somos iguales, aunque llevemos encima la máscara de todos los prejuicios y la falsa actitud que nos imponen los convencionalismos.

—Pero eras tan medrosa, tan recatada -repitió él como en un reproche.

—Sólo éramos novios, pero ahora soy tu esposa, somos marido y mujer, y sin embargo... -su voz se quebró en un sollozo incontenible.

—Puedes pedir la anulación de nuestro matrimonio. Te la darán inmediatamente si pruebas que no he ejercido sobre ti mis derechos. Te será fácil hacerlo –aseveró él, con profunda amargura-. Cualquier médico dictaminará lo que soy al más leve reconocimiento. Y ya libre es seguro que encontrarás un hombre completo, y hasta podrás volverte a casar entre nubes de gasas blancas y perfumados ramilletes –había en su voz una nota de burla, pero una burla cruel, implacable, con la que se lastimaba a sí mismo, castigándose despiadadamente.

—¿Y tú? –preguntó ella horrorizada-. ¡Te imaginas! ¡Todo el mundo sabría! ¡Oh, no!

—Yo ya no importo, es tu felicidad lo único que me interesa y no es justo. Ahora lo comprendo, que sufras por un castigo que no te mereces.

—Tú tampoco tienes la culpa –afirmó Magdalena, tomándole las manos en la oscuridad-. ¿Pediste acaso nacer así...?

—No la tengo, es cierto, pero así como hay seres afortunados a quienes tíos desconocidos y lejanos les legan una fortuna inesperada, así también algún ancestro me donó este infortunio, que tal vez él, cobró anticipadamente con excesos de placer. Guardó ella silencio sin saber qué decir ni con qué palabras consolarlo y él prosiguió-: Tal vez, un día cualquiera reúna el valor suficiente para pegarme un tiro y tú entonces, viuda, joven, hermosa y rica, encontrarás un amor que te satisfaga y te brinde la felicidad que te mereces.

—¡Oh no! –gimió ella, sinceramente afligida-. ¡No digas eso, por favor! ¡No vuelvas a pensarlo siquiera! Te amo, nos amamos los dos, lo demás no importa, yo haré que no importe, créeme te lo ofrezco, te lo juro, pero por lo que más quieras, prométeme que no volverás a pensar en el suicidio.

Diciendo esto buscó en la penumbra su cuerpo y se le fundió en un abrazo estrecho, apretadísimo.

—Tú eres lo que más quiero –aseguró él, emocionado y cuando empezó a acariciarla ella olvidó todo lo demás.

Las manos del hombre, sabias, expertas, conocían todos los rincones, todos los secretos. Y si no hubiera sido por que ella sabía que había algo más, si no hubiese sido porque todas las mujeres, son extremadamente curiosas y desean saber qué es, cómo es, qué se siente y todos los qués y por qués, que atesoran durante los años de tabú. Magdalena ni siquiera hubiera echado de menos eso que no conocía, ni iba tal vez a conocer jamás.

23

Desde la noche en que Virginia conociera a su feo como llamaban *in mente* al ingeniero, todo había cambiado para ella. La vida, su vida, había vuelto a tener sentido y realidad, y aunque a menudo se reprendía o se trataba de absurda, no lograba impedir que un íntimo contento la anegara, tan sólo con que sus miradas se cruzaran en la calle, en el jardín o en cualquier otra parte.

Sabía que de su amistad, si podía llamarse así a ese intercambio secreto de miradas y saludos desde lejos pero que cada vez se hacían más apasionados, no podían derivar más que nuevas torturas y sufrimientos. Pero sentía que en este caso no iba a serle fácil renunciar; porque el sentimiento que los unía había penetrado en ella mucho más profundo de lo que nunca se hubiese logrado imaginar.

Desde el día que se conocieron y pasearon por la feria, no habían vuelto a cruzar una sola palabra; pero las miradas, cada vez que se encontraban, aunque discretísimas y envueltas en el más perfecto disimulo, eran harto elocuentes, decían demasiado acerca del sentimiento que las inspiraba.

Reconocía que estaba en un juego sumamente peligroso, del que podía salir mal parada y herida en lo más íntimo de su ser, pero aun este razonamiento había cesado de importarle.

¿Qué mal le causamos a nadie? –era su argumento favorito.

Recuerda que es casado y que tú no tienes nada que hacer allí... –se recriminaba luego.

Pero si lo único que hacemos es saludarnos –trataba de defenderse.

Sí, se saludan pero no a la vista de todo el mundo como saludas a las personas conocidas que te encuentras en la calle,

casados o no. Se saludan en silencio, ocultando a los ojos de todos, el intercambio de sonrisas y miradas y compartiendo así un secreto en el que son cómplices los dos.

¿Pero qué no puedo tener ni siquiera esto? –se dolía, en los interminables diálogos con su conciencia.

Allá tú –le contestaba ésta, que no sólo había sido siempre su más implacable juez, sino que trataba de regir desde la más leve de sus acciones hasta sus más recónditos pensamientos.

Virginia aún no se explicaba qué atracción tan poderosa había ejercido el ingeniero sobre ella desde la noche en la que, por hacerle el lado a Ivonne con una de sus múltiples conquistas, la había acompañado al jardín y luego a la feria, donde se había sentido como una niña mimada y protegida por la recia fortaleza del hombre.

No podía olvidar, que primero había reaccionado negativamente ante su fealdad. Poseía él una cara extraña y muy poco favorecida por la naturaleza y a ella siempre la habían atraído las facciones más bien regulares, los hombres que podían considerarse guapos. Él, por el contrario, era de rasgos toscos, duros, una cara cuadrada como forjada a hachazos. Y contrastando con ella, unos ojos claros y tristes, y una sonrisa de niño bueno que la había cautivado de inmediato.

Recordaba cómo había deseado, durante todas esas horas que pasaron juntos y fueron de juego en juego, disfrutando plenamente de todo, como criaturas que se ven liberadas un momento de la tutela de sus mayores, recordaba cómo le había implorado al cielo que él no fuera a resultar comprometido, porque ya estaba cansada de recibir golpes, decepciones, desesperanzas. Dios no la había escuchado y esa misma noche supo que no era libre. Sin embargo, el juego de miradas y sonrisas, de silenciosos, brindis de una a otra mesa, cada vez que se encontraban en los cafés o en los bailes, había seguido, logrando interesar peligrosamente su corazón.

Sólo el verlo de lejos transformaba en alba todo un día y en luminosa la noche más oscura; y su sonrisa, siempre llena de ternura, hacía sonar en el alma triste de la muchacha, campanas que anunciaban la gloria.

Esa mañana, cuando se dirigía a su trabajo, con las prisas de siempre porque, como de costumbre, en esto y aquello se

le había hecho tarde, lo vio venir por la acera de enfrente y el corazón, como un pájaro loco, le empezó a latir desordenadamente aguardando su mirada y su sonrisa que ella había aprendido a amar tanto. De pronto, cuando se dio cuenta de que él cruzaba la calle y venía hacia ella con las manos tendidas en un amistoso saludo, creyó que la emoción iba a matarla.

—¿Cómo ha estado? –preguntó el hombre, con voz plena de reminiscencias.

Ella le contestó con un:

—Bien –casi inaudible, porque la excitación casi le cerraba la garganta.

—Me gustaría platicar con usted nuevamente; invitarle un refresco, alguna tarde, ¿qué no sería posible?

Negó ella dolorosamente con la cabeza, pero al leer en sus ojos una desilusión tan sincera, sin medir el alcance de lo que decía le propuso:

—¿Por qué no me llama a la oficina por teléfono? Yo también tendría mucho gusto en platicar con usted.

—¿De veras puedo hacerlo? –pregunto él, alegrando la cara con su sonrisa de niño bueno que ha visto colmado su deseo.

Virginia hubiese querido retroceder, pero no estaba acostumbrada a mentir y, como lo deseaba tanto como él, asintió en silencio.

—Su jefe es mi amigo, podría visitarla alguna vez en su trabajo, naturalmente si usted me lo permite.

Y ella, con los ojos, con la sonrisa, con todo su ser le dio el asentimiento haciéndole saber que le causaría con ello una gran alegría, porque lo había estado deseando desde hacía mucho tiempo.

—Ya es tarde y tengo que irme –musitó, rescatando la mano que el hombre retenía aún entre las suyas.

—Entonces, ¿puedo llamarla hoy en la tarde? –inquirió ilusionado.

—Sí –aceptó la muchacha y salió casi huyendo, sintiendo en sus espaldas, como un cosquilleo, la mirada de él que la persiguió, envolviéndola, hasta el instante en que dobló la esquina.

Iba tan distraída y turbada por el inusitado encuentro que casi atropelló a la señorita Wilkinson quien, en esos momentos, se dirigía a su escuela, también en forma apresurada. Siempre que se encontraban era de rigor la parada y la charla, pues había sido su maestra y existía, entre ellas, verdadero afecto; pero también parecía llevar mucha prisa, porque tampoco se detuvo, sólo la saludó, siguiendo su camino.

Virginia se atemorizó pensando si los habría visto, pero luego razonó que no era posible, puesto que la maestra venía precisamente por la calle transversal a la acera donde habíase producido el encuentro.

Cuando llegó a la oficina se sentía alegre, ligera, etérea, como si un goce desconocido hubiese llenado de luces azules las ventanas de su alma.

Estoy loca –se dijo una vez más-, esto va contra todos mis principios y, además, no voy a sacar nada en limpio –pero contra su costumbre se dejó ganar por la locura y pasó la mañana como en las nubes, casi sin darse cuenta de lo que hacía.

Aunque sabía que ni siquiera iban a verse, esa tarde se acicaló con más cuidado que de costumbre.

No cabe duda que estoy chiflada, loca de remate –se repetía a cada instante, pero por primera vez en su vida parecía haber perdido su habitual sentido común, su cordura característica y todas sus aseveraciones caían en el vacío, sin poder evitar sentirse alborozada y llena de vida.

Sabía de él muy poco: que se llamaba Fernando Corveira, que era ingeniero y que trabajaba como gerente de la Freybanks, una compañía extranjera de construcciones. Sabía también, para su desdicha, que era casado, que no tenía hijos (esto la consolaba un poco, como si por ese hecho su delito fuese menor), que gozaba fama de ser un hombre sumamente serio, pues llevaba en Bellaisla cerca de un año y jamás lo habían visto enamorando, ni siquiera acompañando a ninguna muchacha. Casi no asistía a las fiestas y, cuando iba, se limitaba a mirar, sin intentar bailar con ninguna; a pesar de que las bellaisleñas eran guapas y atrayentes en grado sumo y de que, hasta los más fieles y retraídos, acababan al cabo de un tiempo por caer en la tentación. Era un buen nadador, había oído

decir, y poseía los ojos más azules, leales y bondadosos que Virginia había conocido.

Pasó la tarde dentro del privado donde se encontraba casi siempre a solas, tensos los nervios, pues ni siquiera sabía bien qué era lo que esperaba, brincando del asiento cada vez que el timbre del teléfono sonaba; pero llena de un íntimo gozo que desde el instante del encuentro se había aposentado dentro de su ser, a pesar de todos sus razonamientos en contra.

Ya era casi la hora de la salida cuando el timbre del teléfono la hizo saltar.

—Brushkin y Cía, a sus órdenes -contestó casi temblando.

—¿Virginia? –la voz de Ivonne sonó, al otro lado del hilo telefónico, alegre como siempre.

—Sí, soy yo –contestó, sin poder evitar una nota de decepción.

—Oye, ¿qué te pasa? Te oigo distinta, casi no pude reconocerte.

—¿Distinta? ¿Por qué...? –trató de rebatirle, aunque sabía que su amiga tenía razón.

—Bueno, no sé, simplemente te oí la voz diferente, como si no fueras tú, pero dejemos eso y al grano. ¿Vamos al cine en la noche? Pasan una película fantástica.

—Fíjate que no puedo –mintió, sintiéndose enrojecer, a pesar de encontrarse completamente sola y de que su amiga no podía verla-. Tengo un trabajo endemoniado y quién sabe hasta qué horas voy a poder salir de aquí.

—Pero ese tu jefe es un negrero –se indignó Ivonne-, por lo que te paga no hay derecho que te exija tanto, díselo así de mi parte –rió la muchacha.

—No te preocupes, le pasaré tu queja –aceptó, tratando de seguirle la guasa pero rogando a Dios qué colgara, no fuera a llamar él y encontrara la línea ocupada-; pero si me corren, tú tendrás que conseguirme otro empleo.

—Por eso no te preocupes, te lo consigo, sólo tengo que mover mis influencias –bromeó la otra.

—¿Por qué no le hablas a Estrella o a Zoila?

—A Zoila no le gusta el cine, ya ves que siempre pone pretextos para no ir, tendré que conquistarme a Estrella o a Cynthia, ya que tú no puedes.

—Te lo agradezco, pero ya sabes que con el jefe no se juega y me dictó un montón de cartas que tengo que tenerle listas para firmar, antes que se vaya –volvió a mentir, pues su jefe ni siquiera se encontraba en la ciudad y, en realidad, ya ella no tenía nada que hacer en la oficina.

—Entonces, hasta mañana.

—Sí, gracias por tu llamada y que te diviertas.

Oyó como Ivonne soltaba la bocina y colgó ella también, despacio, con cierta laxitud, como si la decepción la hubiese dejado sin fuerzas. Consultó su reloj. Aún era temprano, pero sus compañeros, aprovechando la ausencia de los jefes, habían iniciado la retirada, ávidos de llegar a sus casas para alcanzar todavía el cine o el paseo, o descansar de la diaria jornada, y el edificio, habitualmente colmado de ruidos como un hormiguero, habíase ido quedando en sosiego.

El timbre del teléfono vibró, y fue como un estruendo en el silencio en el que la oficina se hallaba sumida.

—Brushkin y compañía, a sus órdenes.

—¿La señorita de Lacava?

—Sí.

—¿Cómo ha estado? –preguntó una voz varonil, pastosa y agradable que ella reconoció enseguida.

SEGUNDA PARTE

1

Transcurrieron cuatro años durante los cuales la fisonomía de Bellaisla se alteró notablemente. Quienes la habían abandonado, antes de su transformación y retornaban ahora, se llevaban una verdadera sorpresa ante los cambios efectuados en ella.

Un gobernante honrado y progresista había hecho por la ciudad, en esos cuatro años, más que todos los gobiernos anteriores juntos; construyendo toda clase de obras para beneficio colectivo y de embellecimiento. Logrando crear un clima de paz y garantía en los asuntos económicos, que consiguió que la iniciativa privada, antes recelosa, invirtiera en bienes raíces o en venturosos negocios los grandes capitales, que durante años habían tenido durmiendo apaciblemente depositados en los bancos extranjeros o de la capital.

En las calles principales los edificios crecían hacia arriba; las casas particulares se remozaban, y los comerciantes de la localidad se modernizaban, introduciendo en sus negocios sistemas de venta semejantes a los de las ciudades más modernas.

Los hoteles ofrecían a viajeros y turistas todas las comodidades deseables: clima artificial, agua caliente y elevadores; así como bares y servicio de restaurante. Pues se habían construido dentro y fuera de la ciudad, modernos edificios dedicados al servicio de la hotelería, y los antiguos para poder resistir la competencia habían tenido que remozarse, por dentro y por fuera modernizándose hasta donde les había sido posible.

Los restaurantes también se multiplicaban, ya que la carretera a la Capital recién inaugurada atraía una fuerte corriente

turística, y con ello estos negocios constituían una magnífica fuente de ingresos.

Todos los días se abrían al público nuevos lugares de diversión: bares elegantes y cafés a todo lujo, salas de boliche y hasta pistas para carreras de autos. Había ya dos cabarets disque para familias, pero que noche a noche se veían llenos de jovencitas que asistían a esos lugares en busca de emociones, con o sin el consentimiento de sus padres. Los aprovechados eran naturalmente los viajantes de comercio y algunos fuereños ocasionales, quienes amparados por la oscuridad propia de esos lugares, se daban gusto besuqueando a las chamacas, sin por ello adquirir ningún compromiso, ya que la mayor parte de ellos eran aves de paso, casados en otro lugar y que sólo buscaban divertirse un momento.

Sin embargo, dentro del ritmo de progreso que la ciudad había adquirido, plantado en la calle principal de la zona comercial, como un anacronismo, pero sin sentir por ello ni complejos ni preocupaciones; con sus mismas mesas manchadas, sus sillas cojas y su despostillada vajilla; con la clientela de siempre que, fiel y rutinaria no le había dado la espalda, a pesar de la desigual competencia que le hacían los lujosos cafés que abrían sus puertas hasta en su misma cuadra, el Caribe seguía allí, como una mala costumbre de la que es difícil desprenderse.

A veces, los parroquianos guaseaban con el dueño diciéndole:

—Chon, ya sería bueno que le des una arregladita a esto, tu café desentona, por feo y por viejo.

O bien:

—Si no lo equipas pronto con un nuevo mobiliario nos veremos en la penosa necesidad de abandonarte.

Pero Chon, que se sentía seguro de su clientela, ponía oídos de mercader a éstas y a cuantas observaciones le hicieran al respecto.

—Por el mismo precio tenemos en el Regis aire acondicionado, sillas acolchonadas y tazas de porcelana japonesa, no estos cacharros inmundos donde tú nos sirves el café –aseguraba un vendedor de seguros que era sumamente bromista.

—¿Y por qué carajos no se largan al Regis..., acaso les traigo aquí a la fuerza? –contestaba el dueño imperturbable y el guasón tenía que quedarse callado, porque en realidad nadie los obligaba a seguir frecuentando el sitio.

A veces, Chon estaba de buen humor y se dignaba explicarles:

—Si se los modernizo, no va a ser lo mismo para ustedes. Si gasto mis centavos en arreglar esto, Medina no podrá subir sus patas a las mesas ni el doctor Castañeda sentarse en la acera, con la silla echada para atrás, como lo hace ahora, porque fregaría las paredes y yo no iba a permitírselo; ni Mendoza tendría la libertad de apuntar sus números telefónicos en la cubierta del mostrador, tal y como acostumbra. ¿No es cierto? Mi café es para la mayoría de ustedes, como los zapatos viejos que nos esperan en casa. A todos nos gusta estrenar, de cuando en cuando, pero el verdadero deleite lo encontramos cuando al quitarnos el calzado nuevo nos metemos las chanclas viejas que nos brinda toda su comodidad. ¿No es así? Además, ¿en qué otro lugar les van a servir un café como éste? Néctar puro preparado especialmente para paladares de gusto delicado como los de ustedes.

Nadie se atrevía a desmentirlo, y sus asiduos acababan por creerle, encargándose ellos mismos de hacerle propaganda.

Chon en cambio, sabía que su café no era ni mejor ni peor que el que servían sus competidores, pero como era inteligente, había logrado imprimirle a su rincón un ambiente especial, único, diferente al de los nuevos cafés instalados en forma moderna, a lo largo de toda la calle donde se encontraba ubicado el Caribe.

Sentados en la acera, como todas las tardes, Medina y el doctor Castañeda habían estado discutiendo acerca de Chon y de su café, desde hacía rato.

—Seguimos viniendo aquí porque "el hombre es un animal de costumbres" –opinó Medina, citando una frase que había leído.

—Es cierto, aquí nos sentimos como en nuestra casa y esa comodidad, esa confianza, no la tendríamos en esos cafés instalados a todo lujo. Sin embargo, Chon debería darle una re-

mozadita a esto aunque sólo fuera para ponerse a tono con el enorme cambio que la ciudad ha sufrido en estos cuatro últimos años.

—Nos hemos transformado de un día para otro; después de un estancamiento de muchas décadas, nos estamos desprovincializando a largos pasos. Dentro de muy poco esto dejará de ser un pueblo para convertirse en una grande y hermosa ciudad.

—Es innegable que hemos alcanzado un gran progreso material; pero para nuestra desdicha, en lo espiritual seguimos siendo provincianos, seguimos reducidos por los mismos prejuicios, restringidos al criterio limitado que señoreaba la libertad de nuestros padres y nuestros abuelos.

—Ya no es igual, la prueba está en que las nuevas generaciones desprecian todo lo que trate de coartarlas y se comportan como les da la gana.

—No lo creas, no es más que una ilusión. Tratan de tirar por la borda los prejuicios despreciándolos o haciendo creer que los desprecian, pero en el fondo sienten el mismo temor a la crítica y a las prevenciones de la sociedad, que han sentido siempre. Ahí tienes –continuo el médico, señalando discretamente a un grupo de muchachas, que en ese momento pasaban por la acera de enfrente-: el problema de las jóvenes casaderas que no tienen con quién hacerlo permanece latente; podría asegurarte que se ha intensificado pues ahora la lucha por conseguir un hombre para atraerlo al matrimonio comienza casi cuando acaban de destetarlas, y lógicamente empujan más pronto a las mayores hacia una irremediable soltería.

—Tu eterna preocupación. Al oírte hablar siempre sobre ese tema cualquiera diría que tienes, por lo menos, diez hijas solteras a las que no encuentras acomodo.

—A Dios gracias no las tengo, pues no soportaría verlas vegetar en este agujero sin esperanzas; pero aunque no sean propiamente hijas mías, me duele ver a mis paisanas tan hermosas, tan alegres y tan dignas de mejor suerte, destinadas a envejecer sin el aliciente de un compañero.

Pasaba en esos instantes frente al café Ligia Góngora, y un forastero, que se hallaba sentado en una de las mesas de cerca de la puerta, preguntó:

—¿Quién es esa muchacha? –le dijeron el nombre y comento-: Es guapa, tiene clase.

—Es una chica muy orgullosa –aseguró uno a quién le decían el Chichimeco.

—Bah, todas son iguales, se dan mucho paquete y a la hora de la hora se le rinden a uno como corderitos -fanfarroneó el extraño-. ¡Si yo no las conociera...!

—Esta muchacha es diferente, se lo aseguro –terqueó de nuevo el Chichimeco que odiaba a los fuereños porque uno de ellos le había birlado la novia.

—Está usted soñando. Yo les aseguro que todo consiste en saberlas tratar y si no, a las pruebas me remito.

—Pues con ésta, pierde usted su tiempo.

—Le apuesto a que antes de una semana la ando acompañando.

—Va una botella de whisky, del mejor que tenga Lorenzo, es de las Margaritas –contestó el Chichimeco.

—Yo no apuesto babosadas. Una botella de whisky se la invito a usted a la hora que quiera y no del mejor que pueda encontrarse en un mugre lugar como éste, sino de las que tengo en la bodega de mi casa en la capital, y que recibo directamente de Escocia. Vamos apostando diez mil del águila y que los señores nos sirvan de testigos –pidió, dirigiéndose a dos o tres de los hombres que estaban sentados en la misma mesa.

El Chichimeco se quedó más verde que un limón tierno, mientras los demás lo azuzaban para que aceptara.

—¡Ay mojo maistro! exclamó-. Diez mil pesos es mucho dinero, y las muchachas por no quedarse sentadas en los bailes, aceptan a cualquiera.

—¿Y qué espera, que por esa suma me case con ella? -se mofó el otro.

Todos soltaron la carcajada y el Chichimeco se puso furioso, pues la Góngora le gustaba, le había gustado siempre, pero ella, a pesar de que él era un rico hacendado, nunca le había hecho caso.

—Bueno –propuso-, no que se case con ella, sino que lleve las cosas a tal extremo, que la deje plantada en la iglesia... ¿Juega?

Cuando dijo juega, nunca pensó que el otro le tomaría la palabra. Lo había hecho sólo por fanfarronear, pues ni siquiera sabía con quien estaba hablando, pero debió tratarse de un hombre adinerado porque aceptó la apuesta de inmediato.

—Supongo, señores, que las personas que nos encontramos aquí en estos instantes somos todos hombres de honor y que no saldrá de sus labios una sola palabra de lo que acabamos de tratar –pidió el desconocido, haciendo que todos juraran la mayor discreción y el más absoluto silencio sobre la apuesta que acababa de cruzarse entre él y el Chichimeco.

Todos pensaron que la cosa quedaría allí que la apuesta no había sido más que una fanfarronada, tanto de parte del forastero como del paisano que no tendría la mayor trascendencia, y se aprestaron a jurar por su honor guardar sobre el asunto un secreto total.

Nadie se atrevió a reanudar el tema y las fichas de dominó acapararon la atención de los presentes, formando sobre la mesa, como un camino negro que se bifurcara caprichosamente, determinado por la suerte de los jugadores.

2

Para las amigas la vida seguía su curso intrascendente, sólo que cada una de ellas sentía encima el peso de cuatro años más; lo que si bien, para las jóvenes, casi no contaba, para las mayores constituía una seria preocupación, porque sabían que les restaba cuatro años en oportunidades para alcanzar la deseada meta: el matrimonio. Cuatro años que se señalaban implacables en canas y arrugas, que había de disimular lo más hábilmente posible y a cualquier costo. Durante éstos, habían visto casarse a otras más jóvenes y tener hijos y convertirse en respetables matronas; mientras ellas se preguntaban angustiadas si era que no tenían derecho a la felicidad, si ésta no iba a llegarles nunca o si estaban destinadas a pasar como una nota vaga, en el concierto vibrante y armonioso de la vida.

Seguían esperando, pero veían amargados sus mejores años con el fantasma de la soltería, ya que el problema de siempre seguía existiendo y era el de la terrible escasez del elemento masculino.

Zoila había despreciado, por una u otra razón, las oportunidades que le habían salido al paso en forma de pretendientes. Unos porque le parecían demasiado viejos para ella, en contraste con los que encontraba demasiado jóvenes. Los más, porque los juzgaba de medio pelo, esto es, porque provenían de gente humilde que había logrado subir en sociedad, pero cuyo origen jamás era olvidado ni perdonado nunca por completo, y los que habían llegado a atraerla, o no se fijaban en ella o le habían resultado comprometidos; así es que seguía viviendo siempre envuelta en un contrasentido.

Sus amigas le aconsejaban que no desperdiciara ninguna oportunidad, que por algo la pintan calva, ni el tiempo, que se va sin remedio, dejando en los dedos tan sólo el polen dorado del recuerdo. Ella ni eso tendría, pues aunque no le faltaban bailadores y ocasionalmente salía con alguno, nunca se había permitido con ellos la mejor libertad, ni siquiera la de un beso, estando presente siempre el temor de pecar. Parecía creer que la juventud iba a serle eterna y se pasaba la vida esperando, aunque ni ella sabía qué era lo que esperaba.

Ivonne en cambio, no desaprovechaba ninguna oportunidad para vivir intensamente, como ella misma decía; salía con todo el que la invitaba a hacerlo, y como no era demasiado exigente, no le faltaban, pero tampoco había encontrado nada que pudiese convertirse en una promesa. Ahora, procuraba que los hombres que la invitaran a pasear tuviesen vehículo; pues la recién construida carretera, y los nuevos bulevares aún deshabitados, se convertían en lugares propicios para poder darse gusto sin temor a indiscreciones.

Claro que las habladurías no lograban evitarse, pues cuando veían a una muchacha embarcarse en el vehículo de un hombre, sola con éste, las gentes sacaban sus conclusiones. Pero a Ivonne las críticas parecían tenerla muy sin cuidado; es más, producía la impresión de que le gustaba provocar escándalo y dar qué decir; sobre todo a las personas a quienes ella juzgaba hipócritas. Pero en el fondo, aunque trataba de consolarse diciendo que estaba volviendo, que cada nueva aventura significaba algo, acababa de reconocer que ya estaba fastidiada de andar cada semana con uno diferente, y sin llegar a nada verdadero. A todos parecía llevarlos la misma intención: divertirse un rato; una noche, cuando más una semana y luego, si te he visto, no me acuerdo. Y ella deseaba ya algo más, uno con el propósito de casarse, porque si había algo que le produjera terror era el pensar que podía quedarse soltera. Era curioso, ella que se preciaba de despreciar la opinión ajena, sentía pavor de llegar a oírse llamar solterona y de que los demás le tuviesen lástima o se burlaran de ella por no haberse casado.

—Tengo que amarrarme a como dé lugar –le confiaba a Virginia, cuando hablaban de esas cosas-, no importa que me

divorcie seis meses más tarde, pero tengo que casarme. Te juro que voy a tratar de pescar al próximo, sea quien sea.

Pero aun no había visto logrados sus propósitos.La buscaban, bailaban con ella, la invitaban a salir y la besaban; pero, o le resultaban casados o no volvía a saber nunca de ellos.

—A mí en cambio, no me importaría quedarme soltera, pero antes de ello quisiera arrancarle a la vida su esencia. ¿Sabes qué es lo que más desearía? –le confesaba Virginia, en ciertos momentos de angustiosa sinceridad-. Tener un hijo. Eso completa, creo yo, cualquier existencia y le da razón de ser.

—¿Y por qué no lo tienes? –inquirió Ivonne, despreocupadamente, como si le estuviese preguntando por qué no iban al cine.

—Porque no me atrevo, soy muy cobarde, los seres no tenemos nada de humanos y sabemos ser terriblemente crueles con quienes se atreven a desafiar las leyes que la sociedad ha establecido.

—Pues si yo quisiera un hijo, ya hubiese buscado con quién tenerlo, pero la verdad es que me interesa más el matrimonio. Conseguirme un hombre que cargue conmigo para el resto de mis días, o en el peor de los casos, que me deje divorciada, pero ya no señorita, pues entonces contaría con todas las libertades posibles ¿No te parece?

—Es que debe ser maravilloso ser madre... -suspiró la muchacha pensando en su feo y en la amistad secreta y sin esperanzas que los unía, y que hasta la fecha, nadie había ni siquiera imaginado.

—Pues si quieres un hijo vas a tener que resolverte a tenerlo antes de que te llegue la menopausia, porque después ya no podrás concebirlo.

—No creo que nunca llegue a decidirme. Ya te dije que soy terriblemente cobarde y no me siento capaz de afrontar la situación que me acarrearía el tener un hijo detrás de la puerta. Además, está mi madre; la pobre lleva una cruz ya bastante pesada con lo de su enfermedad y no me atrevo a causarle el sufrimiento que le produciría mi vergüenza, no sería justo, ¿no te parece?

Y en esa forma terminaban, casi siempre, sus charlas sobre el tema que a ellas, como a otras muchachas, obsesionaba.

Estrella, como Ivonne, deambulaba de baile en baile y de fiesta en fiesta, con el deseo de conocer hombres; unas veces aburriéndose, divirtiéndose las menos a pesar de que, como era bastante coqueta, no le faltaban bailadores. Pero todos eran como ella decía: pan para hoy y hambre para mañana, aves de paso que visitaban la ciudad por negocios o por diversión, y que al poco tiempo, desaparecían del mapa casi siempre sin saber por dónde.

Cierto que algunos retornaban, pero sólo para hacer más grave la afrenta, porque después de haberles bajado el cielo y las estrellas a las muchachas con quienes habían andado durante su permanencia en Bellaisla, se presentaban el día menos pensado del brazo de su esposa; o en el viaje siguiente empezaban a andar con otra. Ellas ya estaban acostumbradas a estas humillaciones y trataban de tomarlas con la mejor cara posible pero no podía dejar de dolerles.

Cynthia después del desengaño sufrido, había quedado tan escamada que a todo le tenía miedo. Era entre ellas, la que por su edad podría haber tenido las mejores oportunidades; pero aunque se hacia el ánimo de aceptar a los jóvenes, que la rondaban, su perenne desconfianza los alejaba tan pronto como los había atraído. No lograba olvidar a Sergio y esto la perjudicaba en su trato con los demás. Afirmaba que no tenía prisa, que su príncipe azul aún no se le había presentado; pero la verdad era que el miedo de caer nuevamente en las redes traicioneras del amor para sufrir en ellas un nuevo desengaño la cohibía, haciéndola rechazar inconscientemente cualquier cosa que pudiese llegar a interesar su corazón.

Del grupo de los jóvenes Polly hacía un año que había dejado sus estudios, pasando a ingresar a las apretadas filas de las muchachas que trabajaban. Su labor en el bufete de un abogado era sencilla porque estaba limitada a atender recados y llamadas telefónicas, a copiar documentos y a escribir, algunas veces, cartas que el jefe le dictaba y que ella tomaba en taquigrafía con bastante soltura.

Su vida sentimental era casi incolora: la enamoraba un pasante de derecho que trabajaba en su misma oficina, pero que

no la atraía en lo más mínimo. Tal vez porque sabía que si llegaban a casarse la aguardaba la misma vida de temores e inseguridades económicas que había llevado siempre, y alimentaba la ilusión de que con el tiempo y un poquito de suerte podría presentársele algo mejor. Además estaba el jefe; un hombre de una personalidad arrolladora y por quien Polly se sentía terriblemente atraída, aunque sin dejar de comprender, que por ese lado no había nada que esperar, puesto que el abogado no era libre.

Seguía su amistad con patricia, sólo que ésta, quien había llevado adelante sus relaciones con Arnaldo formalizándolas, salía ahora muy poco. El joven se encontraba estudiando en la capital y ella fiel y enamorada, le guardaba religiosamente las espaldas y vivía de los meses de vacaciones en las que él llegaba a Bellaisla, y de las largas y atormentadoras esperas al cartero.

Los años transcurridos la habían convertido en una hermosa mujer, alta, de facciones regulares y atrayentes, por lo que no faltaban moscones zumbando a su alrededor. Pero ella, con la mayor educación posible los alejaba por seguir fiel al estudiante.

De Margarita, aunque seguía residiendo lejos, se sabía que tuvo a su hijo y que trabajaba para sostenerse. Con el nacimiento del niño, a quien puso el nombre de Guillermo, la historia de la joven cobró actualidad por unos días. Habiéndose mencionado, enlazados con la historia, los nombres de algunos Guillermos a quienes se les achacaba la paternidad de la criatura; pero nadie o casi nadie pensó en el desdichado Billie. Como era natural, pronto se olvidaron de ella, pues nuevos chismes, calumnias morbosas o denigrantes ocuparon las lenguas. Pero ahora el nombre de Margarita había vuelto a sonar, pues corrían rumores de que se encontraba próxima a contraer matrimonio.

—Ya ven como estoy en lo cierto –guaseaba Ivonne-. El primero es el difícil, pónganme enfrente uno y de lo demás me encargo yo.

—¡Pobre chiquilla! ¡Cuánto debe de haber sufrido! –se condolía Virginia-. Ojalá y sea cierto que va a casarse.

—Es cierto, pues a mí me lo contó Patricia –afirmó Cynthia-, y ya saben que es su mejor amiga.

Al principio, Margarita se resistía al matrimonio arguyendo que jamás podría olvidar al infortunado muchacho; pero su amiga, siempre sensata, le había escrito diciéndole: "Nadie te pide que lo olvides, fue tu primer amor y éste no creo que pueda borrarse nunca ni de la memoria ni del corazón; pero tienes que comprender que esto de ahora es algo totalmente diferente. Me dices que se trata de un hombre honrado y responsable, que conoce tu falta y te acepta sin reproches, si es así, estoy segura de que en él encontraras el apoyo moral y material que tanto necesitas para criar y educar a tu hijo; y si procuras abrir tu corazón, tal vez un día, no muy lejano, te encuentres con que ya lo amas, sobre todo si él tiene tacto y voluntad para ganarte y ganarse el cariño de tu pequeño."

Y Margarita, ya fuera porque había comprendido y aceptado las razones de Patricia, ya porque se hallaba cansada de luchas y batallar sola, se disponía a rehacer su vida, jugándose el albur de un matrimonio sin amor. Así, el tiempo seguía su curso.

3

En su privado, Virginia terminaba de transcribir a máquina las cartas que su jefe le había dictado antes de salir de viaje. Era un hombre a quien su trabajo lo obligaba a estar fuera casi siempre, por lo que en su ausencia, le tocaba a ella resolver diversos asuntos. Su magnífico criterio, sentido común y discreción hacían de ella una secretaria inestimable.

Esa tarde se sentía melancólica. Eran cerca de las siete y él no la había llamado. Tal vez ya no lo haga –se dijo con su habitual pesimismo-, y lo peor es que ya estoy tan acostumbrada a esa ilusión sin esperanzas, que no logro imaginarme qué será de mi vida el día que tenga que prescindir de ella."

¿En qué iba a terminar esa amistad que llevaba ya más de cuatro años de iniciada? Prefería no detenerse a pensarlo y dejar que el tiempo transcurriera. Jamás le había prometido nada, ni lo había oído hablar mal de su esposa o fingirse ante ella como una víctima, costumbre que tenían todos los hombres en su caso. Le ofrecía lo único que lealmente podía brindarle: una amista sincera y desinteresa; lo malo era que ella había puesto en la balanza mucho más que eso, al permitir que su corazón se interesara y naturalmente ahora sufría las consecuencias.

Quizá por eso, porque se había tropezado con un hombre diferente, se había enamorado de él como una ilusa, aun sabiendo que el suyo era un amor sin salida, un oscuro callejón en el que acabaría irremisiblemente por perderse.

En los bailes, constituía para ella un verdadero tormento bailar con otros delante de él, cuando lo único que hubiese deseado era encontrarse entre sus brazos; pero el secreto de su amistad, tan celosamente guardado, les imponía muchos

sacrificios y éste no era el menor. Él jamás bailaba, asistía casi siempre con la bola de amigos sólo por charlar y tomar la copa, pues las diversiones en Bellaisla no eran muchas.

El timbre del teléfono la arrancó de sus pensamientos y para castigar su impaciencia lo dejó sonar, a pesar de que lo tenía al alcance de la mano. Luego, levantó el auricular con una grande ternura, como si en lugar de tratarse de un objeto inanimado fuese algo sensitivo capaz de percibir su caricia.

—Brushkin y Cía., a sus órdenes...

La frase repetida tantas veces durante el día, no sonó ahora automática sino con una inefable y maravillosa dulzura.

—¿Está el ingeniero? –inquirió, desde el otro lado del hilo telefónico una voz desconocida.

Fue tan cruel su desencanto que de inmediato se reflejó en sus facciones y tuvo que hacer un esfuerzo para que la voz no se le alterase al contestar.

—El ingeniero está de viaje, pero si desea dejarle algún recado estoy a sus órdenes.

—No, no se moleste, muchas gracias –contestó la voz anónima y escuchó el clack del teléfono al ser colgado.

Se puso a pensar en su madre: Si ella supiera. Cada vez que lo hacía le remordía la conciencia por la doble vida que estaba llevando. Si la pobre enferma pudiese adivinar que llegaba tarde a la casa sólo por esperar una absurda llamada telefónica. Pero ¿Cómo decírselo? Ella que poseía una moral tan rígida ¿podría acaso comprenderla? Además ¿Que podía confiarle? Que tenía un amigo casado del que se había enamorado estúpidamente? ¿Que no esperaba ni podía esperar nada de esa amistad, y que sin embargo había terminado por convertirse en la razón de su existencia?

Comprendía que no sólo para su madre hubiese resultado difícil entenderla sino para cualquier persona sensata que escuchase sus endebles argumentos.

Volvió a sonar el teléfono y esta vez se precipitó al aparato y levantó bruscamente la bocina:

—Brushkin y Cia., a sus órdenes.

—Hola –saludó él desde el otro teléfono y ella sintió que un estremecimiento placentero le recorría todo el cuerpo.

—¿Qué hubo? ¿Cómo has estado? –preguntó, con cierta ansiedad.

—Bien, trabajando como siempre. ¿Puedo ir a verte?

—Sí, vente, el ingeniero está de viaje y me encuentro completamente sola.

—Entonces, enseguida estoy contigo.

Tensa por la emoción de la espera ya no pudo hacer nada.

Tenía que terminar unas cartas pero ya no pudo concentrarse y prefirió dejarlas para el día siguiente.

Habían transcurrido solo unos minutos cuando dos golpes secos en la puerta del privado la hicieron estremecerse.

—Adelante –invitó, haciendo un esfuerzo por controlarse, porque se dio cuenta de que estaba temblando.

Siempre le pasaba lo mismo. Cada vez que se veían a pesar del tiempo transcurrido, tenía el encanto de la primera vez.

Entró él con las manos tendidas y apretó las suyas largamente.

—Para la niña mañosa –le ofreció, entregándole una caja de chocolates que ella agradeció emocionada.

Se sentó cerca de ella, todo lo cerca que la prudencia les permitía, y empezaron a charlar de cosas intrascendentes, pues nunca cruzaban palabras que tuviesen un significado especial; pero a pesar de ello, en los momentos que pasaban juntos, la dulzura, la ansiedad, el miedo y otras mil inefables sensaciones descargaban sobre ellos los más encontrados sentimientos, haciéndoselos vivir plenamente.

No podían acariciarse las manos porque como la oficina permanecía abierta cualquiera podría entrar al privado inesperadamente y romper en un momento, el adorable secreto compartido. Se quitó él un zapato y por debajo del escritorio puso su pie sobre el de ella, acariciándoselo suavemente.

¡Qué extraño es el amor...! –pensó Virginia-. Se alimenta de contacto y cada día que pasa exige más y más. Ya no nos contentamos sólo con vernos y platicar, ahora nos pide la caricia y en eso está el peligro."

—Mañana entrego la obra y me gustaría que la vieras antes. Quedó muy funcional, bueno por lo menos a mi me lo parece –terminó, burlándose de su propia alabanza-. ¿Vamos?

—Si quieres... -asintió ella débilmente.

Tenía verdadero interés en conocerla, pues sabía todas las dificultades con las que había tropezado para poderla llevar a cabo, y sin haberla visitado nunca podía explicar minuciosamente detalles que él le platicara, cuando en sus diarias charlas telefónicas se explayaba hablándole de su trabajo y muchas veces hasta requiriendo su opinión.

—Tengo afuera mi carcacha y no tardaremos –la animó.

La joven puso en orden sus cosas, cerró su escritorio y tratando inútilmente de controlar el temblor de sus manos lo siguió a través de la oficina totalmente desierta. Se subió a su lado en el carro, tratando de aparentar la mayor naturalidad. Pero cuando puso en marcha el motor, el viejo miedo, el miedo de siempre se posesionó de ella en forma de un dolor sordo y tenaz en la boca del estomago.

Cada vez que se cruzaban con alguien Virginia agachaba la cabeza tratando de que no fuesen a reconocerla. Por suerte el trayecto era corto y un momento después estaban frente a la construcción.

Entraron. El edificio estaba a oscuras pues todavía no le había conectado la corriente eléctrica, pero la tarde tenía suficiente claridad como para poder apreciarlo en todos sus detalles.

El fue mostrándoselo con sencillez, con esa cachaza tan suya, tan característica de su forma de ser y que despertaba en la joven tanta ternura. Le daba la impresión de que, de pequeño, le había hecho falta cariño, mucho cariño y le dolía que ella, que podía habérselo brindado a raudales, pues poseía intocada toda la fuente de su ternura, tenía vedado hacerlo; no tenía ningún derecho a amarlo y esta certeza la amedrentaba y la cohibía.

—Esto se hizo tal y como te lo expliqué, ¿recuerdas? -preguntó él, mostrándole un detalle que había comentado con ella-. Aquí alargamos la trabe y no hubo necesidad de meter otra columna.

Se le notaba orgulloso de su obra y Virginia compartía su satisfacción como antes había compartido su incertidumbre y problemas. Claro está que ella no tenia conocimientos de

ingeniería; pero había sabido escucharlo y alentarlo cuando lo veía desanimarse a causa de las dificultades con las que irremediablemente había tropezado.

Repentinamente la noche se cerró sobre ellos; pero aun en la oscuridad podían estimarse las magníficas proporciones del edificio, el primero destinado a venderse como condominio en Bellaisla.

Cesó él en sus explicaciones y la guió, a través de las sombras, a uno de los departamentos del segundo piso. La llevaba de la mano, pero al llegar la soltó bruscamente tomándola por los hombros para tratar de besarla.

Había llegado el momento que Virginia tanto deseara. En su imaginación lo había vivido incontables veces, cuando en la soledad de su alcoba atraía con el pensamiento la figura amada y bordaba con ella mil ilusas fantasías.

Cada fibra de su ser temblaba; pero en el instante decisivo, las cosas que escuchara desde que era una adolescente afloraron en su conciencia y él encontró una boca cerrada y cobarde que en lugar de corresponderle le rehuía.

Acuérdate que todos los hombres son iguales, todos buscan lo mismo; arrebatarte el mejor tesoro que posees para luego abandonarte a tu suerte. Ninguna otra cosa les importa, solo desean eso y cuando lo han obtenido se dan la vuelta. Empiezan besándote, pero nunca se conforman sino que te enardecen hasta lograr sus propósitos, por eso, más vale evitar las ocasiones porque si no estás perdida. Y pobre de ti si eso llega a sucederte..., más te valdría no haber nacido. La voz de su madre resonaba en sus oídos, implacable y aleccionadora, como si la tuviese junto a ella.

—Abre la boca, querida -pedía él, en esos instantes; pero una fuerza irresistible le trincó a Virginia los dientes haciéndola negarse a la dulce súplica, a pesar de que lo que más deseaba era que él la besara.

—¿Por qué odia tanto a los hombres si dice que mi padre fue un santo? –habíale preguntado a su madre muchas veces, en aquellas interminables pláticas en las que la buena señora, trataba de prevenirla contra las acechanzas del sexo masculino.

—Lo fue efectivamente –reconocía la buena mujer-, pero los hombres como tu padre no abundan y de todos modos, el mejor de ellos merece colgarlo –terminaba afirmando y era eso todo lo que lograba sacarle.

La muchacha estaba segura de que su mamá exageraba, que tenían que existir muchos hombres buenos y decentes como había sido su progenitor; pero a pesar de sus razonamientos, el miedo se le había infiltrado en tal forma en el subconsciente que, en los momentos importantes como el que ahora estaba viviendo, algo en ella se envaraba y la hacía retroceder.

El hombre hizo un nuevo intento pero el temor volvió a ganarla, y él, al sentir el rechazo, la soltó y exclamó un sordo:

—Vámonos –repentinamente enojado.

Fue hasta entonces cuando Virginia cayó en la cuenta de que con sus estúpidos temores había echado a perder un momento que podría haberles resultado maravilloso. Hubiera querido retroceder y ofrecerle su boca plenamente; pero él ya había traspuesto los umbrales del aposento e iniciaba el descenso y no le quedó más que seguirlo; eso sí, muerta de rabia consigo misma pensando que no iba a poder perdonárselo nunca, pero la cosa ya no tenía remedio.

Salieron del edificio y se subieron al vehículo sin cruzar una sola palabra. Pasaban en esos momentos por la acera dos señoras amigas de su mamá y Virginia tembló pensando que hubiesen podido identificarla. ¡La que se le iba a armar si la veían en el carro de un hombre casado! Pero la noche ya había entrado de lleno y en la oscuridad y dentro del coche era difícil que la reconocieran.

Paradojas del alma femenina: Cuando hubiera querido pedirle perdón por la forma absurda en la que se había comportado, a Virginia se le ocurrió decirle que se sentía culpable de su amistad y que lo mejor era que no volvieran a verse. No había terminado de hablar cuando le entró la congoja pensando que él fuera a tomarle la palabra, asintiendo y afirmándole que tenía razón, que la afición que había nacido entre ellos no tenía sentido; pero venía tan dolido por el rechazo que ni siquiera le contestó.

—¿Dónde te dejó? –inquirió él, después de un momento, saliendo de su mutismo.

Le indicó una calle que no solía encontrarse muy concurrida y hacia allá se dirigieron. En esos momentos pasaba un grupo de personas y esperaron a que la cuadra quedara nuevamente solitaria para que ella descendiera.

Bajó del vehículo y él arrancó su poderosa carcacha, como llamaba en broma, al pequeño auto; pero antes de alejarse le aseguró:

—Te llamo el lunes.

El corazón de Virginia latió locamente al ver que él no se había enojado de verdad. Comprendía que de haberlo hecho lo hubiese tenido bien merecido, pues después de cuatro años de guardar una oportunidad como la de esa tarde, cuando por fin se les presentaba, ella la desperdiciaba estúpidamente con absurdos temores y miedos ridículos; pero ya estaba hecho y la cosa no tenía remedio.

—Hasta el lunes –le contestó obsequiándolo con la mejor de sus sonrisas para tratar de borrar la mala impresión que tenía que haberle dejado y se echó a andar en sentido contrario, prometiéndose que la próxima vez sería diferente, que no volvería a comportarse como una tonta; pero ¿lo haría en realidad? ¿Lograría vencer los prejuicios entre los que se debatía cruelmente como un animalito cogido entre la maraña?

4

Susana y Felipe descendieron del carro, pero como siempre, la posdata les resultó más larga que la carta. Esa noche se habían acariciado como nunca; pero aun así no se sentían satisfechos tal vez porque las caricias son, en el amor, como el vino dulce y fuerte que en lugar de saciar la sed, la fustiga.

La joven hizo amago de abrir la puerta y entrar; pero Felipe, excitado, la atrajo hacia él, la encerró en sus brazos y buscó la boca que se le entregó, como siempre, apasionada.

Es una de las cosas que más amo en ella –se dijo el muchacho-, sabe besar; pone en sus besos tal fuego que uno se siente arder en una maravillosa e increíble hoguera.

Luego ella se recostó en el umbral y él fue deslizando su boca por el cuello de su novia hasta el comienzo de la garganta, allí donde se abre el magnífico camino de los senos. Susana poseía unos senos duros y morenos, tan breves, que no necesitaba brasier para llevarlos siempre erguidos, túrgidos como pequeñas lanzaderas, Felipe los amaba y conocía todos sus secretos.

Cuando el abrió la blusa, ella suplicó:

—Aquí no, amor, pueden vernos... -pero la calle, totalmente desierta, les devolvió la tranquilidad y él pidió-: Sólo un instante, querida, solo un instante por favor... -y cuando Felipe decía aquel por favor, Susana no sabía resistirse, porque lo amaba, lo amaba como no podría amar a nadie más. Era el primer hombre en su vida y esperaba y deseaba, de todo corazón, que fuese el único; porque no concebía que pudiese haber ninguno más.

Como si fuese a ella a quien Felipe estuviera besando, Zoila gimió en su escondite: Muérdeselos, hazle daño y la inten-

sidad de este deseo la hizo estremecerse, vibrar con tal fuerza, que tuvo que cerrar los ojos un instante pues la emoción que la poseía era tan real que sintió como si los dientes del hombre se hubiesen hincado en sus pezones.

Jamás había experimentado una cosa igual y a pesar de sus interrogantes no se lograba explicar qué fuerza maligna la arrastraba a espiarlos, noche a noche. Había veces que se excusaba de salir sólo por no perder el espectáculo que la pareja le brindaba en el momento de la despedida.

Felipe volvió a buscar la boca de Susana; mientras su mano diestra en tales menesteres recorría pausadamente la anatomía de la muchacha. En eso, se acercaban unas personas por la acera de enfrente y ella abrió apresuradamente la puerta de su casa y se metió.

Tengo que hacer penitencia –reconoció Zoila; pero sintió tal urgencia que se dijo que no podía esperar el domingo sino que tenía que ser en ese mismo instante, pues todo el cuerpo le ardía como si estuviese preso de fiebre.

Recordó que se encontraba casi sola en la casa. Su madrina había ido al cine con el esposo; los niños dormían en sus recámaras.

No lo pensó más y se dispuso a castigarse.

Con una llavecita de la que nunca se separaba abrió su cómoda y sacó una caja de donde extrajo los objetos más inverosímiles: alfileres de diferentes tamaños, lápices de afiladas puntas, ligas, horquillas y un largo trozo de alambre de púas.

¿Y si llegara mi madrina? –se preguntó alarmada, pues aunque cada quien tenía su recamara a veces se le ofrecía algo y entraba a hablarle o a contarle cualquier tontería; pero la hora la tranquilizó: eran apenas las 11 y la última función salía hasta después de las 12, con lo que tenía más de una hora.

Tomó un frasco de alcohol y desinfectó concienzudamente los objetos, mientras se despojaba del camisón de dormir quedándose completamente desnuda dentro del cuarto de baño que era el lugar preferido para hacer sus penitencias.

Formando con él una especie de cilicio, como el que había leído que usaban para disciplinarse muchas religiosas, se ciñó en la cintura el alambre y luego se colocó los diversos objetos

punzantes en las regiones más delicadas de su cuerpo, hasta que cada partícula de su carne era lastimada con algo: la punta de un lápiz, la presión de una horquilla, de una liga o de cualquier otro objeto… Se tendió en el piso y con un pequeño fuete, recuerdo de su padre, empezó a flagelarse los muslos contando los golpes. Cuando llegó a los cincuenta, se dio vuelta para descargar otros tantos sobre la otra nalga.

Había aprendido a retardar lo que llamaba el éxtasis de la penitencia y lo hizo así para que éste no le llegara demasiado pronto.

Tomo luego los alfileres que había dejado dentro del frasco con alcohol y los fue enterrando en los muslos enrojecidos, saboreando plenamente el dolor que se causaba.

Cómo me gustaría que otra persona fuese la que me castigara. Al segundo comprendió que deseaba un imposible. ¿Quién iba a entender sus deseos de hacer penitencia? De menos iban a imaginarse que estaba loca y a nadie le gusta que duden de su razón.

Apretó el improvisado cilicio para que las púas le penetraran más y volvió a flagelarse pensando, como otras veces, que era su padre quien la estaba azotando; pero extrañamente el éxtasis no le llego ni con este pensamiento.

Su progenitor no había sido un hombre malo pero como buen ranchero pensaba que nada educa mejor que el látigo; de esa manera había sido educado él y no podía quejarse de los resultados; así que cuando alguno de sus hijos hacía una de las suyas, de antemano sabía que iba a ser severamente castigado.

En cuanto se enteraba de la fechoría cometida llamaba al reo y se encerraba con él en el cuarto de baño. Allí, el delincuente tenía que bajarse los pantalones por sí mismo, si se detenía hacía que el acusado se vistiese y le pidiese perdón. El castigo era Zoila, hincarse ante al padre y esperar los fuetazos, pues el hombre hacía del castigo todo un rito. Afirmaba que para que fuese efectivo debía ser aplicado a cuerpo pelado y en las nalgas donde los golpes dolían lo suficiente y no llevaba el riesgo de afectar ningún órgano vital. Como no era un padre cruel, a los primeros chillidos se detenía, hacia que el

acusado se vistiese y le pidiese perdón jurando no volver a incurrir en su enojo y allí terminaba todo. Pero un día, que se perdía en la niebla de los recuerdos de su infancia, Zoila, que jugaba al escondite con su hermano, se metió en el canasto de la ropa sucia y presencio desde allí una escena que jamás logró borrar de su memoria.

Como su madre había muerto siendo muy pequeños, vivía con ellos en la hacienda, una parienta sin cargo definido, que lo mismo manejaba la casa que les servía de institutriz enseñándolos a leer, a escribir y algo de aritmética, que era toda la instrucción a la que se podía aspirar cuando se habitaba en una finca alejada por completo de los sitios en los que estaban ubicadas las escuelas.

Agustín odiaba a la tía Raquel, como ellos la llamaban, porque cuando el padre retornaba de sus asuntos era la primera en hacerle la lista de las travesuras cometidas por el muchacho; además, cuando no aprendían rápidamente lo que estaba tratando de enseñarles, tenía la costumbre de hincarlos en granos de maíz o de sal gruesa, hasta que las rodillas les sangraban.

El día al que nos referimos, Zoila la vio entrar al baño con unas piezas de ropa bajo el brazo y supuso que iba a bañarse, pues era más o menos la hora en la que acostumbraba hacerlo.

Claro que hubiera podido moverse y hacerle saber su presencia dentro del canasto, pero sentía una gran curiosidad por verla desnuda, porque siempre le habían llamado la atención los senos de la mujer que eran enormes, y quería saber si como aseguraba Eduviges, la cocinera, éstos eran postizos y para bañarse se los quitaba.

Zoila, que a través del enrejado del canasto no perdía uno solo de sus movimientos, la vio cerrar la puerta del baño pero sin echarle el cerrojo, lo que no dejó de extrañarle. Al momento, como en una ráfaga entró don Agustín y se reunió con ella asegurándose, él sí, de que la puerta quedara perfectamente cerrada.

—¿Y los chicos? –recordaba ella haberle oído preguntar.

—Están en el granero –contestó mientras se le prendía al cuello.

—¿Estás segura? –insistió el hombre de nuevo.

—Sí, no hay cuidado. Yo misma los dejé allá –mintió la mujer urgida de deseo y Zoila vio cómo lo iba desvistiendo, sin dejar de acariciarlo; a él, a su padre, al hombre que la niña adoraba y en quien creía como en un dios.

Quiso gritar para hacerles conocer su presencia, pero el temor se le apretó en la garganta impidiéndole emitir el más leve sonido.

Se odiaba por haberse escondido allí y no quería ver lo que estaba sucediendo; pero a la vez una fuerza irresistible le obligaba a mantener los ojos abiertos, desorbitados por el terror y la desesperación. Y en un suplicio espantoso, aquella criatura que no cumplía aún los diez años, tuvo que presenciar cómo la pareja copulaba.

Recordaba sobre todo, los enormes senos de la mujer, estremeciéndose sin cesar y los quejidos que emitía como si el hombre le estuviese haciendo daño.

Cuando sintió que no podía más, que el dolor de ver a su ídolo hecho pedazos iba a matarla, sufrió un ligero desvanecimiento que le hizo perder el equilibrio y el canasto rodó a los pies de los sorprendidos amantes, emergiendo de él la azorada chamaca.

La mujer –jamás pudo volver a llamarla tía- empezó a insultarla con los peores epítetos asegurando que se dedicaba a espiarlos, que quién sabe cuántas veces lo había hecho antes sin que ellos se dieran cuenta. Ella ni siquiera se defendió. Era tanto lo que había perdido en un instante que nada más le importaba ya y el padre, creyendo los embustes de su amante, cogió el fuete, que siempre colgaba de un clavo y le pegó como nunca antes lo había hecho; pero por primera vez Zoila le ordenó a su mente que debería de aguantar los azotes sin derramar ni una sola lágrima. No le fue difícil porque mal podía llorar por un sufrimiento físico cuando no lo había hecho ante el terrible dolor moral que acababa de sufrir y que iba a marcarla para siempre.

—Fisgona, pídenos perdón –exigió el padre, cuando se cansó de castigar -pero la chiquilla parecía haberse quedado muda de repente y no dijo una sola palabra.

Desde ese día jamás volvió a llorar cuando era azotada, lo cual sucedía muy a menudo; pues si antes había sido una niña quieta y silenciosa, después de aquello se dedicó a hacerle imposible la vida a la mujer que, según sus razonamientos infantiles, había pervertido a su papá y se lo había robado en el cariño.

Sentía como si al ser castigada se limpiaba de lo que había visto, y llegó a descubrir que cada cintarazo que se marcaba en sus carnes le producía un extraño placer tan sólo con evocar la escena que había presenciado y de la que jamás habló con nadie, ni siquiera con su hermano Agustín.

Aprendió de tal manera a reprimir los sollozos y las lágrimas que el dolor le causaba, que el padre se enfurecía ante su impasibilidad y los primeros cintarazos suaves y casi cariñosos se convertían en golpes salvajes, que a veces, abrían las carnes de la que él calificaba de chiquilla rebelde y orgullosa.

La mayor parte de las veces don Agustín se cansaba de golpear y otorgaba un perdón que no le había sido solicitado

La tía Raquel tenía mucho tiempo que se había ausentado de la hacienda y Zoila no recordaba haberla vuelto a ver jamás, pero el trauma producido en su mente iba a influir para siempre en su existencia, sobre todo en su concepción sobre el sexo y todo lo que tuviese relación con él.

Seguía respetando a su padre pero la antigua adoración que sentía por él había sufrido un daño irreparable. Habíase convertido en una criatura introvertida y huraña, que ni siquiera se defendía cuando era acusada injustamente; su hermano abusaba de esta nueva faceta de su carácter echándole, a menudo, la culpa de sus maldades, ya que sabía que contaba con la mayor impunidad.

Uno de esos días en los que había aceptado la responsabilidad de una travesura cometida por Agustín, la encerró su padre en el baño como siempre y comenzó a golpear los muslos desnudos sin lograr arrancarle ni siquiera un sollozo. De pronto la miró con extrañeza preguntándole cuantos años tenía.

—Voy a cumplir quince el mes que entra –contestó ella imperturbable.

—Ya eres casi una señorita así que te prometo que no volveré a pegarte jamás –comentó don Agustín.

Zoila le dio las gracias pero en el fondo se sintió desolada. Había sido como un presentimiento –pensó más tarde, porque unas semanas después su padre sufrió la caída de un caballo que le produjo la muerte.

Al fallecimiento de don Agustín su vida cambió totalmente. Su hermano se marchó lejos a forjarse un porvenir porque las faenas del rancho no lo atraían, y ella se vino a la ciudad acogida por su madrina, en cuya casa vivía desde entonces.

Nunca nadie volvió a ponerle las manos encima. Estudió taquimecanografía, se hizo mujer y entró a trabajar para costearse sus necesidades personales. La familia de su madrina era amable con ella, le demostraban afecto y le dejaban en su vida privada cierta libertad.

Masoquista sin sospecharlo, extrañaba los castigos a los que había sido sometida, y cuando leyó en la biografía de una santa –únicos libros que pasaban por sus manos porque su madrina era sumamente estricta en la vigilancia de sus lecturas- las penitencias que ésta se imponía para librarse de las tentaciones de la carne a las que el demonio la sometía o para purgar supuestas culpas, concibió hacer lo mismo; pero sólo podía entregarse a ellas los domingos cuando todos salían o bien, cuando, como ahora, por una casualidad se encontraba sola en la casa.

Se había aplicado otros cincuenta azotes y se sentía terriblemente adolorida, pero extrañamente no lograba el esperado éxtasis.

Tomó entonces una aguja larga y la fue enterrando suave, delicadamente en uno de sus pezones. Jamás se había atrevido a tanto, pero su imaginación enfermiza y exaltada la hacía crear cada vez, nuevas torturas. El dolor se le iba haciendo insoportable sin que el momento crucial se presentara; pero en esos instantes se le vino a la mente el pensamiento de que Felipe, el novio de su amiga, era quien se lo estaba mordiendo; lo evocó encima de ella atormentándola y le sobrevino una sensación tan fuerte que le sacudió todo el cuerpo haciéndola vibrar intensamente.

Durante un tiempo no pudo moverse pues casi se había desmayado. Cuando logró reponerse, se levantó del suelo, quitándose todos los objetos y al mirarse los senos, estremecidos aún, se preguntó extrañada qué la había hecho pensar en el novio de su amiga.

No debo espiarlos cuando hacen esas cosas –se recriminó una vez más-, no debo acecharlos porque puedo llegar a pervertirme. Nunca más lo volveré a hacer –se prometió, sin mucha convicción pues de antemano sabía que todos sus buenos propósitos caerían, como siempre, en el vacío.

Oyó que abrían la puerta de la calle y guardó apresuradamente la caja en el escondite en el que acostumbraba a hacerlo y como estaba sumamente fatigada se puso de nuevo el camisón y se metió en la cama jurándose no volver a atisbar a sus vecinos, tratando de borrar con oraciones, sus malos pensamientos.

No lograba dormirse pues su cabeza era un caos y fue más allá de la madrugada, casi cuando iba a ser la hora de levantarse, cuando le sobrevino el sueño haciéndola caer en un profundo sopor.

5

Esa mañana su madrina, preocupada por su inusitada pereza, entró al cuarto a despertarla pensando que se encontraba indispuesta. Le quedaban sólo diez minutos para desayunar, arreglarse y llegar a su trabajo. Tenía que darse prisa, pues su jefe era un cascarrabias.

—Para eso les pago bien -era su frase favorita-; pero la verdad era, se dijo Zoila, que a como estaba todo de caro, su sueldo apenas si alcanzaba para andar medianamente vestida.

Hay otras que ganan menos y están peor que yo -se amonestó, tratando de consolarse, mientras se tomaba un vaso de leche, de pie, pues el reloj seguía su carrera invencible.

Con premura se retocó los labios y las cejas; y salió corriendo sin hacer caso de los requerimientos de su madrina que la reprendía cariñosamente porque se iba con el estómago vacío, y eso según la buena señora, originaba las úlceras estomacales.

Era tal su prisa, que al salir de la casa, a toda carrera, se le trabó uno de los tacones del zapato en un ladrillo y hubiese dado de bruces en la acera si no es por alguien que pasaba en esos momentos y acertó a sostenerla, tomándola en los brazos mientras la alocada muchacha lograba recobrar el equilibrio.

—¡Oh perdone! –fue lo primero que logró balbucir, sin ver siquiera quién era el que la había librado de una caída segura.

—No se preocupe –rio Felipe, el novio de Susana-. Me alegro de haber pasado por aquí justo a tiempo para cacharla. Pero ¿se siente usted mal?, inquirió, al advertir que la muchacha estaba temblando.

-¡Oh no, sólo fue el susto –se disculpó, sintiendo que la abandonaban las fuerzas al verse en brazos del novio de su amiga.

—Siquiera, yo también me asusté pues creí que se mataba –comentó.

—¿Y por qué corría tanto...? –preguntó él por decir algo, pues como llevaban la misma dirección habían empezado a caminar juntos.

—Se me hizo tarde y mi jefe se pone hecho un energúmeno cuando no estamos a la hora en punto y a mí no me gusta exponerme a que me regañen. Pero ahora que me acuerdo, ni siquiera le he dado las gracias, pues si no hubiera sido por su intervención tan oportuna, hubiera roto la banqueta con la cara -trató de bromear ella.

—Lo que hubiera sido una verdadera lástima -aseguró él, tratando de ser galante.

—¿Por la escarpa? –inquirió con cierta coquetería.

—Bien sabe que no lo dije por eso –le reprochó el joven y después de esa frase se hizo entre ellos un extraño silencio.

Zoila sentía que lo correcto era preguntarle por Susana, pero sin poderse explicar el porqué, evitó nombrarla y fue él quien la trajo a colación.

—¿Por qué no ha querido acompañarnos a Susana y a mí cuando la hemos invitado a salir? –preguntó Felipe, sintiéndose un poco cortado pues no sabía de qué hablarle.

—Porque para pasear en carro dos son compañía, pero tres resultan amontonamiento –aseguró, clavándole audazmente la mirada.

Asombrada de su audacia, no había terminado la frase cuando ya se sentía arrepentida de haberla dicho. Era –pensó- como si otra persona hubiera hablado, porque ella no se creía capaz de expresar una cosa semejante. Sin embargo algo le advirtió que una oportunidad como la de esos momentos no iba a presentársele de nuevo fácilmente y se dijo que no podía darse el lujo de desperdiciarla; ni siquiera sabía adónde quería llegar pero sentía que era importante aprovechar la ocasión.

El muchacho, que siempre había considerado a la amiga de su novia como una joven gazmoña y llena de prejuicios, una estatua incapaz de sentir se quedó todavía más azorado, pero pronto reaccionó diciéndose que con las mujeres jamás sabría

a qué atenerse, y tratando de tantear el terreno que pisaba, se aventuró.

—Entonces ¿cuándo podemos dar una vuelta por ahí usted y yo solos?

Con esa complejidad del corazón femenino que tantos quebraderos de cabeza ha dado a los sicólogos y a todos los que han tratado de desentrañarlo, Zoila, pensando que retrocedía azuzó más al hombre al decirle:

—¿Y si no le parece bien a Susana…?

Afloró de inmediato en Felipe el complejo de macho y le contesto:

—Allá ella si no le parece. Yo no tengo que darle cuenta a nadie de mis actos.

Ella no supo qué responder a esto y él le preguntó, ya picado.

—Entonces ¿cuándo vamos?

—Cualquier día de estos –prometió la muchacha vagamente, asustada de lo lejos que había llegado y queriendo retroceder pensó que una respuesta así a nada la comprometía, pero Felipe insistió-

—¿Y por qué no hoy en la noche? A las siete paso por usted a su trabajo –le aseguró y ella cayó en la cuenta de que no era una pregunta sino una afirmación y como en esos momentos llegaban a la puerta de la botica donde Zoila prestaba sus servicios, sólo alcanzó a decirle:

—A las siete y media, pero no aquí sino detrás del Malecón.

—¿Quién era tu conquis? –quiso saber una de sus compañeras que había alcanzado a ver a Felipe alejarse, sin lograr reconocerlo por la espalda.

—No es mi conquista, es sólo un amigo.

—Bueno, por algo se empieza –aseguró la muchacha e insistió, tratando de saciar su curiosidad-: ¿lo conozco?

—No lo creo –afirmó, alegrándose de que no hubiese podido identificarlo-. Es un señor que vive por mi casa pero no sé cómo se llama. ¿Y el jefe…?

—Tuviste suerte porque no ha llegado. Ya ves cómo se pone cuando no está uno a la hora exacta.

—Para eso les pago -dijo otra de las empleadas, imitando el modo de hablar del dueño de la droguería, y extrañada de que sus compañeras se hubiesen quedado serias ante el remedo, que siempre le celebraban, volteó lentamente y se encontró cara a cara con el boticario que acaba de entrar.

—Así es, para eso les pago –repitió con voz tronante- y especialmente para que cada quien se encuentre en su puesto y no pierdan el tiempo chismorreando, sólo porque uno se halla afuera –rezongó y se metió a su despacho conteniendo la risa pues no era un mal hombre y le había hecho gracia el susto de la pobre muchacha, que se quedó más blanca que el papel.

—¡Qué bárbara eres! –exclamó Zoila, cuando recobró el habla.

—Lo que es de ésta, te quedas sin chamba, -aseveró la otra.

—¡Ni Dios lo quiera! –gimió asustada la que había imitado al dueño-. Los empleos no abundan y aquí, mal que mal, la vamos pasando.

—No lo creo –trató de animarla Zoila-, si hubiera pensado en despedirte lo hubiera hecho de inmediato; en el fondo no es tan fiero el león como lo pintan; pero por las dudas vamos a ponernos a trabajar...

Toda la mañana la pasó Zoila en una horrible desazón. Tan pronto se juraba que no acudiría a la cita como se encontraba eligiendo, *in mente*, la ropa que se pondría y la mentira que tendría que inventar para justificar su salida a esa hora.

Diré que voy al rosario..., ya que es a la única parte a la que puedo asistir sola.

No podía dejar de sentir cierta repugnancia por mezclar a la Iglesia con algo pecaminoso; pero por más vueltas que le daba al asunto se convencía de que no le quedaba otra cosa.

Puedo decir que voy a visitar a una amiga y así dejo en paz el recinto de Dios –se propuso y empezó a interrogarse acerca de cuál de ellas podría servirle para confiársele; pero ¿Quien iba a ser capaz de guardar un secreto tan delicado? Virginia se le vino a la memoria pero ella también era amiga de Susana y no iba a parecerle correcta la mala jugada. A nadie podría parecerle bien lo que iba a hacer, puesto que ella era aún más amiga de Susana.

Pero si no estoy pensando en quitárselo. Es que si no quiero enloquecer, necesito saber lo que siente Susana cuando él la está besando. No me importa en absoluto que él siga con ella, además qué puedo hacer con alguien que gana tan poco.

Siempre que pensaba en el matrimonio lo hacía tratando de fijarse en un hombre que, sin ser rico, poseyera, cuando menos, lo suficiente para brindarle las comodidades a las que estaba acostumbrada, y naturalmente, Felipe, con su empleo en un taller de automóviles no era precisamente el hombre adecuado. Además, su tipo era bastante corriente. Estaba bien para Susana que era de su misma clase, pero Zoila se creía merecedora de algo mejor.

Me pondré blusa y falda para que él pueda –se detuvo aterrada-. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso se había vuelto loca de repente?

6

Ligia Góngora se sentía sumamente inquieta esa mañana en su oficina. Inventó un pretexto para salir a la calle y se dirigió al edificio de correos, pues sabía que él acostumbraba a llegar allí diariamente a buscar su correspondencia al apartado.

Trató de analizar sus sentimientos preguntándose qué le pasaba. Jamás recordaba haberse sentido así con ningún otro hombre. Antes era siempre ella quien manejaba la situación, dominándolos a su antojo. Claro que algunos que llegaron a interesarla si no le duraban no era por su culpa, sino porque se ausentaban pronto o porque se encontraban previamente comprometidos; pero mientras permanecían dentro de su órbita los controlaba a su capricho.

Éste en cambio, juagaba con ella como un gato mañoso con un ratoncito indefenso y la continua incertidumbre en la que la mantenía, acercándosele un día para desaparecer luego dos o tres, o viceversa, la había hecho enamorarse mucho más de lo conveniente y comprendía que estaba pisando un terreno sumamente peligroso.

Llegó al correo, pero el hombre no estaba allí.

Desde la primera vez que se le acercó en el jardín, después de unas cuantas vueltas de coqueteos y miradas significativas se dio cuenta de que no era como los otros hombres que había conocido y a quienes veía rendirse de inmediato a su altivez y a su belleza. Llevaban más de un mes de conocerse y las cosas seguían en el punto de partida, sólo que cada que pasaba Ligia sabía menos a qué atenerse respecto a sus verdaderas intenciones, pues lo mismo se le acercaba en el paseo para invitarla a tomar un refresco o a subir al baile, que se escondía sin dejarse ver para nada, reapareciendo a su lado inespera-

damente varios días después, sin una explicación y sin una disculpa.

Con sus charlas sucedía lo mismo: la floreaba, le decía cosas que la turbaban profundamente y cuando parecía a punto de soltar la frase definitiva, se salía por la tangente y lo llevaba todo a broma con esa risa suya tan peculiar y que tenía el don de ponerla nerviosa.

Cuando analizaba fríamente el comportamiento de su pretendiente –de algún modo tenía que llamarlo- comprendía que no podía tratarse más que de un aventurero del que no podía sacar nada bueno. "Sólo se está divirtiendo a mi costa". Pero cuando reaparecía a su lado con su risa fácil y perturbadora diciéndole que era la mujer más linda que había conocido y que no podía vivir sin ella. Ligia olvidaba todas sus prevenciones y recelos para entregarse plenamente a la dicha de tenerlo a su lado. Y así cada día que pasaba su actitud era más y más desconcertante.

Ahora mismo se había salido de la oficina con la esperanza de encontrarlo por ahí; porque en su desesperación se conformaba con saber que no se había ausentado de Bellaisla.

Lentamente siguió caminando por la calle principal, deteniéndose en los aparadores para mirar de reojo en el interior de los cafés y los bares a los que acostumbraba concurrir; pero fue en vano porque el hombre no estaba por allí.

Trató de consolarse pensando que tal vez había salido de viaje, alguno de esos viajes cortos que él acostumbraba hacer, según le había contado; pero el pensamiento de que se pudiera haber ausentado definitivamente la atenazó provocando de nuevo ansiedad.

Pasaba frente a la iglesia y sintió necesidad de entrar. No se distinguía precisamente por su fervor, pues su catolicismo se limitaba a asistir a misa los domingos; pero en estos momentos comprendió que le era imprescindible un consuelo y pensó que podría encontrarlo en la oración. Siguiendo su impulso entró en el templo, a esa hora completamente vacío, y se hincó frente al Crucificado mezclando sus lágrimas con los balbuceos con los que trataba de orar, pues no tenía la costumbre de hacerlo. ¡Dios mío, no permitas que lo pierda! No

sé en qué formar rogarte para que me concedas su amor, pero no permitas que lo pierda porque sin él voy a ser muy desdichada. Por favor, no dejes que lo pierda. No sé cómo llegar a ti para que me comprendas, para que me concedas su amor; te juro que estoy dispuesta a todo, a todo lo que Tú quieras para alcanzarlo, pero no permitas que pierda su amor... -ofreció solemnemente, sin saber siquiera qué era lo que estaba dispuesta a cumplir.

Cuando salió del templo consultó su reloj y se dio cuenta de que ya no tenía caso regresar a la oficina, y se dirigió a su casa un poco más tranquila.

Al entrar, su hermana le dijo que tenía una carta. La cogió, se la metió en el pecho y se encerró en su recámara para abrirla y leerla sin testigos, pensando que su esperanza no se había visto defraudada.

Era sólo una nota depositada, allí mismo en la ciudad y decía. No faltes el martes al jardín, tengo algo muy importante que decirte. Ni siquiera estaba firmada, pero ¿acaso hacía falta?

Su corazón, como una campana loca, empezó a repicar tocando maitines y aleluyas. Hoy es martes, mi oración ha sido escuchada; tal vez sea esta noche la de las palabras definitivas.

7

Cuando llegaron las amigas al restaurante, esa noche, se hallaba casi vacío, tal vez porque aún era temprano; pero poco a poco, las mesas se fueron ocupando hasta no quedar una disponible.

—¿Y Zoila? –preguntó Estrella, que llegaba en esos momentos a la mesa de sus amigas-. ¿Qué milagro que no está con ustedes?

—Me dijo su madrina que se había ido al rosario –le informo Cynthia.

—¿Al rosario...? Se está volviendo muy iglesiera.

—Siempre lo ha sido, no veo por qué te sorprende.

—Esto está tan aburrido que habrá preferido ir a ponerse bien con Dios y con los santos –se burló Ivonne.

—Deberíamos imitarla que buena falta nos hace –las amonestó Virginia, al parecer hablando en broma pero con cierto fondo de seriedad, por lo menos en lo que a ella se refería, pues no podía evitar un sentimiento de culpa por el romance secreto e indebido que creía estar viviendo.

—Estoy pensando seriamente meterme a monja –guaseó Ivonne-. Total, esto parece cada día más un enorme convento.

—¿Monja tú...? –rió Estrella-. Sólo que sea de la orden de Santa Irene.

—¿Y cuál es ésa? –inquirió Cynthia extrañada.

—La que da casa, marido y nene –completó muy seria la interrogada y todas rieron del chiste.

—Bueno, me imagino que es en la que quisiéramos profesar todas –aseguró la aludida-, pero ya ven qué difícil es, y más en este hoyo que cada vez se pone más horrible. No podemos negar que hay más carreteras, más jardines, más luga-

res adonde ir; pero hombres, los aptos por lo menos, escasean más cada día.

—Pero si a ti nunca te faltan -le recordó Cynthia.

—Sí, aventuras. Pero una se cansa de eso y desea otra cosa. Pero lo que es ahora ni para pasar el rato ha habido; ya van dos semanas que no he tenido ni una sola invitación.

—Eso sí que es increíble –se burló Estrella.

—Matrimonio y mortaja, del cielo baja –asentó Virginia.

—Pero en la tierra se trabaja –completó la aludida-, y a eso precisamente me estaba refiriendo. No pido que me den sino que me pongan donde hay. Pero aquí con la escasez de la materia prima, el mercado está por los suelos.

—No veo de qué te quejas, todavía hace unos días andabas acompañada –le recordó Virginia-. Lo que pasa es que eres muy inconforme.

—Los inconformes son ellos, que son los que se largan -se defendió su amiga.

—Yo creo que si no está en nuestras manos lograrlo, más vale resignarse –aconsejó Virginia.

—Pues yo no pienso resignarme porque no quiero llegar a eso –le rebatió Ivonne, señalando a un trío que en esos instantes hacía su entrada triunfal en el restaurante.

Las Mejorana: Hermelinda, Magdalena y Miraluna –Linda, Lena y Luna para sus amistades- entraron muy seguras de sí mismas y se posesionaron de una mesa, con vista a la calle, que acababa de desocuparse.

La más joven pasaba de largo de los cincuenta; pero desde hacía muchos años se había plantando en treinta, treinta y uno y treinta y dos respectivamente, y ni con grúa poder humano alguno hubiera podido arrancarlas de esa edad, ni siquiera para aceptar un año más. Vestían en forma grotesca pues trataban de ponerse a la moda, cayendo irremisiblemente en el ridículo al intentar lucir lo que usaban las jovencitas y por esta razón el cruel ingenio de los bellaisleños las había bautizado con el mote de Las Parisinas.

Los días de retreta se posesionaban de una de las mejores bancas en el jardín y dese allí veían pasar la existencia, personificada por la sonriente juventud que paseaba, lucía su belleza y buscaba el amor con avidez.

Ahora que las jóvenes acudían a los centros nocturnos y restaurantes, ellas hacían lo propio.

—Si se portan bien les regalo un vestido como ese para el baile del sábado –se burló Estrella, señalando discretamente a Miraluna, que iba enfundada en un traje de satín rosado lleno de estrafalarios arandelones.

—Yo me quedo con el verde bandera. Es de broca y tiene un escote fascinante –dijo Cynthia, refiriéndose al atuendo que portaba Hermelinda-. Además posee la ventaja de que tu bailador puede meter la mano por una de las aberturas y sacarlo por la otra. ¿No les parece chic?

Cuando las risas se calmaron, confesó Ivonne:

—Ya ven, a eso es a lo que le tengo, no miedo, sino pavor. Dentro de muy poco estaremos iguales y entonces serán las jóvenes quienes se burlen de nosotras.

—A mí me dan lástima –aseguró Virginia-, lástima y miedo de que cuando llegue el tiempo, no quiera convencerme de que es hora de hacer mutis y abandonar la escena.

—Bueno –terció Estrella-, se exponen a la burla porque quieren. ¿Quién les ha dicho que a esa edad se puede uno ataviar como quinceañera?

—¿Y crees que se dan cuenta? –se dolió Virginia-. En eso estriba precisamente la tragedia.

—Hay muchas mujeres solteras que no hacen el ridículo –opinó Cynthia.

—Claro que las hay –aceptó Virginia-. Es más, la mujer moderna goza de la ventaja de que si no se casa, tiene muchos campos en que desenvolverse y actuar: puede hacer obra social, desempeñar puestos importantes; militar en la política si así lo desea y si tiene dinero puede dedicarse a recorrer el mundo.

En cambio todavía en la generación anterior la que no lograba el matrimonio se veía precisada, para ganarse la vida, a dejar los pulmones en una máquina de coser o en la cocina. Y en el mejor de los casos estaba obligada a vivir arrimada a algún familiar, hermano, tío o cualquier otro pariente ad hoc, sirviendo de nana a los sobrinos o de criada de categoría sin sueldo, que era lo peor.

—Es verdad, algo hemos ganado –reconoció Estrella.

—¿Y por qué las Mejorana son así...? –dijo Ivonne.

—Yo pienso –trató de explicarles Virginia, a quien le apasionaba la psicología- que en alguna época de su vida fueron felices y en forma inconsciente se resisten a superarla; por eso el tiempo se ha estacionado para ellas.

—Pero ¿cómo pueden no darse cuenta de que los años se pasan inexorablemente?, ¿acaso no se ven en el espejo? –preguntó Estrella.

—Sí, pero como en el subconsciente desean ser engañadas, se mienten a sí mismas, tal vez porque si se enfrentaran a la realidad no podrían soportarla –explicó la joven sosteniendo su teoría.

—Por eso le tengo terror a quedarme soltera –aseguró Ivonne-, yo no podría soportar hacer el ridículo.

—Afortunadamente ellas no se dan cuenta del triste papel que desempeñan ante los ojos de los demás –siguió exponiendo la joven-. Puede hablarse, en este caso, de un ilusionismo psicológico colectivo; para ellas el tiempo es una idea estática, que no transcurre, que se detuvo exactamente en el punto en el que ya no pudieron resistir la carga de un año más. Allí construyeron su mundo, un mundo tan verdadero como que ahorita es de noche; en él se siguen sintiendo jóvenes y esto las ayuda a subsistir, porque nadie puede vivir sin esperanzas.

—Entonces, ¿están trastornadas? –se asombró Cynthia.

—No, en lo absoluto. Son defensas de la mente para poder resistir la realidad.

—Yo no podría engañarme nunca –aseguró Estrella.

—Quién sabe –le rebatió su amiga-, el cerebro tiene un mecanismo tan especial que no logramos imaginarnos y la edad aunada a la soledad debe ser terriblemente difícil de sobrellevar.

—La señorita Wilkinson se quedó soltera y no por eso ha hecho el ridículo jamás –observó Cynthia.

—No todos somos iguales; hay mentes más débiles que otras. La maestra posee un carácter entero y eso la ha librado no sólo del ridículo sino de muchas otras cosas –aseveró Virginia.

—Pues como no sabemos cómo vamos a reaccionar, lo mejor es casarse –bromeó Ivonne-. Por lo pronto ya pueden ir escogiendo -les indicó, señalando a un grupo de hombres que entraban en el restaurante.

—A mí me gusta el güero –indicó Estrella.

—Fue el que bailó con Zoila el domingo pasado –le recordó Cynthia.

—Yo me lo voy a trabajar –anunció la otra-. Para qué no vino la muy tonta.

—Hay que respetar lo de las amigas –guaseó Virginia.

—Si no soy yo será otra, así es que más vale que quede en familia. Además, el que se fue a la villa perdió su silla.

—Me está escamando eso de que prefiera irse al rosario en lugar de venir a ver qué pesca. ¿No se habrá enamorado del curita? –bromeó Ivonne con picardía.

—¡Qué bárbara eres...! ¡Como se te ocurre! –se asustó Cynthia.

—No es la primera vez que sucede, así que no tendría nada de raro. Además, creo que lo dije de guasa.

—Fíjense que hay una señora que lee las cartas fabulosamente –anunció Estrella, tratando de cortar la conversación antes de que fuese a degenerar en un altercado-. Eso sí, cobra carito pero le dice a uno muchas cosas.

—¿De veras? –se interesó Cynthia-. A mí me gustaría ir a verla.

—Yo solo quiero saber si me voy a casar –confesó Ivonne-. Es lo que más me interesa.

—No creo en esas cosas –afirmó Virginia-; pero si quieren, vamos.

—¿Cuándo? –apremio entusiasmada la más joven.

—Cuando quieran me avisan porque hay que pedir la cita con anticipación –les aclaró Estrella.

—Qué guapo está el hombrecito de Ligia –comentó Ivonne al ver entrar a la pareja-. Y dicen que tiene harta lana.

—Lo que tiene es una cara de sinvergüenza que no puede con ella –había acritud en la observación de la joven, y su amiga la miró con extrañeza, pues Virginia no acostumbraba lanzar juicios de esa naturaleza nada más porque sí; al contra-

rio, les llamaba la atención cuando las oía afirmar que zutano o menganita les caía mal sin ninguna razón valedera.

Ligia y su compañero acababan de acomodarse en una mesa cuando el hombre; inclinándose a su oído le murmuró:

—Debo comunicarte algo muy importante. Tengo que irme ya de Bellaisla –le soltó, estudiando cuidadosamente la reacción que le producirían sus palabras.

—¿Y cuándo te vas? –inquirió ella, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Dentro de dos semanas a más tardar. La verdad es que vine por unos días, por conocer la región, y ya ves, me he quedado mucho más tiempo del que tenía pensado.

Ligia no le contestó. Tenía un nudo en la garganta y sabia que si intentaba hablar estallaría en sollozos, y no deseaba brindarle el espectáculo de su desesperación.

—Pero no pienso irme sin ti. Te quiero y si tú lo deseas...

Ante estas palabras la muchacha sintió que el cielo se abría de par en par y que ángeles, serafines y querubines entonaban un himno de alegría.

—Entonces... -se detuvo cortada, sin atreverse a terminar su pensamiento.

—Exactamente –asintió el petrolero-. Te estoy pidiendo que te cases conmigo; pero tiene que ser enseguida porque mi presencia allá es imprescindible.

La joven quiso decirle que estaba dispuesta a todo, a casarse al día siguiente si él así lo disponía; pero sólo murmuró:

—Como tú quieras, lo que tú digas está bien.

—Entonces, ¿podrías arreglar tus asuntos de manera que la ceremonia o lo que sea necesario esté listo para la semana entrante? –demandó, oprimiendo meloso, entre sus manos, las manos frías y finas de la muchacha.

—¿Nos casaremos por la Iglesia? –inquirió sólo por decir algo; porque en esos momentos sentía que ni eso tenía verdadera importancia.

—Claro, claro que nos casaremos por la Iglesia, siempre y cuando todo pueda tramitarse rápidamente.

—Aquí todo es fácil –le aseguró ella, feliz-. Trataremos de lograr la dispensa de las amonestaciones, que es lo que se tarda más y no tendremos ningún problema.

Ligia se dijo que ella sí tendría que afrontar uno y serio: sus padres no estarían de acuerdo con una boda tan precipitada y menos con un hombre al que ni siquiera conocían; pero se prometió que no permitiría la intromisión de nadie en este asunto. Ya estaba grandecita, sabía bien lo que quería y en este caso era su felicidad la que estaba en juego, y para defenderla estaba dispuesta a enfrentarse a quien quisiera arrebatársela.

8

Cuando dieron las siete, Zoila, después de pensarlo mucho y de repetirse una y mil veces que no acudiría a la cita, dijo a su madrina que iba al rosario y salió de la casa con el monedero y una mantilla.

Ya en la calle se dio cuenta de que era demasiado temprano, pues le había dicho a Felipe que a las siete y media. Sin saber que hacer enfiló por calles poco transitadas temerosa de encontrarse con alguna de sus amigas o conocidas, a quienes se les fuera a ocurrir preguntarle hacía donde se dirigía.

La mentira de la iglesia no le servía porque se hallaba caminando precisamente en sentido contrario a donde ésta se encontraba ubicada, y a ella, poco acostumbrada a mentir, no se le ocurría nada.

Tratando de hacer tiempo rodeó la manzana deteniéndose en los pocos aparadores que encontraba a su paso, pues ya el comercio había cerrado y el reloj parecía no tener prisa porque a pesar de todas sus vueltas sólo habían transcurrido diez minutos.

Hubo un instante en el que se sintió acobardada y pensó en regresar a su casa, o dirigirse de veras a la iglesia; tenía tiempo pues el rosario empezaba precisamente a las siete y media. Pero algo más fuerte que su voluntad se le impuso haciéndola caminar al lugar de la cita.

Si no está, doy la vuelta y me regreso –se prometió en el último momento, buscándole pretexto a su cobardía; pero cuando llegó al sitio indicado vio el carro de Felipe y a éste que ya la esperaba aun cuando todavía faltaban unos minutos para la hora convenida.

Al verla abrió él la portezuela del coche y la invitó a subir, lo que hizo ella toda temerosa.

Sentía miedo al verse a solas en un auto con un hombre al que apenas conocía. Miedo de que alguien fuese a reconocerla, aunque la calle a esa hora permanecía completamente solitaria. Miedo, en fin, de lo que iba a suceder cuando el auto arrancara; pero en su miedo se mezclaba la emoción del extraño momento que estaba viviendo y hacía correr su sangre con un ritmo acelerado y violento al que no estaba acostumbrada.

—¿A dónde le gustaría ir? –preguntó el hombre, poniendo el vehículo en marcha.

—No sé, donde usted quiera –le contestó con voz apenas audible.

Enfiló él hacia la carretera, sin que ninguno de los dos volviese a interponer una palabra, pues la verdad era que no sabían que decirse.

Se cruzaron primero con algunos vehículos y Zoila tembló de nuevo, temiendo que alguien pudiese identificarla a pesar de la velocidad que llevaban y de las sombras que cobijaban la noche protegiéndolos completamente. Pero luego, quedó ante ellos únicamente la cinta asfáltica, totalmente solitaria, que el carro conducido por Felipe con su acostumbrada habilidad, se iba tragando como en un acto de magia.

El miedo de Zoila iba aumentando hasta convertirse en terror. Un terror sordo e incontenible en forma de una cosa dura e intolerable que le subía desde la boca del estomago hasta la garganta. Quiso pedirle que regresaran pero no logró emitir una sola palabra. Hizo un nuevo esfuerzo, tratando de recuperar la voz, pero en esos precisos instantes el vehículo se detenía suavemente aprovechando un recodo de la carretera.

Sin mediar entre ellos una sola palabra, el hombre se le acercó y ansioso buscó sus labios; pero ella sintió el mismo asco que la embargaba siempre que alguien había intentado besarla e instintivamente lo rechazó.

—Déjame besarte -pidió Felipe, enardecido.

—No, no me gusta que me besen, por favor, volvamos a casa.

—Ya aprenderás, a ver, abre la boca.

Zoila trató de obedecer pero sintió que los dientes se le trincaban y que la boca húmeda del hombre le producía una repentina basca.

—Por favor, por favor…

Felipe la soltó lleno de extrañeza, la vio salir del carro y vomitar como si hubiese estado borracha.

Bajó detrás de ella y le pasó su pañuelo para que se limpiara, sin saber qué partido tomar ante la reacción de la muchacha.

—Usted se siente mal, mejor regresamos.

—Sí, no sé qué me pasa...

Subieron al vehículo nuevamente: ella, terriblemente turbada, él sin saber qué pensar y en silencio iniciaron el retorno.

Esa noche, en la soledad de su alcoba, Zoila se preguntaba mortificada ¿por qué le había ocurrido eso? ¿Por qué había sentido esa basca irreprimible al solo contacto de sus labios? ¿Qué habría pensado él? Tal vez que no era una mujer normal.

Debajo de las sábanas empezó a temblar, como una azogada. ¿Qué le sucedía...? Quizá ella no era una muchacha como todas, tal vez era distinta de las demás mujeres, pues todas sus amigas aseguraban que no había nada en el mundo superior al de ser besadas; que los besos eran lo más hermoso que una mujer podía recibir y que con ellos se alcanzaba el éxtasis, la gloria, lo más sublime de la vida.

Ella sin embargo, no había podido soportar ni siquiera los de Felipe, que siempre imaginara maravillosos, y que tantas veces mientras los acechaba por la ventana, había deseado sentir en carne propia, viendo cómo gozaba Susana.

Pensó que le hubiera gustado que Felipe la golpeara hasta dejarla sin sentido. Presentía que eso la hubiese hecho vibrar como le sucedía cuando lo veía acariciar a su novia, pero..., ¿por qué se le ocurrían esas cosas? No logró encontrar la respuesta.

¿Y si hablara con un médico? –se preguntó, para contestarse de inmediato que era imposible hacerlo. ¿Y si el doctor le decía que no era una persona normal? Sabía que no iba a poder resistirlo.

Además, si llegaba a saberse, estaba perdida, en Bellaisla nadie guarda un secreto. Al rato empezarán a decir cosas ma-

las de mí, como he oído decir de otras muchas de quienes aseguran no les gustan los hombres sino las mujeres. Allí están las dos chicas de la nevería; todo el mundo habla mal de ellas, cuentan que hacen porquerías, y según afirma la gente, a cada rato tienen riñas y atracones por celos.

Sintió que se le ponía la carne de gallina. Repasó cuidadosamente en su memoria y no recordó haberse sentido atraída, nunca, por ninguna mujer. Esto la tranquilizó un poco.

Lo que pasa es que no estoy acostumbrada a andarme manoseando con los hombres, como hacen casi todas mis amigas, por eso me sucedió esto. Sin embargo, tengo que saber por qué no siento lo que dicen ellas que se debe sentir.

Tomó una decisión. Tenía que volver a salir con Felipe, pues estaba segura de que si éste aprendía a tratarla, haciéndole daño en alguna forma, ella se dejaría besar y hacer todo lo que él quisiera; pero ¿y si no volvía a invitarla...?

9

Dentro de su privado Virginia esperaba, tensa, a que el teléfono sonara. Por suerte no se hizo desear; pasaban unos minutos de las siete –la hora acostumbrada- cuando el timbre vibró: alegre, largo, lleno de buenos augurios.

Él también estaba impaciente, porque sin darle tiempo a nada le preguntó si podía ir a verla.

Asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer si lo estaba deseando con toda el alma?

Se encontraba casi sola en la oficina pues los empleados adelantaban la hora de salida especialmente como ahora que el jefe se encontraba fuera de la ciudad; pero ya se habían acostumbrado a que ella se quedara, porque nunca parecía tener prisa por abandonar el trabajo.

Unos segundos más tarde escuchó en la puerta la inconfundible llamada, pues la oficina donde él laboraba quedaba muy cerca de la de ella.

Jamás les faltaba tema de plática, así es que al momento ambos se encontraron engolosinados con su charla. Le contó él detalles de su trabajo, de las obras que estaban a su cargo, de las dificultades con los trabajadores y empleados que nunca faltaban. Y ella le narró cosas de la oficina, de su vida diaria que transcurría casi sin alteraciones y de sus paseos con las amigas.

—La semana entrante tengo que ir a la capital.

—¿De paseo?

—No, asuntos de trabajo que no puedo aplazar. ¿No te animas a acompañarme? Entonces si que el viaje podría convertirse en un maravilloso paseo. Ándale, decídete, pídele vacaciones al ingeniero y salimos juntos. ¿A poco no te gustaría?

—Me encantaría –confesó, pues a él no podía ni sabía mentirle-, pero tú sabes bien que eso no puede ser -concluyó, sin ocultar su tristeza.

—Claro que lo sé –se dolió él, pensando que la había ofendido-: pero ¿qué no podemos siquiera soñar?

Tenía razón –se amonestó ella-. ¿Qué les quedaba sino soñar con lo absurdo, con lo imposible, con lo que nunca iba a ser?

Sentía como nunca unos enormes deseos de acariciarlo; le hubiera gustado tomar, entre las suyas, sus manos, esas manos grandes, feas, pecosas, curtidas por el trabajo duro pero en las que ella, sin titubeos, hubiese puesto su destino, segura de su lealtad y de su fortaleza. Le hubiese gustado cogerle la cabeza y colocarla en su regazo como la de un niño; pasar una y otra vez sus manos, para tratar de apaciguar los rubios cabellos ariscos, le hubiese gustado, en fin... Trató de meter en cintura sus locos pensamientos porque se dio cuenta de que se le estaban desbocando más de lo conveniente.

Él se había puesto de pie y colocándose detrás de ella le acarició la cabeza, adivinando tal vez la ternura que se desbordaba desde la profunda negrura de sus ojos y los anhelos que se desprendían de las manos que se le tendieron suplicantes, como en una silenciosa ofrenda.

—Niña, niña –musitó suavemente, rozándole el cuello con los labios.

Virginia se estremeció toda a la caricia y quiso ofrecerle su boca, pero como siempre, la timidez y el miedo le ganaron la partida y sólo se atrevió a oprimirle la mano, cálidamente, en un gesto de purísima oblación.

—Durante todos estos años me he preguntado muchas veces ¿qué soy en tu vida?, ¿qué significo realmente para ti? –aventuró ella, rompiendo el encanto del instante que se les estaba poniendo peligroso.

—Eres mi mejor amiga, ya lo sabes –afirmó él.

—¿Solo eso...? –se quejó sin poder ocultar su desencanto.

—Bueno, la mejor amiga que he tenido jamás, ¿no te basta? –preguntó ansioso y como ella se quedara callada continuo-: ¿Preferirías acaso que te mintiera, que tejiese alrededor de lo nuestro una sarta de embustes para envolverte en ellos?

—No, eso no –protestó la muchacha, apurada.

—Efectivamente. No sería digno de ninguno de los dos. Sabes que tengo a mi esposa que la quiero.

Virginia sintió como si le hubiesen enterrado repentinamente en la espalda, la fría hoja de un cuchillo, mientras él continuaba:

—Lo nuestro es diferente; lo que siento por ti es un afecto completamente distinto y créeme que duele no tener nada más que ofrecerte.

—Perdóname –suplicó apenada.

—Nada tengo que perdonarte, te comprendo perfectamente y sé que no tengo derecho a tu amistad; una amistad de la que tanto recibo y a la que yo puedo corresponder con tan poco; pero te me has vuelto indispensable, has llenado en mi vida, un hueco maravilloso y ahora ya no me seria nada fácil renunciar a ti.

Jamás había dicho tanto y la joven se sintió tan conmovida, que aguardó unos minutos para contestarle después de una pausa, cuando juzgó que ya había logrado contener su emoción, le aseguró:

—Es verdad, nunca me has prometido nada; jamás has tratado de engañarme ni de hacerme concebir falsas ilusiones. Y por eso, tal vez es que he llegado a estimarte como te estimo, iba a decir: a amarte, pero como él nunca había formulado una palabra de amor, prefirió cambiar el verbo.

—Eres leal y sincero conmigo, y te lo agradezco –concluyó, añadiendo para sí: Aunque a veces me duela.

—Me gustaría estar contigo en un lugar lejos de Bellaisla, en un sitio cerca del mar o montaña arriba, en un bosque de pinos.

—¿Por qué de pinos...?

-Huelen sabroso, como huelen tus cabellos. Algún día iremos, ya lo verás...

Y ella repitió, como en un eco de imposibles resonancias: -Algún día...

Se oyeron en la puerta del privado unos golpes seguros, precisos, que los hizo separarse rápidamente, turbados aún mientras Virginia, tratando de imprimir a su voz la mayor naturalidad, indicaba:

—Adelante.

Entró Ivonne.

—¿Estás ocupada...? –se disculpó, al ver allí al sujeto al que conocía de vista.

—No, ya terminamos. El señor ya se iba.

Vino él en su ayuda diciendo en forma impersonal:

—Por favor, señorita, le voy a agradecer que le diga a su jefe que necesito esos planos para la semana entrante sin falta.

—Le pasaré su recado y tenga la seguridad de que muy pronto estarán listos.

—Entonces, mañana le traigo los datos que faltan –aseguró él y ella sonrió de una manera imperceptible, captando en el mensaje la promesa de una visita para el día siguiente.

Durante los años que llevaba su amistad se habían acostumbrado a las visitas inesperadas, las interrupciones y al disimulo delante de terceros. Habían aprendido a hablarse en clave con tal soltura, que nadie hubiese podido adivinar en sus frases la naturaleza de sus relaciones ni el amor platónico pero apasionado que los unía.

Ni siquiera se atrevió él a tenderle la mano y salió con un: -Buenas noches, con permiso-, con ese su paso lento y cachazudo tan característico de su persona; pero antes de que la puerta del privado se cerrara detrás de él le dijo adiós con la mirada, haciéndole mil promesas.

—Cómo es feo -comentó Ivonne, apenas hubo salido-. A pesar de ser rubio sus facciones son duras y desagradables.

—¿Te parece...? –se asombró Virginia.

Cierto que ella lo llamaba su feo. Desde la noche en que se conocieron, le habían atraído poderosamente su atención las facciones toscas, como talladas en piedra, en contraste con la ternura de sus ojos y de su sonrisa. Sin embargo, no lo cambiaria ni por el Adonis más perfecto.

—¿A poco a ti no te parece un hombre feo?

—Creerás que no me he fijado –aseguró, reconociendo que estaba convirtiéndose en una perfecta hipócrita.

—Oye, ¿qué no es este señor aquél con quien me hiciste el cuarto con Ricardo...?

—Sí, creo que sí –confesó Virginia turbada, pensando qué negarlo podría resultarle más peligroso y añadió-: Pero ya tiene años de eso.

—Es cierto, ya ha llovido desde entonces y ya ves, nosotras en las mismas... Y ¿viene muy seguido por aquí?

—Sí, tiene negocios con mi jefe y a mí me toca atenderlo –aceptó, sintiendo que enrojecía y rogándole a Dios que Ivonne no fuese a advertirlo; pero por suerte su amiga no pareció notar su turbación. De haber sospechado algo era seguro que, con su acostumbrada franqueza, hubiese preguntado, a Virginia, qué se traía.

Esta había pensado muchas veces en confiarse a su amiga, era su más intima y estaba segura de su discreción; pero el pensamiento de que estaba obrando mal y el temor de que pudiese descubrirse un secreto que no era de su pertenencia exclusiva, sello sus labios una vez más.

—Vine a ver si quieres ir al cine.

—¿Qué pasan?

—No sé, me invitó un muchacho al que conocí esta mañana y me sugirió que convidara a una amiga, así es que por eso vine a decirte.

—Ya me extrañaba que tú necesitaras chaperona.

—¿A poco a ti te hace falta?, di si no es una soberana tontería: si te gusta el hombre con quien estás, la amiga se convierte en un estorbo y además se aburre porque si te dedicas a él, ella hace el papel del chinito, nomas milando, y si te preocupas por atenderla a ella, el otro es el que se fastidia.

—Y entonces ¿para qué requieres mi presencia en esta ocasión?

—Primero, porque él lo propuso y como parece un hombre serio quiero causarle buena impresión, y segundo porque en el cine es distinto. Si tu compañera es discreta, y tú lo eres, se dedica a ver la película mientras uno se da gusto y no se aburren ninguno de los tres. En cambio en otra parte, en un restaurante o para pasear en carro, la cosa cambia porque ya una sabe a lo que va ¿o no es así?

—¡Eres terrible!

—Entonces, ¿cuento contigo?

—¿Y cuándo te he negado algo?

—Es cierto, sabes ser amiga y no muchas tenemos esa cualidad.

—Siquiera que lo reconoces.

Salieron juntas de la oficina y al dar la vuelta a la calle se cruzaron con Ligia Góngora que iba muy acompañada.

—Parece que lo de Ligia va muy en serio –comentó Virginia.

—¿Qué no sabías? Se casan la semana entrante. El lunes, creo le dan una despedida.

—Pero si acaba de conocerlo... A mí me parece muy arriesgado.

—Mejor, más emocionante. Además hace bien en tomarle la palabra, porque a como está la cosa no nos va a tocar ni reintegro.

—Tú no puedes quejarte, los cambias como paños calientes... Ahorita mismo tienes a uno esperándote en el cine...

—Lo malo es que no quiero paños caliente sino una buena bolsa de agua, confortable y duradera y de eso, ni esperanzas. Y volviendo a lo de Ligia, los hombres son como los caballos, sólo se les conoce cuando está uno encima de ellos aguantando los reparos. ¿Así qué iba a sacar con esperar más o menos tiempo?

—Tal vez tengas razón, pero de todas formas me parece muy arriesgado.

10

Tres días después de su salida con Felipe, Zoila asombrada de su audacia, tomó el teléfono y marcó el número del taller donde éste trabajaba. Las manos le sudaban copiosamente por lo nerviosa que estaba, pero después del incidente ocurrido el día de su paseo había sufrido demasiado obsesionada con la angustia de que tal vez no era una muchacha normal. Y diciéndose que a costa de lo que fuese, tenía que saberlo saliendo nuevamente con él para librarse de sus dudas.

Una vez que haya logrado mi propósito, lo corto –se prometió sinceramente-; para novio no me interesa y muchísimo menos para marido. No tiene, como se dice vulgarmente, ni petate en qué caerse muerto; procede de una familia no sólo humilde sino vulgar y no podría soportar de cuñadas a sus hermanas, ni vivir en una casa como la que habitan.

El teléfono del taller seguía llamando con insistencia sin que nadie acudiese a contestarlo. Ya iba a colgar, pensando que no habría gente, cuando del otro lado del hilo telefónico una voz brusca gruñó:

-Reparaciones Lambra, a sus órdenes.

-¿El señor Felipe…? –musitó, tentada a colgar.

-Sí, un momentito.

Oyó como gritaban su nombre, pero quizá no andaba cerca porque pasaron unos momentos antes de que él acudiese a la llamada.

Mientras aguardaba se preguntó ¿que iría a pensar el joven de ella...? Por suerte no le habían preguntado de parte de quien, porque poco acostumbrada a subterfugios, no hubiese sabido qué contestar, pues ni siquiera se le había ocurrido prever esa eventualidad.

¿Y si colgaba...? Todavía estaba a tiempo. Indecisa, iba a hacerlo cuando reconoció la voz de Felipe que preguntaba:

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy yo, Zoila –murmuró, sin saber que añadir.

—Ah, señorita, ¿cómo está usted...? –en el acento del hombre se notaba bastante extrañeza.

—Bien –pausa-. Le sorprenderá mi llamada…

—¡Oh no!, ¿por qué? Al contrario, estaba pensando en hablarle para preguntar cómo había seguido, sólo que no me había atrevido a hacerlo a su trabajo, por temor de resultar indiscreto o de comprometerla.

En realidad, desde la noche del paseo la actitud de la chica lo había sorprendido, y esta llamada tan inesperada, terminaba por desconcertarlo. Pero vio en ella una oportunidad que no pensaba desperdiciar y atacó de lleno, tomando la iniciativa al preguntarle:

—¿Nos podemos ver esta noche?

—¿Esta noche? –simuló extrañarse ella.

—Sí, si no tiene usted otro compromiso, la espero en el mismo lugar y a la misma hora –y sin darle tiempo siquiera a contestarle le advirtió-. Voy a colgar porque alguien viene al teléfono –y Zoila todavía perpleja escuchó el sordo ruido de la bocina al caer sobre el aparato.

Se vieron esa noche y después todas las noches durante una semana.

Al salir de su trabajo se reunían en la calle que daba al malecón, en un lugar horrible, lleno de cantinuchas y casas de feo aspecto. Pero cualquier otro sitio les parecía peligroso porque podrían ser reconocidos y ninguno de los dos deseaba correr el riesgo. Por suerte él era muy puntual, y cuando ella llegaba ya la aguardaba dentro del vehículo.

Zoila tuvo que empezar a mentir diciéndole a su madrina que tenían mucho trabajo y que estaban saliendo muy tarde. Pues el pretexto del rosario no le hubiese servido para todas las noches, y a sus amigas les aseguró lo mismo, contándoles que llegaba muy cansada y que por eso no tenía deseos de salir a pasear. Hasta les suplicó que no pasaran por ella, pues temía que esto fuese a comprometerla, aduciendo que el día que tuviese ganas de ir a dar la vuelta ella misma les avisaría.

Había aprendido a contener su asco cuando el muchacho buscaba sus labios, y sentía dentro de su boca, la lengua húmeda y pegajosa del hombre. Pero seguía sin sentir nada especial, y la gloria tan anunciada por sus amigas, no lograba alcanzarla.

Regresaba a su casa, después de las entrevistas, en un estado febril en el que se mezclaban su ansiedad insatisfecha con el arrepentimiento y la zozobra que la conciencia de estar pecando le producían. Entonces se encerraba en el cuarto de baño para azotarse con el fuete sin misericordia.

Las penitencias, que antes sólo se imponía cada domingo al retornar de misa, se habían convertido, después de sus escapadas con Felipe, en una necesidad imperiosa, y cuando el cuarto de baño se hallaba ocupado o pensaba que podían oírla se encerraba en su recámara y ya dentro del lecho virginal castigaba su cuerpo ávido, enterrando en sus carnes instrumentos punzantes, hiriéndose con acendrado masoquismo los senos y las nalgas hasta que el agotamiento y el sueño la rendían. Pero no era el suyo un sueño reparador y tranquilo, sino una angustiosa pesadilla en la que se veía quemándose en las llamas del infierno, torturada por mil diablillos grotescos que danzaban a su alrededor arrancándole, uno a uno, los dientes, los ojos, los miembros y, por último, cuando su cuerpo se había convertido en una masa informe y dolorosa pinchábanla con afilados tridentes, como si se tratara de un lechón a punto de ser servido.

Otras veces sus pesadillas cambiaban. Se veía casada con Felipe, pero era éste un marido cruel que le pegaba sin misericordia siempre después de desnudarla y tirarla sobre el suelo, pero ella sentía que su brutalidad no la hería, sino que en cierta forma la hacía gozar, y cuando volteaba la cabeza para pedirle que la siguiera castigando, la cara de Felipe se transformaba en la de su padre y entonces ella lloraba desconsolada, como las primeras veces cuando aún era una niña y no había aprendido a ocultar su dolor reteniendo los sollozos.

En esos pocos días se había adelgazado notablemente, y sus ojos antes siempre encendidos y brillantes, se veían ahora surcados por profundas ojeras.

El sentimiento de culpa la atormentaba cruelmente. Le dolía haber dejado de ser una muchacha honesta. Era ya como cualquiera de sus amigas pues hacía con un hombre, lo que siempre había criticado en las demás, y lo peor era que en el fondo caía en la cuenta de que ni siquiera había valido la pena, pues hasta la fecha no había derivado de las caricias del hombre ningún placer.

Esa noche por ejemplo, él se atrevió a abrirle la blusa y acariciarle los senos, tal y como veía hacérselo a Susana, pero puso en ellos sus labios con tal suavidad que la caricia la dejó impávida.

Felipe también empezaba a fastidiarse de una aventura que le estaba resultando completamente insulsa. Le había seguido la corriente a la muchacha porque ella lo había llamado y él era hombre. Lo llevaba también un poco la curiosidad, pues le llamaba la atención que una señorita que parecía tan seria, tan pudorosa y decente, se le hubiese ofrecido en esa forma. Pero tal vez –pensó- se trataba de una mujer frígida, porque aunque muchas veces era ella quien lo provocaba siempre se mostraba pasiva a sus caricias. Le agradaba recibir pero no hacia amago de devolverlas. Susana, en cambio…

El pensamiento de su novia le dolió como una puñalada.

Por primera vez la estaba traicionando y por algo que ni siquiera valía la pena.

Susana –rememoró- gemía de placer cuando él la besaba, y con sus manos siempre diligentes, sabía darle gusto en muchas formas, mientras que Zoila no hacía nada por agradarlo. Era como hacerle el amor a una bella muñeca, a un hermoso maniquí, y esto para él que era terriblemente sensual y apasionado no tenía ninguna gracia.

Alguien que conocía muy bien el carro de Felipe, descubrió que éste andaba de movida pero sin lograr identificar quien era ella. Seguro eso sí, de que no se trataba de Susana. Al día siguiente al llegar al Banco donde ésta prestaba sus servicios, encontró, encima de su escritorio, un sobre dirigido a ella y dentro de él una nota escrita con letra desfigurada en la que se le advertía: Ten mucho cuidado, hay alguien que está tratando de volarte el novio.

Susana se dijo que sólo era un anónimo, escrito tal vez por alguien que quería molestarla o burlarse de ella y que no debía ni hacerle caso ni tomarlo en serio. Pensó mostrárselo a Felipe y hasta se imaginó que los dos reirían juntos de la vacilada; pero de pronto cambió de idea meditando que si existía algo de cierto no debía ponerlo sobre aviso sino tratar de averiguar.

Repasó retrospectivamente la actitud de su novio durante los días anteriores y tuvo que reconocer, que efectivamente, él se había mostrado un poco extraño, menos cariñoso que de costumbre. Además, pretextando que en el taller tenían mucho trabajo, toda la semana anterior había estado llegando tarde a la visita.

Estaba así –recordó, tratando de hacer memoria- desde el día en que discutieron porque ella, cariñosa pero firmemente había tratado de forzarlo a que fijara una fecha para la boda. Llevaban ya cinco años de novios y el tiempo no pasaba impunemente.

Él parecía quererla bastante. Nunca le había hecho una trastada y siempre se refería al matrimonio entre ambos, como a una cosa definitiva. Pero a la vez como a algo remoto y esto era lo que a Susana le desesperaba. Cuando trataban el asunto le alegaba que estaba reuniendo los centavos y que cuando tuviera lo suficiente se casarían en menos de una semana; que no iba a engañarla diciéndole que este mes o el otro para luego no cumplirlo; pero los días se iban y con ellos los meses y los años, y la fecha señalada no llegaba.

El resto de la mañana la pasó Susana tratando de adivinar el origen del anónimo y queriendo leer en el rostro de sus compañeros si ellos sabían algo. El autor tenía que haber sido forzosamente alguien de la oficina –razonaba- puesto que el sobre no le había llegado por correo sino que se lo habían dejado sobre su escritorio. Luego recapacitó que era mucho más importante para su felicidad investigar si había algo de cierto en lo que se le advertía y averiguar quién era la que estaba tratando de quitarle a su Felipe.

Repasó en su memoria nombres, rostros y características de compañeras, amigas o simples conocidas. En la única que

no pensó fue en Zoila; sólo el semblante de su vecina y amiga no se le apareció de la desesperada búsqueda sobre su posible rival.

Esa noche, Felipe llegó temprano a la visita y Susana volvió a respirar tranquila. Salieron de paseo y él se mostro más apasionado que nunca y el despedirse le anunció:

—Hoy deposite mil pesos en el banco, para lo que tú sabes que espero podremos realizar muy pronto.

Susana se emocionó tanto que no supo que responderle y su contestación fue cerrarle la boca con un beso; un beso tan apasionado que llenó de remordimientos al mecánico. Por suerte, el episodio estaba completamente finiquitado.

La noche anterior, al despedirse de Zoila, ninguno de los dos insinuó nada de volverse a ver y Felipe se alegró de que un asunto del que no había derivado ningún placer, hubiese concluido sin más complicaciones.

Se prometió que si ella volvía a llamarlo, le pondría cualquier pretexto; pero la verdad era que Zoila tampoco pensaba hacerlo. Al contrario, esa misma noche habíase prometido terminar para siempre con la absurda aventura en la que se había enredado sin sacar nada en claro.

11

La noticia de la frustrada boda de Ligia Góngora con el contratista de petróleos corrió como reguero de pólvora por toda la población, causando consternación en algunas personas, alegría en muchas que envidiaban a la muchacha por su posición, su belleza y curiosidad en todo. Naturalmente, en el café Caribe el desdichado asunto era el foco principal de comentarios y discusiones:

—¿Así es que entonces no se llevó a cabo el matrimonio?

—Claro que no, ninguno de los dos se presentó en la iglesia y el que se quedó plantado fue el curita.

—Bueno, ese salió ganando –opinó un liberal furibundo, que siempre que se le presentaba la oportunidad de atacar al clero lo hacía sin misericordia, aunque estaba casado por la iglesia y había bautizado a todos sus hijos, por aquello de las dudas... y continuó-: como cobran por adelantado se ahorró el fervorín y la ceremonia.

—Pero entonces ¿quién plantó a quien? –quiso saber un peluquero que era un poco retrasado mental.

—La cosa estuvo así –aseguró Balbino, hacendado sin haciendas que vivía gracias a la Divina Providencia, porque ni trabajaba ni se le conocían entradas fijas, pero eso sí, se pasaba el día entero en el Caribe averiguando chismes o inventándolos, entre uno y otro sorbo del oscuro néctar, pues se preciaba siempre de ser el mejor enterado-: una tarde, estando aquí un grupo reunido, en esta misma mesa en la que ahora nos hallamos y que es la que tiene mejor vista a la calle, entró el tal Gómez Carrión, así se llama el contratista, que acababa de llegar por acá y no conocía a nadie. Nos pidió permiso para sentarse con nosotros. Al rato pasó la Góngora y el hombre le

llamó la atención, como es natural, la belleza y el porte de la muchacha, pues tenemos que reconocer que no hay muchas como ella. La saludó con un adiós preciosa, pero la interfecta ni siquiera volteó. Esta no es como todas, comentó el Chichimeco, que como ustedes saben, odia a los fuereños desde que uno de ellos le robó la novia. Aquel le contestó que todas eran iguales y que a él no se le resistía ninguna y menos una chica pueblerina. Pues con ésta, le aseguro que pierde usted su tiempo, alardeó el Chichimeco que es bastante necio. El fuereño le apostó que esa misma noche se le acercaría en el jardín y que no sería rechazado, puso diez mil del águila sobre la mesa para cerrar la apuesta, pero el Chichimeco se asustó, ya saben ustedes cómo es de agarrado. Empezamos a cucarlo de que no fuera codo y soltara la lana.

—¡Ay mojo, borrego! –lo interrumpió un dentista, pero Balbino no tomó en cuenta la exclamación y siguió su cuento impertérrito.

—Está podrido en dinero y como la muchacha siempre le ha gustado, solo que ella no le ha hecho frente nunca, quiso vengarse de ella humillándola en su orgullo. Porque eso sí, a presumida nadie le gana, y le propuso al de petróleos que aceptaba la apuesta siempre y cuando la dejara plantada en la iglesia, vestida de novia y con todos los arreos propios de la cuestión.

—Ni que fuera yegua -interpuso el mismo que había interrumpido antes.

—Entonces, la canallada fue del Chichimeco –opinó un arquitecto-. ¿Qué bueno que no se salió con la suya!

—Yo también me alegró –confesó un periodista-, no hay derecho a humillar a una mujer en esa forma, aunque se trate de la persona más altanera que exista.

—Pero en resumidas cuentas. ¿Quién ganó la apuesta? -quiso saber otro de los interesados oyentes.

—Yo pienso que, hablando en plata, la ganó el fuereño puesto que logró llevar las cosas hasta el extremo de enamorarla y hacerle creer que se casaría con ella. Con decirles que hasta despedida de soltera le hicieron.

—Hay quien asegura que ya estaba vestida y que sólo

aguardaba la hora señalada para la ceremonia y dirigirse a la iglesia; pero que en eso, les llegó el pitazo.

—Como quien dice: la dejaron como novia de rancho, vestida y alborotada.

—Pues ya ven que también a las de la ciudad las plantan igual -se mosqueó uno que vivía en una ranchería y que se sintió ofendido por el refrán.

—Oiga –se disculpó el que había hablado primero- yo no inventé el dicho, no hice más que repetirlo.

—Pues si hubo un pitazo –opinó un agente de medicinas- es que alguno de los que estaban aquí cuando se corrió la apuesta, faltó a su palabra, porque de otra manera, ¿cómo pudo llegar a oídos de la muchacha el plantón que le estaban preparando?

—Cualquiera que haya sido el que avisó a la familia, es digno de aplauso –afirmó un comerciante que tenía varias hijas.

—¿Por haber roto su juramento? –se extrañó el viajero.

—Por haber evitado que un Juan de los Palotes, hijo de su tal por cual, sólo porque se sintió con centavos, quisiera venir a hacer escarnio de una muchacha decente. Eso no es de hombres.

—Yo creo que fue el mismo Chichimeco, pero no precisamente por caritativo, sino por salvar su money…

—¿Su qué...? –inquirió el retardado.

—Sus diez mil, bruto, no era ninguna bagatela. Te aseguró que tú nunca los has visto juntos.

—Claro que no, y creo que tú tampoco.

—He tenido en mis manos muchísimo más de eso. Bueno, claro que no eran míos pero acuérdate que fui cajero.

—Es verdad, ya no me acordaba. Por cierto que creo que es la única vez que se te ha conocido un trabajo, porque desde entonces para acá...

—¿Y a ti qué carajos te importa? ¿Acaso tú me mantienes? –la narración ya iba a degenerar en pleito cuando intervino uno de los que estaban más interesados en la historia, diciéndoles:

—Déjense de pendejadas y sigamos con el cuento.

—Yo creo que si el Chichimeco hizo trampa, el ganador de la apuesta fue el contratista, ¿no les parece? –inquirió un chófer.

—Nadie ha dicho que fuera el Chichimeco, todos juramos guardar el más absoluto secreto, pero la familia Góngora es una gente muy estimada y ¿cómo podíamos permitir que cualquier hijo de su gran madre viniera a reírse de una de nuestras muchachas? Un anónimo es fácil de escribir y no compromete a nada.

—Entonces, tú fuiste el que les avisó –aseguró, muy orondo, el retardado mental, creyendo haber dado en el clavo.

—¡Estás loco! ¡Yo no fui! –protestó Balbino muy indignado-; pero no faltó quien lo hiciera en el momento oportuno, para evitarle a la muchacha la vergüenza de un plantón.

—Pero total, ¿quién ganó la partida?

—Yo diría que ninguno –continuo el relator-, cuando el pastel se descubrió, Ramiro, uno de los tíos de Ligia que es diputado federal y que había hecho viaje especial para asistir a la boda, se puso a buscar al contratista, pistola en mano, para pedirle cuentas de la burla a su sobrina pero cuando llegó el hotel donde estaba hospedado el fuereño ya había volado el pájaro. Y el Chichimeco, por aquello de las dudas, se escurrió a una de sus fincas, la que está más lejos de aquí.

—La verdad es que los dos procedieron mal –aseguró el periodista-; una cosa de esas no se le hace a ninguna dama. ¡Pobre muchacha!

—No creas, al final de cuentas salió ganando –le aseguró Balbino-; ayer mismo tomó el avión para la capital y dicen que la manda a Europa a pasarse una temporada con unos tíos que tiene por allá, en España, creo.

—De todos modos, eso no le quita el mal rato que tuvo que haber pasado.

—Les aseguro que de allá viene casada –aseveró el ingeniero.

—No lo dudo, espero que los europeos no sean tan brutos y sepan apreciarla más que nosotros –señaló el periodista.

—Oiga –reclamó Balbino-, nosotros es mucha gente.

—Tienes razón, debí decir ustedes, puesto que yo ya estoy casado y no cuento.

El tiro había dado en el blanco por dos o tres solteros que formaban parte del corro, pero nadie se atrevió a rebatirle.

Esa noche, en el Siroco, en torno de una mesa de refrescos las muchachas comentaban lo que constituía, por el momento, el impacto que sacudía a la sociedad bellaisleña. Puesto que la burla a uno de sus miembros, había dolido como en carne propia.

—A mí ese hombre no me gustó nunca –aseguró Virginia-. No sé, pero tenía un aspecto de fanfarrón, de perdonavidas que no me convenció jamás.

—Siempre lo dijiste –recordó Ivonne-; lo de sinvergüenza nadie se lo quita, pero tenemos que reconocer que es bastante atractivo.

—Nunca me lo pareció. Bueno, debo reconocer que yo tengo unos gustos muy especiales.

—¡Pobre Ligia! ¡Lo que estará sufriendo! –se dolió Cynthia, compasiva.

—Después de este chasco se le habrán bajado un poco los humos.... -hablaba Zoila, como siempre despiadada y venenosa.

—¡Cómo eres...! –la amonestó Virginia-. No olvides que podía habernos pasado a cualquiera de nosotras.

—Tienes razón –corroboró Ivonne-, desgraciadamente todas estamos expuestas a tropezar con un canalla.

—Dicen que la iglesia ya estaba llena de gente –refirió Estrella, que había permanecido callada.

—No es cierto –negó Cynthia-. La boda era a las 11 y la llamada telefónica les llegó como a las 9 de la mañana.

—Entonces ¿fue por una llamada telefónica que lo supieron? –quiso saber Estrella-. Yo ya iba a empezar a arreglarme, cuando una vecina le avisó a mi mamá que la boda se había suspendido, aunque de momento no supimos la causa.

—Siquiera que lo supo a tiempo -intercaló Ivonne.

—Alguien llamó al papá de Ligia por teléfono y le previno para que esta no se presentara en la iglesia porque el novio no pensaba asistir –contó Cynthia, que parecía estar bien enterada-, que sólo se trataba de hacerla objeto de una burla para ganar una apuesta.

—Me imagino que ella no habrá querido creerlo –manifestó Ivonne-. Esta vez se había clavado de a feo, no había más que verla para darse cuenta.

—¿Y cómo le hicieron para saber si era o no cierto? –preguntó Zoila.

—Muy fácil –explicó Virginia-, deben haber mandado a alguien de la familia para ver si el hombre se presentaba.

—Sólo de pensarlo siento que el cuerpo se me enchina -gimió Ivonne.

—Bueno, pero ahora ella se va a Europa, así es que algo salió ganando –observó Estrella.

—Pero si lo amaba, ni Europa es capaz de resarcirla del desengaño sufrido.

—Les aseguro que de allá regresa casada o cuando menos con novio –aseguró Ivonne.

—De todos modos, palo dado ni Dios lo quita, y la rabia y la vergüenza no puede evitarlas ni yéndose a la Cochinchina –nuevamente Zoila.

—Rabia, dolor, sufrimiento por haber sido defraudada en lo que es para la mujer, la mayor ilusión, la máxima culminación de sus legítimos anhelos. Pero vergüenza ¿por qué? Uno debe de avergonzarse cuando ha cometido una mala acción, no cuando se ha sido víctima de una imperdonable bajeza. La vergüenza deberían de sentirla ellos por haberse atrevido a planear una vileza que denigra su sexo –le rebatió Virginia, apasionada, y nadie se atrevió a contestarle.

Luego de un momento Estrella preguntó:

—¿Cuándo vamos a ir a ver a la adivina? Mañana es sábado y tenemos la tarde libre.

—Bueno

—Hecho.

—Magnífico –tres voces contestaron al mismo tiempo, sólo Zoila permaneció callada.

—¿No le han dicho a Zoila? –preguntó Estrella.

—La verdad es que ni siquiera nos habíamos vuelto a acordar –reconoció Ivonne, y explicó a la aludida-: Es que Estrella conoce a una señora que te echa las cartas y te lee en ellas, el pasado, el presente y el porvenir. ¿Quieres ir con nosotras a consultarla?

—¿Y te lo dice delante de todas...? –se asustó ésta, pensando en su aventura con Felipe.

—No, tonta –le aclaró Estrella-. Pasa uno de una en una, y ya a solas con ella, puedes preguntarle todo lo que te interesa saber por ejemplo, si vas a casarte o si te quedaras para vestir santos.

—Pero ¿estás segura de que no te lo dice delante de nadie? –quiso cerciorarse Zoila nuevamente.

—Ya te dije que no, que a ti sola. Oye, pero ¿qué misterio te traes tú que tienes tanta desconfianza?

Zoila no pudo evitar ponerse pálida, pero recobrándose de inmediato alegó:

—Ninguno, ¿qué secreto puedo tener que ustedes no conozcan...? Lo que pasa es que si me va a decir algo malo, prefiero oírlo yo sola.

12

Al día siguiente, conducidas por Estrella, que era la que conocía el camino, se dirigieron a casa de la cartomanciana. Dejaron atrás las calles principales y se introdujeron por callejuelas cuya existencia ignoraban por completo; pues a pesar de ser Bellaisla un lugar pequeño ellas nunca transitaban por allí. Al poco rato la guía se detuvo ante la reja de una quinta de buena apariencia, construida en el centro de un terreno bastante amplio, sembrado totalmente de árboles frutales.

—No vive mal la adivinadora –comentó Ivonne.

—Por lo visto su profesión deja bastante –asentó Virginia.

—¿Y Zoila? –inquirió Cynthia de pronto, cayendo en la cuenta de que la muchacha no iba con ellas.

—No se presentó, así es que por lo visto no tenía interés en venir –hablaba Estrella, a quien por cierto no le simpatizaba mucho esta. La aceptaba porque pertenecía al grupo y no le gustaba que la juzgaran intransigente; pero no le caía en gracia, porque en su concepto, era demasiado mojigata.

—Yo creo que teme que le descubran algo y por eso no vino –observó Ivonne, recordando la plática.

—¡Zoila un secreto! –se asustó Cynthia-. ¡Eso sí es absurdo!

No tan absurdo –reflexionó Virginia-, ninguna se imagina que yo lo tengo desde hace tiempo. –Quizá no tuvo los veinte pesos –asentó, tratando de justificarla.

—Van a ver qué bonita es la casa por dentro –les informó Estrella.

—¿Has venido muchas veces? –indagó Ivonne.

—¡Oh, no! –mintió sin saber por qué-. Solo una vez que me trajeron las muchachas de la oficina.

En la puerta se cruzaron con la señorita Wilkinson, quien las saludó secamente y sin detenerse.

—Parece que a la maestra no le agradó que la viéramos salir de aquí –comentó Ivonne, cuando la vio alejarse.

—Es natural. Comprende que tiene que haberle dado vergüenza –observó Virginia, compasiva.

—¿Por qué? –se extrañó Cynthia- ¿Acaso es algo malo?

—Bueno –trató de explicarle Ivonne-, no es que tenga nada de malo, sino que a estas alturas resulta absurdo que todavía sienta curiosidad por saber que le guarda el futuro. No creo que piense que aún tiene chance para encontrar novio.

—No te burles –le recomendó Virginia-. Nadie está libre de cien azotes, y quién sabe si dentro de unos años no estemos en las mismas.

—Pero si resulta ridículo.

—A mí no me parece ridículo sino trágico, más bien patético, desconsolador, pues ¿qué puede esperar de la vida? Y sin embargo ya lo ven, viene en busca de una mentira como venimos nosotras; porque también ella tiene necesidad de un consuelo o una esperanza.

—Sólo que le hayan dicho el día que se va a morir –se mofó Estrella.

—¡Cómo son! –se quejó Virginia, desolada ante la incomprensión de sus amigas.

Las recibió una criadita joven y desenvuelta que las hizo tomar asiento, anunciándoles que enseguida serian recibidas por la señora.

—Ven esos adornos –les cuchicheó Estrella-, casi todos son regalos que le han hecho personas a quienes les ha predicho cosas que se les han cumplido, o a quienes les ha arreglado asuntos.

—¿Asuntos? –se extrañó la chiquilla.

—Sí, negocios, matrimonios... Mujeres a quienes les ha hecho regresar el novio o el marido, pues también hace limpias.

—¿Y eso qué es? –preguntó Cynthia, que era una curiosa incorregible. Pero Estrella no tuvo tiempo de contestarle porque la doncella había aparecido nuevamente inquiriendo acerca de quién iba a pasar primero, porque la señora ya estaba dispuesta.

Se miraron sin saber qué decidir, e Ivonne resuelta les propuso:

—Si quieren voy yo.

—Y haciendo y diciendo, siguió a la fámula a través de un corredor interno que conducía a una minúscula salita.

Detrás de una mesita sobre la cual se extendía un mazo de barajas españolas estaba sentada una mujer de más de cincuenta años, que en su juventud, debía haber sido una buena moza.

Contra lo que la muchacha esperaba, el cuarto no tenía nada de tétrico ni misterioso; al contrario, se trataba de una habitación limpia y acogedora, adornada con cuadros y figuras con motivos orientales.

—¿Quieres saber todo lo bueno y lo malo del pasado, del presente y del futuro? –preguntó la cartomanciana con voz grave pero agradable.

—Todo –contestó Ivonne, sin poder evitar un estremecimiento.

—Veo en tu pasado un amor imposible al que te ha costado mucho trabajo renunciar.

La muchacha asintió, pensando de inmediato en Lucio.

—Siempre estás rodeada de hombres pero hasta la fecha no has logrado ninguna cosa efectiva, sin embargo, debes cuidarte de uno que va a llegar pero que sólo anuncia desgracia. Te cubre funestamente. No debes fiarte de él. Vigila para que no te tome desprevenida.

—¿Cómo es? –se atrevió a preguntar Ivonne, impresionada.

—Blanco, rubio, de ojos torvos y peligrosos. Lo ves –señaló la sota de espadas-, aquí aparece el maleficio que sobre ti va a ejercer.

—¿Me voy a casar con él? –inquirió la joven asustada.

—No, no se trata de matrimonio, es sólo un episodio que dejará en tu vida una profunda huella. Trata de evitarlo –aconsejó la zahorí.

—Pero ¿hay matrimonio en mi vida? –quiso saber Ivonne, pues era la interrogante que le quemaba los labios.

Sonrió la mujer. Estaba acostumbrada a la pregunta que constituía la constante preocupación de las mujeres solteras

que llegaban a consultar sus artes mágicas, y por consolarla, como hacía con todas, le aseguró:

—Sí, te casarás con un hombre de fuera y tendrán tres hijos.

La cara de Ivonne se iluminó con una sonrisa de felicidad.

—Aquí aparece un viaje corto y un regalo -cayó en la cuenta de que a la muchacha ya no le interesaba oír nada más y concluyó-: eso es todo.

Cuando la joven salió y se reunió con sus amigas, la asaltaron a preguntas y ella les contestó que le había ido maravillosamente bien. Ya había olvidado los malos augurios predichos por la cartomancia para recordar tan sólo que se casaría. ¿Acaso no era esto lo único verdaderamente importante?

—Que pase la que sigue –indicó la fámula, y Cynthia se levantó muy resuelta, después de la afirmación de Ivonne había perdido el miedo.

—¡Voy a tener cinco niños! –exclamó feliz al retornar-. Eso quiere decir que me voy a casar pronto.

Rieron todas de la cómica explosión de la muchacha, pero luego la cara se le ensombreció y Virginia la interrogó:

—¿Y ahora, qué te pasa?

—Sergio no retornará jamás.

—¿Y qué esperabas? –alegó Estrella-. ¿Qué dejara a su esposa para venir a casarse contigo?

—No, eso no. Sólo sé que no voy a poder olvidarlo nunca.

—Pero si te vas a casar es que volverás a enamorarte –adujó Ivonne, logrando que la joven volviese a sonreír.

Pasó Estrella y las cartas le anunciaron que en una fiesta conocería a un hombre que le propondría relaciones serias.

—Pero ¿se casará conmigo?

—Si actúas inteligentemente puedes lograr que te conduzca al altar –aconsejó la dama, y Estrella salió preguntándose ¿a que le llamarían actuar inteligentemente con un hombre?, porque si se mostraba modosa y decente, y no les daba nada de lo que ellos querían, se fastidiaban a la vuelta de una semana y se largaban. Y si les permitía ciertos avances para que se encamparan hacían exactamente lo mismo, y tampoco se les volvía a ver la cara.

—Te toca a ti, Virginia –dijeron las muchachas.

Ella, que se decía incrédula, entró a la salita sintiendo que el pulso se le aceleraba, y a pesar de repetirse que sólo se trataba de un juego porque el futuro pertenece sólo a Dios. Que sólo él conoce sus designios sobre todos y cada uno de los mortales, la mano le tembló cuando la mujer se la colocó encima de las cartas y la hizo repetir con ella:

—Por mí, por mi casa y por mi fortuna.

Le indicó luego que hiciera tres montones y tomó el primero extendiéndolo sobre la mesita.

—Veo un trigueño que bebe los vientos por tu persona...

Virginia se dijo que no conocía a ningún hombre moreno y menos que estuviera enamorado de ella, pero no se atrevió a contradecirla.

—En tu casa hay una persona que padece una enfermedad crónica –continuo, y la joven asintió en silencio pensando en su madre, atada hacía largos años a una silla de ruedas y sin esperanzas de curación.

—Su enfermedad es del corazón o de los riñones –aseveró la mujer y la muchacha sonrió dolorosamente, pues la zahorí se había equivocado, ya que lo que tenía postrada a su madre era una deficiencia ósea que ningún médico había podido curar.

—¿Crees en las limpias? –la interrogó la maga inesperadamente.

Virginia negó con la cabeza.

—Es una lástima pues hay muchas cosas buenas que podrían llegar a tu vida, si no las interfiriera un mal espíritu que te ronda desde hace tiempo y que no permite que tus asuntos se resuelvan.

—¿Y por qué un mal espíritu, si yo no le hago daño a nadie? –se asombró Virginia.

—Son seres perversos que por sus pecados, no alcanzaron a lograr la paz en el Señor y se vengan, rodeando de fluidos maléficos a personas como tú, aunque no hayan ejecutado ninguna mala obra. Pero desgraciadamente el poder que les otorga Satanás (al nombrar al diablo la mujer se persignó) es tal, que no permiten acercarse a los espíritus de la luz que podrían colmar tu vida de dones y sucesos agradables. La limpia

solo cuesta cincuenta pesos; no es caro pues utilizo esencias que me llegan del Oriente y además necesito una concentración especial pero te aseguro que es efectiva. Vente un martes o un viernes que son los días más propicios para atraer los buenos hados sobre los mortales.

—Yo trabajo toda la semana, y salgo muy tarde de la oficina- se excusó la joven.

—Pues el sábado, que no es mal día –propuso la mujer, tratando de convencerla sintiendo que la cliente se le escapaba.

—Si me animo vengo un sábado –prometió Virginia para quitársela de encima, pues había comprendido que la intención de la maga era sacarle más dinero.

—Anímese y verá cómo le cambia la suerte.

Cuando se reunió con sus compañeras todas le preguntaron muy interesadas si le había anunciado matrimonio, que era en lo que todas estaban interesadas.

—No me acordé de preguntárselo –les confesó, distraída.

—Pero entonces ¿qué te dijo? ¿Te acertó en algo? –quiso saber Estrella, captando la decepción de su amiga.

—Sí, me acertó en algunas cosas –contestó, pero en el fondo no podía menos que sentirse desilusionada. Había esperado que la adivinadora le hablara de su secreto amor, del hombre al que amaba, pero por lo visto las cartas habían estado desafortunadas con ella. Y ¿qué querías que te dijese? –se reprochó- ¿qué hubiera podido pronosticarte que no sepas de antemano? ¿Qué amas un imposible del que no puedes ni debes esperar nada ni ahora ni nunca? ¿Por qué deseabas oír de los labios de la cartomanciana lo que tú sabes mejor que nadie? No supo que responderle y se quedó cavilosa y preocupada. En cuanto a la limpia que le había propuesto, ella no consideraba que los espíritus buenos o malos tuvieran influencia sobre las vidas de los mortales. Creía ciegamente en el destino, sí, en un destino trazado de antemano para cada ser por un Dios omnipotente e inmutable, como un camino del que no se podía torcer ni la vereda más insignificante. Porque a pesar de estar integrado por segundos, minutos y momentos breves o largos, forma un todo indestructible. Se explicaba el destino comparándolo con un rompecabezas en el cual cada pieza

ajusta con las demás en el lugar exacto que le corresponde, sin que exista ninguna oportunidad de cambiarlas de sitio. Y era así como unas vidas están enlazadas a las otras irremediablemente.

Cuando salían de la quinta se cruzaron con Patricia y Polly quienes, en vano, trataron de pasar inadvertidas porque no había más que una puerta de acceso a la casa y a su pesar las chiquillas tuvieron que saludar a las mayores.

—Yo pensé que a esta hora no habría nadie –se alarmó Patricia. Ojalá que a las muchachas no se les ocurra contar que nos vieron entrar aquí, porque si mi mamá llega a enterarse quién sabe cómo me vaya. Es la primera vez que hago algo sin consultárselo y de seguro no le gustará.

—A mí también me daría mucha pena que supiera que yo te traje, pero te vi tan angustiada...

—¿Es verdad, estoy tan desesperada sin noticias de Arnoldo, que cualquier cosa es buena. En cinco años que llevamos de novios ha sido siempre tan puntual en su correspondencia, y sin embargo, con hoy van veinte días que no recibo carta. Ojalá que la mujer pueda decirme algo, porque siento que ya no puedo más.

—Por eso te propuse que la visitáramos, dicen que es muy buena para leer el porvenir.

—Y tú ¿qué vas a preguntarle...? –interrogó Patricia, tratando de parecer interesada.

—No sé. Dejaré que me diga lo que quiera, al fin yo no tengo ni perrito que me lama, así es que todo me es inverosímil –rió la joven, tratando de borrar la preocupación de su amiga; pero no logró arrancarle más que una sonrisa triste, llena de contenidas lágrimas.

13

Con paso cansado y el tedio pintado en el rostro, la señorita Wilkinson entró en su casa esa noche, aunque comprendía que su cansancio era más moral que físico.

Esta tarde, en la secundaria donde impartía desde hacía poco tiempo unas cátedras, todo transcurrió como de costumbre, sin más novedad que el haberse visto obligada a reportar a la dirección a una pareja que amparada por la oscuridad, había sido encontrada besándose descaradamente en uno de los salones de clase.

Ella, que iba en busca de su sombrilla, que había olvidado, entró y al prender las luces se encontró con el vergonzoso espectáculo.

Trataba de restarle importancia, pero el incidente la había afectado bastante. Por una ética que no podía desmentir, habíase sentido obligada a llevarlos ante el director; pero ahora no se sentía muy tranquila, pues tal vez los muchachos serían expulsados y perderían el año por su culpa. Por culpa de ella que no era más que una solterona agria y amargada.

Sintió que se odiaba. ¿Cómo podía haber sido tan mezquina? ¿Qué impulso la empujó a hacer una montaña de una cuestión que podría haber arreglado reprendiéndolos personalmente?

Tal vez –se dijo-, la única disculpa que podía darse era que acababa de obtener esas cátedras, las que constituían una ayuda considerable completándole el exiguo sueldo que recibía en la primaria. Pues Georgina, muy su amiga, muy su amiga. Pero siempre tacaña tratándose de dinero, no le había aumentado nada en mucho tiempo.

Por eso, tratando de mostrarle al director su exceso de celo en cuanto a su interés por la escuela, su reacción había sido acusar a los muchachos.

Xavier era uno de sus mejores alumnos, un chico a quien ella consideraba alejado de todas esas frivolidades y le había dolido mucho confirmar, que a pesar de sus innegables cualidades como estudiante, en lo demás era igual a todos.

Todos los hombres son iguales –se dijo con desprecio-, ni mejores ni peores, idénticos en cuanto se refiere al instinto. La chamaca tiene algo en su forma de comportarse que nunca me ha gustado, unas maneras desenfadadas que no dicen de ella nada bueno, pero Xavier..., yo creí que era un muchacho diferente

¿Y qué esperabas? -le opuso la voz interior, con la que siempre discutía-. Un hombre y una mujer son dos sexos distintos que se atraen y se complementan porque así lo quiere y exige la naturaleza. Además, ellos son jóvenes y solo estaban iniciándose, y por ese delito, que no lo es, te has atrevido a conducirlos a la dirección y acusarlos, como si se tratara de delincuentes… ¡No tienes perdón!

Pero ella no tiene arriba de quince años" –trató de disculparse sin lograrlo en lo absoluto.

No los tiene pero es más mujer que tú –se burló la odiosa voz.

A su edad yo no pensaba en esas cosas –disputó, siempre tratando de defenderse.

Mentirosa –la acusó su contrincante, implacable-, pensabas como ahora que ya tienes cincuenta y cinco.

Cincuenta y cuatro –le rectificó.

Bueno, es lo mismo, ya los cumplirás... –continuo su inflexible fiscal-. Es verdad que fuiste demasiado gazmoña para permitirle la menor libertad a los chamacos, pero no porque no lo desearas sino porque nunca te atreviste. A los 18 tuviste un novio que nunca te importó gran cosa, y como tuvo el tino de morirse a tiempo, te ha servido de pantalla para aparecer ante los ojos de los demás como una novia fiel que nunca ha vuelto a enamorarse. Sin embargo, tú y yo sabemos bien que eso es mentira, una gran mentira en la que te escudas para

presentarte ante los demás, pero a mí no me engañas, tú sabes que no puedes engañarme.

Es cierto, -concedió- pero mi cuerpo es tan virgen como el día en que nací. Ningún hombre ha podido preciarse de haberme tocado jamás –protestó muy digna.

Aquí le vino a la mente el episodio del domingo anterior en la casa de los Ballesteros, el matrimonio amigo con el que alternaba frecuentemente y con quienes la unía una amistad al parecer desinteresada; sin embargo no lo era tanto puesto que ella había tenido la infeliz ocurrencia de enamorarse de Claudio, el esposo de su amiga.

Acababan de comer y se encontraban tomando el café en una salita íntima donde solían hacerlo siempre, cuando llamaron a Cecilia por teléfono, quedándose a solas con él. Recordó de pronto que llevaba una lata de dulces para los niños y se levantó para abrirla; pero al intentar hacerlo se lastimó una mano y no pudo evitar una exclamación de dolor, que lo hizo a él acudir de inmediato a auxiliarla. No llegó a sangrarle, pero el dedo lastimado le dolía mucho y empezó a darse masaje. Entonces, él tomó entre las suyas la mano lesionada y comenzó a friccionársela pero insensiblemente el masaje se convirtió en caricia y de pronto Claudio se la llevó a los labios tratando de besársela; pero ella se la arrebató bruscamente diciéndole, en tono que quiso parecer muy ofendido:

—Cuidadito, cuidadito...

Él se reportó enseguida murmurando un:

—Discúlpame Irene -y salió de la sala.

Ahora, la señorita Wilkinson se preguntaba ¿qué hubiese sucedido de haberle permitido ella que se la besara? ¿Cuál hubiera sido el próximo paso? ¿Hasta dónde se hubiese atrevido él a llegar? ¿Qué hubiera sentido al ser acariciada por el hombre que hacia tantos años idolatraba en secreto? Ahora pensaba que tal vez habría valido la pena saberlo pero comprendió que ya nunca tendría otra oportunidad. Quizá el recuerdo de ese instante, que podría haber sido milagroso, le hubiese bastado para llenar plenamente lo que le quedaba de vida pero ¿cómo iba a poder permitírselo? ¿Tenía acaso derecho?

La verdad –le rebatió su eterna enemiga- es que preferiste resguardar el concepto de mujer decente que todos tienen de

ti, y por eso mandaste a Claudio al diablo cuando él te quiso hacer conocer que lo que siente por ti es algo más que una fría amistad. Ahora no te quejes, sigue sola, vacía, estéril, aburrida hasta de tu propia sombra, viviendo una existencia inútil en la que ya no te aguantas ni tú misma. Porque hasta `eso', que sólo tú y yo sabemos, está dejando de ser un consuelo

Se sintió mal y la bolsa de viandas que llevaba para su cena, con las golosinas que le gustaban tanto, quedó olvidada sobre la mesa del comedor y, contra su costumbre, se tiró en la cama sin desvestirse, pero no pudo dejar de seguir pensando; mejor dicho, discutiendo con la voz que, siempre implacable, se ponía contra ella muy a menudo; para ser exactos, cada vez que se encontraba a solas.

Mañana voy a hablar con el director para que no les haga nada a los muchachos –se prometió-. Ojalá no los hayan reportado y pueda parar el golpe a tiempo... Pero no podía quedarme callada, jamás me hubiese perdonado si le hubiese sucedido algo a la chamaca.

Solo se estaban besando, arrancándole a la vida la savia maravillosa de la que tú siempre has carecido –le reprochó su enemiga y viendo que no podía contra ella, prefirió cortar la discusión levantándose de la cama.

Siempre le había parecido cómoda esa forma de vida y por eso jamás aceptó las proporciones de algunas de sus amigas –que se encontraban en las mismas condiciones- de vivir juntas y repartir los gastos de la casa. Pero esta noche sentía una imperiosa necesidad de compañía, sólo que no sabía adónde ir.

Conocía a todo el mundo, pero amigas, lo que se dice amigas, casi no le quedaban, porque cada una había ido haciendo su vida y muchas residían lejos. Algunas, porque el matrimonio las llevó fuera de Bellaisla y otras porque no se conformaron con su destino y fueron a probar suerte a otra parte. Verdad es que siempre era bien recibida en casa de sus ex alumnas, algunas de las cuales acostumbraba visitar bastante seguido. Pero si bien esas visitas le resultaban amenas la hacían pasar un rato agradable mientras duraban, el contraste entre el bullicio de las criaturas traveseando; el ver a las señoras entrajinadas atendiendo al marido y aun la narración

de las dificultades domésticas, de las que muchas de ellas la hacían depositaria, le ocasionaban al retornar a su casa, un sentimiento más profundo de lo que significaba la soledad. Era como un abismo que cada día se fuese haciendo más y más pavoroso; como una terrible cárcel que se estrechara cada vez más a su alrededor porque sabía que de ella no existía ninguna escapatoria, que estaba condenada a ella de por vida como un reo a cadena perpetua.

Tenía un libro que acababa de adquirir que por el título prometía mucho y trató de refugiarse en su lectura; pero los ojos le dolían tanto que optó por dejarlo a un lado.

El asunto de los muchachos la había trastornado pues ahora se daba cuenta de que había obrado muy a la ligera haciendo una montaña de un grano de arena, cuando lo lógico hubiese sido sermonearlos ella misma, sin que el motivo trascendiera.

Lo que tenía que hacer al día siguiente –se dijo- debía madrugar para hablar con el director, antes de que los oficios acusatorios fuesen turnados a los padres de Xavier y de Angelina.

No hacía frío, pero en la hondura de su penumbra interior, las horas se le hacían interminables y la soledad cada momento más y más pesada; tan pesada que a veces la hacía pensar en una lápida oprimiendo su corazón y su cuerpo para siempre, para toda una eternidad donde no hubiese desamparo y la soledad no existiese; donde su corazón estuviese habitado por algo, aunque ese algo fuese sólo la nada.

14

A pesar de haber madrugado, la señorita Wilkinson no pudo detener el golpe como de manera optimista había esperado. Porque cuando llegó a la escuela el director no estaba y cuando por fin logró hablar con él, casi al mediodía, éste le informo que los oficios ya habían sido turnados y que ella también estaba citada a las cuatro de la tarde, con el objeto de deslindar responsabilidades.

Del disgusto ya ni comió y cuando la llamaron a la dirección se presentó temblorosa y acongojada, arrepentida mil veces de haber suscitado un asunto del que nada bueno podía resultar.

El director del plantel a quien los periódicos locales atacaban por inepto y negligente, quiso aprovechar la ocasión para hacerse pasar por todo lo contrario, y tratando de lograr publicidad a su favor, dio al incidente una importancia que en realidad no tenía.

Él sabía perfectamente que no era la primera vez que los maestros sorprendían a una pareja besándose en las aulas, en los jardines o donde fuera; puesto que en una escuela mixta esto era el pan de cada día. Pero ya que la señorita Wilkinson había cometido la estupidez de reportárselo tendría que hacer algo al respecto y naturalmente trataría de sacar del suceso el máximo provecho. La maestra, que tenía apenas unos meses de impartir allí sus cátedras, ignoraba esto y aún no conocía el carácter rastrero y oportunista del hombre con quien iba a enfrentarse.

Después de una espera angustiosa, los interesados pasaron al privado del director, donde se inició el penoso interrogatorio.

—¿Está usted segura de que no hacían o no habían hecho nada más que besarse...? –preguntaba una vez más el hombre a la atribulada maestra.

—Ya le he dicho que no hacían nada más, que sólo se estaban besando -repitió como un eco.

—¿Considera usted el beso entre dos jóvenes como algo pecaminoso?

—No, no diría yo tanto.

—Pero si inconveniente, ¿no es así?

—Bueno, sí, me pareció inconveniente por el lugar en el que estaban. La escuela debe respetarse –aseguró sin demasiada convicción.

—Entonces ¿cree usted que la conducta de estos jóvenes ha lesionado el buen nombre del plantel? –preguntó el hombre, implacable.

—No, yo no he dicho eso –murmuró, próxima a estallar en sollozos.

—Entonces ¿por qué los reporto ante la dirección y pidió que fuesen expulsados...?

La madre de la chamaca lloraba desesperadamente llena de vergüenza y el joven temblaba como una hoja sacudida por un viento inclemente, mientras se decía que no podían hacerle eso, que él deseaba sobre todas las cosas seguir estudiando; sus padres eran sumamente pobres y él había logrado matricularse a base de sacrificios y costearse los estudios trabajando duro y obteniendo becas, y ahora estaba a punto de perderlo todo. No, no era justo. Él había soñado con llegar a ser algo en la vida y sabía que sólo a fuerza de rallarse el cuero estudiando podría lograr una carrera y por una chiquilla loca se encontraba a punto de que se le malograra lo que tantos esfuerzos le había costado obtener.

Sintió que la odiaba y quiso reprocharle, con los ojos, el daño que, por su culpa, estaba a punto de sufrir; pero encontró en la chamaca tanta entereza, tanta valentía y la seguridad de que no habían hecho nada malo, de que sólo se estaba cometiendo con ellos una terrible injusticia que su rencor se derritió de inmediato convirtiéndose en admiración.

Ayer, ante la maestra, había llorado y suplicado. Hoy mostraba tal fortaleza que lo tenía asombrado.

—Yo no he pedido su expulsión en ningún momento. Si los reporté fue porque pensé que ese era mi deber.

El padre de la chamaca levantó la cabeza que había hundido bajo el peso de la vergüenza y la irguió amenazante.

Los progenitores de Xavier no se encontraban presentes, ambos trabajaban y él estaba acostumbrado a resolver solo todos sus asuntos.

Angelina sentía que el nudo que se iba formando en la garganta se le apretaba cada vez más como una soga que amenazara estrangularla; pero se contenía porque no quería darles el gusto de que la vieran llorar.

La maestra Wilkinson no recordaba nunca haber sufrido tanto.

—Señorita Olivia, ¿está segura de que el joven aquí presente no trato de violarla? –preguntó el director, posesionado de su papel de fiscal.

—No sólo no trato de violarme sino que fui yo quien lo provoqué para que me besara –contestó desafiante.

Con un esfuerzo supremo se había tragado la pelota que la hacía sufrir y los ojos se le oscurecieron de pronto con algo que no era dolor ni vergüenza sino odio.

Odio hacia sus padres que la torturaron todo el día tratando de hacerla confesar que había hecho algo terrible, odio hacia el director que la seguía martirizando con sus necias preguntas, y un odio mayor e indescriptible hacia la maestra que era, en realidad, la única culpable de lo que estaba sufriendo.

—Maldita vieja chismosa –murmuró entre dientes.

—¿Es cierto que fue ella quien lo incitó a besarla? -quiso saber el hombre, dirigiéndose al muchacho, que había permanecido la mayor parte del tiempo en silencio y con los ojos tercamente clavados en el piso.

—No, no es verdad –le rebatió con hombría-, yo fui quien la besé, pero no hicimos nada malo. Además, aquí en la escuela todos lo hacen y si usted no está enterado cualquiera de los prefectos puede atestiguarlo –concluyó, con desesperación.

El golpe había sido directo y la rabia enrojeció el rostro del maestro al darse cuenta de que estaba pisando un terreno sumamente peligroso. El muchacho no era ningún tonto, sabía

defenderse y el incidente podía convertirse en un arma de doble filo.

—¿Insinúa usted que se cometen inmoralidades en este plantel? –bramó enfurecido.

—Yo no insinúo nada; repito que no hicimos ninguna cosa que se nos pueda reprochar, puesto que no somos los primeros ni los últimos que se besan aquí en la escuela.

De inmediato el director trató de darle un giro diferente a la discusión, acometiendo en contra de la maestra, cuya inseguridad y nerviosismo veía ir en aumento.

—Entonces ¿cree usted que estos jóvenes deben ser expulsados del plantel por faltas a la moral?

—No señor, recuerde que hoy mismo en la mañana vine a suplicarle que no se turnaran los oficios, que bastaba con una amonestación –rogó acongojada.

—Entonces, no me explico por qué molesto usted a la dirección si no lo consideraba como algo de importancia –rezongó, dando marcha atrás.

—Reconozco que obré a la ligera y estoy arrepentida –aceptó derrotada, moral y físicamente, pues se sentía enferma-, y le ruego al señor director y a los padres de la joven que me perdonen.

—Lo que pasa es que es usted es una chismosa y nos acusó por envidia, porque estoy segura de que nunca nadie ha tratado de besarla –gritó la muchachita al borde de la histeria que le había provocado el tratar de contenerse tanto tiempo, y se arrojó en los brazos de su madre sollozando convulsivamente, desbordado al fin el dique que su dignidad había puesto a su dolor y a su vergüenza, quedándose todos estupefactos ante su inesperada reacción.

Durante largo rato nadie se atrevió a romper el silencio, perturbado tan sólo por los desconsolados sollozos de Angelina hasta que el director, queriendo poner fin a la desagradable escena, dirigiéndose al padre de la muchacha requirió:

—Señor Oliva, ¿pide usted algún castigo para el joven Xavier del Río?

—Yo no quiero que se castigue a nadie –aseguró el atribulado padre-, máxime que mi hija aceptó haber tomado la

iniciativa. Además, tengan ustedes la seguridad de que ya tomaré medidas para que esto no vuelva a suceder...

Angelina sintió que se le erizaba todo el cuerpo, pues conocía a su padre y se imaginaba lo que le esperaba.

—Entonces, demos por terminado este desagradable asunto. Pueden retirarse –indicó, simulando dedicar toda su atención a los papeles que tenía sobre su escritorio.

Al salir, la señorita Wilkinson se acercó a los padres de la chamaca tratando de ofrecerles una disculpa:

—Les ruego que me perdonen, yo sólo trataba de protegerla... -musitó débilmente, pero sus palabras cayeron en el vacío porque estos ni siquiera se dignaron contestarle y comprendió que con su inexcusable torpeza acababa de ponerse en el más espantoso de los ridículos.

Angelina la había tratado de envidiosa y le dolía porque la chamaca había puesto el dedo en la llaga. Era verdad. Tenía que confesar que se moría de envidia cada vez que veía a una pareja acariciarse, tal vez porque ella se había visto privada siempre de esa dicha.

En su tiempo, le enseñaron que el beso era un pecado horroroso e inexcusable a los ojos de Dios; que la boca era el abismo, a cuyo borde nadie podía asomarse sin caer y caer hasta perderse totalmente y sin remedio. Ni siquiera guardaba el recuerdo de una caricia del novio desaparecido porque por miedo no se lo había permitido jamás.

Más tarde, cuando se enamoró de veras, cuando puso en ese cariño todas las fuerzas de su apasionado corazón, como se había fijado en un imposible, domeñó sus anhelos, para no claudicar de sus principios. Ahora de vieja, había vuelto a caer en lo mismo, enamorándose de Claudio, el esposo de su amiga, Claudio..., todavía el domingo anterior..., y ella lo había rechazado, cuando hubiese dado gustosa lo que le quedaba de vida por saber qué se sentía al ser acariciada por una mano masculina. Pero el tiempo le había ganado la batalla. Aun con Claudio ya era demasiado tarde; era ya demasiado vieja para cualquier cosa. Sin embargo, tenía que reconocer que sus instintos, quizá por haber permanecido siempre insatisfechos, insaciados, reprimidos, no sólo no se habían cal-

mado sino que aquello, eso a lo que no se atrevía a llamar ni siquiera con su nombre verdadero, se le había convertido en una terrible, espantosa y atormentadora obsesión.

—¿Se siente usted mal? –oyó que alguien le preguntaba, pues al salir de la escuela, después de los terribles momentos que acababa de pasar, sentía que todo le daba vueltas y tuvo que cogerse de la pared para no caer.

El que hablaba había sido su alumno hacia ya varios años y ahora estaba convertido en un opulento profesionista, casado y con familia.

—¡Oh, no...! –trató de reaccionar ensayando una sonrisa-, es este calor que le agobia a uno sin poderlo remediar. Ya estamos en octubre y todavía no se aplaca.

—Si me permite, voy a llevarla a su casa –se ofreció amablemente-. Allí nada más tengo estacionado el carro –indicó, señalando un Renault último modelo.

—Pero es mucha molestia, mi casa queda lejos...

—Precisamente por eso y además, no es ninguna molestia sino un verdadero placer poder servirla maestra –aclaró el profesionista, sonriente-. ¿Vamos? –propuso y ofreciéndole el apoyo de su brazo la condujo hasta el elegante y mullido automóvil.

Ella lo siguió obediente reconociendo que la Divina Providencia se lo había enviado muy oportunamente, pues se sentía incapaz de dar un paso.

15

Eran cerca de las ocho y Virginia no se animaba a abandonar la oficina, esperando y aguardando siempre.

Trató de transcribir a la máquina unas cartas que le había dictado su jefe; pero su mente estaba en otra parte y no logró concentrarse. Por fin, cuando acababa de tomar las suficientes fuerzas para levantarse y salir de su privado, sonó el teléfono, vibrante, apasionado, por lo menos así le pareció a ella.

—Bueno… ¿sí? ¿Qué tal te fue?

Como siempre, le reconoció la voz a la primera palabra y la charla se fue poniendo interesante.

—¿Qué tal de viaje? –volvió a preguntar ella.

—Bien, sólo que extrañando mucho a Bellaisla. Mejor dicho, a una personita que vive por estos lares.

Rió ella nerviosamente sin saber que contestarle pero luego le confesó:

—Yo también te he extrañado bastante es más, no me he movido de aquí aguardando tu llamada.

—¿Y cómo supiste que estaba de regreso…? –inquirió cariñoso.

—Te vi esta mañana, desayunando en el Reforma, cuando venia para acá.

—¿Y por qué no te acercaste a acompañarme? –bromeó él.

—Estabas con tus amigos y no me viste.

—Y yo que pensé que iba a darte la sorpresa -le reprochó, guaseando.

—De todos modos ha sido muy grato que me llamaras.

Te lo agradezco profundamente –confió ella muy seria.

—Nada tienes que agradecerme, niña. Para mí es un honor y un goce volver a escuchar tu dulce voz.

—Déjate de bromas –le reprochó ella, pero sintiéndose íntimamente halagada –y platícame ¿qué tal te fue...?

—Ya te dije que todo salió satisfactoriamente. Creí que no iba a encontrarte; ya es un poco tarde pero hasta este instante acaban de irse unas personas que tuve aquí toda la tarde dando la lata. ¿Podemos vernos? –inquirió de manera suplicante.

—¿No es ya muy noche? –preguntó ella, no supo ni por qué, pues también estaba deseosa de verlo; pero al escuchar el desencantado `como quieras´ de él, rectificó apresuradamente-: No importa, vente y platicamos aunque sea un ratito.

—Enseguida estoy contigo.

Un momento más tarde entraba él al privado, y antes de saludarla, sacó de debajo de su impermeable una caja de chocolates que le traía de regalo.

—Para que veas que es cierto que me acordé de ti.

Virginia se sintió tan emocionada que no supo qué decirle ni en qué forma agradecerle el detalle, y en silencio, se le acercó y le acarició la cabeza.

—Niña, niña... -murmuró él mimoso, rozándole la frente con los labios y como sintió que el momento se les estaba poniendo peligroso le propuso-: Está lloviendo a cántaros. Si quieres te llevo a tu casa. Tengo afuera la carcacha.

—¿Quieres creer que ni siquiera me había dado cuenta de que llovía? –asomándose a la ventana vio que, efectivamente, el agua caía nutrida-. Y llueve a la antigüita, de arriba para abajo...

Rieron el chiste, guardó ella sus cosas y como no llevaba gabardina, la cubrió él con su impermeable y salieron a tomar el vehículo.

Cuando estuvieron instalados dentro, le propuso él un paseo bajo la lluvia.

—Encantada, pero no muy lejos.

—No temas, no pienso raptarte, aunque te confieso que me gustaría mucho hacerlo. La tentación es demasiado fuerte.

—A mí también me gustaría que lo hicieras –le confesó con la sinceridad que la caracterizaba-; pero nos acarrearía demasiadas complicaciones. ¿No te parece?

—Así es -asintió él, y la broma puso entre ellos un muro

de tristeza y de silencio, por lo que de verdad latía en el fondo de la chanza.

Dejando atrás los nuevos bulevares llegaron a la orilla de una laguna; la lluvia seguía cayendo y el lago parecía, a la luz de los faros del carro, como un alfiletero de cristal.

Ninguno de los dos había vuelto a hablar y la muchacha trató de apresar el instante maravilloso que se les ofrecía, con la noche y la lluvia aislándolos, separándolos del resto del mundo como si nada más existiese. Como si se viesen convertidos de pronto en la primera pareja, en un mundo donde no existiese nada más, ni deberes, ni prójimos, ni pasado ni futuro, sólo ellos dos, gozando la plenitud del sentimiento mágico que los unía, apresándolos en una maravillosa y perfecta reclusión, excluyéndolos de todo lo demás.

Pero detrás de la emoción el viejo miedo se agazapaba en el interior de Virginia, y cuando él buscó sus labios ella tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para entregárselos sin que él notara su instintiva resistencia.

Los tomó él apasionadamente y ella intentó capturar la deliciosa sensación, de guardarla en alguna forma para el recuerdo, porque cuando estaba sola... Quiso olvidarse de esas horas y de saborear plenamente el instante que la vida les brindaba y que tal vez no se repetiría, pero no le era fácil hacerlo. Lo amaba, sí, lo amaba desesperada, angustiosamente. Sus enamoramientos anteriores le parecían solo un juego, un preludio de este amor que lo avasallaba todo, que llenaba su vida con absoluta intensidad y la hacía sentir que existía. Y sin embargo cuando trataba de entregarse a sus caricias sin pensar en nada más, nunca lo lograba por completo. Lo hacía siempre con temor oponiéndole una resistencia pasiva como sí entre ambos se levantara una muralla, insalvable e imposible de derribar.

Y es que la muralla existe... -se dijo desconsolada- sólo que los dos tratamos de olvidarla.

Volvió él a besarla, y cuando la soltó ella comentó:

—Hacemos mal, estamos procediendo indebidamente con esto; ninguno de los dos tiene derecho y la verdad nuestra amistad nos está perjudicando.

No había terminado de hablar cuando sintió que se odiaba. ¿Por qué había dicho tantas tonterías? Es más, le pareció que había sido otra persona la que pronunciara esas horribles palabras, porque ella, la intrínseca, la verdadera, había sido demasiado feliz entre los brazos fuertes y musculosos de él, en cuyo cerco se sentía como nunca segura y resguardada.

Tantos días sufriendo su ausencia, extrañándolo apasionadamente que cuando por fin estaban juntos y se les presentaba una ocasión como la de esa noche, única y tan difícil de lograr, ella salía con una necedad que ni siquiera sentía.

Cierto es que no podía evitar el sentirse culpable de un amor que no le pertenecía ni le pertenecería jamás..., pero ¿no eran más dolorosos sus días, grises y tediosos cuando no tenía nada que esperar; cuando ni siquiera aguardaba la limosna de una llamada telefónica? –se preguntó con la mayor sinceridad, respondiéndose de inmediato afirmativamente.

Pensó desdecirse, retractarse, confesarle que ya no sabía ni podía vivir sin su amistad, sin esas horas de espera junto al teléfono ni sin sus visitas, que se habían convertido en razón y esencia de su existir; pero no supo cómo expresar lo que sentía, ganó la timidez de siempre y se quedó callada.

Él no le respondió enseguida. Pareció meditar profundamente sus palabras y, hasta pasados unos momentos, aceptó:

—Tienes razón, yo nada puedo ofrecerte solo te estoy perjudicando, así es que lo mejor es que no volvamos a vernos.

—Yo no quise decir eso –gimió Virginia, angustiada.

—Sé que no quieres herirme –prosiguió él sin comprender la aflicción de la muchacha- pero es verdad, mi amistad te está haciendo daño y no tengo derecho a ser egoísta. Me he acogido a tu cariño, él me ha ayudado y sostenido en estos años que para mí han sido duros; pero no quiero nada que pueda traerte un mal. Es más, no dejo de comprender que lo nuestro te está restando oportunidades, que sin mí tal vez ya hubieras podido aprovechar.

Jamás había hablado tanto y Virginia se quedó de una pieza, pensando que en ese momento acababa de perderlo para siempre.

Enfiló el vehículo hacia el centro de la ciudad por las calles que la lluvia mantenía solitarias y silenciosas, y se estacionó detrás de donde ella vivía.

—¿Te parece bien aquí? –preguntó sin alterar la voz, como si se estuviesen despidiendo como todas las noches con un `te llamo mañana´.

—Sí, aquí está bien –asintió ella, sintiendo que se le saltaban las lágrimas.

En ese instante había dejado de llover y se bajó del coche, estremeciéndose al contacto de la mano que la ayudó a descender, pero sin saber qué decir.

Cuando arrancó, Virginia se dio cuenta de que en un instante lo había perdido todo y que nadie más que ella había tenido la culpa –¿cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Acaso iba a poder vivir sin él?

16

Cuando empezó a trabajar las cosas parecieron mejorar para Polly. Podía vestirse un poco mejor y hasta contaba con algo de dinero para sus gastos personales, aunque la mayor parte de su sueldo lo entregaba a su madre para los gastos de la casa. Pero la satisfacción de sentirse con una pequeña entrada de la que podía disponer a su antojo le duró poco. Su padre, un buen hombre pero tímido y sin carácter, un conformista para decirlo pronto, no sólo se había vuelto cada vez más desobligado con la familia sino que últimamente le había dado por tomar, tratando de escapar a fuerza de alcohol, de una realidad que se sentía capaz de superar por su propio esfuerzo y ahora que Polly trabajaba se le hacía cómodo cargar sobre ella la mayor parte de las responsabilidades económicas del hogar.

Además, cuando Polly llegaba a su casa, en lugar de encontrar en ella un rincón apacible y acogedor tenía que presenciar el espectáculo de un padre casi siempre borracho. Y escuchar como en una letanía interminable, las quejas en las que su madre desahogaba ante ella las calamidades sufridas durante todo el día, y el consabido lamentarse de toda una vida trabajos y privaciones. Como si la joven fuese la culpable de ella o como si tuviese en sus manos la forma de remediársela.

Si se disponía a salir a distraerse, a tratar de borrar con el paseo sus días sin horizontes, su madre se lo echaba a perder al decirle:

—Dichosa tú que puedes largarte a tus diversiones y olvidar todo esto; yo en cambio, no tengo nunca derecho ni a la

menor distracción... -con lo que la joven ya se iba amargada y sintiéndose culpable del rato que iba a pasar con sus amigas.

Si optaba por quedarse, ya tenía cantilena para rato:

—¿Por qué no sales? ¿Crees que vas a remediar algo quedándote en casa? –y así por el estilo.

Para tratar de olvidar sus desdichas se refugiaba en su fuga, así lo llamaba ella; haciendo aquella cada día más seguido; mejor dicho cada noche, cuando consideraba que todos dormían.

Por eso cuando sentía que odiaba a su padre porque gastaba en la cantina el dinero que tanta falta le hacía para cubrir las deudas que los acosaban siempre, o a su madre, porque volcaba sobre ella sus amarguras y sus desengaños, los perdonaba al instante sintiendo que su culpa era peor que la de ellos porque lo que hacía con su cuerpo era a los ojos de Dios, un pecado mucho más grave.

Desde que encontrara en aquel libro, que su curiosidad de adolescente le llevara a leer, el significado de lo que consigo mismo realizaba, no se había atrevido a volver a comulgar. Primero por no pasar la vergüenza de una difícil confesión y segundo porque se sentía completamente incapaz de dejar de hacerlo; y su complejo de culpa, aunado a los problemas que se veía obligada a enfrentar a diario, habían creado en ella una neurosis de angustia que la hacía sentirse cada vez más desdichada, y al mismo tiempo la hundía en lo único que, aunque después la atormentara despiadadamente por un momento la ayudaba a fugarse de todo lo que la perturbaba y la hacía infeliz.

Muchas veces se preguntaba si conservaría aun su virginidad; ese tesoro que nunca había visto, pero cuya pérdida todos conceptuaban como insubsanable; pues cuando se hallaba desesperada inventaba tantas formas de provocarse la sensación pecaminosa, que temía haberse causado, quien sabe desde cuando un daño irreparable.

Leyó una vez en una revista médica, que de casualidad cayó en sus manos, que las personas muy acostumbradas al vicio solitario lo abandonaban apenas contraían matrimonio por parecerles ya entonces un goce incompleto, y esto le dio la

idea de que si lograba consumar el acto normal, aunque sólo fuese una vez, se curaría totalmente de lo que la hacía sentirse tan culpable.

No abrigaba muchas esperanzas de llegar a casarse. La competencia era tan reñida que aguardar el matrimonio, era tanto como esperar sacarse la lotería sin haber comprado billete. Pero se le había hecho una obsesión pensar el que si lograba entregarse a alguien que realmente le gustara, podría arrancar de su sangre, para siempre, la malsana costumbre, el vicio horrible del que tanto se avergonzaba.

Además, el cansancio no la ilusionaba demasiado. Desde que tenía uso de razón había oído a su madre, echar a éste la culpa de todas sus desgracias y sus inacabables amarguras, y se veía a sí misma igual, soportando una vida sin ilusiones, prematuramente avejentada, obligada a trabajar sin descanso en un hogar donde los hijos eran demasiados y el dinero escaso.

Al parecer no todos los matrimonios eran iguales; había algunos que parecían sumamente felices; hogares que no carecían de nada y madres como la de Patricia, que siempre estaban de buen humor. Pero se sentía tan convencida de su mala suerte que no se atrevía a soñar siquiera que el destino pudiera reservarle a ella algo agradable.

En la oficina tenía un pretendiente. Suárez, un pasante de leyes que prestaba allí sus servicios y que cada vez que se le presentaba la oportunidad se le insinuaba; pero ganaban igual y ya sabía ella, si se decidía a aceptarlo y a correr el riesgo de casarse con él, lo que le esperaba.

Claro que el muchacho podría llegar algún día a recibirse y a hacer carrera en su profesión, pero ese algún día lo veía Polly tan lejano que no lograba ilusionarla. Además, como hombre no la atraía demasiado.

En cambio su jefe era un hombre tan interesante, tan varonil, que Polly había cometido la tontería de enamorarse de él. Por lo menos, no conocía ninguna otra persona del sexo opuesto que la atrajese tan profundamente. Estaba casado, naturalmente. ¿Qué hombre que valiera la pena no lo estaba? Pero esto no le parecía a ella un obstáculo insalvable para lo

que venía planeando. Lo había decidido meditándolo cuidadosamente durante muchas noches, mientras daba vueltas en el lecho, sin lograr conciliar el sueño. Se entregaría a él por una sola vez y luego se conformaría con su vida de siempre; pero cuando menos vería despejarse la incógnita que tanto la torturaba y quizá lograría curarse para siempre.

Presentía que no le era indiferente pues a pesar de disponer de varias secretarias siempre la llamaba para dictarle y sus miradas eran harto elocuentes como para que la muchacha se equivocara.

Entró a la oficina casi corriendo pero por suerte su jefe todavía no llegaba, pues no le gustaba la idea de que fueran a llamarle la atención y mucho menos el licenciado Larios.

Pasó la tarde como todas las tardes, y ya entrada la noche lo vio entrar como siempre, seguro de sí mismo, saludando en formar impersonal a todos los empleados, con la amable condescendencia del amo hacia las personas que están a su servicio.

Gozaba de una magnífica posición económica y tenía fama de hombre serio, es decir, no se le conocían aventuras extramatrimoniales, y este detalle había hecho que Polly se fijara en él para llevar a cabo sus propósitos.

La verdad era que el licenciado había iniciado su carrera con el dinero de su suegro, pues él procedía de una familia humilde y de escasos recursos, habiendo tenido que lograr el título a base de muchos sacrificios. La posición de su suegro le había abierto las puertas y no estaba dispuesto a perder por cualquier tontería, una situación lograda a pulso. Le gustaban las damas como a cualquier otro pero trataba siempre de que sus aventuras no trascendieran, lo que no le era difícil, porque su trabajo lo obligaba a viajar constantemente.

Quería a su esposa y a sus hijos, lo que no le impedía darle gusto al cuerpo cada vez que la ocasión se le presentaba, sólo que al revés de la mayoría que se jactaba de sus enredos él los guardaba en el sigilo para poder seguir gozándolos sin riesgo.

Cuando lo vio entrar, Polly pensaba precisamente en lo que tantas noches había tenido la virtud de desvelarla. Sólo un temor la contenía: ¿y si corría la mala suerte de quedar em-

barazada a la primera vez como le había sucedido a la pobre Margarita?

No podía olvidar, a pesar del tiempo transcurrido, los problemas en los que la chiquilla se había visto envuelta y por eso no quería correr riesgos, ya que sólo de pensarlo la carne se le enchinaba. ¿Qué sería de ella si salía con una criatura? Sus padres ni siquiera podían ayudarla; no encontraría forma de escapar de Bellaisla puesto que para eso, se necesitaba dinero y ella no lo tenía, además le daba horror imaginarse que si le sucedía algo se vería obligada a quedarse allí a sufrir las consecuencias.

Entre sus amigas casadas había oído decir que existía un medio para evitar encargar cuando no se deseaban los hijos. Interesada en el asunto, empezó a informarse con una señora joven con la que sentía bastante confianza, y simulando una curiosidad puramente científica le pidió que le explicara el método del que tanto se hablaba. Esta le platicó del ritmo y hasta le prestó un libro donde explicaba el mecanismo a seguir para evitar el embarazo.

Esa noche el destino pareció estar de parte de ellos.

Después del calor insoportable de todo el día, al anochecer se desató un aguacero de esos que hacen época; lo que los empleados aprovecharon para retirarse temprano a buscar el resguardo de sus hogares; quedando en la oficina sólo ella, que se hallaba terminando unas escrituras que deberían ser entregadas al día siguiente.

Cuando el licenciado salía de su despacho dispuesto también a retirarse, se percató de que la muchacha aún estaba allí, y simulando haber olvidado algo, regresó a su privado. Esperó un momento y timbró llamándola. Se dijo que tenía que tratar el asunto con inteligencia pues la chica parecía una joven seria, no como muchas de las otras que trabajaban bajo sus órdenes y que se le ofrecían sin recato alguno, mujeres de quienes por sistema huía, pues sabía que podían comprometerlo.

El momento no podía ser más propicio y pensó que nada perdía con insinuársele; todo estaba en tomar las cosas con calma viniesen como viniesen. Además, aunque no era un

hombre demasiado vanidoso pretendía haber sorprendido en la muchacha, miradas y rubores cuyo significado creía conocer perfectamente.

Al oír el timbrazo toda la sangre de Polly se alborotó y se dijo que si su intuición no la engañaba el momento temido y esperado a la vez había llegado. Sintió que un calosfrío la recorrían iniciándose en la nuca y bajándole por toda la columna vertebral y trató de calmarse asegurándose que no sucedería nada que ella no quisiera; mas al recordar el tiempo que llevaba sufriendo durante largas noches de insomnio y de tortura, al pensar que podría ser la única oportunidad de calmar sus ansias y liberarse por fin de lo otro, se prometió que no sería ella quien retrocediera.

Se compuso en el rostro una sonrisa impersonal y entró en la elegante habitación, con un paso que quería simular despreocupación y aplomo.

—¿Se iba usted ya, señorita Otero...? –inquirió el abogado, al parecer más turbado que ella.

—No, licenciado –respondió, aparentando la mayor naturalidad- estoy a sus órdenes. Quería dejar lista la escritura de los Gómez Zamora que sé que urge, pero puedo terminarla mañana, ¿deseaba algo?

—Sí, tengo una carta personal que quisiera dictarle, pero ya no son horas de oficina y me da pena abusar de su gentileza.

—No se preocupe. Encantada de servirlo.

Tomó su libreta y se dispuso a escribir.

Cuando empezó a dictarle. Polly se sintió un poco decepcionada creyendo que se había equivocado en sus apreciaciones; pero al instante algo la hizo ponerse en guardia.

Su jefe acostumbraba a pasearse mientras dictaba, y en una pasada rozó con su pierna la de la chamaca.

—Dígame, señorita Otero, ¿no va a enojarse su novio si llega tarde a su casa...?

—No tengo novio, licenciado –aclaró ella, con una sonrisa entre inocente y coqueta.

—¡Cómo va a ser, una muchacha tan guapa y tan inteligente... ¡No se lo creo!

La tropezó esta vez ostensiblemente y ella le devolvió el contacto con un gesto audaz pero envuelto en una mirada indefinible.

—Deje usted eso –le ordenó intempestivamente, quitándole de las manos la libreta y el lápiz y arrojándolo sobre el escritorio-. Hay días en que me siento solo y necesito el consuelo de una persona amiga y hoy, tal vez por la lluvia, es un día de esos en los que me afecta la melancolía. ¿Quiere usted ser mi amiga...? –ya estaba dicho y si la chica no era tonta, y no lo parecía, comprendería perfectamente.

—Sí –aceptó Polly clavándole los ojos atrevidamente- sií-quiero ser su amiga.

La tomó de la mano y la arrastró al sofá que estaba en el fondo de la habitación. Se sentó a su lado y cuando empezó a besarla ansiosamente ella exclamó:

—¡Por fin! –como si hubiese estado esperando ese momento por largo tiempo.

Luego le desabrochó la blusa y le acarició los senos breves y vibrantes, besándoselos y succionándoselos como una criatura hambrienta en busca de alimento. Polly no opuso resistencia, lo dejó hacer, tratando de apresar la sensación que la caricia le producía. Recordó que estaba en sus días hábiles y esto le prestó cierta seguridad pensando que podría realizar, sin peligro, lo que deseaba. No sentía miedo sino una avidez incontenible en el deseo de verse consumada.

Se preguntó si iría a dolerle y si sangraría, pero su anhelo era tal que borraba todo lo demás.

Cuando la despojó de la blusa y le desabrochó el brassier, ella suplicó sordamente:

—Apaga la luz... Sin fijarse en que lo estaba tuteando por primera vez en la vida.

Se levantó él para hacer lo que la joven le pedía y se oyó el click del apagador quedando la habitación a oscuras. Por una ventana alta de cristales, se colaba la luz mercurial de la calle, aunque velada, como en un ropaje de gasa por la lluvia que seguía cayendo ininterrumpidamente, y un instante después Polly alcanzó a ver como el hombre, completamente desnudo, venía hacia ella.

Hubo un momento en que sintió deseos de gritar, pero se mordió los labios conteniendo su miedo y el sabor de su propia sangre la enardeció y sólo quiso que aquello que esperaba llegara pronto, lo más pronto posible.

Instintivamente se bajo el cierre de la falda y cuando él llegó hasta a ella jadeante, se la arrancó de un tirón con el resto de su ropa interior, quedándole tan sólo las medias, el collar y los aretes.

Cuando la tiró sobre el sofá, uno de los pendientes rodó por el piso de mosaico, produciendo un ruido que en el silencio que los rodeaba y que la lluvia hacía más profundo, resultó exorbitante.

De inmediato el hombre empezó a acariciarle el sexo oprimiéndoselo con cierta rudeza mientras ella aguardaba, tensa, vibrando de inquietud y de deseo; como en los momentos en los que en la oscuridad de su cuarto, trataba de provocarse, aun cuando tuviera que lastimarse para sentir; para lograr la indescriptible sensación que a sí misma se producía, porque no podía más con la tortura de su anhelo.

Mientras la besaba se le fue colocando encima cubriéndola totalmente. La joven resbaló su cuerpo, tratando de quedar en el punto exacto donde todo dolía de ansiedad y de avidez, porque había llegado el momento en que sólo una cosa podía calmarla, sólo un dolor lograría apaciguarla; pero cuando aquello que había esperado tanto tiempo, aquello que con tanta desesperación deseaba iba por fin a consumarse, rompiendo él el silencio, le preguntó:

—¿Puedo hacerlo? –y algo deshizo la magia.

—No sé... -murmuró ella, toda temblorosa –te juro que nunca he hecho esto con nadie.

Extrañamente él le creyó y tuvo miedo, pues no había contado con la posibilidad de que ella fuese virgen. Ya que unos días antes, en uno de sus viajes había disfrutado de una aventura con una chica de dieciséis años, al parecer tan decente como ésta, y no había tropezado con ninguna barrera.

—Entonces, podría lastimarte... -musitó sordamente, sin poder evitar sentirse decepcionado.

Desde los preliminares había sido tan violenta la intensidad de su deseo, pues la joven lo atraía bastante, que aun sin

haberla poseído se descargó fácilmente; y el licenciado que no quería complicaciones, se levantó y se internó en el bañito que quedaba a un lado del privado, mientras Polly aguardaba tensa.

Seguía allí tendida en el sofá, temblando de nervios y de frío, pues se encontraba totalmente desnuda; esperando sin saber lo que esperaba y sin atreverse a hacer ningún movimiento; hasta que cayó en la cuenta de que él no retornaría, de que eso había sido todo. Tambaleándose empezó a vestirse tratando de adivinar sus ropas en la oscuridad. No encontraba su blusa, pues él la había echado detrás del sofá; hasta que después de varios intentos y tanteos la halló, se la puso y salió del privado, tiritando.

Los dientes, le castañeaban y eso que comprendió no le había sucedido nada. Ni siquiera sabía si lo sentía o se alegraba porque su mente era un verdadero torbellino, donde las ideas se arremolinaban sin ninguna claridad.

Tomó su bolsa de mano del escritorio y abrió la puerta de la calle. Ya no llovía. El aguacero había cesado tan intempestivamente como se iniciara, y salió dirigiéndose a su hogar.

17

Pasaron los días y las semanas, y Virginia esperó en vano una llamada. Él cumplía así su palabra de no volver a molestarla.

¡Cómo le dolía haberlo perdido!, se sentía tan triste y tan vacía que, a veces, tenía que luchar denodadamente contra la tentación de tomar el teléfono y llamarlo, mientras se quedaba horas enteras sola en la oficina, cuando todos los demás habían salido, tratando de transmitirle con el pensamiento la necesidad que sentía de escucharlo, esperando en vano que se realizara un milagro; pero el teléfono permanecía mudo, sordo e insensible a sus ruegos.

Se habían cruzado en la calle algunas veces; pero él se hacía el desentendido y pasaba a su lado como si no la conociera. También en el jardín se habían visto; pero daba la impresión de rehuirla, pues cuando ella entraba a un lugar con sus amigas se salía él casi de inmediato sin darle tiempo de buscarle los ojos para intentar un saludo, una señal, algo. Pues estaba segura que a la más pequeña insinuación de su parte él retornaría a hablarle y todo volvería a ser como antes; pero los días se iban y la oportunidad no se presentaba.

Lo más duro era tener que reconocer que toda la culpa era de ella solamente. Por seguir los dictados de su conciencia había destruido tontamente lo único que poseía y que le brindara a su existencia, insípida e incolora, algo de matiz y de perfume.

Ahora reconocía que había sido una tonta y que de nada le servía el sacrificio; es más, cada día crecía mayor su anhelo por volverlo a ver; su necesidad de tener, de nuevo, aunque

solo fuese la limosna de unas palabras cruzadas al través del teléfono.

La próxima vez que me lo encuentre lo saludo y a ver qué pasa... –se prometió, aferrándose a esa ilusión, pues había terminado por comprender que le era imposible romper así nada más con algo que se hallaba ya tan arraigado. No en vano su amistad tenía más de cuatro años de iniciada.

Por eso esa noche, cuando sus amigas llegaron a invitarla para ir un rato al Babalú, aceptó presintiendo que tal vez él también asistiría.

El Babalú era un nuevo centro nocturno que acababa de abrir sus puertas al público bellaisleño hacía apenas una semana. El lugar había sido planeado exactamente como cualquiera de los cabarets de la capital de la república, y se componía de un pequeño salón, apenas iluminado con unas luces difusas que brotaban del piso y que permitían medio adivinar las figuras sin lograr la completa identificación de los rostros, como no fuese ya muy de cerca.

En el pequeño espacio se amontonaban la mayor cantidad posible de mesas, y al fondo, sobre una tarima de madera la orquesta, compuesta de seis músicos, incluyendo al pianista, amenizaba el ambiente ejecutando una música sensual y cadenciosa.

Cuando el local se llenaba, en la minúscula pista que quedaba libre entre las mesas y la tarima de la orquesta se apretujaban las parejas, con el beneplácito de éstas, quienes aprovechaban de la mejor manera la reinante oscuridad.

Esa noche el local se encontraba poco concurrido tal vez porque al mismo tiempo se estaban efectuando varios actos sociales: una cena del Club de los Cóndores recién constituido por un grupo de jóvenes; los quince años de la hija de un acaudalado comerciante y una boda.

—¡Cómo son...! –se quejó Cynthia, sin poder ocultar su malhumor-. Siempre que no vengo me cuentan que se dan la gran divertida; que una mesa estaba llena de ingenieros, que llegaron viajeritos, ¡qué sé yo! y cuando me alboroto resulta que no hay nada de nada, sólo mujeres que se aburren como

nosotras, esperando lo mismo. ¿Es mala suerte o es que ustedes me toman el pelo bonitamente? –preguntó desolada.

—Y ¿qué culpa tenemos nosotros de que no aciertes? –contraatacó Ivonne– hay que venir seguido para ver cuándo le da uno al clavo.

—De todos modos nunca se logra nada serio... -apuntó Zoila-. La invitan a uno a bailar, le estrujan lo más posible y se largan Dios sabe adónde y no se les vuelve a ver la cara... ¿De qué nos sirve?

—Siquiera pasas el rato, que ya es bastante –le rebatió Estrella.

—Ésta quisiera que cuando se acercaran a invitarla a bailar le trajeran lista el acta de matrimonio con todos los papeles en regla sólo para estamparles la firma –se burló Ivonne-. No hay que exigir tanto, chica, la lucha es dura y conseguir esa rara avis llamado marido y cuya especie parece estar a punto de extinguirse, no es tan fácil; así que procura tomar de la vida lo que ésta te presente, antes de que sea demasiado tarde. Claro que lo que deseamos todas es casarnos, pero no creas que van a ir a buscarte a tu casita; en los tiempos en que vivimos hay que ponérseles enfrente a ver si de casualidad alguno abre bien los ojos y se da cuenta de lo que se están perdiendo –terminó con una carcajada.

—Ivonne tiene razón –corroboró Estrella-. Además, Dios dice: Ayúdate que yo te ayudaré...

—Pues a mí me enseñaron que el buen paño en el arca se vende –protestó Zoila.

—Eso sería en otros tiempos niña; vivimos en el siglo de la propaganda –le recordó Virginia.

—¡Me gustaría tener mucho dinero! –exclamó Cynthia de pronto.

—¿Y qué harías si fueras millonaria? ¿Crees que eso cambiaria la amargura de la soledad? –le preguntó su amiga.

—Yo me iría a los Estados Unidos y tendría un amigo diferente cada semana o un marido nuevo cada seis meses –bromeó Ivonne.

—¿Y por qué tan luego a los Estados Unidos...?

—Porque allá esas cosas se ven naturales; cada quien vive

su vida libremente y a nadie le importa lo que hagas o lo que dejes de hacer.

—¿A poco no tienen vecinos? –se asombró Zoila, con tal ingenuidad que arrancó una carcajada general.

—Claro que los tienen criatura –le aclaró Ivonne, sin dejar de reír- pero no se meten en la vida ajena.

—No lo creo –aseguró la que había hecho la pregunta-. La gente siempre está pendiente de lo que uno hace para criticarlo.

—Te digo que allá es distinto. A nadie le importa la vida de nadie; no toda la gente va a ser como la de por acá –le aseguró muy convencida.

—Con mucho dinero me dedicaría a viajar por todo el mundo –afirmó Estrella, cortando la discusión de sus amigas-. ¡Debe haber tantas cosas interesantes que conocer!

—Sería divertido probar como hacen el amor los hombres de diferentes países –se chanceó Ivonne-. Los franceses, los italianos, los rusos, etcétera, etcétera.

—A mí me gustan los italianos... -apuntó la chiquilla-. Besan maravillosamente.

—¿Y a ti cuando te ha besado un italiano? –rió Virginia.

—Bueno, no es que me haya besado ninguno, pero los he visto en el cine y me imagino que deben de ser fabulosos...

—Ustedes nada más en eso piensan –gruñó Zoila, pero su observación cayó en el vacío.

—Según dicen adonde hay que ir ahora es a Suecia –informó Estrella.

—Yo creo que los hombres son iguales en todas partes –opinó Zoila, intentando meter baza en la charla.

—Tienen lo mismo, eso no cabe duda, pero tal vez sepan usarlo en forma diferente...

—¡Qué bárbara eres, Ivonne! –se alarmó Virginia-. Imagínate si nos estuvieran oyendo...

—Los hindúes hasta tienen libros donde enseñan las diferentes formar de hacer el amor... -prosiguió la muchacha, sin hacer caso de la observación de su amiga.

—¿Es cierto que azotan a sus mujeres? –se interesó Zoila.

—¿A poco te gustaría que te pegaran...? –se extrañó Cynthia.

—Yo no he dicho eso, es que he oído decir que es un lugar sumamente interesante.

—Porque si te gustan los sádicos no tienes que ir tan lejos –le aseguró Virginia, vacilándola-. Al lado de mi casa hay uno que, cada vez que llega borracho le pega a su mujer hasta dejarla medio muerta, y esto lo hace una noche si y la otra también....

—¿Qué es eso de sádico...? –quiso saber Zoila, cuyas lecturas no pasaban de las novelas de Corin Tellado y las obras religiosas.

—Los que gozan haciendo sufrir a otra persona –le aseguró Virginia en tono doctoral- y son masoquistas a los que sienten placer en su propio sufrimiento.

—Estarán chiflados... -apuntó Estrella.

—No, no precisamente. Son estados neuróticos producidos por traumas casi siempre recibidos en la infancia. Al parecer son cosas totalmente olvidadas, pero que quedan grabadas en el subconsciente sin que la persona se dé cuenta e influyen en muchos de nuestros actos y actitudes frente a la vida.

—Y eso ¿tiene algo que ver con el amor...? –la interrogó Zoila, cada vez más interesada en lo que su amiga estaba explicando.

—Bueno, más que con el amor, está directamente relacionado con el sexo –le aclaró la muchacha, como ya dijimos en tono doctoral.

—A mí me gusta que me hagan gozar, sentir, vibrar intensamente, pero sufrir, no se me ocurriría nunca –aseguró Ivonne.

—Ellos gozan con eso. Hay seres de uno y otro sexo que si no son castigados no encuentran en el acto amoroso ningún goce.

Zoila bebía materialmente las palabras de su amiga. Hubiera querido preguntar más, saber más cosas respecto al tema; pero no se atrevió a interrogarla abiertamente. Sus amigas la vacilaban siempre considerándola demasiado gazmoña porque no se dejaba manosear ni besar por los hombres que la invitaban a bailar y no quiso dar lugar, con sus preguntas, a que fueran a burlarse de ella. Además, después de sus salidas

con Felipe, vivía atemorizada de que alguien pudiese llegar a enterarse; pero la explicación de Virginia la hizo cavilar.

¿Por qué ella siempre que pensaba en el amor lo relacionaba con alguien que la hiciera sufrir...? –se preguntó angustiada... -Virginia leía mucho y sabía lo que decía. Tal vez si se confiara a ella podría salir de dudas. Era buena, discreta y comprensiva pero ¿y si la tachaba de loca...? No era por demás, tenía que seguir callando, llevando a solas el peso de un secreto que cada día se le hacía más insoportable. Tal vez si volviera a confesarse... Si hablara francamente con su confesor..., pero tendría que pasar la vergüenza de confiarle sus salidas con Felipe y era seguro que la regañaría severamente. No, tampoco allí estaba la solución –se repitió y se quedó ensimismada.

La orquesta iniciaba una tanda y Zoila trató de ahogar sus preocupaciones concentrándose en la música.

En esos momentos alguien se inclinó frente a Virginia para invitarla a danzar y ella se paró sin atreverse a creer lo que estaba viviendo. La oscuridad le velaba la cara, pero la voz y la mano, que la había tomado del brazo con firmeza para conducirla a la pista, eran inconfundibles. Cuando se enlazaron en el baile la muchacha temblaba de emoción y felicidad. Habló él entonces, diciendo:

—Pensé que en esta oscuridad y por una sola tanda no habría peligro de comprometerte...

—Oh no, al contrario..., ¡qué bueno que se te ocurrió! ¡Es maravilloso! Pero ¿dónde estabas que no te había visto?

—En la barra. Yo sí te vi cuando entraste con tus amigas, y cuando empezaron a tocar esta pieza que sé que te gusta no pude resistir la tentación.

—¿Por qué no me has hablado? –se quejó ella.

—Tú dijiste que era mejor que lo nuestro se terminara –le reprochó con cierto rencor-. Yo no he hecho más que respetar tus órdenes.

—Es cierto que lo dije, pero...

—Pero ¿qué...? –la orilló él a terminar la frase.

—No creo que sea tan grave que hablemos de cuando en cuando y a mí me hace sumamente feliz –confesó ella turba-

da, pero decidida a no perderlo de nuevo, ahora que el destino los había puesto otra vez frente a frente.

—También a mí me hace mucha falta tu amistad, pero no me había atrevido a romper tu mandato. Siempre respeto las consignas que me dan –aseguró medio en serio medio en broma.

—Pues ya está rota –rió ella, feliz-. Llámame cuando quieras.

—¿Lo deseas de veras? ¿No vas a arrepentirte luego? –se ensañó, sintiendo que la tenía en sus manos.

—No, no me voy a arrepentir. ¿Quieres que te lo pida de rodillas? –se chanceó Virginia y rieron los dos, tal vez porque se sentían intensamente dichosos.

Continuaron bailando en silencio saboreando la dicha magnífica de hallarse juntos, de que el hielo del malentendido se hubiese roto, por fin.

—Esta oscuridad le hace atrevido a uno. En otra parte nunca me hubiese animado a invitarte a bailar.

—En tantos años es la primera vez que bailamos juntos –suspiró Virginia.

—Así es.

Terminaba la tanda y se apresuró a llevarla a la mesa antes de que prendiesen las luces y alguien fuese a reconocerlos; pero para Virginia la noche ya estaba cumplida, plena, maravillosamente completa.

—Te llamo mañana entonces –le prometió antes de dejarla.

—¿Con quién bailaste que ni siquiera vimos a qué horas te fuiste? –quiso averiguar Zoila, curiosa.

—No lo sé. No lo conozco, debe de ser viajero –mintió con aplomo pues ya llevaba preparada la respuesta.

—¿Te pidió la otra? –se afligió, pensando que su amiga seguiría bailando y que ella no se había levantado de la silla.

—No, creo que ya se fue –aseguró, tratando de no darle importancia.

Seguía la discusión sobre lo que haría cada una con mucho dinero y Virginia se dijo que le gustaría viajar, conocer esos países de fantasía que anunciaban las agencias de viaje en varios folletos a colores; pero lo ideal sería hacerlo acompañada

del amado, del hombre que llenaba todos los rincones de su pensamiento; todos los huecos de su apasionado corazón... Pero ¿y la esposa...? ¿Qué harían con ella en ese sueño prodigiosa? –le preguntó terca y acusadora la voz de su conciencia; y recapacitó decepcionada que ni muchos millones darían a su problema la justa solución. Sin embargo esa noche nada importaba; lo había recobrado y eso era lo esencial.

La variedad terminaba en esos momentos y las muchachas se disponían a llamar al mesero para pagar la cuenta y marcharse, cuando un desconocido se dirigió a Ivonne y con marcado acento extranjero la invitó a bailar.

—Lo peor es que ahora no se va a querer salir quién sabe hasta cuándo –refunfuñó Zoila.

—Hoy por ti mañana por mí... -le recordó Virginia.

Terminó la tanda y él volvió a invitarla; pero a la tercera, pensando Ivonne que sus amigas sólo se habían quedado por ella, le anunció:

—Tengo que irme ya, las muchachas me están esperando.

—Me gustaría mucho volver a verla. ¿Sería posible...?

—¿Por qué no...?

—Entonces ¿dónde puedo pasar a recogerla mañana para que me enseñe la ciudad? Acabo de llegar y todavía no he visto nada.

—Yo salgo a las siete de mi trabajo.

—Entonces, si me da la dirección estaré por usted a esa hora.

—Con todo gusto –aseguró Ivonne, pues el hombre aunque no era precisamente guapo tenía un porte bastante varonil.

—Entonces hasta mañana a las siete –se despidió él, cuando la acompañó a la mesa.

—Encantada.

18

Entraba la noche cuando Ivonne y su última conquista dejaron atrás la avenida de la Colonia de las Flores y tomaron la carretera internacional. Una vez allí, el hombre apretó el acelerador aumentando considerablemente la velocidad y haciendo zigzaguear el vehículo peligrosamente.

Sintió ella deseos de pedirle que no fuera tan aprisa, pero algo en su mirada se lo impidió y optó por permanecer en silencio.

La noche anterior, cuando él la invito a salir aceptó encantada, porque estando tan escaso el material masculino –reflexionó- no era cosa de andarse con remilgos y haciéndose de rogar, sino que al contrario, la táctica a seguir era el tratar de complacerlos hasta donde fuera posible para ver si así duraban un poco más. No era ninguna gazmoña y cada vez que se le presentaba la oportunidad aceptaba ir a pasear en carro con amigos, pretendientes, novios ocasionales o lo que fuera. Pues sólo en las afueras de la ciudad podía uno expansionarse sin exponerse al fisgoneo de los demás; pero al darse cuenta de que llevaban varios kilómetros recorridos sin que el hombre diera muestra de querer detener el vehículo, empezó a experimentar cierta inquietud.

Solo sabía de él que se llamaba David Smelling, que venía de una de esas naciones centroamericanas donde se habla el inglés y se machaca el español –así se lo había explicado él, disculpándose de su mala pronunciación, aunque sin especificarle el nombre de su país de origen- y que actualmente recorría la república como supervisor de una compañía de muebles para oficina. Compañía que no debía de ser muy importante –se dijo la joven- porque ella jamás había escuchado la marca que él representaba.

Ivonne se repetía que para besarse no tenían necesidad de alejarse tanto de la ciudad; los nuevos fraccionamientos, que en su mayoría se hallaban todavía poco poblados, ofrecían a las parejas que deseaban acariciarse multitud de rincones discretos así como pequeñas desviaciones de la carretera. Pero tal vez el forastero no los conocía y por eso se había alejado tanto.

Pasaban en esos momentos frente a Casacac, un pueblecito que distaba varios kilómetros de Bellaisla y que la muchacha conocía por haberlo visto cuando se dirigían a la costa. El individuo continuaba en su loca carrera haciendo que ella, a pesar de su presencia de ánimo comenzara a experimentar miedo.

Por fin, al llegar a una explanada cubierta de árboles, en un recodo del camino el hombre detuvo el vehículo, con el aplomo de quien conoce el terreno que pisa.

Ya era tiempo –se dijo Ivonne quien tenía ratos de venir cavilando sobre la mejor manera de pedirle que regresaran.

Sintió que se ponía rígida. Siempre se apoderaba de ella esa sensación de temor cuando iban a empezar; era algo que no podía evitar, pero luego que el miedo pasaba, gozaba plenamente y sabía también proporcionar placer, respondiendo a las caricias que recibía.

Amaba todo lo que fuera emoción y sentimiento, siempre había pensado que las caricias entre dos seres que se atraen eran eso: sentimiento y emoción, vida para decirlo con una sola palabra.

Le agradaban sobre todo los preliminares, los besos detrás de las orejas, alrededor de los ojos o ascendiendo por el cuello para culminar con el beso en la boca, a veces febril y ansioso como un mordisco y otras lento, largo en tal forma absorbente que hacía perder la noción del tiempo. Brindando la maravillosa sensación de que el reloj se detenía sólo por ofrecer a los enamorados la magnitud del minuto que estaban viviendo. Pero a su acompañante parecía correrle prisa, pues sin detenerse en los preámbulos, le aplastó la boca besándola rudamente hasta dejarla casi sin respiración y aturdida.

—¡Qué bruto eres...! –alcanzó ella a exclamar, cuando la soltó un instante.

-¿A poco no te gusta? –preguntó él, pero Ivonne no tuvo tiempo de contestarle porque nuevamente se habían cerrado sobre los suyos los brutales labios, con tal fiereza que la hicieron gemir, mientras él metía una de sus manazas por el escote del vestido y apoderándose de uno de sus senos se lo estrujaba con violencia.

—¡Ey tú! –protestó ella tratando de evitar la grosera caricia-. No vayas tan de prisa. ¿Con quién crees que estás tratando…?

—Con una chica que sabe lo que quiere –contestó él cínicamente.

—Pero... -trató de interponer ella.

—Yo también vine a divertirme, así es que no veo para qué tantos remilgos.

La muchacha comenzó a sentir verdadero pánico, pero comprendió que no debía dejar traslucirlo y cuando él volvió a besarla trató de corresponderle.

—Quítate el vestido si no quieres que se te estropee –ordenó el granuja.

—¡Usted está loco! –gritó ella e hizo el intento de abrir la portezuela; pero él, adivinando sus propósitos, se lo impidió y de un manotón la tumbó sobre el asiento.

—¿A dónde crees que te estás yendo...? –preguntó sarcástico-. Quietecita, quietecita que a papá Daniel no le gustan las niñas tontas.

La joven sentía la garganta seca y las mandíbulas atenazas por el terror, pero logró balbucear:

—Por favor regresemos se lo suplico, yo soy una muchacha decente.

Rió el hombre con mordacidad aduciendo:

—Ja, ja, ja, ¿y piensas que voy a creértelo...? Las muchachas decentes no salen a la carretera con el primer desconocido que las invita a pasear en carro. Pero ya hemos discutido bastante. Pórtate bien si no quieres que te haga daño –la amenazó, mientras trataba de arrancarle la blusa de un tirón.

Ella, haciendo un esfuerzo supremo le clavó los dientes en la mano, con tal impetuosidad que el hombre emitió un grito sordo y la soltó, pero sólo por unos instantes. Se entabló en-

tre ambos una lucha feroz, Ivonne era sumamente ágil y se defendía con denuedo, pero la fuerza estaba de parte del malvado. Cuando éste parecía a punto de alcanzar la victoria, en su desesperación, ella le enterró las uñas en la cara abriéndole en la mejilla dos surcos violáceos que al instante empezaron a sangrar abundantemente.

El bruto soltó un alarido salvaje e instintivamente dejó en libertad a la muchacha, para llevarse las manos a la parte lastimada. Ella trató nuevamente de abrir la puerta del carro pero para su desdicha el seguro estaba puesto y su huida se vio una vez más frustrada.

Ante la vista de la sangre, el energúmeno olvidó que un momento antes todo su afán se obstinaba en poseer a la muchacha, y ciego de ira empezó a golpearla sin misericordia dejando caer sus puños una y otra vez sobre el cuerpo y la cara de la desdichada joven.

Era tal su furor que quizá hubiese llegado a matarla; pero providencialmente Ivonne distinguió en esos instantes los faros de un carro que se acercaba por la carretera y gritó pidiendo auxilio.

Al oír la angustiosa llamada los que venían en el otro vehículo se acercaron y echaron todas las luces hacia el lugar de donde había provenido el apremiante grito; entonces el canalla viéndose perdido, arrojó a la joven del automóvil, dándose a la fuga velozmente y perdiéndose en la reinante oscuridad.

Los ocupantes del auto descendieron y ayudaron a la chamaca a ponerse de pie, Ivonne no podía dejar de llorar. El malvado extranjero la había golpeado salvajemente y había roto en un instante, dentro del corazón de la atribulada muchacha su fe en la vida, su confianza en sí misma, su despreocupada alegría y su encantadora frivolidad. Todo lo que hasta entonces había constituido la base de su acendrado amor a la existencia y su confianza en los demás.

Sus salvadores eran dos matrimonios extranjeros, que por una providencial equivocación, tomaron el atajo que los sacó de la carretera y los condujo adonde la muchacha pedía auxilio.

Ivonne pensó con horror ¿qué hubiese sido de ella si los desconocidos no se hubiesen presentado tan a tiempo para

socorrerla? Y en medio de su aflicción, reconoció que Dios no la había abandonado.

Una vez dentro del vehículo una de las señoras la atrajo hacia sí y comenzó a limpiarle la cara llena de polvo, sangre y contusiones. Nadie hablaba y ella les agradeció que no le hicieran preguntas porque hubiese sentido una terrible vergüenza al tener que confesarles que su irreflexión y su excesiva confianza eran los culpables de lo que acababa de sucederle.

Casi dos días pasó Ivonne en estado de inconsciencia; no tanto por los golpes recibidos, pues según el facultativo no eran de gravedad ni habían interesado ningún órgano vital, sino por el espantoso trauma recibido. Al tercer día amaneció bastante mejorada. La boca se le había deshinchado casi completamente y ella misma pidió a sus padres que le permitieran narrar su desdichada aventura. Había surgido de nuevo, de entre la desilusión y el sufrimiento, la joven valiente y entera que todos conocían.

Contó los hechos tal y como habían sucedido, sin tratar de evadir en ninguna forma la parte de responsabilidad que le correspondía, por irreflexiva y confiada. Para su tranquilidad sus padres, una pareja inteligente y comprensiva, considerándola suficientemente castigada, en lugar de reprenderla o restregarle los consabidos: te lo dijimos, tú te lo buscaste, que a ella la hubieran herido profundamente, trataron de hacerle ver que debía de dar gracias al Señor de haber salido tan bien librada de la nefasta aventura ya que no le había sucedido nada irreparable.

A Ivonne, siempre tan despreocupada del "qué dirán", la mortificaba terriblemente lo que la gente comentaría al respecto, pero su padre la tranquilizó diciéndole:

—Todos saben que al querer bajar de un camión tuviste un accidente; que el chofer arrancó intempestivamente y tú te estrellaste contra la banqueta. Es más ya hay una demanda en el juzgado contra el culpable por lesiones y por imprudencia. Y en cuanto al canalla que te golpeó, tampoco debe preocuparte pues tengo amigos en migración y te prometo que si aún anda por aquí saldrá no solo de Bellaisla sino del país, señalado

como elemento indeseable; tengo modo de hacerlo sin mezclarte para nada a ti.

El padre de Ivonne efectivamente inició una investigación en torno al extranjero, que les llevó a saber que había planeado la violación de la muchacha el día en que se disponía a abandonar la ciudad, pues esa tarde liquidó la cuenta del hotel y llevaba dentro del vehículo su equipaje. Se había registrado con un nombre falso, pero por la descripción física pronto localizaron el lugar donde había estado hospedado.

En el fondo, la joven se alegró de que el desgraciado hubiese huido y de que fuera imposible seguirle la pista, pues conocía muy bien a su padre, y sabía que sin medir las consecuencias que pudiese acarrearle, de encontrarlo no hubiese dejado de aplicarle su merecido y bastante daño les había hecho ya con su imprudencia para proporcionarles más mortificaciones.

19

¡Qué alegría sintió Virginia esa tarde cuando al levantar la bocina oyó su voz inesperada! Lo sabía de viaje y por eso se encontraba tan quitada de la pena, pero al parecer él había retornado antes de lo previsto y su primera llamada había sido para ella.

—¿Cuándo llegaste? –inquirió gozosa cuando reconoció la voz amada.

—En estos momentos estoy bajando del avión. ¿Qué hay de nuevo?

Ella notó en el tono de voz algo que la desconcertó y provocó su inquietud, aunque no hubiese podido decir que era.

—¿Pasa algo? –preguntó, pues no en vano se habían amado noche a noche, durante cinco años a través del hilo telefónico, no eran siquiera palabras de amor sino frases comunes, vocablos cotidianos que en otros labios hubiesen sonado insubstanciales y en los de ellos adquirían un sentido particular, único, diferente.

—Traigo malas noticias –dijo él, con voz que la emoción hacía temblar y antes de que ella acertara a preguntarle de qué se trataba, le informó desolado-: fíjate que me cambian.

—¿Cuándo te vas? –gimió ella, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta.

—A fines de semana tengo que estar allá para hacerme cargo del nuevo puesto que me ha designado la compañía.

Virginia no pudo contestarle, y él creyendo que la comunicación se había cortado, como tantas veces sucedía, le dio un golpecito al botón del teléfono y preguntó ansioso:

—¿Estás ahí?

—Sí, claro –musitó ella-, es que... -dejó la frase en suspenso sin saber cómo terminarla.

—Ya me imagino cómo te sientes. Créeme que para mí también ha sido algo inesperado. Traté de arreglarlo pero me fue imposible. El nuevo jefe quiere poner aquí a uno de los suyos porque yo no me presto a ciertas componendas y pidió mi cambio sin que yo me enterara.

—Entonces ¿esto es el fin? –más que una pregunta, la frase contenía una dolorosa afirmación.

—¿El fin? ¿Y por qué habría de serlo...? –protestó él, tratando de mostrarse optimista-. Cuando tengas vacaciones nos reuniremos allá, donde nadie nos conoce y será mucho más fácil vernos y platicar a gusto; no como aquí que siempre estamos temiendo vayan a sorprendernos.

—Es verdad. Tienes razón –pero en su tono latía un matiz de desolada incredulidad.

Recordó en esos instantes una frase de Neruda que siempre la había impresionado. "Es tan corto el amor y tan largo el olvido". Él se iría, la ausencia y la distancia se encargarían de lo demás.

—¿Podrías hacerme un favor? –pidió él, arrancándola de sus amargos pensamientos-. Tengo que redactar el acta de entrega y como hay detalles que no quisiera que se divulgaran, no me atrevo a dictársela a mi secretaria porque es nueva y no le tengo mucha confianza ¿quieres hacérmela tú?

—¿Cómo no? Encantada –asintió, agradecida, dándose cuenta de que sólo era un pretexto para que se vieran.

—Entonces, enseguida estoy contigo –afirmó y colgó, sin aguardar contestación.

Cuando llegó al privado aún conservaba Virginia entre las manos la bocina del teléfono y la acariciaba tiernamente como si se tratara de un objeto animado del que se estuviese despidiendo.

—¡Tontuela! –exclamó él enternecido y cuando ella levantó la cabeza para mirarlo, él se dio cuenta que tenía los ojos llenos de lágrimas-. ¡Pero si estás llorando...!

—Comprende –trató de disculparse, apenada por no haber logrado ocultar sus sentimientos- cinco años no pasan en balde.

—¿Tantos? –trató él de burlarse para romper la tensión que los envolvía-. Yo pensé que apenas ayer nos habíamos conocido; que sólo hacia unas semanas de la noche aquella en la que me invitaste a la feria..., ¿te acuerdas? –demandó, aludiendo a la fecha de su primer encuentro.

—¿Podría acaso haberlo olvidado? –musitó Virginia-. Cinco años se dicen pronto, pero para mí por lo menos, va a ser muy difícil borrarlos.

—Entonces ¿es que piensas olvidarme sólo porque me tengo que ausentar de Bellaisla? –fingió enojarse él.

Lo conmovía la ternura que la muchacha le manifestaba. Sabía que el sentimiento que los había unido desde el momento en que se conocieron, había calado hondo, más hondo de lo que hubiese sido deseable. Pero era hombre y no podía externar sus sentimientos, por lo menos no en la forma en la que ella lo estaba haciendo.

—¿Olvidarte? –inquirió la joven, intentando ensayar una sonrisa que le resultó patética-. Aunque quisiera ¿crees que me sería fácil?

—Por tu bien debería desear que lo lograras, debería pedirte que me borraras de tu mente lo más pronto posible; pero soy demasiado egoísta y prefiero pensar que no vas a lograr arrancarme así como así de ese corazón apasionado y sensible. Además, ya te dije que esto no tiene por qué ser el fin; al contrario puede ser el principio si tú quieres que lo sea.

Se daba cuenta de que sólo estaba tratando de consolarla y no supo qué contestarle.

—Ni siquiera te he preguntado si te mejoran –se disculpó ella.

—Sí, quieren que me haga cargo de un puesto ejecutivo que me va a brindar, creo yo, la oportunidad de hacer muchas cosas interesantes y de ampliar en varios aspectos mí circulo profesional. Pero con todo y eso, puedes creerme que si hubiese tenido opción de escoger, me hubiese quedado aquí. Yo también me he encariñado mucho con este lugar... -confesó emocionado.

—Cuando estés lejos olvidarás pronto todo esto –reprochó ella, tratando de picarlo para ver si lo obligaba a añadir algo

más, pero como siempre se estrelló contra su reciedumbre, ni aceptó ni rechazó la aseveración que Virginia había hecho. Unos momentos antes había afirmado que le dolía tener que alejarse, y para él con eso estaba dicho todo.

Se puso a dictarle el acta que quería le hiciera, pero la joven estaba tan nerviosa que las teclas de la máquina le bailaban ante los ojos. Hizo por fin un intenso esfuerzo para controlarse, y a la tercera vez, logró sacar el trabajo correcto, sin un solo borrón, listo para ser firmado.

—Muchas gracias, eres muy amable –reconoció él, guardando las hojas dentro de su portafolio.

—¿Cuándo es el viaje? –preguntó ella en voz tan baja que más bien parecía un susurro.

—Pasado mañana. Tengo que estar allá lo más pronto posible porque los trabajos se inician enseguida. El director general quería que me quedara de una vez y mandara por mis cosas; pero lo convencí de que tenía que venir a entregar personalmente y de que debía dejar arreglados algunos asuntos antes de irme de aquí. Como ves, el plazo es demasiado corto –se quejó él.

—Entonces ¿esto es la despedida? –gimió, sintiendo que de nuevo se le aguaban los ojos.

—No niña, no, porque quiero pedirte un último favor. Deseo despedirme de ti pero una buena despedida y aquí ya ves que es imposible. Pide la tarde de mañana y arregla las cosas de tal manera que podamos irnos en mi carcacha por ahí –propuso, sin saber cómo sería recibido su proyecto.

—¿Mañana? Mañana... -recordó ella- es el día del camionero o no sé qué y no tenemos trabajo.

—Mejor que mejor –se alegró él-. La suerte está de nuestra parte; pero te advierto que quiero una buena despedida algo que los dos podamos recordar por mucho tiempo. Digo, si es que tú también lo deseas.

Asintió ella en silencio.

—Entonces ¿Qué te parece mañana a las cinco?

—Está bien, es buena hora –afirmó sólo por decir algo.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—No sé, no tengo idea en qué lugar sería conveniente.

—Frente a la iglesia de Santa Cecilia hay un parquecito, si quieres nos encontramos allí –indicó y ella aceptó con una mezcla de dicha y de temor, de arrojo y sufrimiento.

Se despidieron. Iba él a besarla, cuando escucharon pasos y salió rápidamente con un:

—Hasta mañana –cargado de promesas y una recomendación: recuerda que quiero una buena despedida.

También ella la deseaba –se dijo- también ella quería guardar de él algo verdadero; un recuerdo hondo y valedero en el que pudiera refugiarse cuando se hubiese ido, cuando la ausencia física se hubiese consumado irremediablemente y su vida quedara de nuevo vacía, sumida en el abismo de una soledad sin fronteras.

Esa noche, en la intimidad de su alcoba, mientras daba vueltas en el lecho sin encontrar acomodo ni lograr el sueño, Virginia se prometía arrancarse la cobardía para ir a él sin miedos; porque de no hacerlo así jamás iba a poder perdonárselo.

La tenía tan turbada el pensamiento de lo que sucedería al día siguiente en la cita, que por el momento quedaba relegado a segundo término el hecho de que iba a perderlo tal vez para siempre. El se iría y era lógico que su ausencia marcara el fin de cinco años de dicha sin goce; de anhelos sin cauce, de amor sin esperanzas. Cinco años en los que había amado, gozado y sufrido, empeñada en salvar una causa que sabía perdida de antemano, sosteniendo una lucha sin confianza en la victoria; jardinera de un árbol al que había nutrido con su propia sangre, a sabiendas de que estaba destinado a perecer sin fructificar nunca y del que habría de cosechar sólo lágrimas. Pero si alguien le hubiese dicho que esos años habían sido desperdiciados fomentando un sueño inútil; prestando alas a un pájaro moribundo hubiese protestado sinceramente indignada, pues sentía que a pesar de todo, habían sido cinco años maravillosos, magníficos, plenos de belleza, en los que no se había perdido ni un solo instante porque el amor los había colmado íntegramente ayudándolos a sobrevivirse donde otros, tal vez, hubiesen naufragado.

¿Tenía acaso que ver el que el objeto de ese amor fuese un ser imposible...? No –se repitió convencida-, porque cuando

el amor es verdadero lleva dentro de sí su propio sustento; su razón de ser, su más amplia y cumplida justificación. ¿Qué importancia tenía el que le hubiese tocado nacer como un niño ciego y sin futuro? ¿Culpable y sin esperanzas de indulto...?

Si se hubiera tratado tan sólo de un capricho o del imperativo de los sentidos, desde cuándo los hubiese arrastrado al abismo o hubiese perecido por falta de alimento material. No, cuando había sabido conformarse con el maná espiritual que era todo lo que ellos le habían ofrecido. Y a pesar de eso había crecido firme, perfecto y verdadero, era porque no se trataba de un espejismo.

Por eso ahora trataba de no pensar en el dolor insoportable que iba a torturarla cuando él se hubiese ido, ni el vacío lacerante que la aguardaba, ni en la sensación de inutilidad que llenaría sus días, cuando detrás del timbre del teléfono no quedase más que el cotidiano hastío, sin los ¿Qué hubo...? ¿Cómo has estado?, cuya sola entonación encerraba una caricia maravillosa que llenaba su cuerpo de dulces y encontradas sensaciones. No, esta noche por lo menos, no quería siquiera preguntarse cómo iba a poder vivir en adelante sin la ilusión de ver, aunque fuese de tarde en tarde, sus ojos de niño triste y su tranquila sonrisa. No quería detenerse a pensar en lo que significaría no volver a poner sus manos frágiles entre las manos feas, grandes y fuertes de él, que ella tanto adoraba; ni quería preguntarse si podría soportar el castigo que la ausencia, la distancia y con éstas el olvido, iban a infligirle. Esta noche procuraba obstinadamente borrar de sus sentidos el pensamiento de que él se marchaba y se aferraba al día siguiente, tratando de imaginarse como seria para ellos, y al mismo tiempo tan sólo de pensarlo, temblaba.

¡Cómo se hubiese reído Ivonne de conocer su largo noviazgo con un teléfono! Quizá ni siquiera hubiera podido creer que durante cinco años, se habían conformado con una mirada de lejos, un apretón de manos, una caricia leve y temerosa o cuando más, con un beso medroso, fugaz, apresurado...

La tarde siguiente todo sería distinto, todo cambiaria pero –inquirió dentro de sí-, ¿de verdad se modificaría algo...?

La interrogante quedó flotando entre las sombras de esa noche cálida y pegajosa, hasta que el sueño se apiadó de ella

y la venció, bajándole los párpados húmedos que cerraron al fin, como ventanas cegadas de rocío.

20

Cuando llegó Polly a su casa al mediodía se encontró con un recado de la mamá de Patricia, donde le suplicaba que fuese para allá.

—¡No es que ayer llegaba el novio? -le preguntó su mamá-. Debe de estar muy ocupada atendiéndolo, ¿para qué pueden quererte?

—No sé pero presiento que no ha de ser para nada bueno.

Las últimas cartas de Arnaldo venían muy frías, se notaba que escribía casi por compromiso; pero Patricia estaba tan ilusionada con su venida que yo, la verdad, no me atreví a advertirla. Ojalá y me equivoque, pero me late que este desdichado le salió con alguna barrabasada.

Comió tan aprisa como pudo y corrió a casa de su amiga. La recibió la señora Solórzano, quien trató de explicarle lo sucedido.

—La hubieras visto, Polly -gimió, conteniendo a duras penas los sollozos-. Se pasó toda la mañana en la cocina haciéndole los antojitos que sabe que le gustan, creyendo que él deseaba sorprenderla pidiéndole que adelantaran la fecha de la boda. Estaba tan segura que nos preguntó a su papá y a mí si les permitiríamos casarse antes, si él así lo deseaba; pues tú sabes que todo estaba planeado hasta para dentro de un año; pero viendo lo ilusionada que estaba le dijimos que sí, que lo que ellos resolvieran estaba correcto, sin imaginarnos nunca lo que el bandido se traía entre manos -murmuró la atribulada madre.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó, le sucedió algo a Patricia? -la interrumpió Polly, impaciente como se encontraba por conocer los hechos.

—Te decía que ella lo aguardaba feliz; te imaginas, después de tantos meses de no verlo.

La joven hubiera deseado que la dama se ahorrara los preámbulos y le dijese por fin lo sucedido entre Patricia y Arnaldo; pero le dio pena volver a interrumpirla y la dejó que siguiera el hilo de su desordenada narración.

—Total -continuó, después de suspender un momento el relato que las lágrimas le impedían continuar-, se presentó aquí como a las ocho de la noche, me saludó y yo de inmediato me di cuenta de que pasaba algo; lo noté diferente, como cortado; como si no se sintiera entre nosotros con la confianza de siempre. Pensé que eran imaginaciones y traté de tranquilizarme, pero tú sabes que el corazón de una madre no se engaña y, por desgracia, lo que el mío había presentido era cierto. Me retiré para dejarlos solos, de modo que pudiesen hablar con entera libertad y, según me contó luego Patricia, no se habían ni siquiera sentado, cuando él le anunció que lo sentía mucho, que había dejado de quererla y que le agradecería le devolviera la palabra que, por cinco años, había tenido empeñada con ella. Así, con esa frescura, con la despreocupación de quien está pidiendo un libro olvidado por años en las manos de un amigo y que, de pronto, recuerda que lo necesita. Así, como si nada; como si la vida de mi hija fuese una cosa sin importancia - concluyó, terriblemente desconsolada.

—¡Pero eso no es posible..! ¡Después de que Patricia le ha aguardado tantos años..! -exclamó Polly verdaderamente sorprendida; pues aunque sospechaba que algo andaba mal en el noviazgo de su amiga, jamás pudo imaginarse una cosa semejante-. Qué canalla.

—Efectivamente, sólo un ser sin entrañas pudo haberle hecho algo asi a mi pobre chiquita -gimió la madre en su infinita pesadumbre.

—¿Y ella, cómo está?

—¡Ya podrás imaginarte! No ha dejado de llorar ni un momento y desde anoche se niega a probar bocado a pesar de nuestros ruegos y súplicas y de que le hemos advertido que puede llegar a enfermarse. Dice que sin el amor de Arnaldo no puede seguir viviendo y que quisiera morirse... Su padre

y yo estamos positivamente desesperados; por eso te mandamos llamar, porque tú eres su mejor amiga y tal vez puedas lograr algo.

—El golpe tiene que haber sido espantoso. En el estado en que se encuentra no creo poder hacer mucho; pero les agradezco que me hayan avisado. Cuando menos estaré a su lado y trataré de que se desahogue conmigo.

Cuando entró en la recámara la asustó el aspecto de su amiga. Vestia la misma ropa con la que se engalanara para recibir al novio, pues había pasado la noche sobre una butaca, y las hermosas facciones, desencajadas por el sufrimiento, el pelo revuelto, la hacían aparecer como víctima de una grave enfermedad. Polly creyó que ni siquiera iba a reconocerla. Ya no lloraba. Paseaba la mirada extraviada por todo el cuarto, como si tuviese el don de ver a través de los objetos o como si no se atreviese a detenerla en ninguna parte porque todo le resultara en extremo doloroso; pero al verla, se le echó encima con un grito ahogado y se soltó a llorar en sus brazos, como si la presencia de su amiga hubiese abierto nuevamente las compuertas del llanto que se desbordó entonces sin restricciones.

—¿Sabes qué me ha dicho Arnaldo? -preguntó, cuando logró controlarse un instante-. Que no me quiere. Que se ha enamorado de otra; que ha comprendido que lo nuestro fue sólo un espejismo, una chiquillada. Polly, dime que no es verdad -rogó exaltada-, que no puede ser cierto; que no ha sido más que una horrible pesadilla y que cuando me despierte lo tendré a mi lado enamorado y cariñoso como siempre.

La muchacha no sabía qué responderle y se contentaba con pedirle:

—Por favor, Patricia, cálmate. Sosiégate criatura. Te va a hacer daño; te vas a enfermar si sigues así.

Como la tenía abrazada, la fue conduciendo poco a poco al lecho y logró por fin recostarla; pero la joven seguía hablando sin cesar; olvidada de pronto de la presencia de su amiga y como si él estuviera presente:

—Es una injusticia, Arnaldo. Yo no te pedí que me amaras; fuiste tú quien luchó por conseguir mi cariño. No puedes hacerme eso. No, no puedes abandonarme porque sin tu amor me voy a morir.

A Polly le vino a la mente el recuerdo de que, efectivamente, durante varios meses el muchacho había cortejado a su amiga sin que ésta se animara a corresponderlo; no porque no la atrajese sino porque pensaba que ambos eran demasiado jóvenes para ligarse con un compromiso serio; máxime que él tenía que alejarse, que ausentarse por varios años mientras estudiaba su carrera; pero la tenacidad de Arnaldo y la mutua simpatía habían socavado la resistencia de Patricia terminando ésta por acceder a ser su novia y a aguardarlo el tiempo que fuese necesario. Así habían pasado cinco años; cinco largos años y ahora, cuando él estaba a punto de recibirse -la meta que ambos se fijaran para alcanzar la dicha- todo se derrumbaba alrededor de la joven como un castillo de naipes, sin ninguna razón valedera. No, no es justo, repitió Polly, profundamente conmovida; y sin embargo nadie podía hacer nada para remediarlo; nadie podía ayudar a Patricia en su enorme sufrimiento.

Continuó hablando presa del delirio:

—Un día me dijiste que una sola de mis lágrimas te causaría el dolor más intenso; desde anoche, desde que me clavaste tu desprecio como un puñal, no he dejado de llorar un instante y tú, que eres el causante de ellas ¿dónde estás que no vienes a enjugarlas?

Polly, sacudida hasta lo más hondo de su ser, pues jamás había presenciado un sufrimiento semejante, no sabia qué partido tomar y se contentaba con acariciarle la cabeza dulcemente, suplicándole:

—Cálmate Patricia, por lo que más quieras, cálmate.

—¿Por qué tenía Dios que quitármelo...? -gritó de pronto, con voz enronquecida-. Yo no le he hecho mal a nadie. ¿Por qué el Señor me castiga en esta forma...?

—No ha sido Él, es que los hombres son así -le rebatió por decir algo.

Efectivamente, Patricia era una hija magnífica y una amiga, si lo sabría ella -se dijo Polly-, como no hay dos. Nunca le habia hecho sentir la diferencia de posición que las separaba; al contrario, tenía tanto que agradecer de la maravillosa amistad que las unía, que hubiese deseado ser ella la que estuviese

padeciendo en esos momentos, para no verla llorar así; para librarla de la desesperación en la que se debatía. Ella, al fin, estaba acostumbrada desde siempre al sufrimiento, a las decepciones, a no esperar de la vida nada bueno; pero para su amiga todo era diferente: éste había sido su primer dolor verdadero y por eso la había desgarrado tan intensamente.

—Me dijo que ya no me quería. Que él no tenía la culpa, pero que se había enamorado de otra mujer... -gimió la infeliz criatura.

—Y tú, ¿qué le contestaste?

—No sé. Al principio crei que estaba guaseando y debo haberlo mirado con extrañeza, sin pensar que esas horribles palabras que salían de su boca iban dirigidas a mí. Después, cuando me di cuenta de que no sonreía; cuando vi sus ojos graves, extraños y sin el menor asomo de ternura y sus labios, esos labios que con tanta pasión me han besado, ajenos, apretados y duros, como si no le pertenecieran; cuando comprendí que estaba hablando completamente en serio, que todo era cierto y no una alucinación, como quise creer al principio, no sé de dónde saqué fuerzas para contestarle que si pensaba así, yo no tenía nada que objetarle; que en el corazón no se mandaba y que por mi parte era tan libre como el día en que se me declaró en la secundaria.

—¡Qué valiente eres! -admiró la otra-. Creo que yo lo hubiese abofeteado.

—Todavía me preguntó que si creía yo necesario que hablara con mis padres para devolverles la palabra enpeñada, el permiso o como se diga.

—¡Qué cínico!

—Le dije que no era preciso, que yo les explicaría y que, desde luego, quedaba eximido de todos los compromisos adquiridos durante nuestro noviazgo. Todavía creo que añadió que le dolía tenerme que hacer una cosa así; pero que le parecía peor llegar a consumar el matrimonio sólo por cumplir. Que ya sabía que yo era una muchacha sensata que lo comprendería y que por eso había preferido decírmelo personalmente a confiárselo a una carta; que además, él era muy hombre y le gustaba encarar las cosas frente a frente.

—¡Pero es inaudito! -se asombró su amiga.

—Le aseguré que había hecho bien y todavía tuvo el descaro de tenderme la mano y preguntarme si podiamos seguir siendo amigos... Yo ya no aguantaba más, no sé siquiera qué le contesté; lo vi alejarse y creo que no había traspuesto la puerta del jardín cuando me desplomé aniquilada.

—Yo no hubiese podido soportar tanto... -reconoció Polly.

—Mis padres se llevaron un susto horrible cuando me encontraron desvanecida...

—Ya me lo figuro; y tu mamá está desconsolada de verte en este estado; por ellos debes tratar de ser fuerte -pidió, aprovechando la coyuntura.

—¿Sabes lo que no podré perdonarle nunca? El que me haya enseñado a ser feliz y a gustar de la dicha, porque ahora -un sollozo le quebró la voz y ya no pudo seguir hablando.

—¿Y quién es ella? -inquirió Polly, después de una pausa, sabiendo que la pregunta iba a lastimarla muy hondo, pero creyendo de esa manera herir su dignidad, su orgullo de mujer, hacerla resurgir; pero aquella exclamó:

—No sé, no sé quién es ni quiero saberlo.

21

Virginia también tuvo una noche inquieta, aunque por motivos muy diferentes a los de la pobre Patricia. A ésta, el amor la había abandonado sumiéndola en la más honda desesperación. Ella en cambio, iría a su encuentro.

Solo de pensar en el día que se iniciaba sentía que un calosfrío la recorría y que las manos se le helaban. Para colmo, tenía el día libre de oficina y aunque en su casa, hallándose su madre enferma e inútil, como se hallaba siempre había algo que hacer, arreglar o atender, la mañana se le hizo eterna, pues los nervios la mantenían como sobre ascuas.

Si hubiese sido día de fiesta general, la casa se le hubiera llenado de amigas como sucedía siempre; pero era una fecha especial que sólo los de su oficina celebraban, y las muchachas se encontraban todas trabajando.

Le hubiera gustado poderse confiar a Ivonne y pedirle algunos consejos a ella que era tan experta en esas lides; pues comprendía que en ciertas cosas sabía menos que una jovencita; pero la muchacha se hallaba, como todas, en sus ocupaciones habituales y aunque se percataba que podía contar con su discreción, conocía también su insaciable curiosidad: si le platicaba el milagro iba a querer saber el nombre del santo con todos los detalles, del principio al fin, y..., durante tantos años y con tanto cuidado habían guardado su secreto, que no se atrevía a exponerlo, ni ante Ivonne, a quien consideraba su mejor amiga; así es que acabó por alegrarse de que el trabajo la hubiese retenido lejos.

¿Qué iría a suceder? –se preguntaba a cada momento.

Habían sido cinco años de soñar con ello, cinco largos años en los que tratara de imaginarse sensaciones que por más que

se esforzaba no lograba adivinar; puesto que siempre había sido una muchacha más bien puritana, de esas que jamás se permite con los hombres la menor libertad.

Sin embargo con él era distinto. Tendría que ser diferente. Desde que lo conoció soñaba con un momento como el que se prometieran para esa tarde que había de ser también la de su despedida. Pero a pesar de haberlo deseado tanto, ahora que el instante anhelado se acercaba, se sentía acobardada, un cuadro de angustia y de horror la hacía temblar, al mismo tiempo que se repetía que lo había prometido y que no estaba dispuesta a retroceder aunque se le partiera el alma.

La íntima convicción de que no tendrían otra oportunidad y de que si la desperdiciaba no iba a perdonárselo nunca, la sostenía. Sabía que si dejaba pasar, por pusilánime, la hora única, el único instante fugaz de dicha que se le brindaba, luego lo lloraría amargamente, sobre todo en los momentos inevitables en los que se sentía calcinada dentro de su propia llama.

Pero ¿sería en realidad la dicha...? –volvía a interrogarse-. ¿Y si no lo era? ¿Y si tan solo se trataba de un espejismo el que se le ofrecía al aferrarse a ese amor sin futuro ni esperanzas...?

Se repitió, que aunque así fuera, necesitaba hacerlo; necesitaba atesorar ese momento para cuando él se hubiese marchado y sólo le quedara en el recuerdo, la presencia de esa hora inapresable.

El día amaneció nublado pero en el transcurso de la mañana la lluvia se negó tenazmente a la tierra, que ávida de su frescura, se le ofrecía, desnuda, sedienta, humillada, mostrándole el ardor de su agrietada superficie y la flora, seca y polvosa, durante muchas semanas castigada implacablemente por el sol del trópico.

Fue hasta después del mediodía cuando se inició el aguacero motivando el regocijo de los bellaisleños, que pensaron el agua haría ceder el insoportable calor que los mortificaba.

Virginia la recibió también con alegría pero esta vez sus motivos no tenían nada que ver con la temperatura. Amaba la lluvia, la había amado siempre; pues le parecía uno de los espectáculos más hermosos de la naturaleza. Le

gustaba contemplarla empapando el pavimento, mientras danzaba los ritmos diversos que el viento le marcaba con sus instrumentos musicales improvisados entre los árboles; o la veía formar pequeñas riadas en las cunetas, o lagos diminutos al encharcarse en la sinuosidades del asfalto; como una irresistible tentación para los desnudos pies de la alegre chiquillería. O bien, se la imaginaba como una caricia larga, limpia y agradable, ante la que hubiera deseado desnudarse totalmente para lavarse el ama y el cuerpo en el rito de un bautismo de maravillosa ofrenda. Pero ahora, en esta tarde singular, sentía que la amaba más que nunca, porque era como si hubiese descendido solo para ampararlos y servirles de cómplice.

Cuando su madre la vio enfundada en su vieja gabardina como a eso de las cuatro de la tarde, extrañada le preguntó adónde se dirigía.

—Tengo mucha correspondencia atrasada en la oficina y como no hay nada que hacer ni adonde ir..., pues las muchachas están trabajando; trataré de ponerla al día –mintió, sintiendo que enrojecía, pues no estaba acostumbrada a hacerlo y mucho menos, a su madre a quien adoraba.

Si le decía la verdad ¿podría acaso comprenderla? Iba a perder un amor, tal vez el único realmente verdadero y el tratar de salvar de un rosal a punto de morir, la levedad de una rosa, no podía ser tan grave. No, las leyes de Dios, con todo y lo que de Él se decía, no serían tan rígidas ni tan estrechas. Sentía que Él era el único capaz de comprenderla, y que comprendiéndola no la condenaría.

La mentira para con su madre no era en este caso más que un acto de piedad; pues la pobre señora ya tenía bastante con la carga de su larga y dolorosa enfermedad.

—Y ¿no podrías dejar ese trabajo para mañana? –inquirió la dama, interrumpiendo sus pensamientos-. No es justo que si te dan el día te hagan ir a laborar.

—No es eso precisamente –siguió diciendo Virginia, mortificada por tener que seguir inventado-, nadie me obliga a hacerlo, pero prefiero aprovechar el día de hoy para adelantar esa correspondencia, son cartas sumamente

delicadas y cuando hay gente no me puedo dedicar a ellas como yo quisiera...

—¡Pero está lloviendo muy fuerte! –insistió la madre.

—No es más que un chubasco –le rebatió apurada-. Además ya sabes que la lluvia me gusta, no me importa mojarme, y me voy porque me están esperando. Es decir, -se desdijo apurada- más vale que termine eso hoy, así mañana podré salir más temprano.

Se dio cuenta de que se estaba enredando con tantos embustes y prefirió cortarle. Besó los cabellos canos de la enferma y salió apresuradamente a enfrentarse con la lluvia que continuaba cayendo bastante fuerte.

Cuando se vio en la calle y consultó su reloj comprendió que su ansiedad la había hecho salir demasiado temprano, pero por nada del mundo hubiese retornado a su casa y empezó a caminar sin ton ni son por las calles que brillaban como espejos bajo el agua, deseando que el tiempo pasara pronto y, a la vez, rogando porque la hora de la cita no llegara nunca.

Por suerte el chubasco retenía a la mayor parte de las gentes dentro de sus casas y en su deambular se cruzó con muy pocas personas conocidas.

Tuvo un instante de pánico cuando por la acera de enfrente a donde ella iba vio venir a Estrella, porque sabía que si la descubría se cruzaría para abordarla, para preguntarle adónde se dirigía y hasta para ofrecerse a ir con ella lo que frustraría sus planes, ya que no le iba a ser fácil encontrar un pretexto para negarse a su compañía; pero la joven parecía llevar también prisa y no la vio o no la reconoció bajo el capuchón del impermeable.

Aun faltaban unos minutos para la hora convenida cuando se dirigió al lugar de la cita. El ´verdecito´, como llamaban ambos a la carcacha, no estaba todavía, y ella siguió su camino sin detenerse, pero mirando hacia atrás esperando verlo llegar en cualquier momento.

Dio la vuelta a la manzana y cuando regresó al mismo punto alcanzó a divisar el vehículo y escuchó la voz idolatrada que hablaba con un hombre de aspecto humilde, sin duda uno de

los muchos trabajadores que laboraban bajo sus órdenes. No se atrevió a detenerse y siguió de largo, procurando no llamar la atención de los pocos transeúntes que deambulaban bajo la lluvia.

Se dio cuenta de que él ya la había visto pero que no hallaba manera de cortar al inoportuno y no sabiendo qué partido tomar entró a la iglesia que quedaba precisamente frente al parque, de espaldas a donde se encontraba el vehículo.

Lo hizo contra su voluntad, pues le parecía una profanación el penetrar al templo en esos momentos, sentía que era como tomarlo de cómplice, pero no le quedaba otra alternativa porque no podía seguir dando vueltas a la manzana interminablemente ni acercarse al auto mientras el intruso no se alejara.

De cuando en cuando observaba al verdecito, luego vio alejarse al obrero. Rezó una oración más, casi sin saber lo que decía se persignó atropelladamente y salió de la iglesia sintiendo que las piernas le temblaban.

Se acercó al vehículo. Abrió él la puerta y la ayudó a acomodarse a su lado, sin que ninguno de los dos osara romper el silencio que los envolvía como una cortina de humo, hasta que él, poniendo en marcha el motor del auto, le preguntó:

—¿Adónde vamos...?

—Donde tú digas...

—La carretera...

—Si ¿adónde más...?

Cada vez que se cruzaban con otro vehículo Virginia temblaba como si estuviese azogada. Sabía que si tenía la mala suerte de que alguien la reconociera, el edificio de toda una vida limpia, cristalina, decente, se derrumbaría estruendosamente arrastrándola para siempre en su caída.

Hubo un instante que el pavor que sintió fue tal, que quiso pedirle retornaran a la ciudad. Lo conocía tanto que estaba segura de que a la menor indicación de ella, sin una protesta, sin un ruego, la obedecería y allí habría terminado la aventura; pero cuando recordó que él iba a marcharse tal vez para siempre, que nunca volvería a estar, como esa tarde, juntos y solos en la hora propicia; que era la primera y al mismo

tiempo la última oportunidad que se les brindaba, se borró todo de su mente: miedos, prejuicios, hasta la sensatez, para dejar tan sólo la amada presencia, la recia contextura moral y física del hombre que iba a su lado y de quien ella estaba insensatamente enamorada.

Todo lo demás: su madre, su prestigio, su trabajo y hasta el temor de siempre, pasó a segundo plano; quedando tan solo la angustia de la brevedad de la hora que se le escapaba de las manos, traviesa e inexorablemente, como se escurre, de los dedos de un niño, la espuma de mar que él quisiera retener para recrearse con ella, como si se tratara de un mágico juguete.

De pronto, la lluvia cesó tan inesperadamente como se había iniciado.

Llevaban varios kilómetros recorridos pero la cinta asfáltica se tendía aún ante su vista, pulida y brillante, y al parecer infinita.

No habían encontrado un solo macizo de árboles. De lado a lado de la carretera los préstamos hondos, sin vegetación. Sólo maleza y lodo, lodo por todas partes.

Al cesar la lluvia el cielo se puso azul, y la tarde parecía tener ahora demasiada claridad, para ellos que iban firmemente decididos a amarse.

Tenían siempre tantas cosas que decirse que se pasaban las horas charlando, discutiendo amigablemente sobre cualquier tema, o simplemente escuchándose el uno al otro con verdadero deleite. Ahora en cambio, el silencio había aposentado sus reales sobre ellos y ninguno de los dos se atrevía a perturbarlo, temiendo que la palabra rompiese la magia del momento.

Él, con la mano que el volante le dejaba libre, había iniciado las preliminares acariciándole el vientre, oprimiéndoselo en forma cadenciosa y ella empezó a ondularse, saboreando una sensación como si una corriente eléctrica le recorriera toda la columna vertebral.

Por fin, después de dos o tres titubeos por las angostas veredas que entroncaban con la carretera para conducir a quien sabe adónde, tratando de encontrar un lugar discreto.

Quebró el vehículo hacia una desviación donde no se veía alma viviente. Tampoco allí encontraron árboles, pero la vegetación que cubría el préstamo crecía casi a la altura de una persona.

Frenó y la ayudó a descender, enfundándose la muchacha instintivamente en el capote como si la prenda fuese a protegerla.

Bajaron por uno de los declives de la carretera buscando, en vano, un rincón seco. El chaparrón había sido bastante nutrido y todo lo que estaba a la intemperie había quedado convertido en lodo. Los tacones de los zapatos se le enterraban a Virginia peligrosamente, y él tuvo que sostenerla con firmeza cuando trastabilló y estuvo a punto de caer, a pesar de que iba cogida de su brazo. Se recriminó por no haberse puesto zapatos bajos, pero su falta de previsión ya no tenía remedio.

Al llegar a un pequeño llano se abrazaron estrechamente, casi con desesperación y él empezó a besarla, mordiéndole el interior de los labios y apresando, entre sus dientes, la lengua de la muchacha. Se pasó luego a la carga y bajó la boca ávida, recorriendo desde el lóbulo de las orejas hasta el nacimiento del cuello, mientras sus manos trabajaban nerviosamente tratando de subirle el vestido.

Las pocas veces que habían logrado estar juntos y solos, en visita a alguna de las construcciones que se encontraban bajo su dirección, ella siempre se le resistía; a veces se dejaba besar, pero cuando intentaba una caricia más íntima se replegaba en sí misma y él la soltaba de inmediato, terminando todo en un segundo. Ahora en cambio, ella le devolvía sus besos con tímida ansiedad y ceñía su cuerpo al de él, tratando de sentir, sin que ninguna otra cosa le importara.

Las manos del hombre lograron subirle el vestido arriba de la cintura y sólo el impermeable le caía por detrás, cubriéndola como una capa.

—Ten cuidado –gimió ella, sólo por decir algo; pues se dio cuenta de que no sentía miedo sino sólo deseo.

—No te preocupes, querida –susurró él, como si alguien hubiese podido oírlos-, no pienso hacerte daño.

Un momento después sintió que algo vivo le bajaba y le subía por entre sus ingles, moviéndose incontenible sobre

la seda nylon de su pantaleta. Mientras ellos, estrechamente abrazados, se fundían en un mismo deseo, musitando palabras que no eran de amor sino de guía:

—Aprieta tus piernas, más, más, así...

Pero cuando ella estaba a punto de sentir, pasó un camión por el camino y él la soltó ordenándole:

—Agáchate –rompiendo de esa manera, la sensación que en un instante más iba a lograrse.

No pensaba él que la posesión fuese completa porque sabía que era virgen, y como la amaba, no deseaba perjudicarla en ninguna forma. Pero si, durante los años que tenía de tratarla y de quererla, había aguardado ese instante como algo especial, algo que se constituyera, entre ellos, como un recuerdo imborrable, un lazo difícil de romper.

Volvió a ella y se abrazaron de nuevo compenetrándose como si se tratara de un solo ser, de una misma persona; la muchacha con la tortura de su amor imposible, él tal vez con lástima.

Pasó otro carro cerca y el miedo los hizo separarse nuevamente y el hombre, sin comentar nada, la tomó del brazo e iniciaron el difícil ascenso hacia la carretera; pues el lodo y la maleza húmeda lo hacían resbaladizo. Cuando llegaron arriba se acomodaron en el vehículo y lo puso él en marcha, iniciando el regreso.

El hombre había logrado el clímax pero ella, en cambio, se agitaba en el asiento inquieta, insatisfecha y empezó a acariciarlo tocándole el lóbulo de las orejas y metiendo los dedos entre los rebeldes cabellos rubios, que al rozarlos, le producían cosquillas.

Comprendiendo, volvió él a modelar el vientre y las caderas. Oprimiéndoselas primero con experta y deliciosa suavidad y luego tratando de causarle un poco de daño.

Como él trataba de subirle el vestido con la mano que tenía libre, sin dejar de manejar; ella lo ayudó cubriéndose las piernas con el capote porque sentía una infinita vergüenza; pero la olvidó cuando volvieron a estrecharse en un abrazo apremioso y lleno de angustia.

Virginia deseaba que le besara la nuca, las orejas y el cuello. Pero él sólo parecía desear su boca y de nuevo, tomó

entre los suyos sus labios, en un beso que era caricia, mordida, desesperación.

Luego buscó sus senos. El cuello del vestido entorpecía la maniobra, ya que el hombre sólo contaba con una mano, la que el volante le dejaba libre, y ella que otras veces a la menor caricia se detenía y replegaba acobardada, se bajo el cierre automático que cerraba por detrás la estrecha prenda, para que la mano de él no encontrara obstáculos en la caricia que deseaba.

Por primera vez, en ese instante ella comprendió cómo suceden ciertas cosas; cómo se llega..., había creído siempre que a la hora de la hora surgirían pudores que le impedirían seguir adelante haciéndola reaccionar a tiempo; pero entonces entendió algo que antes nunca concibiera, cómo en determinados momentos no surgía nada, ni miedo ni pudor ni vergüenza, sólo el imperativo del deseo.

Si él hubiese querido, ella se le hubiese entregado allí mismo, sin el menor temor ni la más leve resistencia. Pero se trataba de un hombre demasiado ecuánime, demasiado controlado y aunque intuía el estado de ánimo de la muchacha se sintió incapaz de abusar de la situación. Virginia así lo comprendió y tuvo que agradecérselo desde el fondo de su ser. Su lealtad se veía confirmada una vez más.

Esta cualidad que lo hacía distinto a los demás hombres que ella conocía y trataba era quizá lo que más le admiraba, una de las cosas que la habían hecho enamorarse de él profundamente, con ese amor vehemente, inmenso y desesperado, cuya intensidad tal vez ni siquiera alcanzaba a adivinar. Pero el tiempo se les iba; la hora era una mariposa apresurada temblando sobre el cáliz ávido de una flor y ella no lograba apresar aún la sensación soñada y se apretó a él desesperadamente, en un mudo ruego. Fue entonces cuando la mano del hombre, sabia y seductora, descendió hasta encontrar el camino de todos los deseos, de todos los tormentos, de ese anhelo que quema en las llamas de su íntimo infierno, en las largas noches de soledad, en las largas horas de desesperanzado insomnio. La joven, plenamente dispuesta lo dejó hacer, cerrando los ojos suavemente impulsada por

una emoción desconocida no exenta de vergüenza y cuando llegó el momento esperado vibró por fin intensa, largamente, experimentando un algo indescriptible, una sensación desconocida pero voluptuosa que la sumió en un abismo en el que se fue hundiendo sin presentar ninguna resistencia pues había alcanzado de la mano lo que no lograra de lo otro, de lo peligroso.

Un momento más tarde ya estaban allí las luces de la ciudad, demasiado deslumbrantes bajo la noche que lucía despejada y serena, después de la lluvia.

Se separaron de la caricia que los unía y fue hasta entonces que se hicieron presentes en Virginia, el nerviosismo y la vergüenza.

Antes de entrar al centro detuvo él el vehículo y volvió a besarla; pero esta vez con un beso distinto, un beso en el que ya aleteaba la amargura del adiós y la tristeza de una irremediable separación.

Metió el carro por una calle poco transitada y en una esquina, donde no había alma viviente, lo detuvo para que ella descendiera.

—Nos veremos en la capital –prometió él, tal vez con sinceridad-. Te escribiré –pero Virginia no pudo contestarle porque el dolor y la emoción le impedían hablar.

Cuando le dio la mano para ayudarla a descender del vehículo se las oprimieron desesperadamente, con la desgarradora angustia del adiós, y cuando el coche arrancó ella permaneció de pie en la acera, inmóvil, estática, sintiendo que las lágrimas le mojaban el rostro, como una lluvia amarga destilando el silencio duro de su soledad.

Después de unos instantes reaccionó y comenzó a caminar automáticamente hacia su casa. Se cruzó con algunas personas conocidas que la saludaron y a quienes contestó un poco vagamente, temiendo que fueran a detenerla.

Sus pensamientos corrían vertiginosamente de una cosa a otra, y sin saber por qué, se encontraba distinta como si otra persona la suplantara, como si alguien hubiese tomado su piel para disfrazarse de lo que ella había sido hasta entonces, de la Virginia que creía conocer tan bien y que ahora se le antojaba diferente.

¿Por qué se sentía tan extraña a sí misma? –inquirió, sin encontrar la respuesta.

No se arrepentía de los momentos que acababa de vivir; nada esencial había cambiado en ella. ¡Hasta eso tenía que agradecerle! Otro hubiera aprovechado las circunstancias sin el menor remordimiento, pero él no era de los que dejaban a una mujer en apuros ni expuesta a peligros y Virginia sintió que lo amaba más que nunca, que su amor y su admiración habían crecido exorbitantes.

De pronto se apoderó de ella el pánico. Le parecía que todos iban a leerle en la cara lo que acababa de hacer. Casi podía escuchar los comentarios de la gente: -¿Virginia de Lacava? ¡Imposible...! –Pero si siempre ha sido una muchacha tan seria y tan decente! –Tal vez sólo era una hipócrita, de esas que hacen las cosas a escondidas y luego se andan dando baños de pureza... –dirían otras voces.

Ella nunca se había dado baños de pureza; siempre había tratado de hacerles comprender que era una mujer que pensaba y sentía como cualquiera. Pero la limpia trayectoria de su vida había ido haciendo que la conceptuaran distinta y ahora sentía que había defraudado a todos del alto concepto en el que la habían colocado.

Trató de justificarse diciéndose que la gente no iba a borrar las desesperantes horas de soledad que la aguardaban, ni a aliviar su hastío ni su desesperanza; pero era un pobre consuelo que no encontraba eco en su rígida conciencia.

Se repitió una y otra vez que ¡había logrado sentir...! Había vibrado en la efímera caricia y que ese recuerdo extraordinario no podría serle arrebatado jamás; pero esto tampoco era un lenitivo.

Llegó a su casa terriblemente turbada, rogándole a Dios que no fuese a encontrar visitas porque sentía que no iba a poder soportarlo.

Sus zapatos eran un problema pues estaban tan llenos de lodo que ni la lluvia podía justificarlos. Sentía vergüenza de entrar y enfrentarse con la mirada confiada de su madre cuya integridad había en cierta forma traicionado; una vergüenza dolorosa, más por lo que la mano de él la había hecho presentir

que por cualquier otra cosa de lo sucedido en esa tarde, que sería imborrable en su memoria.

Traspuso por fin los umbrales de su hogar, pero no se atrevió a entrar al cuarto de su madre directamente, como acostumbraba a hacerlo siempre y se pasó de largo al baño, tratando de no ser oída.

Se sentía sucia, enlodada, no sólo de las ropas sino del alma y, a la vez, pensaba que por fin se había concedido un momento único, maravilloso, indescriptible. Algo cuyo recuerdo iba a ayudarla a soportar las largas horas de soledad que la aguardaban en el futuro, cuando él se hubiese ido cuando la amada presencia constituyese tan sólo la esencia de un sueño. Cayó en la cuenta de que las horas vividas esa tarde, tan recientes aún, pertenecían ya al pasado; un pasado que jamás volvería a poner ante ellos su futuro alucinante.

Se cambio de ropa pues toda estaba salpicada de lodo y tuvo que lavar los zapatos, que estaban imposibles.

De pronto la perturbó un pensamiento, una duda aterradora. Se quitó su prenda más íntima y la miró con temor sin lograr deducir nada del examen efectuado en ella. Había leído que se daban casos, extraños naturalmente, en los que un contacto estrecho, aun cuando no se realizara el acto completo, podría dejar a una mujer embarazada; esto la amedrentó, preguntándose si no le sucedería a ella algo semejante. Trató de desechar sus temores calificándolos de absurdos, pero no pudo lograrlo completamente.

Su madre, al oírla trasegar en el cuarto de baño, empezó a llamarla, extrañada de que no hubiese entrado a darle las buenas noches, como acostumbraba.

Se vistió rápido, se pasó un peine, tratando de ordenar sus cabellos y abandonó su improvisado refugio.

—¿No vas a cenar? –preguntó la señora, cariñosamente.

—No, estoy muy cansada y me duelo un poco la cabeza. Creo que lo mejor es que me acueste.

—Tómate antes una pastilla, pues no tiene caso aguantar el dolor, cuando es tan fácil remediarlo.

Prometió tomarla y por fin pudo lograr la ansiada guarida, cuando consiguió encerrarse en su habitación.

Se metió en la cama y todos los instantes vividos esa tarde con sus indescriptibles emociones y torturas volvieron a pasar por su mente. Recordaba hasta el más mínimo detalle, la más insignificante palabra y el valor de cada pausa, del más pequeño silencio.

Desde el lecho, donde permanecía inmóvil, comenzó a observar, con aguda atención, que los objetos de su alcoba seguían en el mismo lugar en el que esa tarde, al salir para su cita, los había dejado; precisos, estáticos, familiares. Se observó a sí misma tratando de analizarse y se dio cuenta de que en ella tampoco nada había cambiado. Era la misma Virginia de siempre. El deseo seguía insatisfecho y con él persistían la ansiedad y la angustia. Sólo allá en el fondo, en el rincón más íntimo y recóndito de su conciencia, sintió que se fraguaba una nueva sensación, un nuevo dolor que se denomina vergüenza.

22

Unas mañanitas muy cerca de su casa despertaron a Virginia. Se había desvelado pensando mil cosas contradictorias, para caer al fin, al filo de la madrugada en un sueño pesado, angustioso y lleno de pesadillas.

Al escuchar las notas de la marimba trizando el silencio de esas horas consideró que la vida era extraña. Ella siempre recibía la música con placer y alegría. Ahora en cambio, el corazón se le oprimía con un dolor sordo e insoportable. Recodó que él se iba en unas horas, tal vez para siempre y que nunca más tendría la ventura de su presencia, ni la dulzura de su voz, aunque fuese a través del hilo telefónico, y estaba tan acostumbrada a ello que no sabía cómo iba a poder soportar su ausencia. Ahora sólo quedarían, nublando su horizonte, una larga procesión de tardes vacías y sin sentido.

Para distraerse trató de imaginarse la escena que se estaría desarrollando en el lugar de donde provenía la música: un grupo de amistades de la festejada, tal vez una quinceañera, llegaba con la marimba a la puerta de la casa, tratando todos de no hacer ruido, pues debían ser las alegres notas de *Las mañanitas* las que despertaran a la del cumpleaños (había asistido tantas veces a este tipo de fiesta que podía reconstruir la escena, como si la tuviese delante de los ojos).

Oyó como los marimbistas atacaban furiosamente *La Diana*, y dedujo que en esos instantes, la agasajada salía a la puerta a recibir los parabienes y las felicitaciones de sus familiares y amigos.

Ahora están metiendo la marimba... –infirió, pues la música había cesado.

Desde el refugio de su lecho le deseó a la festejada, cualquiera que ésta fuese, un cúmulo de felicidades y se quedó prendida en la palabra felicidad, tratando de desentrañarla en su sentido verdadero.

¿Existía en realidad lo que la palabra quería significar...?, o como tantas otras cosas de la vida ¿no era más que un espejismo? La tarde anterior, por ejemplo, se había cumplido para ella algo tenaz y largamente deseado. ¿Habría alcanzado con ello la dicha...? –no supo qué responderse-. Horas que podían haber sido de maravillosa ventura, se habían visto turbadas por la ansiedad, el temor y la angustia de pensar que estaba realizando algo indebido. No, no era que se arrepintiera. Él se iría, tal vez para siempre, pero a ella nadie podría arrancarle ya esos momentos, que aunque llenos de zozobra, la hicieron sentir que estaba viva...

Escuchó de nuevo los acordes de la marimba, esta vez un poco más distantes, y dedujo que dentro de la casa, se iniciaba el baile. Los músicos tocaban una pieza que a ella y a su feo, les gustaba mucho, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se recriminó de su debilidad diciéndose que tenía que irse haciendo a la idea de que lo de ellos se había terminado; de que no les quedaba ni siquiera el consuelo de una esperanza porque ¿acaso podía pedírsele a un amor destinado desde el primer instante a no verse nunca realizado? No, ella sabía que no había nada que esperar, y sin embargo, no hubiera cambiado esos años de maravillosa quimera por la más hermosa realidad.

Durante cinco años ellos habían alimentado un amor así, ahora tendrían que pagar su precio. Sobre todo ella a quien le quedaba como castigo el tedio inconmensurable de quien tiene la obligación de seguir viviendo con el corazón vacío.

Pero él me prometió que me escribiría –trató de consolarse. Bien –le rebatió su otro yo-, recibirás dos, tres, cuatro cartas si acaso y luego el tiempo hará lo demás... Pronto tendré vacaciones –arguyó, tratando de levantarse el ánimo- y entonces nos veremos sin tantas trabas, y sobre todo, sin el constante temor de que nuestro secreto se vea descubierto.

Y con esa seguridad que le daba de nuevo la esperanza se levantó de la cama, preparó su desayuno y se arregló porque ya iba siendo hora de marcharse al trabajo.

Durante el transcurso de la mañana esperó en vano, que el teléfono sonara para ella. Cierto es que jamás se hablaban a esas horas. Pero ilusamente creyó que lo haría, aunque fuera para despedirse.

En la noche, Zoila e Ivonne pasaron por ella para ir al jardín. No tenía el menor deseo de salir ni de ver gente y lo único que se le antojaba era meterse en la cama a llorar su desesperanza pero... ¿acaso tenía derecho a hacerlo? ¿Qué hubiera podido decir a sus amigas para disculparse...? ¿Qué había cometido la locura de enamorarse de un hombre casado alimentando cinco años esa absurda ilusión...? ¿Qué ahora él se había alejado de su vida, tal y como había entrado en ella, en silencio, pero dejándola sola, vacía y desgarrada? Hasta Ivonne, que era su mejor amiga, se hubiese reído de ella. Así que calló, optó por arreglarse para acompañarlas y cuando estuvo lista pasaron en busca de Cynthia.

—¿Ya saben la última? –les preguntó la joven, apenas entraron a su casa.

—No ¿de qué se trata? –quiso saber Ivonne, curiosa, como de costumbre.

—El novio de Patricia Solórzano vino de vacaciones...

—¿Y eso qué tiene de raro? –la interrumpió Zoila, impaciente.

—Pero criatura, si no me has dejado terminar. Vino de vacaciones y cuando fue a verla le salió con que le devolviera la palabra empeñada porque se había enamorado de otra e iba a casarse con ella... -terminó, con un suspiro.

—¡Pero eso no puede ser...! ¡No seas bárbara...! –se indignó Virginia.

—La bárbara no soy yo, será él, si es cierto que la mandó al diablo.

—Pero si tienen un montón de años de novios. Todos creímos que se casarían en cuanto él se recibiese...

—Pues a mí me lo contó alguien que está bien enterado, porque es una persona de su familia.

—Yo no lo dudo. De los hombres puede esperarse todo –opinó Ivonne-. Todo lo peor, naturalmente.

Estrella traía el mismo cuento, sólo que narrado en otra forma y con nuevos agregados.

—Dicen que el papá de Patricia quería obligarlo a que cumpliera su palabra y se casara con ella a como fuera; pero él no aceptó ni con amenazas ni sobornos. Está locamente enamorado de la otra y lo único que quiere es desligarse del compromiso que lo unía con Patricia.

—¡Qué canalla...! ¡Pobre chamaca...! ¡Ya me imagino lo que estará sufriendo! –exclamó Ivonne con conmiseración.

—No creo que ella aceptara casarse en esas condiciones –les garantizó Virginia-. Patricia es una chica muy sensata y ¿cómo puede querer un matrimonio con un hombre que no sólo le ha dicho que no la quiere, sino que llega al descaro de confesarle que se ha enamorado de otra...? Pero deben de ser cuentos, la gente ya no sabe qué inventar.

—Desgraciadamente no lo son –afirmó Cynthia.

—¿Por qué habían de serlo? –más que pregunta, lo de Zoila era una afirmación.

—Aunque sólo fuera por fastidiarlo lo obligaba a que se casara conmigo –aseveró Ivonne-. Es lo que se merece por haberle hecho perder tantos años. La juventud no se recobra jamás.

—Pero ¿qué caso tendría? Además, sin amor el matrimonio debe de ser un infierno –la contradijo Virginia.

—Pues aunque así fuera. Que el diablo nos lleve a los dos, pero no le doy el gusto de dejarlo libre para que se largue con la otra –terqueó apasionada la muchacha.

—Es que, aunque moralmente esté en deuda con ella, legalmente no existe ningún compromiso –le rebatió su amiga-. En el amor se puede destrozar una vida con la mayor impunidad porque no hay leyes que castiguen los delitos que lesionan el corazón.

—Habría que inventar una legislación sobre eso –apuntó Ivonne-. Buena falta que nos hace siquiera para que nosotras, las mujeres, no estuviésemos tan desamparadas...

—¿Y cómo es que a veces he oído decir que la ley obliga a un hombre a casarse con determinada mujer? –preguntó Cynthia con toda ingenuidad.

—Solamente cundo entre la pareja existe algo más que un noviazgo –explicó Virginia, añadiendo-: pero éste no es el caso.

—Vaya, quiere decir cuando han tenido relaciones sexuales y ella ha quedado embarazada –aclaró Estrella con desparpajo.

Un ¡Oh! de admiración se le escapó a la jovencita y confesó:

—Palabra que esa no me la sabía yo.

—Por eso es que algunas se arriesgan a dar el mal paso y a veces les sale bien, pues en esa forma los obligan a casarse con ellas –completó Ivonne.

—Pero debe de ser horrible que luego te lo anden echando en cara; si sepa Dios cuando se casan como debe ser..., pues ¿se imaginan si tienen algo que echarte en cara? -opuso Estrella.

—¿Y cómo saben que no es ese el caso de Patricia? -preguntó Zoila, insidiosamente, pues cuando se trataba de la honra o del descrédito de alguien jamás podía dejarte quieta la lengua.

—Sólo que haya sido por correspondencia –le opuso Ivonne, a quien le gustaba ser integra.

—Ella va muy seguido a la capital –insistió.

—Tú siempre has de pensar mal de todo el mundo –la recriminó Cynthia-. Eso es falta de caridad hacia el prójimo y es un pecado muy grave, lo dijo el Padre el otro día en el sermón.

Zoila resintió la réplica; pero como no podía poner en duda la prédica del sacerdote optó por callarse; pero sintiéndose furiosa contra su amiga.

—Bueno ¿nos vamos o qué? –interpuso Estrella, tratando de calmar los ánimos.

—Sí, apúrense que luego no encontramos una banca disponible –reforzó Virginia-, y yo me siento un poco cansada.

—Por mí cuando gusten –les anunció Cynthia, echándole al espejo una última mirada.

Salieron y se encaminaron al jardín. Era día de retreta y la Banda del Municipio tocaba en el kiosco central hasta las diez.

Mientras los jóvenes de ambos sexos se paseaban alrededor de éste, ellas hacia la izquierda y ellos por la derecha facilitando de este modo el coqueteo por ambas partes, puesto que en cada vuelta las miradas se cruzaban.

—¿Qué no es Arnaldo el novio de Patricia el que está en aquella mesa? –las interrumpió Zoila, señalando discretamente hacia el café situado frente al jardín.

—Él es –confirmó Estrella-. Entonces es cierto lo del pleito.

—Me dan ganas de escupirle un ojo –aseguró Ivonne enardecida.

Virginia sentía que la pena secreta que le producía la ausencia de su amado la ahogaba, y aventuró:

—Yo perdí hoy, también algo de mucho valor.

—¿Tú? –preguntó Ivonne, interesada-. ¿Y qué perdiste...?

—Una linternita que alumbraba mis noches sutil y delicadamente. Y como Patricia, tenía también más de cinco años de poseerla.

Sus amigas la miraron sin ocultar su asombro. Virginia, tan sensata siempre, siempre tan cuerda, había hablado como si no estuviese en sus cabales.

—Pero no vas a comparar... -la amonestó Estrella.

Ella ha perdido un amor y cinco años de juventud que jamás podrá recobrar.

—No estoy comparando -se retractó la muchacha, comprendiendo que había ido demasiado lejos y que podría traicionarse-, sólo les estoy comentando que se me extravió una linternita que tenía en gran estima y que su pérdida me ha afectado mucho.

—Ja, ja, ja -se burló Zoila-, una linterna puedes reponerla en cualquier momento, mientras que un novio..., no es tan fácil. No le veo la relación.

—Hay de linternas a linternas... -aclaró, prosiguiendo el juego-. La que yo perdí no es de las que se encuentran a la vuelta de la esquina. Era una miniatura japonesa que me regaló un amigo que se fue muy lejos, y lo que me duele es que tal vez no regrese jamás.

Nadie le contestó, pues les parecía que esa noche la joven hablaba un poco absurdamente. Sólo Ivonne intuyó que su

amiga había querido decir más, mucho más, de lo que sus palabras habían dejado entrever.

Desde hacía algún tiempo sospechaba que la muchacha poseía un secreto; no hubiera podido decir de qué clase ni referente a qué. Pero como Virginia era sumamente reservada, nunca se había atrevido a preguntarle. Se dijo que algún día, tal vez, ella misma rompería su silencio para confiárselo. Pero mientras esto sucedía prefirió callar las preguntas que su curiosidad, siempre ávida y despierta, le formulaba, pues temía herirla o mortificarla.

23

La boda de Felipe con Susana estaba anunciada para las ocho de la noche, pero desde media hora antes la iglesia se fue llenando, no sólo de invitados sino de una cantidad grande de curiosos, de esos que invariablemente acuden a acechar bailes, matrimonio y hasta velorios, sólo por tener luego que comentar.

De repente cesaron las charlas y los cuchicheos y algo imperceptible recorrió a la concurrencia, haciendo que todas las miradas convergieran en la puerta del templo, por donde en esos momentos entraba Susana totalmente envuelta en una vaporosa nube de encajes y tules...

Hubo un instante de confusión mientras se integraba el cortejo, pues todos se creían con derecho a dar indicaciones y damas, madrinas y pajecillos, atolondrados por tan diversas advertencias, no sabían a quien atender, mientras el sacerdote aguardaba pacientemente al pie del altar.

El órgano inició la *Marcha nupcial* de Mendelssohn, y el séquito avanzó lentamente por el pasillo central decorado con guías de flores de papel y hermosas gladiolas naturales, que se apretaban dentro de los dorados jarrones colocados sobre columnas de madera.

—¡Qué hermosa se ve Susana...! –exclamó Cynthia.

—Bueno –admitió Ivonne-, dicen que no hay novia fea. Lástima que a este paso no vamos a tener oportunidad de comprobarlo personalmente.

—Tú sí –aseguró Virginia-. No concibo que puedas quedarte para vestir santos.

—Claro que no, ten la seguridad de que por mí los santos se van a quedar sin cambiarse de ropa, porque no tengo

vocación de beata; pero de eso a que yo encuentre quien me conduzca al altar… la cosa está verde.

—No está feo el novio –comentó Estrella, fijándose en Felipe-. Así de traje se ve muy guapo.

—¿Y quien dijo que es feo? –se extrañó Virginia, pues Felipe se veía muy varonil.

—Bueno, yo por lo menos nunca me había fijado en él. Es de esas personas con quien uno se puede cruzar a diario sin reparar en ellas. ¿No es cierto?

—Es verdad.

—Le quedó bonito su vestido a Zoila –comentó Cynthia, cuando la joven pasó cerca de la banca donde ellas se encontraban, formando parte del cortejo; pues había sido invitada por Susana para fungir como madrina de ramo en la ceremonia.

—Sí, ese tono de verde le sienta porque la hace verse menos morena –hablaba Estrella nuevamente.

Durante el corto trayecto en el que atravesaron la iglesia, con las miradas de todos clavados en el grupo que formaba el cortejo, Zoila sufrió lo indecible imaginándose los comentarios y las críticas que se suscitarían alrededor de su persona, pues ya sabía lo que eran esas cosas. Al llegar al altar, caminó hacia la derecha, tal y como le habían indicado, y como sentía que las piernas le flaqueaban y no había reclinatorios delante de los lugares señalados para las madrinas, optó por dejarse caer arrodillada sobre el piso.

De desearlo hubiera podido tocar a Felipe, pues había quedado precisamente detrás de él y el tumulto de sus pensamientos revoloteaba alrededor de la pareja, a pesar de sus esfuerzos por desviarlos de allí.

No es que le importara que el muchacho se casara; nunca le interesó realmente y comprendía que su aventura con él había sido algo irrazonable y estúpido; mas cuando pensaba que saliendo de la iglesia serian marido y mujer, y que esa noche...

Trató de nuevo de concentrarse en sus rezos; pero una sucesión de turbias imágenes se le presentaban mezclándose con las palabras tradicionales de las oraciones con las que intentaba seguir la misa. Se los imaginaba como los viera tantas

veces desde su escondite: besándose, acariciándose y sobre todo, amándose ya sin cortapisas de ninguna especie. Y estas escenas se proyectaban en su mente tan vívida, tan real, que le constituían una verdadera tortura.

¿La lastimaría él para hacerle sentir la plenitud del amor...? –se preguntaba, contemplando las manos del novio, toscas manos de obrero que contrastaban poderosamente con el terso brocado del reclinatorio.

No podía concebir el acto sexual sino ligado al dolor; un dolor especial que no se parecía a ningún otro; y vibraba tan sólo de figurarse lo que Susana sentiría entre las rudas manos del hombre, que siempre se le antojaron magníficamente crueles.

Se recriminó por estar pensando en esas cosas dentro del sagrado recinto; pero cuanto más trataba de alejar de su mente las imágenes morbosas, con mayor claridad se le reproducían.

La obsesionaba la figura de los novios, despojados ya de sus galas nupciales, haciéndose el amor en los misterios de una alcoba desconocida, como ella pensaba que debería de hacerse el amor: la crueldad del macho imponiéndose en toda su fiereza a la fragilidad de la mujer, para prepararla, por medio del sufrimiento, para el goce pleno del acto.

Sacudió la cabeza, como si las ideas fuesen pájaros molestos que pudiesen ahuyentarse con un movimiento y se puso a orar con verdadera desesperación. Nunca le había pasado una cosa semejante. Cierto que a veces, más a menudo de lo que hubiera deseado, la perturbaban imágenes deshonestas, pero siempre acababa por controlarlas y ahuyentarlas a fuerza de oraciones y penitencias. Ahora en cambio, su terquedad en no alejarse de su mente la desconcertaba.

Se dijo que tal vez era un castigo divino porque hacía mucho tiempo, precisamente desde sus escapadas con Felipe, que no comulgaba. Se prometió hacerlo lo más pronto posible. No, no se pondría más prórrogas como lo había venido haciendo desde entonces; al día siguiente era domingo, y sin excusas ni pretextos se confesaría, aunque para ello tuviese que pasar la vergüenza más grande de su vida. Sería por una sola vez y luego le sería fácil seguir cumpliendo con sus debe-

res de buena cristiana como lo hacía anteriormente, como lo había hecho siempre antes de que el demonio la tentara con el novio de su amiga. Además, si había pecado, era justo que pagara su culpa.

La torturaba más que nada la idea de lo que el buen padre Adriano iba a pensar de ella. Antes había sido una muchacha sumamente moral y apegada a los deberes de su religión; pero trató de consolarse diciéndose que muchas de las que comulgaban todos los domingos se besaban con sus novios apenas se les presentaba la ocasión; así que sólo sería una más y el sacerdote no iba a asustarse por algo que había oído tantas veces. Lo mejor era que no estaba obligada a decir con quien había pecado, porque eso si le hubiera resultado más allá de sus fuerzas.

Si –se repitió-, se confesaría al día siguiente para librarse de la carga que pesaba sobre su conciencia y con la que no podía más.

El órgano tocaba el *Ave María* de Gounod. El concilio había desterrado esas partituras del repertorio de la Iglesia, pero en los pueblos como Bellaisla se seguían utilizando por la sencilla razón de que el organista no sabía tocar otras.

Virginia sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas; esa música siempre la conmovía, pero ahora pensó que ella no sólo nunca poseería una dicha así, sino que acababa de perder hasta la migaja de ilusión a la que había permanecido aferrada durante tantos años. El día anterior había tenido unas letras de él, pero no se hacía ilusiones; la ausencia y la distancia acababan siempre por ser inexorables.

—¿Adónde irán de luna de miel? –preguntó Ivonne, arrancándola bruscamente de sus reminiscencias.

—Dicen que van al Quebradero -les informó Estrella-. Está cerca y los hoteles no son tan caros como en otras partes –asentó, refiriéndose a que la situación económica de los contrayentes no era tan boyante.

—Con tal de que fuera con Sergio, me conformaba con que me llevara a Mulbité –guaseó Cynthia, nombrando un pueblecito sin importancia que quedaba como a diez minutos de la ciudad.

—Pues si que tienes esperanzas... -la amonestó Estrella.

—Como ya no espero que me llegue el amor, me pienso buscar un viejo ricachón para que me pasee por todo el mundo. A falta de pan... -bromeó Ivonne.

—Y procura que se te muera pronto, porque viuda y rica, ya te salvaste –aseveró Cynthia.

—Yo les aseguro que se lo ponen enfrente y no se animan –afirmó Virginia.

—Tienes razón. La verdad es que en el fondo no somos más que unas malditas románticas, contesto Cynthia.

Estrella no comentó nada. Había vuelto a recibir carta de su eterno enamorado don Romualdo Ramos, y había momentos en que casi se decidía a decirle que sí; de todos modos no veía claro por ningún otro lado…

—¿Y qué haríamos casadas con hombres a quienes no amáramos? –preguntó Virginia, con una sonrisa llena de melancolía.

—No sé –dudó Estrella-, pero cuando menos ya no estaríamos aquí. No crean que todas las que se casan lo hacen enamoradas –arguyó, tratando de convencerse a sí misma-; a muchas las lleva la conveniencia económica y a otras, tal vez la mayoría, el pavor de quedarse solteras; y quizá hagan bien porque la soledad es insoportable...

Una más que tiene suerte y que se libra de sí misma –razonó la señorita Wilkinson, contemplando a la pareja que en esos momentos recibía la Comunión-. ¡Qué tonta fui desaprovechando las oportunidades que, en mi tiempo, no puedo decir que me hayan faltado! Claro que ahora ya no tiene remedio, pero..., tal vez si no hubiese sido tan exigente....

Empezaron a desfilar por su memoria nombres y al recordar los pretextos que se había puesto para no aceptarlos no pudo menos que reír amargamente. Con cualquiera de ellos –reconoció- hubiese encontrado, sino la dicha cuando menos la infelicidad de dos en compañía, que de todos modos tenía que ser menos lacerante y terrible que la soledad.

La saludó una persona de lejos y al tratar en vano de reconocerla se dijo que tendría que ir al oculista y cuanto antes, porque ahora, hasta leer, que había sido siempre su placer fa-

vorito, le causaba una verdadera tortura. Es verdad que sentía un miedo terrible de que le fuesen a decir que padecía algo incurable, pero aún así comprendió que era tonto seguirlo posponiendo.

Polly había saludado a la maestra, pero se dio cuenta de que ésta no la había reconocido. Se fijó en eso en las personas que estaban en la misma banca que la señorita Wilkinson y advirtió que se trataba de su jefe con su esposa y sus hijos y no pudo evitar que el color le encendiera las mejillas.

—¿Qué te pasa? –inquirió una de sus compañeras.

—Te has ruborizado de pronto.

—Es que me acorde de un chiste colorado.

—Pues a la salida me lo cuentas.

—Que va a ser... -se retractó-. Lo que pasa es que está haciendo un calor de miedo. Por suerte ya va a terminar la misa.

—Sí, ya van a impartir la bendición y qué bueno, porque yo ya no aguanto, y eso que estamos en diciembre.

A pesar de los ventiladores que pendían del techo y de que los abanicos se movían interminablemente en las manos de las damas, el ambiente era realmente agobiador y el bochorno se había hecho insoportable dentro del cerrado recinto.

Las notas de la *Marcha nupcial* de Wagner iniciaron un movimiento en la concurrencia, que se aprestó a contemplar la salida del cortejo, que atravesaba el pasillo entre nubes de arroz.

—Ya se casó, ya se amoló... -cantó Cynthia, al compás de la música.

—Pero qué daríamos por amolarnos también nosotras...-suspiró Estrella-. ¿Verdad?

—Vámonos saliendo –propusó Ivonne-. Recuerden que la casa es reducida y no va a haber ni donde sentarse.

Se pusieron de pie tratando de alcanzar la puerta pero no era fácil pues ésta se encontraba bloqueada por todos los que trataban de hacer lo mismo.

Con un codazo por aquí y un discreto empujón por allá lograron llegar a la calle y se dirigieron a pie a la morada de la desposada, que estaba situada a pocas cuadras de la iglesia. Efectivamente, cuando llegaron ya aquello estaba lleno; pero

después de tantear un momento lograron acomodarse en una de las mesas que quedaban al fondo del patio.

—Vamos a ver los regalos –propuso Cynthia.

—¿Y si perdemos los lugares –razonó Virginia-. Todavía está llegando mucha gente.

—Podemos ir de dos en dos –sugirió Estrella: y ella y la chiquilla se dirigieron a la recámara donde se exhibían los obsequios recibidos por los contrayentes con motivo de su matrimonio. Curiosearon un momento leyendo las tarjetas y admirando los más costosos o los de mejor gusto y retornaron a la mesa para que pudiesen ir Virginia e Ivonne, pero estas tenían flojera y no quisieron levantarse. Además, en esos momentos entraban los novios que venían de la fotografía y la concurrencia se puso de pie e interrumpió en vivas y aplausos. Susana y Felipe lucían radiantes.

—Voy a tirar el ramo –anunció la novia, dichosa.

—¿Vamos? –preguntó Cynthia, ilusionada.

—Pero ¿todavía crees en esas cosas...? –se burló Ivonne con sarcasmo.

—Bueno, no es que piense que si cojo el ramo necesariamente voy a ser la próxima en casarme; pero si es la costumbre, no veo por qué vamos a desairar a Susana –y diciendo esto se levantó y se unió con el grupo que, entre risas, gritos y guasas, aguardaba el bouquet de azahares.

La recién casada, encaramada en una silla, lanzó al aire el hermoso ramo de flores artificiales, voló éste por encima de las cabezas y las manos que trataban de atraparlo, y fue a caer al suelo a los pies de Zoila, quien sin mucho interés en el juego, se había quedado un poco atrás.

—¡Eh, Zoila, qué calladito te lo tenías!

—¿Quién es él?

—¿Lo conocemos?

—¿Cuándo es la boda?

—No dejes de invitarnos -gritaron todas alborotando al mismo tiempo.

—Todavía no lo tengo –rió la aludida, devolviendo el ramo a Susana- pero esto quiere decir que pronto voy a encontrarlo.

La respuesta fue coreada con risas y cuando alguien propuso: Vamos a pasarnos debajo de la cola..., las solteras se co-

locaron en fila para pasar debajo de los metros de raso que formaban la cauda del vestido de novia, sin que cesaran la algazara y el regocijo.

Era ésta otra costumbre que se había ido imponiendo y que venía quién sabe de dónde. Se afirmaba que el hacerlo traía dicha y suerte para casarse pronto que era lo que a la mayoría le interesaba.

Cynthia hubiese querido ir también, pues pensaba que no estaba de más atraer los símbolos de la buena fortuna; pero temerosa de las ironías de Ivonne se abstuvo de proponerlo.

Los familiares y las amistades más allegadas a los desposados empezaron a repartir, entre los asistentes, platitos de cartón con sabrosas viandas, botellas de refrescos, entre la concurrencia femenina y, entre los hombres, que apelotonaban cerca de donde el trago se encontraba, copitas de licor.

—Está muy bien servido el lunch –comentó Virginia, atacando con apetito la ensalada.

—Sí, es cierto, -confirmó Estrella-, todo se ve rico. Dicen que él estuvo ahorrando mucho tiempo para poder hacer una fiesta así.

—¿Pero no es que lo de la comelitona lo pagan los padres de la novia? –inquirió Cynthia.

—Eso es convencional y según las circunstancias de cada pareja –le aclaró Virginia.

—Pues la verdad es que están quedando muy bien –aceptó Ivonne.

—Pero ¿qué no es Magdalena aquella que está allá...? –preguntó Estrella, señalando discretamente un rincón en el comedor de la casita, donde se hallaban reunidas varias señoras. Esos sí que se dan la gran vida; creo que acaban de regresar de la India o de no sé dónde.

—Como no han tenido familia bien pueden pasear todo lo que deseen –apuntó Virginia.

Magdalena captó la mirada de las muchachas y rió dentro de sí con sarcasmo, sin poderlo evitar. Sabía que la envidiaban porque tenía dinero y más que nada porque estaba casada; ellas no podrían adivinar nunca –reflexionó- que el matrimonio puede constituir también en el más pavoroso infierno.

No sabía por qué pero esta boda la recordaba la suya. Bueno, todas se la traían a la memoria. Esta, tal vez un poco más porque la pareja se veía muy enamorada...

Así se sintió ella el día de su matrimonio, el día que constituyera el más feliz de su vida, para terminar convirtiéndose en el más desdichado; más bien en el primero de una pavorosa cadena de días desgraciados, atada a la cual iba a cumplir ya cinco largos años.

La gente seguía creyendo la leyenda de un matrimonio feliz y admirablemente bien constituido, con la única desgracia de no haber tenido hijos. Se habían dedicado a viajar por todo el mundo tratando de aturdirse, pero ella por lo menos, no lo había logrado.

Buscó a Lucio con la mirada y lo divisó en el centro de un grupo de amigos, riéndose despreocupadamente; olvidado, tal vez por un instante, de la tragedia que los envolvía y dentro de la cual ni ella misma hubiera podido afirmar quien era más desdichado.

Ella había tratado de conformarse, de olvidar su desgracia y llenar su vida con las cosas que el dinero puede comprar; pero había momentos en que pensaba que no iba a poderlo soportar mucho tiempo más.

Los novios se aprestaban a partir el pastel y el público empezó a pedir que se besaran. Estos no se hicieron de rogar y Felipe, tomando a Susana entre sus brazos, la beso en la boca apasionadamente.

—Las cosas que se ven ahora –protestó una señorita que frisaba en los setenta-. En mis tiempos nadie se hubiera atrevido a dar un espectáculo tan vergonzoso.

—Pero si ya son marido y mujer -se extrañó una señora joven.

—Por lo mismo. Bien podían esperar a estar a solas para hacer sus cosas –terqueó la que había hablado primero.

La señora se dio cuenta de que, con una persona como la que tenía al lado, llevaba perdida de antemano la partida y optó por no replicarle.

—Ya se van los novios -musitó Estrella, luego de un momento, al oído de sus amigas. Y en los corazones de todas cre-

ció un poco de envidia hacia la compañera, que según ellas, había conquistado la felicidad; la única felicidad digna de ser ganada, la de un matrimonio realizado por amor.

24

Era navidad, la víspera, aprovechando que estaba libre de la escuela, la señorita Wilkinson se decidió por fin, a visitar a un oculista. Cada día que pasaba sus ojos le molestaban más, haciendo que el placer de leer se le convirtiese en una verdadera tortura.

Fue a ver a un viejo amigo con quien tenía bastante confianza y le contó lo que le sucedía. Este, después de someterla a un minucioso reconocimiento con aparatos que lograron ponerla nerviosa, la regañó por haber dejado pasar el tiempo sin hacerse un examen, permitiendo de esta manera que el mal avanzara.

No es que fuese incurable, le aseguró cuando leyó el pánico en su mirada. Sólo que había abusado demasiado de su vista y ahora esta necesitaba descanso; pero un verdadero descanso, y en lo sucesivo muchos cuidados si es que deseaba conservarla. No era nada irremediable, le repitió, tratando de calmarla cuando la maestra, realmente asustada, estalló en sollozos. Pero si le aconsejaba que no los hiciese trabajar tanto, porque una fatiga excesiva podía perjudicarle seriamente el nervio óptico. Debería dejar de leer por algún tiempo cuando menos, y cuando le fuese absolutamente necesario, hacerlo con los lentes que iba a prescribirle.

—¡Dejar de leer! –gimió la maestra.

—Sólo por una temporada, mientras sus ojos se reponen. Tratando de contener la angustia que la atenazaba enronqueciéndole la voz, le preguntó por sus honorarios, a lo que el facultativo sonrió asegurándole que no era nada, que para él había sido un placer atenderla y que para la semana siguiente, sin falta, le tendría listos sus lentes que de allí en adelante de-

bería de usar siempre; que lo único que quería era su palabra de que seguiría sus indicaciones al pie de la letra y se cuidaría.

La pobre maestra prometió todo lo que el médico quiso y salió de allí sintiendo que el mundo se le acababa.

Dejar de leer..., no podría hacerlo nunca. ¿Qué sería de ella sin el consuelo que los libros le proporcionaban?

Entró al supermercado a comprar unas latas pues no sentía, en absoluto, deseos de ponerse a guisar, un día como ese era inconcebible celebrar la Navidad en una mesa solitaria..., pero la verdad no tenía a donde ir.

La noche anterior había sido Noche Buena; tal vez una buena noche –pensó- para los que habían tenido con quien compartirla; noche de júbilo y algazara hasta en los hogares más humildes donde quizá habrían faltado manjares exquisitos pero habría sobrado calor de hogar. Sólo ella la había pasado sola, desesperadamente sola.

Otros años sus amigos, los Ballesteros, la invitaban a compartir con ellos el regocijo y la cordialidad de esa noche; ahora, quizá porque se encontraban en plena reconciliación amorosa, después de una serie de trifulcas y disgustos que los habían llevado casi al borde del divorcio, se habían olvidado de hacerlo y su cena navideña había consistido en un vaso de leche, tomado a desgana y sólo por no dejar, teniendo por única compañía la frialdad de las sábanas de su lecho, siempre solitario. Y la noche se le había antojado larga, desoladoramente larga, contrastando con el bullicio de la calle que hacia imaginarse lo que los demás se divertían.

Al recordar que la noche anterior no había dormido casi nada, le vino a la memoria que las pastillas recetadas por el doctor Castañeda para atraer el sueño se le habían terminado, y sólo de pensar que la noche pudiera sorprenderla sin tenerlas a mano sintió verdadero pavor. Se quejaba de que no la ayudaban gran cosa, pero aún así no quería imaginarse lo que sería pasarse sin ellas las largas horas nocturnas que la aguardaban, peor ahora que no tendría el consuelo de sus libros.

Como era día de fiesta ni siquiera estaba segura de encontrar una botica abierta. Instintivamente apresuró el paso y se sintió aliviada cuando al atravesar a `La Luz´, vio que por una de las puertas laterales estaban despachando al público.

No era su botica pues en la de `El Sagrario´ le hacían muy buen descuento porque el propietario había sido alumno suyo; pero reflexionó que no podía arriesgarse a encontrarla cerrada y entró en la que tenía enfrente. En efecto, tuvo que pagar tres pesos más por el frasco de barbitúricos; pero se consoló diciéndose que con el medicamento dentro del bolso se hallaba cuando menos libre de ese pendiente, conciliaría el sueño y no se le haría tan larga esa noche.

Al llegar a la calle principal le extraño verla llena de muchachas. Luego recordó que ellas tampoco habían tenido trabajo y que aprovechaban cualquier oportunidad para salir a dar la vuelta, lo más cerca posible de los lugares donde los hombres se reunían, como restaurantes o cafés.

De esas muchachas tampoco ninguna se ha casado -pensó con lástima cuando Cynthia, Zoila, Estrella, Ivonne y Virginia se cruzaron con ella y la saludaron-. Ojalá tengan suerte y logren hacerlo pronto.

Cuando las muchachas entraron al Siroco lo encontraron lleno de hombres.

—Ya ven lo que se iban a perder... Miren cuánta mercancía y acabadita de desempacar... -señaló Ivonne, refiriéndose a la nutrida concurrencia masculina.

—De veras –aceptó Virginia sin entusiasmo-, reconociendo en su fuero interno que a ella ninguno de aquellos hombres podía llamarle la atención ni interesarla puesto que el recuerdo del ausente la llenaba por completo.

Le había contestado su tarjeta y aguardaba con ansiedad sus noticias, porque a principios de la semana siguiente, saldría de vacaciones y entonces tal vez tendrían oportunidad de verse.

—¿Siempre sales de vacaciones la semana entrante...? -la interrogó Ivonne, como si estuviese leyendo sus pensamientos.

—Sí, creo que sí; por lo menos ya tengo el permiso de mi jefe –respondió turbada, como si la muchacha pudiese adivinar lo que pasaba por su mente.

—Dichosa tú que podrás escaparte, aunque sea por unos días, de este terrible aburrimiento –suspiró Estrella.

Ivonne había comenzado a coquetear con un güero que no estaba mal y a Zoila le había llamado la atención un hombrón fuerte e imponente, que se encontraba sentado a la barra con un jarro de cerveza enfrente.

—Oye, Cynthia, ¿qué no es tú Sergio el que está en aquella mesa? –preguntó Estrella de pronto.

—Ten cuidado que está con su esposa y con sus hijos –la previno Virginia, temiendo que el inesperado encuentro pudiese provocarle a su amiga un shock.

Al escuchar el nombre del amado, la criatura sintió que el corazón iba a dejar de latirle y volteó lenta, cautelosamente, con una horrible aprensión, hacia el punto que le habían indicado, pensando que no podría soportar la emoción de volver a verlo después de tanto tiempo; pero sus ojos recayeron en una figura que la dejó impávida. En cinco años el cambio operado en el hombre había sido inclemente, ¿o serían sus ojos que lo miraban de diferente forma? La calvicie incipiente que lo hacía lucir tan interesante cuando lo conoció había avanzado sin compasión; había engruesado también y como no era muy alto lucía chaparro y barrigón.

Cynthia se le quedó mirando sin pestañear, asombrada de no sentir nada, ni alegría ni dolor; sólo una gran indiferencia y una sensación indescriptible al darse cuenta de que él ni siquiera la había reconocido.

—¡Qué feo se ha puesto! –comentó Ivonne.

—¡Qué extraño! Créanme que no siento nada; parece una persona diferente a la que yo conocí. Pero él es, indudablemente, ¿verdad? –inquirió desconcertada.

—Claro que es él –confirmó Estrella.

—¡No puede ser posible que te quedes tan fresca –le refutó Zoila, creyendo firmemente que su amiga escondía sus verdaderos sentimientos-. ¡Tanto que has sufrido por él!

—Pues aunque no lo creas, no siento nada; al contrario, creo que ha sido como si me hubiesen quitado un peso de encima; porque ahora sé que estaba adorando un sueño, algo que no existía.

—Lo que te sucedió fue que te enamoraste del amor –le aclaró Virginia-. Eras demasiado chiquilla cuando lo conocis-

te, y como fue el primero te quedó la obsesión de que tendría que ser el único. ¡Qué bueno que el destino te lo puso delante para que te desengañaras de una buena vez y abrieras los ojos hacia otros horizontes; porque te habías aferrado morbosamente a su recuerdo y eso en nada podía beneficiarte.

—Es verdad, Dios ha sido misericordioso conmigo. Me he pasado todos estos años rogándole que me lo pusiera de nuevo enfrente, divorciado, viudo, lo que fuera, pero libre para volver a conquistarlo. Ahora me doy cuenta de que ha hecho algo mucho mejor. No cabe duda que su sabiduría es infinita; pues si todavía hace unos momentos alguien me hubiese dicho que no iba a sentir nada al encontrármelo, no se lo hubiese creído.

—Así es la vida –aseguró Virginia.

Disimuladamente Zoila había empezado a cruzar miradas con el hombre que le había llamado la atención, y tratando de aparentar indiferencia, preguntó:

—¿Quién será aquel grandote que está sentado en la barra?

—¿Cuál? –quiso saber Ivonne.

—El que se está llevando ahorita el vaso a la boca...

—Ah, ese... -aclaró Estrella, desdeñosa-. Es jugador de futbol. El triunfo de Eureka, el domingo, se debió a él, que metió no sé cuántos goles. Mi hermano, que es muy aficionado, lo comentaba precisamente anoche. Creo que le dicen Cíclope.

—¿A poco te gusta? –se extrañó Cynthia-. Pero si es un gigante, se ve que tiene una fuerza bruta, da la sensación de que si te coge en los brazos te desbarata...

—Yo no he dicho que me guste, sólo quería saber quién era.

—Pues ya estás enterada –rió Estrella-. Dicen que con tal que no deje el equipo le pagan lo que pida.

El hombrote no dejaba de mirar a Zoila sonriéndole detrás del vaso y ésta le seguía el juego, pues a pesar de haberlo negado se sentía fuertemente atraída por la imponente figura del gigante. No recordaba haber visto a un hombre así jamás, tan varonil, tan grandote y con una apariencia tan impresionante.

Trató de disimular su coqueteo para que sus amigas no se dieran cuenta, pues tenía terror a sus ironías y chanzas; pero encubiertamente estuvo respondiendo el galanteo.

—¿Quiénes van siempre al baile de la noche? –quiso saber Estrella-. Recuerden que si no pagamos temprano la mesa nos la vuelan, y no quiero faltar por ningún motivo porque va a ser el de mi despedida... -suspiró, sabiendo que había soltado una bomba.

—Tu despedida..., ¿y a donde te nos estás yendo, si puede saberse? –se asombró Ivonne.

—Hoy recibí otra carta de don Romualdo Ramos.

—¿De ese viejo odioso? –exclamó Cynthia, sin poderlo remediar.

—Te prohíbo que lo llames así porque ese viejo odioso va a ser mi marido. Hoy le he contestado su carta aceptando su proposición de matrimonio; y conste que ustedes son las primeras en saberlo.

Las muchas se quedaron tan asombradas que ninguna supo qué contestarle, pues la inesperada decisión de Estrella las había dejado mudas.

—No lo estarás diciendo en serio... -se atrevió a insinuar Ivonne, pero no muy segura, pues la cara de Estrella no indicaba en lo absoluto que le estuviese jugando una broma.

—Completamente en serio. El plazo que yo misma me puse expira este año y como ven, lo que tanto he deseado y esperado no se presentó, y creo que es preferible ser la esposa de don Romualdo Ramos a quedarme soltera. Mañana recibirá mi carta y yo no podré echarme atrás, por eso esta noche quiero ir al baile y divertirme, si es que encuentro con quien...

—Pero ¿ya lo pensaste bien? –preguntó Virginia angustiada-. Un matrimonio sin amor no debe ser fácil de sobrellevar.

—Lo he pensado cinco años –aclaró la muchacha con amargura-, desde la primera vez que me escribió, y ahora estoy decidida. Total, si no resulta siempre me queda el recurso del divorcio; pero cuando menos no me habré quedado solterona.

¡Dios mío...! -exclamó Cynthia-. Yo no podría.

—Eso creía yo, pero la vida no me ha dado lo que yo esperaba. Dicen que si un hombre se porta bien con uno se le llega

a tener, si no amor, la suficiente estimación para no sentirse tan desdichada a su lado. Ya les contaré si es cierto cuando haya pasado la prueba -trató de guasear, pero ninguna supo qué responderle.

—Pues iremos en tu honor –aseveró Ivonne, recobrando el habla y obsequiando al güero con una de sus mejores sonrisas-. Con tanto hombrecito en puerta, espero que se ponga bueno.

—Yo también voy –aceptó Zoila, pensando que los jugadores asistirían y no era remoto que el hombrote también lo hiciera.

—Y tú, Cynthia, ¿no te animas? –preguntó Estrella.

—No sé, estoy tan destanteada... -titubeó la jovencita.

—Tonta, ahora más que nunca debes ir –le aconsejó Virginia-. Libre ya el corazón de la obsesión que te habías hecho con ese hombre, te será más fácil fijarte en otro.

—Tienes razón –aceptó, posando su mano sobre la de su amiga, en un gesto de cálido agradecimiento-. Nunca hay nada, pero quien quita y esta noche sea diferente.

—No hallabas nada –le señalo Ivonne- porque tenías los ojos cerrados y amurallado el corazón, pero ahora tal vez encuentres algo. Tú también vas, ¿verdad Virginia?

—Yo no –se apresuró a contestar muy apurada-. Fíjense que prometí no bailar en estos días si me concedían las vacaciones –mintió rápidamente, para evitar que empezaran a rogarla-, y comprenderán que ahora tengo que cumplir mi voto.

—Si es así, ni modo –admitió su amiga-. Pero hubiera prometido otra cosa; eso de quedarse en casa la Navidad, no me seduce. Además, te vas a perder de algo bueno, me late que se va a poner a todo dar... -aseguró, mirando al rubio quien ahora le sonreía francamente.

—Ojalá y se diviertan –les deseó la muchacha.

—¿Nos vamos? –quiso saber Cynthia, que acaba de dar fin a su refresco.

—Todavía es temprano. Espérense otro ratito, no sean malitas. Tómense otro refresco –pidió Ivonne, que quería dejar su asunto bien amarrado.

—Pero si ya van a dar las tres de la tarde -opuso la chiquilla-, y si vamos al baile hay muchas cosas que preparar.

—Déjala –bromeó Estrella-, que se está ligando al güero para la noche.

—Uno más para tu colección –rió Virginia dirigiéndose a Ivonne-. ¡Cómo envidio tu corazón de multifamiliar; el mío es demasiado conservador, no pasa de ser una chocita donde sólo cabe una persona.

—Será porque no pierdo las esperanzas, de que entre tantos, alguno se quede con todo el condominio.

—Verás que sí. Cuando menos lo pienses, lo vas a encontrar.

—A Zoila le interesó el jugador -le secreteó Ivonne, mientras las demás se distraían llamando al mesero para pedir la cuenta.

—Sí, ya me fije, pero por favor no empieces a vacilarla –pidió Virginia.

—Pero si parece un orangután -murmuró.

—¿Y a ti que te importa? Tú trabájate lo que te interesa y deja que las demás hagan lo propio –le aconsejó Virginia-, y no olvides que en gustos se rompen géneros.

El mesero se acercó a decirles que el consumo había sido ya liquidado y señaló discretamente al jugador.

—¡Te lo amarraste! –exclamó Estrella, dirigiéndose a Zoila.

—No es eso –negó ésta embarazada, y sin poder ocultar su turbación-. Una atención cualquiera la tiene.

—No en estos tiempos -le rebatió Cynthia.

Como ya les habían pagado la cuenta, no tenían pretexto para permanecer allí por más tiempo, y con gran disgusto de Zoila y de Ivonne, que eran quienes tenían un interés, se levantaron y salieron, no sin antes lanzar una última sonrisa a sus respectivas conquistas.

Cuando el grupo se disolvía tomando cada quien el rumbo hacia su hogar, Estrella les recordó:

—Entonces a las ocho, para que tengamos tiempo de dar una vuelta en el jardín. Yo voy a pasar a pagar la mesa y luego me lo dan.

Todas asintieron y cada quien tomó un camino diferente, menos Ivonne y Virginia que se fueron juntas, pues la primera quería que su amiga le prestara un prendedor.

Al separarse, los pensamientos de cada una revoloteaban alrededor de lo que más les preocupaba. Estrella meditaba en su próximo matrimonio con el viudo, pues sabía que éste iba a querer las cosas rápidas, y tal vez era mejor así para no tener tiempo de arrepentirse. Al principio se le había antojado monstruoso, pero mientras más pensaba en ello y se iba acostumbrando a la idea, le parecía menos terrible. No era la primera ni la última que se casaba solo por no quedarse soltera. Esa noche, por lo pronto, ya no le importaría si bailaba o no; ya no se sentiría humillada si se quedaba sentada comiendo pavo, sola en la mesa, como un objeto inútil que nadie deseara adquirir, bajo las miradas burlonas de las que tenían la suerte de estar acompañadas. Además, desde el instante en el que se convirtiera en la señora de don Romualdo Ramos, habría cesado la desesperada búsqueda a la que había estado dedicada desde su adolescencia; pues no recordaba haber hecho otra cosa durante todos esos años. No era ni siquiera aproximadamente lo que ella se había atrevido a soñar; pero se dijo que cuando los sueños se empeñan en no cristalizar, no quedaba más que conformarse con lo que la vida le ponía e uno enfrente; otras ni siquiera tenían un viudo de quien echar mano, y ella al casarse, ingresaría al grupo de las que se sienten seguras y pisan fuerte porque hay un hombre que las respalde, aunque sólo sea un viejo rico.

Claro que, al principio, la gente hablaría, pero eso no importaba; acabarían por acostumbrarse y aceptarlo como algo natural.

Cynthia se preguntaba cómo había podido sentirse enamorada alguna vez de ese señor calvo y barrigón a quien había visto en el restaurante convertido en un respetable padre de familia. En verdad que había perdido su tiempo estúpidamente soñando con algo que, ahora lo comprendía, jamás había valido la pena. Pero por lo menos, se dijo, ya estaba libre de su absurda obsesión.

Zoila se sentía turbada. El físico del jugador la había impresionado vigorosamente y ya empezaba a imaginarse cosas. Era casi seguro que bailaría con él, pues el gesto de pagarles la cuenta significaba mucho.

Ivonne deseaba que el güero fuese por fin el hombre esperado, el que le propusiese algo serio porque ya estaba cansada de tantas aventuras y romances intrascendentes; pero siempre aguardaba lo mismo, y hasta la fecha su ilusión no se había visto realizada. Bueno –trató de conformarse-, ojalá vaya al baile esta noche y pueda controlármelo para no pasarla tan aburrida.

Virginia, en cambio, ponía todas sus fantasías en su próximo viaje, sin atreverse a imaginar nada concreto, y deteniendo en seco las interrogantes que, sin poderlo evitar, se le presentaban.

—Allá va Polly –señaló Ivonne, rompiendo el silencio en el que ambas iban sumidas-. Pero va tan distraída que ni siquiera nos ha visto.

Y así era Polly iba en la luna, sobre un colchón de nubes, en el ámbito magnífico de un sueño increíble. Lo que acababan de proponerle era tan insólito, tan maravilloso, tan extraordinario, que temía despertar de un momento a otro y hallarse con que se encontraba acostada en su lecho y todo era una fantasía.

Esa mañana, cuando se disponía ir a dar la vuelta con unas compañeras de oficina, recibió un recado del señor Solórzano, padre de Patricia, suplicándole que fuese a verlos.

Cuando llegó a casa de su amiga el señor le aguardaba en su despacho, y como hombre de negocios acostumbrado a tratar sus asuntos sin demasiados circunloquios, entró en materia.

—¿Estaría usted en condiciones de hacer un viaje al extranjero, digamos de uno o dos meses? –inquirió, dejando a Polly totalmente desconcertada con la pregunta.

—Bueno –aceptó la joven cautelosamente. Yo siempre he soñado con salir de Bellaisla aunque sólo fuese de paseo; pero mis padres son pobres y lo que gano es para ayudar a los gastos de mi casa –concluyó, asombrada de haber hablado tanto de un sólo tirón.

El caballero entró en explicaciones:

—Patricia, a pesar los mimos y cuidados que se le han prodigado, no reacciona del desengaño de que la ha hecho objeto ese patán sin escrúpulos, y por consejos del médico hemos decidido que emprenda un viaje a los Estados Unidos. Como ni yo por mis negocios, ni mi esposa, porque no le es fácil dejar a nuestros otros hijos, estamos en condiciones de acompañarla, hemos pensado en usted, que es su mejor amiga, para que haga con ella el recorrido.

—Pero ¿y mi empleo...? –gimió, sintiendo que el sueño que por un instante se había atrevido a vislumbrar se le derrumbaba estrepitosamente.

—Si acepta a ir con ella, no tiene por qué preocuparse. Sé por Patricia, que no está usted muy contenta con el puesto que desempeña actualmente. Así es que a su regreso yo le ofrezco uno en mi compañía, naturalmente en mejores condiciones que el que tiene ahora.

Fue tal la emoción de la joven que ni siquiera pudo responderle.

—Desde luego, no le pido que me conteste en este momento. Tiene tiempo de consultarlo con sus familiares; pero le voy a agradecer que sí acepta, me lo haga saber lo más pronto posible para sacar los pasaportes y arreglarles el viaje en una excursión que sale dentro de dos semanas.

La muchacha prometió que esa misma tarde resolvería y salió del despacho para dirigirse al cuarto de Patricia, dando traspiés como si estuviese borracha, pues su emoción era indescriptible. La increíble propuesta del señor Solórzano se le había subido a la cabeza como un licor fuerte y desconocido.

—Mis papás desean que vayamos a los Estados Unidos –le comentó Patricia sin ningún entusiasmo-. No quieren que me entere de que él se casa; pero no han faltado amigas que caritativamente han venido a darme la noticia –le confió sollozando.

—¿Qué, qué...? –se asombró Polly.

—Lo que oyes y viene a hacerme la afrenta de casarse en Bellaisla. Sólo por eso he aceptado el viaje porque como comprenderás, no quiero estar aquí para entonces.

—¡Es un canalla sin nombre! –exclamó Polly sin poderse contener.

—Estoy encantada de que hayan pensado en ti para que me acompañes. No podían haber escogido a nadie mejor... -confesó afectuosamente.

—Será maravilloso, ya lo verás –prometió ilusionada-. Nos pescaremos unos gringos de esos de película, y jamás volverás a acordarte de ese desdichado... Perdón, pero no puedo llamarlo de otra forma.

Patricia sonrió tristemente con los ojos llenos de lágrimas.

—A propósito –recordó-, hoy tuve carta de Margarita. Te manda saludar con mucho cariño.

—¿Qué dice? ¿Cómo esta? ¿Qué tal le ha ido en su matrimonio? ¿Sigue contenta...?

—Tanto que me dice: Te juro que ante el amor que mi esposo me profesa he tenido que olvidar, en tal forma que si Billie no existiese, podría haber llegado a creer que aquel episodio fue sólo un sueño o mejor dicho, una pesadilla.

Quieren venir, yo la animó a que lo haga, pues no ha vuelto a ver a su mamá desde que salió de aquí. Dice que su esposo tiene que hacer un viaje por estos rumbos y creo que ella debe acompañarlo. ¿No te parece...?

—Ojalá y se decida. Tengo verdaderos deseos de verla y de conocer al niño. Ya debe estar grandecito...

—Cumplió cinco años el mes pasado. ¡Es increíble cómo se va el tiempo! –suspiró, pensando en otra cosa...

25

—Doctor, le ruego que me acompañe –pidió el licenciado Medina irrumpiendo intempestivamente en el saloncito donde el médico se encontraba desayunando.

—Pero, ¿qué sucede? ¡Estás desencajado! –se asustó el galeno.

—Se trata de la señorita Wilkinson. Está muerta –respondió lacónico.

—Pero ¡cómo...! –exclamó el médico horrorizado-. ¿Estás seguro?

—Desgraciadamente sí, así es que más vale que se venga conmigo inmediatamente.

—Vamos –dijo el doctor, levantándose de la mesa y tomando instintivamente su maletín y sombrero.

—Aún no se ha enterado nadie –explicó el abogado, mientras caminaba, dando zancadas, que el anciano apenas si podía seguir-. Como somos vecinos, se me ocurrió ir a pedirle un poco de café, pues el mío se me terminó y no soporto la leche sola. Me extrañó encontrar la puerta arrimada pero sin la cerradura por dentro. Llamé varias veces y viendo que no me contestaba, entré y me asomé a la recámara pensando que habría salido. Primero creí que aún dormía y ya iba a retirarme mortificado por mi indiscreción, cuando me di cuenta de que no respiraba. No quise alarmar a nadie antes de que usted la viese y por eso me vine inmediatamente a buscarlo –concluyó tomando aire.

—Pero ¿qué puede haberle sucedido? –inquirió el médico.

Medina ni siquiera le contestó. Estaba realmente impresionado, y precisamente en esos momentos llegaban a la puerta de la casa de la infortunada maestra.

Entraron y en tres pasos se encontraron dentro de la diminuta alcoba donde, sobre una cama antigua de altas columnas de latón dorado, yacía dormida al parecer, la señorita Wilkinson.

Vestía una sencilla bata de casa y al abrirla el médico para auscultarla, más que nada por la fuerza de la costumbre, pues al parecer llevaba varias horas de fallecida, quedó ante la mirada atónita de los dos amigos, completamente desnuda.

Por primera vez ojos masculinos violaron el cuerpo de la desventurada maestra.

Poseía un físico hecho para el amor... –se dijo el abogado, admirando el elevado monte de Venus y conteniendo los impulsos de acariciar el pubis que se le antojaba suave y sedoso.

Fue un cuerpo biológicamente creado para la maternidad y muere estéril... –pensó el médico, con tristeza al observar aquel cuerpo virgen.

—¿Qué le pasaría? –inquirió Medina, cerrando delicadamente la delgada prenda de batista.

—No sé, no puedo imaginármelo. Su corazón marchaba perfectamente –aseveró el galeno.

—Mire esto –dijo el letrado, agachándose para recoger un frasquito que había rodado a los pies de la cama-. Aquí está el cuerpo del delito –aseguró, leyendo el nombre de la medicina y dándose cuenta de que se trataba de un barbitúrico-. ¿Por qué lo haría?

—No sé, no sé –murmuró el doctor Castañeda, sintiendo que se le aguaban los ojos-. Era la medicina que yo le había recetado para el insomnio y contra las horrorosas jaquecas que padecía y que la ponían casi al borde de la locura; pero sabía que no debía tomar más de una pastilla. No sé por qué lo haría...

—Tratar de ocultar que fue suicidio podría resultarnos peligroso -comentó el jurisconsulto, pero no obtuvo respuesta.

El abogado, que era sumamente afecto a la lectura, se había acercado a un librero corriente que estaba cerca de la cama y automáticamente extrajo un tomo, su sorpresa fue grande al encontrar detrás de éste, en una segunda fila, un título que jamás hubiera pensado encontrar en poder de una mujer, y

menos aún de una mujer de la calidad moral que él siempre reconociera en la maestra.

—¡Fíjese en esto...! –exclamó, haciendo a un lado los textos escolares de la fila de afuera y mostrándole al doctor un buen lote de literatura obscena, mezclado con algunos libros de sexología y medicina-. ¿No le parece raro? –interrogó, porque no podía comprender qué significado podrían tener esos libros en las manos de una dama, al parecer tan recatada y pudorosa, como su vecina.

—En lo absoluto. Al contrario, ahora comprendo muchas cosas y entre ellas el porqué de su fatal determinación –aseguró, mirando piadosamente hacia el lecho donde reposaba el cadáver de la señorita Wilkinson. Como era una mujer decente, jamás se atrevió a buscar los placeres normales de su sexo y tuvo que contentarse con los espasmos solitarios, obtenidos a través de la lectura de esos libros inconvenientes. Es una tragedia terrible la de esta pobre mujer, que por guardar virgen su cuerpo, pervierten la imaginación hasta que llega un día en que la mente se vuelve insaciable; nada la conforma, nada la apacigua, nada sacia esa sed que se torna desesperada y entonces sólo queda esto... -concluyó, tomando de las manos de Medina el frasquito vacío que lucía inocente la fragilidad de su diáfano cristal.

—Entonces ¿era una pervertida...? –Se asombró el abogado-. ¡Jamás lo hubiera creído!

—Al contrario; puedo asegurarte que poseía un caudal infinito de ternura, un río impetuoso de pasión que nadie supo valorar.

—Cuando la gente se entere de esto, ¿de qué le habrá servido toda una vida de represiones y sacrificios, dedicada a subyugar sus instintos? –se dolió Medina.

—Nadie va a saber nada –aseguró Castañeda con voz firme-. Es lo único que podemos hacer por ella y lo haremos antes de que sea demasiado tarde.

Su amigo lo miró sin comprender adónde quería llegar.

—A ver cómo te las arreglas para llevarte todos estos libros a tu casa, antes de que se descubra lo sucedido.

—Es fácil –murmuró el abogado, comprendiendo-. La pared que separa nuestros patios es muy baja. Voy a echarlos por allí y luego veré que hago con ellos.

—Me imagino que no vas a quemarlos –trató de guasear el médico-. Al contrario, le debes agradecer a la maestra el que te haya proporcionado lectura afín a tus gustos para una larga temporada.

—Bueno, todos los hombres leemos esa clase de literatura; pero le juro que jamás hubiese imaginado que una dama de su calidad moral se interesara por semejantes libros. Se conoce que en ellos se gastaba el sueldo.

—Vuelvo a repetirte que era una enferma y su enfermedad fue el que, habiendo sido dotada plenamente por la naturaleza para el amor, la vida le negó sus dones. Buscó entonces un substituto, pero ¡qué pobre, qué mísero substituto!

—Se me hace increíble que haya muerto. Todavía anoche me saludó cuando pasó por mi ventana –murmuró Medina, enternecido a su pesar.

—Tenemos que apurarnos –le urgió su amigo-. No vaya a ocurrírsele a alguien venir a visitarla.

—No se preocupe, voy a echar llave por dentro –lo tranquilizó Medina.

El doctor tenía razón –reflexionó Medina, mientras pasaban el montón de libros a su casa, tratando de proteger así el buen nombre de la maestra; ya que bastante de qué hablar daría por el hecho de haberse suicidado-. Los hombres estaban ciegos desperdiciando tesoros de esa naturaleza –pensó, recordando el magnífico cuerpo yacente que los años no habían estropeado- y conformándose con las heces del amor comprado. Tendré que casarme y lo más pronto posible para reponer el tiempo perdido. Sí, se dejaría de aventuras y se buscaría una mujer cuyo cuerpo estuviese forjado para el placer y para la maternidad. Una señorita Wilkinson, con menos años, por supuesto. Pero no una jovencita, sino una de esas mujeres en la plenitud de su edad, llenas de vida, cuya sangre apasionada golpeara sus venas vigorosamente y supiese rodear su vida de maravillosa ternura. Pero, ¿y sí se equivocaba en la elección...? Conocía tan de cerca el fracaso de tantas y tantas

parejas que llegaban a su bufete a solicitar el divorcio. Seres que aparentemente juzgábanse creados el uno para el otro y a quienes su unión hacía tan desdichados. Tal vez era este miedo el que lo había hecho permanecer soltero hasta entonces. Pero si quería encontrar la dicha –se amonestó- tendría que jugarse el todo por el todo.

Cuando terminaron de arrojar por la pared del patiecillo la colección de libros inconvenientes, colocaron en los tramos del burdo librero los que quedaban que eran, en su mayor parte, libros de texto o de consulta y algunas novelas románticas, procedieron a vestir el cadáver ya rígido.

—Y a esto ¿qué explicación le da usted? –inquirió el picapleitos, refiriéndose a las escasas ropas con que habían encontrado a la maestra.

—Todo es parte de lo mismo. Esto fue como una pequeña y postrera venganza hacia ese cuerpo que, por prejuicios o por pudor, se negó siempre los placeres y las necesidades inherentes a su sexo...

—¡Qué mente tan extraña la de la maestra Wilkinson! –arguyó Medina.

—Lo piensas así porque no eres médico. He tratado casos que si se me ocurriera escribirlos nadie me los creería...

—¿Qué te parece si ahora me voy y tú das la voz de alarma? –sugirió, volviendo a la cuestión que se traían entre manos.

—Podría resultar un poco peligroso –le refutó el abogado, pisando los terrenos legales que conocía tan bien-. Alguien pudo habernos visto entrar o verle salir a usted y son capaces de achacarnos un asesinato.

—Tienes razón, no había pensado en eso. Y entonces ¿qué hacemos?

—Vamos a salirnos y a aguardar a que sea otra persona la que descubra el cadáver. Entremos a mi casa y allí esperamos a ver qué sucede. No me atrevo a tratar de disfrazar el suicidio porque el nuevo comandante de policía es un lince y podríamos vernos metidos en un lío.

—Es verdad. Además, el suicidio es la enfermedad de moda y creo que a la maestra le agradará que se ocupen de ella, aun cuando sólo sea después de muerta.

No habían terminado de acomodarse en el despacho del abogado cuando escucharon los gritos histéricos de una mujer.

—Ya sucedió, y antes de lo que esperábamos –comentó Medina levantándose.

Entraron de nuevo en la modesta casita poniendo cara de circunstancias y la vecina se encargó de dar la voz de alarma.

En un momento el hogar de la maestra se llenó de gente. La noticia había corrido como pólvora; vecinos, alumnos, compañeros, amigos y un noventa por ciento de curiosos sin ningún nexo con ella, que miraban y miraban el cadáver como queriendo desentrañar su misterio.

Los comentarios más diversos afloraban de entre el montón de personas que se apelotonaban en el reducido espacio de la modesta vivienda. Unos le llamaban cobardía ante la vida, crimen contra la naturaleza. Pero en el fondo, todos sentían hacia la suicida un algo de admiración mezclado de respeto. En unas cuantas horas la señorita Wilkinson dio más de que hablar que en el resto de su vida.

Cada quien creía conocer los motivos que la había orillado a tomar la fatal determinación.

Doña Georgina Veraza, la directora de la escuela primaria donde la maestra había dejado los mejores años de su vida por una miserable remuneración, sintió un leve remordimiento por haber aplazado, una vez más su petición respecto a un aumento en su sueldo, e hizo que los alumnos reunieran una suma para comprarle una lujosísima corona de flores naturales.

El oculista se recriminó por haberle dicho, con tanta sinceridad, que estaba perdiendo la vista. Y una alumna de la secundaria que unos días antes, por una represión perfectamente merecida, le había faltado al respeto delante de todo el grupo llamándola vieja amargada y solterona, ahora lloraba desesperadamente echándose la culpa de lo sucedido.

Sus amigos los Ballesteros sintieron que les remordía la conciencia por no haberla invitado a cenar en la Noche Buena, como hacían año con año; pero la verdad era que todo había influido en el ánimo de la señorita Wilkinson para hacerla claudicar.

Esa noche, el fantasma de la soledad, que anegaba sus horas de insomnio llenándoselas de visiones terroríficas e inagotables angustias, había estado con ella más cruel que nunca... Se le vino de pronto la soledad de toda su vida, la soledad repetida cada noche, hora tras hora, irremediable e ineludiblemente. La soledad a la que estaba condenada sin remedio y para siempre, que era como una cárcel de la que jamás podría evadirse. La soledad era la única responsable de su tragedia, puesto que había guiado su mano hacia el frasco asesino haciéndola tomar una pastilla y otra y otra más, tratando de ahuyentar aquello que la atormentaba, hasta vaciarlo totalmente dejándolo como símil de su propia vida: limpio, cristalino pero vacío y sin objeto.

26

Al día siguiente en toda la ciudad no se hablaba más que del suicidio de la señorita Wilkinson; pues el desdichado suceso había conmovido a toda la sociedad. Así es que esa tarde, cuando el doctor Castañeda y el licenciado Medina hicieron su acostumbrada aparición en el café Caribe, los parroquianos abandonaron sus mesas y los rodearon, ametrallándolos a preguntas.

—¿Con qué se suicidó, doctor?

—No se suicidó, murió de soledad.

—Pero si dicen que se tomó un frasco entero de Luminal.

—No fue el Luminal lo que la mató, fue la soledad, pero como eso tú no puedes comprenderlo ¿para qué me tomo el trabajo de explicártelo?

—En cambio a mi me está matando la compañía –aseguró un guasón-, entre mi mujer, mi suegra y mis hijos, me hacen la vida imposible.

—También para eso es bueno el Luminal –afirmó el doctor-. Si quieres, ahorita mismo te extiendo la receta.

—Que se me hace que Medina se la sancochó -insinuó otro, también en tono de broma-. Esas solteronas acumulan casi siempre grandes fortunas y como vivían puerta con puerta, puede haber cometido el crimen perfecto, en complicidad con el doctor, naturalmente -concluyó, soltando la carcajada.

—¿Y cómo lo adivinaste? –lo vaciló Medina, siguiendo la chanza-. Serías un magnífico sabueso de policía. Así fue, la matamos entre los dos y nos repartimos el botín –aseguró, al recordar la nutrida colección de libros que había pasado a engrosar su biblioteca.

—Mentiras –negó Castañeda-, él se quedó con todo, fue lo más triste.

—¡Pobre señorita Wilkinson! –se dolió uno, a cuyos hijos había dado clase la maestra- ¿Quién iba a pensarlo!

—Cosas de la vida, pero ¿por qué lo haría?

—Dicen que tenía cáncer –informó otro, sólo por no quedarse callado.

—Estás loco –le refutó el que tenía al lado-, era una mujer completamente sana, yo fui su alumno y no recuerdo que nunca se enfermara.

—Oye, pero ya ha llovido desde entonces, ¿no te parece? –se burló quien había hablado primero.

—Se estaba quedando ciega, tal vez eso la llevó al suicidio... -aseveró otra voz.

—Ya les dije que murió de soledad –insistió el médico-. Es una enfermedad terrible para la que desgraciadamente la medicina aún no encuentra remedio. Por eso me dan tanta lástima las vírgenes terrestres, las intocadas..., las intactas... Uno y otro día las vemos pasar llenas de ilusiones y de anhelos, pero como no se les cumplen, llega el momento en el que se marchitan como rosas castigadas por la fuerza de un sol inclemente; desbordados sus cálices de miel inútil, porque no habrá de llegar nunca la abeja que vaya a libarlas.

—Es usted un incurable romántico –se burló Medina-. Si tuviera que intervenir en los innumerables juicios de divorcio que se me presentan todos los días, por malos tratos, lesiones, abandono de persona, adulterio y mil causas inconfesables, se convencería de que tampoco la verdadera solución está en el matrimonio.

Pasaba, en esos momentos, un convertible rojo último modelo, manejado por una mujer joven y guapa y el abogado le secreteó al doctor:

—Ese asunto va a dar de qué hablar por largo rato. Ya está metida la demanda en los tribunales pero no se resuelva porque están casados por comunidad de bienes y ahora, que ella le exige la mitad de la fortuna, él ha tratado de ocultar muchas de sus propiedades, simulando ventas ficticias o poniéndolas a nombre de otros familiares.

—¿Quién es ella?

—La esposa del arquitecto Verástegui –le informó el jurista-. Lo encontró con la criada en su propia recámara.

—Entonces, ella tiene toda la razón –afirmó el médico.

—Claro que la tiene, pero resulta que él ahora ya no quiere divorciarse.

—Por eso, entiéndete tú con todas esas bajezas que guarda el matrimonio y déjame a mí a las vírgenes. Míralas, ya empiezan a desfilar.

Efectivamente la calle principal se iba llenando de grupos de muchachas. Unas se dirigían a sus trabajos, otras a un mandado o de visita. Las más jóvenes a las academias o la secundaria vespertina donde estudiaban, y las privilegiadas al comercio, a dar vueltas de tienda en tienda, gozando del inigualable placer, tan femenino, de hacer compras o de ver aparadores.

—Es como el crepúsculo –aseveró el médico-. Siempre igual y siempre diferente. Un celaje que lo hace distinto cada tarde, la magia de una nube teñida de arrebol, naranja o arco iris; pero jamás dos paisajes repetidos.

—Yo diría que es como un caleidoscopio –opinó el abogado-: unos trozos de vidrio entre un prisma de espejos, y al menor movimiento la ilusión de mosaicos que nunca se repiten.

—Pero si siempre son las mismas... -les rebatió uno, que había seguido con atención la charla.

—Ahí está tu error –le hizo ver Castañeda-. Mejor dicho, tu falta de sensibilidad. Todavía anteayer vimos pasar por aquí a la dulce maestra, con sus claros ojos azules donde la soledad ponía honduras de abismo que nosotros no alcanzamos a adivinar; y hoy ya no forma parte del paisaje, porque la tristeza huyó para siempre de su mirada al tener el valor de conquistar la paz.

—¿Y si se fue al infierno por haberse matado? –preguntó un entremetido muy alarmado.

—Tonterías –adujo-, ¿qué sabemos nosotros de los designios de Dios? Su parte de infierno la vivió aquí en la tierra. El señor, que es sabiduría y misericordia, tiene que haberla comprendido plenamente.

—Y perdonado -añadió el jurista-. Porque Dios perdona: ese es su oficio.

Pasaban Polly y Patricia y el metiche les comentó:

—El novio de esa chica la planto después de cinco años de noviazgo y ahora se casa con otra..., ¿qué les parece?

—Que así somos los hombres de ruines –aseguró Castañeda.

Polly y Patricia iban de compras preparándose para el paseo que estaban próximas a realizar. La primera, sin salir aún de su asombro y creyendo estar soñando todavía; la segunda ilusionándose, a su pesar, con los arreglos del viaje y olvidando un poco su decepción amorosa.

Al pasar las Mejorana, comentó uno señalándolas:

—No sé cómo hay gente a quien le gusta hacer el ridículo. Miren hasta dónde llevan la falda las Parisinas. Son tres ancianas y se visten como quinceañeras. ¿A poco no les hacen gracia? –inquirió al ver que el doctor y Medina se quedaban serios.

—Jamás podría reírme de unas enfermas –enfatizó el galeno.

—¿A poco están enfermas? –se extrañó el que había hablado.

—Bueno, ya de por sí la vejez es una enfermedad y mucho muy grave cuando nos sorprende sin estar preparados para recibirla –le aclaró el médico-, o peor aún, sin que la vida nos haya brindado en su oportunidad, como en este caso, los frutos de las estaciones anteriores en el momento propicio.

—Oigan –los interrumpió uno que acababa de levantarse de la mesa, asomándose a la puerta para ver si sus ojos no lo engañaban-, ¿qué la que viene allá con un hombre y un niño, no es la chica Villaseñor..., aquella que tuvo una aventura, no recuerdo cuándo ni con quién y se largó a la capital hace ya mucho tiempo?

Como había formulado la pregunta en voz alta, muchos curiosos salieron del establecimiento y se amontonaron en la puerta, para ver de quién se trataba, abandonando, por unos instantes, el cubilete, las fichas de dominó y las tazas donde el café se enfriaba sin remedio.

—Ella es –aseguró un comerciante, reconociendo a Margarita.

—¿Quién será el hombre? –quiso saber un corredor.

—Debe ser el marido –aclaró el que la había descubierto-. Creo haber oído que se había casado.

—¡Ya está grande el niñito! –exclamó otro.

—El doctor conoce muy bien la historia –aseguró un finquero-. Él la defendió cuando el bruto de Villaseñor quería matarla.

—¿A qué habrá venido?

—Total, nunca se supo quién fue el de la gracia.

—Dicen que el chiquito es hijo de un ingeniero.

—Yo supe que el del asunto había sido un maestro y que por eso fue que le echaron tierra.

—¿Ya sabían que Villaseñor está estrenando querida?

Le puso casa precisamente en esa colonia que se acaba de inaugurar.

Todos hablaban al mismo tiempo, quedando las preguntas sin respuesta y las aseveraciones colgadas del aire.

Margarita, quien después de cinco largos años se había animado a retornar a Bellaisla, al sentir sobre sí las curiosas miradas de los parroquianos del Caribe apretó instintivamente el brazo de su esposo, sintiéndose de ese modo, protegida. Ya no era ninguna chiquilla, al contrario, poseía el aplomo y la seguridad que se conquistan cuando la vida ha sido ardua y se ha tenido que luchar a brazo partido con ella y los años transcurridos la habían convertido en la hermosa mujer que prometiera su rubia adolescencia.

—Mira –indicaba a su esposo en esos momentos, señalándole el café, de donde todas las miradas convergían sobre ellos-, creo que esto es lo único que no ha cambiado desde que salí de aquí.

En eso, sus ojos se cruzaron con los afectuosos del médico, quien la saludó con una inclinación de cabeza; saludo que ella le devolvió sin poder evitar ruborizarse. Acarició instintivamente al niño que llevaba a su lado, hermoso y saludable. Mientras las escenas de aquellos días, de aquellos meses de indescriptible tortura, se agolpaban en su mente sin poderlo

evitar. Cierto que las horas de angustia y desesperación habían quedado atrás para siempre, pertenecían por suerte al pasado, un pasado que ella había logrado superar completamente, pero que no iba a lograr olvidar jamás.

El doctor Castañeda está más viejo -se dijo- pero sus ojos siguen siendo leales y llenos de bondad.

Se prometió que iría a saludarlo. La estancia de ellos en Bellaisla sería breve; pues su esposo sólo había ido a arreglar un negocio y ella había aprovechado el viaje para visitar a su madre, a la que hacía tanto tiempo no veía; pero de todos modos haría un ratito para llevarle a su hijo.

Al reconocerla, el doctor también recordó y se sintió, como pocas veces, orgulloso de sí mismo.

—¡Qué bueno que se casó! –exclamó Medina.

—Sí, gracias a Dios, ese asunto salió bien.

—Gracias a usted.

—No, a mi no; gracias a la Divina Providencia; yo no fui más que un instrumento en sus manos.

Entraba en esos momentos la saliva mejor cotizada de Bellaisla, un hombrecito menudo, delgado, de apariencia insignificante pero que tenía fama de ser listísimo en los negocios, fama por cierto muy bien fundada, pues era un vendedor nato que lo mismo vendía seguros de vida, casas, terrenos, fincas y hasta según decían sus amigos, lotes de un fraccionamiento que se estaba proyectando en la luna y cuyos presuntos clientes solo esperaban para firmar los contratos saber si los abonos iban a hacerse en rublos o en dólares, según fuesen rusos o norteamericanos los primeros colonizadores.

—¿A qué no saben la última? –inquirió, acomodándose al lado de Medina.

—¿Lo de la pobre señorita Wilkinson? –dijo uno.

—Eso ya es viejo –afirmó despectivo-. Tengo un chisme fresquecito que me imagino todavía no conocen porque acaba de suceder ahora al mediodía.

—Suéltalo pues, antes de que te queme la lengua -lo apuró otro.

—Se fugó una chica con uno de los del Eureka, el que metió los goles en el último partido del domingo.

—¿Y quién es ella? –inquirió el doctor.

—La Carpinteiro, esa que pasaba por aquí todas las tardes. Creo que trabajaba con Simón el boticario.

—¿Una morena de cuerpo muy provocativo? –inquirió uno que acababa de agregarse al corrillo.

—La misma –aseguró el vendedor-. Salió del trabajo y en lugar de coger para casita, emprendió el vuelo con el futbolista.

—Pero si parecía tan recatada -opinó uno más-. Pasaba siempre tan seria, que nadie se atrevía ni siquiera a saludarla.

—Atente al santo y no te subas al guayabo... -citó un ranchero, que era muy dado a los refranes-. Esas moscas muertas son las peores. Cuídame del agua mansa que de la brava me cuido yo... -terminó sin ocultar su despecho, pues una vez en un baile la había invitado a bailar y Zoila se le había negado porque estaba borracho.

—Ya va a saber lo que es bueno –aseguró otro más.

Dicen que el jugador es una ficha, que su mujer se divorció de él porque le ponía cada paliza que la dejaba medio muerta.

El doctor, que al principio no había puesto mucho interés en la historia, recordó que la muchacha de quien hablaban lo había visitado unos meses antes, quejándose de insomnio y de agudos dolores de cabeza y confesándole, por fin, la verdadera razón de su visita; temía no ser una mujer normal; los hombres que la besaban solo lograban producirle asco y soñaba con uno que supiera torturarla.

El diagnóstico un extraño caso de masoquismo sexual mezclado con una ignorancia increíble de las cosas de la vida y una desconcertante ingenuidad. Naturalmente, no se atrevió a decirle nada de esto ni se animó a enviarla con algunos de los siquiatras de la localidad, temiendo perturbarla aún más. Trató en cambio de explicarle que su caso no era tan singular como ella creía; que no estaba loca en absoluto, pues éste parecía ser el principal temor de la joven, asegurándole que el día en que se encontrara con un hombre que supiera tratarla adecuadamente se enamoraría de él, desapareciendo por completo su problema. Por lo visto, el ideal había aparecido y sólo cabía desear que se entendieran y fueran felices.

—Una que se libera de prejuicios para salvarse tal vez del suicidio o del manicomio –asentó el médico.

—Doctor –se asombró el que había llevado el cuento-, no pensé nunca que tuviera usted ideas tan licenciosas

—Ahí donde lo ven es un médico completamente inmoral –aseveró Medina por hacerlo rabiar-, a pesar de la apariencia de honestidad y decencia con que se presenta ante nuestros ojos, tiene un cerebro demoniaco.

—Tú hablas como abogado y tu deber es hacer que la sociedad cumpla las normas que ella misma se ha impuesto. Yo pienso como médico y mi misión es curar, no sólo los cuerpos sino la mente de mis pacientes cuando se halla perturbada o no encuentran su camino. ¿Cómo...? Eso no debe importarme ni me puedo detener a juzgar, si soy o no moral. Lo principal para mí es salvar al enfermo, aun cuando lo tenga que poner a luchar contra sí mismo.

—¿Freud...? –sonrió el abogado.

—Freud, From, Adler, Jung y todos los que sean necesarios.

—Ahí va su consentida, doctor... -le interrumpió Medina, señalándole a Virginia quien, en compañía de Ivonne, atravesaba a toda prisa por la acera de enfrente-. De verdad cada día se pone más guapa.

—Son los últimos destellos de un ocaso inexorable –murmuró el médico, conmovido-. Me da lástima pensar que un día vayan a encontrarla como a la señorita Wilkinson –concluyó con tierna conmiseración.

—Esta no es de las que se suicidan –aseguró el licenciado-. Me parece una mujer entera; mírela, si parece que llevara estrenando una sonrisa.

Y era cierto. El rostro de la joven irradiaba algo, como una luminosidad especial que la hacía verse hermosa; y era que al día siguiente saldría de vacaciones y en el bolso, que oprimían sus manos obstinadamente, se apretaban dos sobres como dos amuletos: el uno guardaba un pasaje aéreo que acababa de adquirir para las cinco de la tarde del día siguiente y, en el otro, una tarjeta postal que decía: Llámame cuando llegues. Te aguardo con ansiedad. Firmaba una inicial y nada más.

—Todavía no puedo creer lo de Zoila –comentó Ivonne una vez más, perturbando los pensamientos de su amiga.

—Yo la comprendo –aseguró la muchacha-, a todas nos llega nuestro cuarto de hora.

—No, si yo no la critico... -afirmó la otra-. Sólo se me hace extraño, precisamente por su forma de ser. Y tan luego, con ese hombre tan espantoso. Si parecía un orangután... Desde el día de Navidad, en el Siroco, me di cuenta de que la había impresionado favorablemente; pero nunca pensé que la cosa llegara a tener el desenlace que tuvo. Ya esa noche en el baile, me extrañó sobremanera su actitud. Al bailar, el hombre llevaba su cuerpo incrustado al de ella y Zoila como si nada, cuando tú sabes que era de las que ni siquiera les permitía que le pegaran la mejilla. Bailaron juntos toda la noche y ella por nada del mundo quería salirse, a pesar de que ya iban a dar las cuatro de la mañana.

—Y a propósito ¿qué dice tu güero? –preguntó Virginia.

—Fíjate que ya lo averigüe y es soltero -le confió, ilusionada-, así que parece que hay esperanzas...

Atravesaba la calle en ese instante Angelina de la Torre y, dentro del café, uno le avisó a Mendoza diciéndole:

—Ahí va tu novia.

El aludido jugó parsimoniosamente su ficha y volteó luego a saludarla.

—¿Cuándo diablos piensas casarte con esa pobre mujer...? –le preguntó otros de sus contrincantes-. ¿Es cierto que ya tienen más de veinte años de novios?

—Ni ella me muele tanto como ustedes con lo del matrimonio -se defendió Mendoza indolente-. Jueguen y no se metan en lo que no les importa.

—¡Pobre...! –comentó un dentista en otra mesa-. Este maldito no va a casarse nunca con ella. Todos sabemos que vive con una viuda y hay quien asegura que los hijos de ésta, aun los que tuvo en vida del esposo son de este sinvergüenza.

Un grupo de chamacas cuyas edades fluctuaban entre los catorce y los dieciséis irrumpieron, con sus risas y sus charlas en la acera donde el doctor Castañeda y Medina tenían acomodadas sus sillas reclinadas sobre la pared del café. Ha-

blaban al mismo tiempo y se empujaban unas a las otras peleándose la orilla de la banqueta, en un juego que acababan de inventar; pero en eso una de ellas tropezó con el médico y estuvo a punto de tirarlo al suelo con todo y silla.

—¡Oh, discúlpeme! –pidió, bajando los abanicos de sus oscuras pestañas sobre las rosas rojas de las mejillas, instantáneamente ruborizadas.

—No se preocupe –sonrió el anciano, mientras trataba de recobrar el equilibrio con la ayuda de Medina.

—Que, ¿no es la chica de los Montenegro? –preguntó el abogado, refiriéndose a la que había tropezado-. ¡Pensar que yo la conocí pequeñita! ¡Ya está hecha toda una mujer! –se dolió, viéndolas alejarse.

—Vaya –rió el galeno-, parece que acabas de caer en la cuenta de que te estás poniendo viejo.

—Ni remedio –aceptó el otro-. Los años no pasan en balde. Oiga –reflexionó de pronto, siguiendo al grupo con la mirada-, tal vez con un pimpollo como ese, si me animaría a llegar al matrimonio.

—Gato viejo, ratón tierno –citó el doctor-. Ya ves lo que te decía antes; por unas que se liberan por medio del suicidio, el matrimonio o el amor libre, surgen racimos y más racimos de muchachas como frutos condenados a podrirse en la planta sin llegar a frutecer.

—¿Cómo es que las llama usted? –le preguntó Medina por hacerlo hablar, pues sabía que era el tema favorito de su amigo y que una vez que se le soltaba la lengua tenía para rato.

—Las vírgenes terrestres... -contestó el médico-, porque llevan una aureola de sueños en la frente que sólo servirá para quemarlas. ¡Te juro que me duelen...! Vírgenes sin altares ni santuarios, tierra de nadie, heredades sin surcos ni semillas; árboles infructuosos que crecen al acaso porque nunca habrá un nido entre sus ramos; sólo la tempestad de los sentidos, con su aullido y su grito contenido, inventándose espasmos en los vientres estériles y apretando el temblor de sus gargantas.

El abogado lo miró con asombro y trató de interrumpirlo.

—¿Y las que se casan o se liberan en otra forma y van irremediablemente hacia el fracaso?

—Esas te tocan a ti –le contestó exaltado-. En los juzgados, en los juicios de divorcio y hasta en las cárceles... pero déjame que yo compadezca a las que pasan la vida sin vivirla; a las que inmolan su existencia al mito de la virginidad, aunque con ello solo obtengan soledad y desesperación. Déjame poner mi compasión en esas pobres vírgenes terrícolas sin nichos y sin rezos; sin devotos y sin velas; con una sola llama quemándoles el sueño, retorciéndose dentro de ellas en un anticipado infierno, mientras, caverna adentro, se les secan los musgos maternales y los limos fecundos, dejándoles el cuerpo yermo; polvo sin esperanza de verse redimido. Los senos como cálices volcados, sin néctares, sin vinos, sin vías lácteas para auspiciar el cielo presentido. Los brazos como mástiles tendidos a la espera... Permíteme que llore por ellas; por las que hicieron desde niñas un hueco en su regazo, para guardar los rizos, las risas, los sollozos de un fruto que no les fue nunca concedido; de las que no sabrán de los dolores del parto para grabar la vida en sus entrañas y tan solo tendrán en su futuro el tedio y el hastío, como una cinta asfáltica sin recodos ni pueblos que marquen el camino... Déjame que yo ponga en ellas mi dolor infinito; por todas las que llevan una estrella oscura incendiada en la sangre; un río profundo y turbio recorriéndoles las venas sin encontrar su cauce, ni la honda promesa de un océano tibio y verdadero. Por ellas, las que llevan una cruz de ceniza clavada en las espaldas. Letanías infructuosas de no saber adónde la palabra de amor quedó escondida; sólo la soledad girando entre su angustia, calcinando las sombras del recuerdo. Y les sobra la noche con sus largos insomnios. Redonda esfera oscura inventando pecados, que el infierno les cobra adelantados. Sólo la soledad, ese incendiado círculo de tiza del que solo la muerte sabe rescatarlas.

Todos miraron al médico asombrados y no exentos de cierta alarma, pues jamás lo habían visto tan excitado.

Medina se preguntó preocupado, qué edad podía tener su amigo y si no estaría ya chocheando, o si sería que la tragedia de la pobre maestra le había trastornado el juicio. Siempre lo había oído dolerse del destino frustrado de las mujeres en la provincia, especialmente de sus coterráneas quienes siendo

muchachas buenas, guapas y con grandes cualidades físicas y morales, estaban destinadas, en su gran mayoría, a quedarse solteras. Pero no recordaba jamás haberlo visto acalorarse en esa forma, y mucho menos, hablar tanto y de ese modo.

Estaba a punto de preguntarle si se sentía bien, cuando entró la enfermera a recordarle que ya era hora de la consulta porque en la sala de espera los pacientes comenzaban a impacientarse con su tardanza.

El doctor Castañeda se levantó y se despidió del grupo que lo rodeaba con un –hasta la vista-, y de Medina, diciéndole:

—Por ahí nos vemos al rato... -y se dirigió a su clínica que quedaba a pocos pasos del café, sin que los que lo habían escuchado sin interrumpirlo salieran aun de su asombro.

Al entrar al consultorio se disculpó con su clientela, echándole la culpa de su tardanza a un parto que acababa de atender y que se le había presentado con algunas dificultades.

—Pero fue un hermoso varón y pesó cinco kilos -afirmó, entrando a su privado.

—¡Cinco kilos...! –chilló una voz femenina auténticamente horrorizada.

—Que yo diga cuatro y medio –se corrigió desde la puerta-; pero de todos modos se trata de un magnífico ejemplar humano -sonrió, cerrando tras de sí, mientras la enfermera hacía pasar al primer paciente.

Los que al pasar frente al café Caribe lo habían visto 'echando lengua' como todas las tardes, no pudieron contener la risa, pero ninguno se atrevió a desmentirlo.

ISBN: 978-607-59456-3-7

CENTRO

HONESTIDAD Y RESULTADOS

2021-2024